MANUEL FRESNO

SÁHARA

Una apasionante novela de amor, celos e intriga durante la Marcha Verde sobre el Sáhara español

ALMUZARA

Manuel Fresno

Sáhara

© Manuel Fresno, 2023
© Editorial Almuzara, s.l., 2023
Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Editorial Almuzara • Colección Novela Director editorial: Antonio E. Cuesta López Editor: Daniel Valdivieso Ramos Conversión a epub: Rosa García Perea
WWW.EDITORIALALMUZARA.COM
PEDIDOS@EDITORIALALMUZARA.COM - INFO@EDITORIALALMUZARA.COM ISBN: 978-84-11319-84-3

Ningún hombre podrá sumergirse en esta vida sin experimentar un cambio. Llevará, por muy débil que sea, la impronta del desierto, la marca que señala al nómada… Porque esta tierra cruel puede tener un hechizo que ningún clima templado es capaz de igualar. El desierto imprime un espíritu de austeridad, de desprecio de las posesiones materiales, de búsqueda de la belleza y la felicidad en la quietud y la soledad, un espíritu de paz, un espíritu... nómada.

WREN PERCIBAL, *Las arenas árabes*

La Marcha Verde es pacífica. Si te encuentras con un español, civil o militar, intercambia con él un saludo e invítale a compartir contigo la comida bajo la tienda. Si dispara contra ti, continúa la marcha armado únicamente con tu fe, que nada podrá quebrantar.

HASSAN II,
Discurso a los voluntarios
de la Marcha Verde (Agadir).
Noviembre 1975

Prefacio

Yacimiento de Hassi R'Mel. Desierto de Argelia
26 de agosto de 2018

Samir Ait sudaba copiosamente.

Y no era por los cuarenta y cinco grados. Para eso ya lo protegía la *kufiya* blanca de lino que cubría su frente y la nuca. Era por el pánico que atenazaba sus músculos ante la reacción del iracundo responsable de Sonatrach al enterarse de que la tubería número cinco, que conectaba con Argel, había dejado de escupir gas.

A esas horas el intendente de la empresa de hidrocarburos estaría conduciendo hacía allí, soltando improperios y maldiciones en *tamazight* para investigar qué ocurría: por qué se perdían cincuenta mil metros cúbicos por segundo sin que su supervisor jefe sellara la fuga.

Samir procedía de Tebesbest, una localidad del valiato de Uargla, a seiscientos kilómetros de Túnez. Desde niño había destacado por su capacidad con los números. Su mente privilegiada y su carácter meticuloso le habían servido para escapar de un más que seguro futuro ganadero y, a través de una beca, finalizar los estudios de ingeniería química en la Universidad de Orán. Y además, hacerlo *cum laude*.

Con veintitrés años recién cumplidos había entrado a trabajar en el yacimiento de gas natural de Hassi R'Mel, el más grande de África y uno de los mayores del mundo. Todo un honor.

Sonatrach era un imperio, un Estado dentro del Estado, y formar parte de sus ciento veinte mil trabajadores la aspiración de cualquier estudiante argelino. Él incluido. Además de por el dinero que enviaba a su familia, observar sus miradas de orgullo, especialmente de su madre y su hermana, cuando ocasionalmente regresaba a Tebesbest compensaba cualquier sacrificio. No era para menos: con capacidad de producción de cien mil millones de metros cúbicos, Hassi R'Mel era clave para el abastecimiento de los países mediterráneos. De sus instalaciones partían tres gasoductos: el de Medgaz, que llegaba a Beni Saf, al noroeste de Argelia, y desde ahí a la playa del Perdigal, en Almería; el del Magreb, que atravesaba Marruecos y cruzaba el Estrecho de Gibraltar hasta Cádiz; y el tercero, que tras pasar Túnez conectaba con Sicilia y la península itálica. En total, mil cuatrocientos kilómetros. El gas viajaba a tres metros por segundo y tardaba entre cuatro y seis días en llegar a España e Italia. Desde allí, los ramales se extendían como una tela de araña para saciar las necesidades

energéticas de millones de fábricas y hogares de toda Europa.

Samir ayudaba a su país, al que amaba, poniendo su preclaro cerebro al servicio de su industria más estratégica. Ganaba un buen sueldo como encargado de Sonatrach; ahorraba una parte y repartía el resto entre su familia, más desfavorecida. ¿Qué más podía pedirse de un buen musulmán?

Se concentró: no era tiempo ni lugar para las complacencias. Su corazón latía acelerado; el sudor empañaba su visión y se aclaró el rostro con la túnica a la vez que verificaba los indicadores. Las tuberías estaban cubiertas de sensores controlados telemáticamente, acompañados de un cable de fibra óptica que enviaba los datos a un centro de control, y desde que había saltado la alarma en la sección del Medgaz, hasta que se había precipitado al exterior, no pasaron ni cinco minutos. No entendía qué había hecho saltar los detectores de presión, y aunque serían los especialistas de mantenimiento quienes debían buscaran el origen del fallo —si es que lo era—, una descabellada idea anidó en su cabeza: «¿Un sabotaje? ¿Allí? ¿En medio del Atlas y al borde del desierto del Sáhara?» No. No podía ser…

Absorto en su tarea, no escuchó a tres hombres aproximarse por la espalda. Sus siluetas se recortaron agazapadas contra la claridad del desierto y, poco a poco, sus relieves, difuminados al principio, fueron tomando forma amenazadora. Su aspecto no dejaba lugar a dudas: vestían calzado y ropa color arena para no ser detectados, chalecos *kevlar* de seguridad, guantes y una malla de camuflaje ocultaba sus rostros. Dos de ellos portaban fusiles de precisión.

Sin mediar palabra, el tercero, aparentemente desarmado, llegó a su altura y de la abertura frontal del chaleco extrajo un arma blanca, de hoja corta, ancha y encorvada.

Aprovechando que seguía absorto inclinado sobre la tubería, y antes de que pudiera detectar su presencia y dar la alarma, el desconocido empuñó con fuerza la gumía y seccionó de un tajo la yugular del joven ingeniero.

A Samir ni siquiera le dio tiempo de proferir un gruñido.

A través de la abertura del antifaz, el sicario observó sus estertores con ojos extraviados: disfrutaba con esos encargos. Se subió el pasamontañas hasta la altura de la nariz, dejó ver una cicatriz que cruzaba su mejilla derecha y —en un gesto bastante incomprensible— pasó la lengua por el afilado cuchillo saboreando la sangre. Entrecerró los párpados, como si degustara un rico néctar, y dejó escapar un suspiro de placer.

Ajenos a sus extravíos, los otros dos hombres armados no perdieron tiempo con él. Su trabajo había terminado; el suyo, empezaba ahora.

Tenían cronometrados los tiempos de reacción y sabían que en

cuanto el supervisor dejara de contestar a los avisos por radio, sospecharían. Patrullas de guardias armados hasta los dientes clausurarían el perímetro del complejo y lo rastrearían centímetro a centímetro. No había tiempo que perder: debían disponer las cargas y escapar.

Depositaron las mochilas en el suelo y sacaron el material necesario: disolvente, aglomerante y una caja metálica con asas en cuyo interior había suficiente C-4 como para volar un edificio de treinta pisos. También un mapa en el que se veían marcadas en rojo las válvulas de extracción que constituían el objetivo de su ataque. El C-4 era un explosivo plástico, más potente y fácil de manejar que el TNT, de apariencia arcillosa; su forma moldeable hacía que pudiera introducirse en rendijas, huecos de edificaciones, puentes, equipos o maquinaria. Con la cantidad que llevaban tenían suficiente para hacer volar una cañería de acero del doble de grosor. Sabían que no tendrían una segunda oportunidad y no querían correr riesgos.

Habían repasado el plan minuciosamente, si bien no dejaron de sentir inquietud ante la magnitud de su acción. Era su operación más arriesgada hasta el momento y aunque iban a ganar mucho dinero, más del que nunca hubieran imaginado, se estudiaron nerviosos. Uno de ellos, el jefe del comando, no dio tiempo a nuevas cavilaciones: después de repasar el plano, y asegurarse que la explosión no afectara a la parte del gasoducto que se dirigía hacia España y Marruecos, apretó el botón del temporizador, verificó en el display el armado de la carga y el inicio de la cuenta atrás e hizo una indicación para que se alejaran a la mayor velocidad posible.

Disponían de cinco minutos antes de la detonación.

***

Según despegaban a bordo del helicóptero que esperaba camuflado al otro lado de la valla notaron la terrible sacudida: el C-4 nunca decepcionaba. Mientras el monomotor viraba en dirección noroeste y tomaba distancia, miraron abajo y sonrieron satisfechos de su hazaña: un cráter de veinte metros de diámetro, con una maraña de hierros incandescentes en su interior, señalaba el lugar donde, hasta ese instante, se emplazaba la sección principal que suministraba energía a Argelia.

Miles y miles de litros escapaban por la superficie de la arena sin control. Y todo sin un rasguño para ellos.

Sólo entonces, cuando la aeronave estaba lo suficientemente lejos para no ser alcanzada, y comunicaban por radio a Rabat el éxito de su acción, resonaron las alarmas, potentes, en todos los puntos de Hassi R’Mel.

PRIMERA PARTE

Madrid
Año 2018

I. Un mensaje inquietante

Cuartel General del Ejército del Aire
Barrio de Argüelles (Madrid)
Miércoles, 26 de septiembre de 2018

El aire de los pasillos olía a limpio, una suave mezcla de lejía, alcohol y jabón limón. Era una fresca mañana de principios de otoño y el taconeo rítmico y cadencioso del comandante De las Heras provocó un eco sordo al rebotar contra los muros de mármol beige del edificio. A esa hora de la mañana, los pasillos se encontraban vacíos y únicamente los dos guardias que flanqueaban el control de la entrada escucharon el resonar de las pisadas, que rompieron la quietud del lugar.

El comandante frisaba cuarenta. Metro ochenta, tez bronceada y cabello abundante y oscuro. Sus facciones atléticas le conferían un aire decidido y seguro de sí que, sin embargo, no acababa de encajar con su personalidad recatada. Tras pasar por diferentes destinos en Europa había adquirido la costumbre de madrugar y, a esa intempestiva hora, las galerías no presentaban el ajetreo que les sucedería después, cuando decenas de militares y algunos civiles autorizados las cruzaran presurosas arriba y abajo.

No tenía tiempo para detenerse, si bien el andaluz no dejó de dirigir una mirada admirativa al atravesar uno de sus salones favoritos: el de aeronautas. Por unos segundos, dejó atrás las preocupaciones y suspiró melancólico. Era aficionado al arte, y disfrutar del placer de contemplar unos minutos en soledad los murales, las tallas y los tapices que decoraban las paredes resultaba la mejor forma de comenzar el día. A esa hora, los primeros rayos de sol de la mañana incidían sobre las vidrieras, formando un crisol de reflejos amarillentos, anaranjados y azules que, al proyectarse hacia el interior, dotaban de un aire mágico al conjunto.

Su contemplación le ayudó a minorar la desazón que sentía desde hacía días: intuía, o más bien *sabía*, que algo no marchaba de manera adecuada.

Sin perder el paso, rememoró que cuando construyeron el complejo el gracejo popular lo apellidó «El Monasterio del Aire» —por su parecido arquitectónico con el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial—; y que, aunque desde los años ochenta del siglo pasado no servía de sede ministerial, sí se usaba como Cuartel General. Levantado en los antiguos terrenos de la Cárcel Modelo de Madrid, albergaba el EMA, el Estado Mayor del Aire. Hacía muchos años desde que la prisión fuera

habitada por el último de sus presos. Más desde que José Nakens, veterano periodista republicano y anticlerical condenado por el encubrimiento de Mateo Morral —el anarquista español que atentó contra Alfonso XIII el día de su boda— ingresara en el centro penitenciario. Sus artículos conmocionaron a la sociedad madrileña de finales del XIX: Nakens relató a hombres y niños macilentos; catres y jergones destartalados; celdas sin cristales por donde se colaba la humedad; agua de olor nauseabundo; y un sinfín de carencias que causaban mortalidad entre los reclusos. Tras la guerra civil el edificio fue derribado y la prisión trasladada a Carabanchel. Y donde antes rampaban la mugre y el infortunio, el lujo y una cuidada ornamentación se descubrían ahora en cada uno de sus rincones.

El comandante llevaba seis meses destinado en uno de los despachos del ala este, si bien aún se recreaba contemplando los mil detalles que, celosos de miradas ajenas, se escondían en sus siete edificios y sus veintitrés mil metros cuadrados.

Resistiéndose a detenerse, miró su reloj y avivó el paso. Su fijación con la puntualidad era conocida desde su época de cadete —«t*empus fugit»,* decía— y aunque faltaba una hora sobre el horario marcado en el minucioso reglamento de régimen interno, no renunciaba a ese lapso para repasar la prensa internacional del día anterior.

En el exterior, la lluvia del comienzo otoñal refrescaba el ambiente y una suave brisa se colaba entre los resquicios de los cristales más desvencijados. Desde estos, si uno se acercaba a las rejas de las ventanas, la vista abarcaba los cuatro altos torreones; la explanada con el mítico avión de entrenamiento C-101 —justo frente al monumento conmemorativo de la gesta del Plus Ultra—; los soportales de la plaza de Argüelles; y, en un costado, agudizando la visión, el Faro y el Arco de Moncloa, que daban paso a los jardines de la Ciudad Universitaria. En pocos días, miles de jóvenes estudiarían en alguna de sus facultades, invirtiendo el tiempo de ocio que les permitían sus clases en alguna de las concurridas cervecerías de la zona.

Sin que aquella sensación de mariposas en el estómago lo abandonara, atravesó el patio rectangular y ascendió pensativo por una de las escalinatas. Un soldado se cuadró a su paso, llevando el fusil hacia el lateral de la pierna. Estas conducían a la parte noble del edificio, la reservada para actos protocolarios. Sin que él se apercibiera, una cámara de seguridad disimulada en un aledaño espió sus movimientos hasta el rellano; dejó atrás el arco que llevaba al salón de honor y avanzó por uno de los laterales. Para su desencanto, a partir de ese punto la cuidada mampostería se transformaba en un entorno funcional, donde los aspectos prácticos y de espacio primaban sobre los estéticos.

Se detuvo e identificó en un segundo control, con medidas aún más

estrictas que el primero. Era necesario para traspasar las zonas comunes y acceder a la zona destinada a los oficiales de alto rango.

En la puerta de su oficina, veinte metros más adelante, una chapa de latón, color cobre óxido, mostraba escuetamente su nombre y cargo: *Mario de las Heras Valcárcel. Vocal Asesor*, rezaba sobria.

Deseando refugiarse en la tranquilidad de su despacho, pasó la tarjeta codificada sobre la cerradura. Cuando se disponía a entrar, justo después de escuchar el característico clic del cerrojo magnético al desbloquearse, oyó una voz clara y firme a sus espaldas:

—¡Mi comandante! Aguarde, traigo un paquete para usted.

Todavía no eran las siete y se giró, sorprendido porque alguien recorriera los pasillos a esas horas. Arqueando sus cejas, descubrió al responsable de seguridad del edificio: el capitán Esteban Torres. Ensimismado en sus pensamientos, no lo había oído acercarse. «¿Qué quiere?», pensó con cierto fastidio. Conocedor de sus horarios pareciera haber espiado su llegada. O quizá era coincidencia y salía a su encuentro por algún asunto que no pudiera esperar. Fuera como fuera, allí estaba: enfrente de él, sujetando un paquete alargado, no demasiado grande ni demasiado pequeño, en una de sus manos rigurosamente enguantadas.

Mario lo recordaba por su carácter templado, mirada observadora y aspecto afable. Los primeros días, cuando llegó al EMA, mantuvo una entrevista de bienvenida con él. Lo consideró una charla protocolaria, si bien algunas de las preguntas le parecieron en exceso incisivas, inoportunas incluso. Después de aquello, se había hecho el encontradizo en un par de ocasiones para ver cómo se adaptaba. Incisivo o no, parecía un buen tipo, profesional, minucioso, como correspondía a su importante tarea en la jefatura de la Primera Región Aérea militar.

En esta ocasión, la precipitación de sus gestos denotaba intranquilidad.

Su intuición no solía fallarle: el modo en que se había presentado y el contenido de lo que llevaba entre las manos no era corriente, y se reafirmó en que el jefe de seguridad lo esperaba.

—Buenos días, capitán —respondió Mario al terminar de acercarse—. Me alegro de verle —suponiendo que el motivo de su temprana visita era entregarle aquello, dirigió una ojeada al bulto. Su interlocutor lo aferraba igual que si contuviera algo valioso y quisiera retrasar el momento de desprenderse de ello—. ¿Es para mí?

No acababa de entender el motivo por el que el policía tuviera que entregarle nada fuera de horario, menos que lo entregara en mano; no obstante hacía poco tiempo que servía en el Cuartel General, no conocía las costumbres del centro y le restó importancia. Torres dispondría de sus razones.

—Sí, verá… —contestó sin dejar de aferrarlo—. Va dirigido a su nombre. No figura remitente y está matasellado en… —pareció dudar— en el norte de África —la entonación al decirlo, engolando la garganta, pareció rodearlo de misterio. Daba a la circunstancia, que posiblemente tenía una explicación simple, un aire sospechoso.

—¿Y…? —Mario seguía sin comprender.

El otro replicó, veloz. Se justificaba con explicaciones aparentemente innecesarias:

—Se nos ordena abrir la correspondencia y paquetería, vaya a quien vaya, más si el remitente no es un organismo oficial, y en este caso lo he verificado yo personalmente. No hay cables, restos químicos ni nada sospechoso —dijo sin dejar de girarlo hipnóticamente— pero…

—¿Pero qué?

—Pues que su contenido me ha resultado peculiar, por decirlo de algún modo; por eso he venido a traérselo en persona. Tome.

Mario continuaba sin entender, si bien una corazonada le hizo pensar que, quizá, aquello pudiera guardar relación con la zozobra que le rondaba hacía días. Ante la sospecha, tragó saliva para contrarrestar la repentina sequedad de su garganta:

—¿Peculiar? ¿A qué se refiere?

El otro miró serio:

—Eso júzguelo usted.

Mario quiso poner fin a una conversación que se alargaba. Algo, en su interior, le decía que aquello le afectaba sólo a él y que debía buscar una excusa. Además, y aunque sabía la importancia de los protocolos de seguridad, y la teatralidad con que el otro rodeaba a sus comentarios había despertado su curiosidad, tanta cautela se le antojaba desproporcionada:

—De acuerdo, capitán. Luego lo examinaré —zanjó.

El policía pareció contrariado.

Le lanzó una mirada de reproche que no se molestó en disimular:

—¿Luego? ¿No va a abrirlo en este momento? ¿Por qué? Me gustaría conocer su opinión —inquirió tajante. Se le notaba cada vez más inquieto.

Ahora sí, le desagradó el tono desabrido tras esas palabras, como si escondiera algo. Antes podía atribuirlo a una mala interpretación suya; únicamente llevaba un café en el cuerpo desde que se había levantado —«solo, sin azúcar», había pedido— y se sentía con dolor de cabeza, pero esta vez la brusquedad de la pregunta rayaba lo impertinente.

El diálogo lo incomodaba, su voz interior insistía en que se deshiciera del pertinaz capitán y se dispuso a poner fin al debate:

—No, *Esteban* —con el tuteo hacía subrepticiamente referencia a su superior graduación respecto a la del policía—. No voy a abrirlo. A las

nueve me espera una reunión en el gabinete del Jefe del Estado Mayor del Aire, el JEMA, y después debo acabar mis informes. No pueden esperar. Cuando tenga un hueco lo investigaré. Debe tratarse de un envío personal y no entiendo la urgencia. Además —añadió suspicaz —: acaba de reconocer que lo ha revisado. ¿O es que hay algo que no quiere decirme?

Torres se sintió acorralado ante la tozudez del aviador:

—No, mi comandante. Nada más. Y, sin embargo, debo insistir: cuando lo abra comprobará de qué manera le afecta.

Era pronto, se sentía irritable y la contumacia de Torres hizo que se cerrara en banda:

—Y yo insisto en que no comparto sus prisas —cortó seco.

No quería enemistarse con nadie, si bien no estaba dispuesto a admitir incorrecciones de alguien demasiado celoso de su trabajo. Con su terquedad, no parecía medir sus modales. ¿Acaso le acusaba de algo?

Fuera como fuera, decidió rebajar la tensión formada en el ambiente:

—En todo caso, no se apure. Si veo algo extraño, le avisaré —condescendiente, hizo una pausa—. ¿Le parece bien?

El otro militar, responsable tanto de la protección del edificio como de asuntos que afectaran a la seguridad de los oficiales, valoró la propuesta. La mirada de sus ojos reflejó un brillo de perspicacia mientras contrapesaba las opciones: el contenido del sobre era peculiar, cierto, mas no lo suficiente como para contrariar a uno de los más experimentados instructores de vuelo que tenían, destinado muchos años en el SHAPE. Situado en Mons, una localidad belga a escasos kilómetros de la frontera francesa, así se conocía al Cuartel General de las potencias aliadas en Europa: Supreme Headquarters Allied Powers Europe, SHAPE.

Era aficionado al ajedrez y sabía que un enroque a tiempo solía dar la victoria. Podía esperar unas horas. Reculó y aceptó las tablas que se le proponían:

—Por supuesto —dijo finalmente.

Se despidió, esforzándose en recuperar un tono más acorde con sus graduaciones. Era consciente que había forzado la situación y se cuadró disciplinadamente:

—¡A sus órdenes, mi comandante! Y… discúlpeme si lo he molestado. Le aseguro que no era mi intención.

***

Mientras veía alejarse al celoso supervisor, Mario, más intrigado de lo que había querido reconocer, ojeó el misterioso paquete. Se encontraba abierto por uno de los laterales —por el que lo habían inspeccionado— y su tamaño y forma eran similares a una caja de

zapatos. De aspecto vulgar, no presentaba rasgos que lo diferenciara de los cientos que se recogían en el registro del cuartel.

Se fijó mejor: a simple vista no identificaba el origen de los sellos. Parecían grafos en árabe —¿Argelia? ¿Libia? ¿Marruecos…? Sin duda, eso era extraño. A pesar de ello, seguía sin comprender las suspicacias del capitán: no había estado nunca en el Magreb y supuso que se trataba de una simple confusión.

Miró en torno suyo. Compartía el despacho con otro oficial de su misma graduación próximo al retiro —el comandante Romero—, junto con un cabo extremeño que hacía labores de auxiliar y que ocupaba la mesa más alejada. Este servía de enlace de comunicaciones y de ayudante de ambos, y había empezado a trabajar con ellos dos meses después de su llegada. Era un muchacho poco hablador, que se limitaba a hacer su trabajo, sin realizar comentarios acerca de su vida personal. Sus silencios y la invariable parquedad de sus respuestas le hacían resultar antipático.

Ninguno de los dos había llegado y antes de leer la prensa inglesa y francesa que portaba bajo el brazo, un mensaje en su móvil distrajo su atención. Guardó el paquete bajo llave en uno de los cajones de su escritorio, se olvidó de su existencia y se centró en cosas más mundanas: un retortijón de tripas le recordó que aún no había desayunado. Debía almorzar antes de la reunión o su costumbre de no probar bocado antes de las diez le pasaría factura.

Después de cinco años en el Cuartel de la OTAN, en Bélgica, no resultaba fácil adaptarse a un nuevo destino: nuevas caras, horarios, costumbres… Sin embargo, no se arrepentía de su decisión. Tras un periplo por diferentes bases de Asia y Europa deseaba regresar a España. Además, su relación sentimental con Virginia no iba hacia delante ni hacia atrás. ¿Para qué fingir…? Es más: llevaba dos años estancada. Había sido el momento de afrontarlo, por lo que aceptar una plaza vacante de vocal asesor en Madrid, bien pagada y sin quebraderos de cabeza, resultó la mejor decisión.

Con cuarenta años recién cumplidos ya no era un crío —tampoco ella—, si bien sí lo suficientemente sincero para confesar que anhelaba una familia. ¿Tenía algo de malo? Por desgracia, Virginia no parecía dispuesta. Desde que coincidieron en la prestigiosa Academia General del Aire de San Javier, en Murcia, habían tonteado siempre y aquellos años juntos en el «país de los mejillones con patatas» —las *moules-frites,* que acabó por aborrecer—, y entre un Chardonnay y otro, el flirteo se transformó en algo más serio: a los pocos meses, y para desagrado de sus mandos, ya vivían juntos. Obsesionados por las filtraciones, las relaciones personales entre funcionarios no estaban bien vistas. Sin embargo, ambos eran excelentes en lo suyo, sus hojas de servicio eran impecables y los responsables de personal decidieron

hacer la vista gorda. Pero el tiempo pasó, y aunque sus confidencias seguían manteniendo la complicidad de siempre, el tema de casarse y tener hijos se convirtió en tabú para ambos. Poco a poco, aquello hizo mella.

A cambio, en lo laboral se sentían integrados. El ámbito de responsabilidad del SHAPE no se limitaba a Europa, pues desde 2003 controlaba las operaciones de la OTAN a lo largo del mundo, lo que hacía que trabajar entre sus muros fuera una de las mayores aspiraciones de cualquier oficial deseoso de progresar. Su carácter abierto y sus capacidades a la hora de abordar los problemas pronto les valieron el reconocimiento de todos.

Cuando empezó a trabajar allí, el propio Mario se sorprendió del alcance de sus funciones y el Brigadier General Navolli, responsable de la División Aérea, le inició en sus secretos. Quizá, por ser los dos latinos, trabaron gran confianza. Muchos ciudadanos europeos desconocían que la defensa de su espacio aéreo recaía en la Alianza Atlántica: el mando operativo y estratégico, la supervisión de las naves, la toma de decisiones frente a conflictos…, todo se hacía bajo bandera del organismo. No sabían que dos o tres veces al día los F-18 del Centro de Operaciones Combinadas de Torrejón, que controlaba el flanco sur de Europa —desde las Azores hasta Turquía—, despegaban por pérdidas de contacto de los aviones que sobrevolaban su espacio aéreo. La mayor parte por errores en sistemas de radio o radar, pero otras no: bombarderos rusos, que cruzaban sin aviso de norte a sur, o de este a oeste, para comprobar la velocidad de interceptación de los cazas aliados. Él mismo, en sus tiempos de joven piloto recién salido de la Academia, había salido a perseguir a uno de aquellos escurridizos MiGs que tuvo la osadía de alcanzar la ría de Bilbao.

Mucho lo sabía antes de aterrizar en Mons, pero de sus conversaciones con el Brigadier aprendió que la tecnología había sofisticado las amenazas. Los ataques no eran solo físicos, y dentro del SHAPE se creó el Centro Informático de Respuesta y Capacidad, el CIRC. Lo mejor de lo mejor, los medios más avanzados y los cerebros más brillantes en prevención, detección y respuesta ante vulnerabilidades informáticas: *Cibercapacidad*, lo llamaban. Y justo ahí, en un búnker a treinta metros bajo el suelo, rodeada de ingenieros, matemáticos y frikis súper especializados, era donde trabajaba Virginia. *Su* Virginia… Además de ser número uno de su promoción y acreditar largas horas de vuelo, era analista en sistemas y reputada informática. El CIRC y un par de agencias de inteligencia se pirraron por ficharla en cuanto supieron de su disponibilidad. Y aunque podía haber ganado seis veces más en el sector privado, eligió servir a la defensa de Europa entre ordenadores y redes de datos.

En el caso de Mario, cansado de años de guardias infinitas, decidió

probar suerte en varios destinos, hasta recalar en *Mons*. Su labor era más convencional, pero no menos importante: consistía en probar los simuladores de combate en los que luego se formarían los pilotos, así como adiestrar a los futuros instructores. Pese a efectuar tareas con horarios separados, hallarse juntos en el SHAPE había fortalecido la relación con Virginia y hecho que pensaran en vivir juntos. ¿Por qué no? Hasta casarse y fundar una familia. Pero no funcionó... Tal y como a menudo sucedía: demasiado él, o demasiado ella, pero poco *nosotros*. Decepcionado, buscó un destino en Madrid.

A la vista de su currículum sabía que aquella tranquilidad no duraría y que rápidamente le destinarían a cualquier parte del mundo donde sus habilidades sirvieran de utilidad. Mientras tanto, disfrutaba de las obras del «Monasterio del Aire» y aprovechaba para crear contactos y relaciones al más alto nivel.

***

El día transcurrió sin contratiempos. Comió a la una en el comedor reservado a oficiales e hizo planes con tres compañeros: era aficionado a los deportes de montaña, y los del club de escalada Peñalara organizaban una subida al Almanzor, en la sierra de Gredos, que tenían ganas de intentar. Sentado en un rincón, Mario descubrió que Esteban Torres le observaba pensativo, quizá por no haberle hecho caso por la mañana. Ignorando sus miradas, se despidió y regresó a su despacho para enfrascarse en los informes que le habían pedido desde el gabinete del JEMA. En aquellos meses de 2018, todo lo que rodeaba a la salida traumática del Reino Unido de la Unión Europea concentraba su atención. Los ingleses, con su prepotencia característica, buscaban recuperar su influencia colonial; suspiraban flemáticos pensando que, alejándose de la esfera de Bruselas estarían más cerca de conseguirlo, y ese anhelo, junto con la demagogia que rodeó al referéndum, explicaban su decisión.

Concentrado en el cóctel de noticias, no fue hasta la hora de salida en que recordó la existencia del paquete. Seguía en el mismo cajón que por la mañana y dudó si abrirlo al día siguiente o hacerlo en ese momento. Al final decidió lo segundo.

Con cuidado, arrepentido de su olvido, extrajo la caja de cartón del envoltorio. Apenas pesaba. Fue al levantar la tapa y ver su contenido cuando entendió el comportamiento del policía. Sus cejas se arquearon y sus párpados se dilataron en un mohín de extrañeza:

¿Qué diablos era aquello?

Colocada cuidadosamente al fondo del envoltorio, sujeta por dos cuerdas enlazadas transversalmente, se encontraba una pluma blanca de ave. Sobre ella, una manoseada fotografía. Quedó paralizado por el estupor: ¿qué significaban ambos objetos? En el imaginario militar

recibir una pluma de ese color significaba acusar a alguien de cobardía. Pero… ¿por qué alguien querría achacarle algo semejante? ¿Cuándo?, ¿dónde…? Mil preguntas se agolparon en su mente.

¿A qué hacía referencia?

Sostuvo entonces la fotografía y la examinó bajo la luz de un flexo. Su asombro fue mayor cuando reconoció a la persona retratada: ¡No podía ser! Se la veía montada encima de un camello, sonriente en medio de unas dunas y vestida con la *kandora* [1] típica de los Grupos Nómadas del Sáhara. La imagen era antigua, amarilleaba y estaba deteriorada, pero no cabía duda: ¡el personaje del retrato era su padre!

La giró, y al cúmulo de sorpresas por la pluma y la foto se unieron las palabras escritas en el reverso, que lo sacudieron como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Estremecido, sintió un nudo en la garganta, su pulso se aceleró y una perla de sudor se dibujó en su frente.

En correcto español, y caligrafía esmerada, estaba redactado un inquietante mensaje:

> Tu hermano ha muerto asesinado.
>
> No me conoces, pero debemos hablar. Si me dejas, te explicaré todo.

---

1 Kandora: prenda de faena de las Tropas Nómadas coloniales que se introducía por la cabeza.

II. Tambores del pasado

Conmocionado, Mario tardó unos minutos en recobrarse. En un gesto suyo característico, miró a su alrededor, atisbando, como si entre las ordenadas estanterías pudiera encontrar explicación al enigma.

El peso de sus ochenta kilos se dejó caer sobre el sofá Chester que decoraba el despacho. Sus desgastados muelles protestaron con un lastimero crujido. De color moka demodé necesitaba una reparación, si bien ninguno de sus ocupantes se había molestado en sustituirlo por otro más actual. A cambio, era terriblemente cómodo.

¿Qué era aquello? ¿Acaso se trataba de alguna broma siniestra?

La persona en la foto era su padre, Carlos de las Heras Fortún, no cabía duda… ¡pero él no tenía un hermano! Ni vivo ni muerto. Solo una hermana: María José. Su trabajo consistía en gestionar la bodega familiar —si así podía denominarse a realizar una visita a la semana a los viñedos— y, considerando que vivía a caballo entre Jaén y Sevilla, y que no tenía relación castrense, el anónimo no podía referirse a ella. Desde que murió su padre habían espaciado los contactos, aunque si hubiera sufrido un problema lo sabría. Como le ocurría a su madre, doña Carmen —que pese a su edad gobernaba en la sombra el devenir de la familia—, ambas consideraban el apellido Valcárcel sagrado: algo que proteger por encima de celos o rivalidades. Así había sido siempre, pese a que no conservara el empaque de antaño.

Entonces, si no se trataba de nada relacionado con su hermana… ¿qué significaba? ¿Y qué era eso de *asesinado*? ¿Quién había sido asesinado?

En un intento de poner orden en su cerebro, se aflojó el nudo de la corbata y se desabotonó la camisa almidonada que él mismo planchaba cada mañana. En el cuello derecho sobresalían dos alas de plata con disco rojo y una corona real: el emblema de la aeronáutica.

Se sentía intranquilo, y aunque solía ser estricto con la uniformidad, se permitió el desahogo. El mullido respaldo del sofá le ayudó a relajarse y, más tranquilo, consiguió concentrarse. Tratando de ordenar aquel rompecabezas, razonó que en el mensaje de la fotografía no se hacía una alusión a la pluma: quién lo hubiera enviado debía considerar innecesario aclarar a qué se refería.

Recordaba haber leído que al comienzo de la Primera Guerra Mundial el almirante inglés Fitzgerald tuvo la iniciativa que las mujeres repartieran plumas a los hombres en edad de ser llamados a filas. El objetivo era avergonzar a quienes no vistiesen de uniforme y

animar a los indecisos a alistarse. Pero no resultó. Las voluntarias de la Orden de la Pluma Blanca —así se denominaron— se dejaron llevar por el entusiasmo, y la ocurrencia dio lugar a malentendidos y riñas entre la población, especialmente en ciudades como Londres o Manchester. Mario no disponía de más información que aquel recuerdo, más allá de saber que provenía de la creencia que los gallos de pelea con cresta blanca eran peores luchadores. ¿Superchería, tradición, reclamo para turistas? Podía ser. El caso es que el gesto se había mantenido en el imaginario como sinónimo de falta de arrojo.

Alternando su mirada entre la fotografía, con la siniestra dedicatoria, y la pluma, sujetó esta entre sus dedos, como si a través del tacto pudiera relevar algo de su origen. De tacto suave y larga, tenía el cálamo grueso, con un color claro salpicado de manchas pardas. Posiblemente, de un ave grande, como un ganso o quizá una grulla.

La cabeza le bullía con preguntas e hipótesis descabelladas: «Si lo descubro, el bromista se va a arrepentir de esta bufonada».

Inhaló profundamente y luchó por centrar sus pensamientos. Al cabo de unos minutos su mente, acostumbrada a la toma de decisiones rápidas, trazó un plan: en primer lugar, interrogaría a Torres. Él le había entregado el paquete y era factible pensar que hubiera olvidado algún detalle, por nimio que fuera: si se había recibido por correo ordinario; si era un envío certificado que pudiera conducirle al remitente; o si lo habían entregado en mano en el registro de entrada. Visionaría las cámaras de seguridad y comprobaría quién estaba detrás.

En segundo lugar, contactaría con Miguel Ángel Santamaría.

Una sonrisa de afecto afloró a su rostro al recordar a su viejo camarada. No sólo no tenía secretos con él, sino que trabajaba en la Embajada de Rabat y se le consideraba uno los mayores expertos en cuestiones relacionadas con el Sahel y norte de África.

Si aquel asunto se relacionaba con intereses españoles en Marruecos, él lo sabría.

Y, por fin, dependiendo del éxito de sus pesquisas, compartiría sus preocupaciones con Virginia. Frunció la boca en un ademán de amargura: «Virginia…», susurró. No le apetecía revivir sus rencillas en Mons, dolía demasiado, pero ella siempre sabía qué hacer y, a pesar de que ya no fueran pareja, se suponía que seguían siendo amigos. Además, le podía servir como artimaña para indagar sobre su situación. En los días previos a su marcha todo se precipitó y, con la excusa de embalar sus enseres y preparar la mudanza, apenas se despidieron. Sus ausencias habían sido premeditadas, claro, aunque no era su estilo dar la espalda a los problemas. Al decirse adiós se comprometieron a conversar con más calma cuando hubieran reflexionado. Sin embargo habían transcurrido seis meses y, salvo

unos mensajes sueltos y una felicitación por su cumpleaños, la conversación no llegaba a producirse.

Luchando por no caer en la trampa de los recuerdos, se dispuso a iniciar la primera de las tareas. Se levantó del Chester, se anudó diligente el botón de la camisa y, reconfortado por tener una estrategia, marcó el número de la oficialía de guardia.

Quería retomar la conversación mejor de lo que había acabado por la mañana, y se esforzó por dirigirse al responsable de seguridad con acento cordial:

—Buenas tardes, capitán Torres. ¿Continúa de servicio? —dijo amable.

Al otro lado del teléfono la llamada no pilló al policía militar de improviso. De hecho, la esperaba. En su oficio era importante la psicología y se preciaba de ser buen observador; el comandante parecía lo bastante predecible para intuir sus pasos.

—Buenas tardes, oficial —respondió con similar tono—. Estaba a punto de finalizar mi guardia, pero dispongo de tiempo para usted —se sentía aliviado de no acabar el día sin aclarar el asunto—. Supongo que ha inspeccionado el paquete y me llama para preguntarme. ¿Adivino?

—Eh…, sí. —contestó. Su habla afable invitaba a las confidencias—. No sé qué pensar. Si no fuera por la fotografía, que es auténtica, pensaría que se trata de una equivocación o una broma de mal gusto. No quiero descartar ninguna opción y por eso le llamo, para conocer su opinión.

Torres se sintió halagado. El comandante solicitaba su consejo. Por la mañana la conversación entre ambos había acabado en un intercambio de acusaciones. No era su estilo y ahora estaba en disposición de corregir el malentendido.

—Entiendo —necesitaba ganarse su amistad y decidió darle carrete—. Yo no le daría importancia, al menos si no surgen nuevas amenazas o nadie se pone en contacto con usted. Esté tranquilo —de pronto, su entonación se hizo suave—. De todas formas, puedo… ¿puedo preguntarle algo?

—Dispare —replicó Mario.

—No me malinterprete, no nos conocemos apenas y no quiero que se moleste. Pero… ¿está metido en algún lío? Me refiero a algo relacionado con su destino en el SHAPE, o tal vez aquí, en el Estado Mayor. Cualquier cosa, por insignificante que sea. Incluso algo relacionado con su vida privada.

Su tono delató sorpresa:

—No... No que yo sepa.

El otro insistió:

—Bueno, quizá no me haya explicado. Tengo entendido que acaba de

finalizar una relación con una compañera de su promoción que maneja documentos de naturaleza restringida.

Lo soltó de un tirón, sin variar la entonación, como no dándole importancia, aunque al otro lado de la línea la alusión a un aspecto tan íntimo provocó un silencio espeso en Mario, que contuvo el aliento unos segundos. «¿Cómo diablos conoce el capitán tanto sobre mi vida en Bruselas?», pensó estupefacto.

La inflexión de su voz cambió radicalmente, expresando su disgusto ante semejante intromisión:

—¿Qué conoce de mi relación? —preguntó sin disimular su enojo.

En un segundo, aquello había dado un giro. Comprendiendo que había ido demasiado lejos, Torres trató de explicarse:

—No se moleste, los asuntos de seguridad nacional son así: nuestra obligación es saber todo de todos. He visto su ficha, y sé que se llama Virginia Redondo, ¿no es cierto? Y que según la escala OTAN maneja información CTS [2], documentos confidenciales cuya difusión generaría riesgo. El tipo de datos para los cuales siempre existe gente dispuesta a obtenerlos a cualquier precio. —Sin darle tiempo a interrumpir, continuó—: Escuche, comandante, no me quiero meter donde no me llaman, aunque es mi deber preguntárselo. A veces no valoramos la importancia de lo que sabemos, y eso es justo lo que los chantajistas aprovechan. Si hay algo que le preocupe, confíe en mí. Le ayudaré —hizo una pausa—. Se lo preguntaré una vez más: ¿tiene algún problema que me quiera contar?

—¿Algún problema? No, ¡claro que no! —afirmó rotundo.

Su cabeza empezaba a dar vueltas ante tanta insistencia. La pregunta, la referencia a los niveles de información clasificada y el conocimiento de la existencia de Virginia en su pasado, parecían más propias de un funcionario del Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas —el CIFAS [3]— que de un policía militar. ¿Era posible? No sería la primera vez que un agente de *La Casa* se hacía pasar por otra persona. Y Esteban Torres parecía saber mucho. Demasiado. ¿Cómo había averiguado el nombre y apellidos de Virginia? Y, sobre todo… ¿cómo sabía que su relación finalizó hace unos meses?

A veces se producían filtraciones de seguridad, y aunque estaban aleccionados para ser cautelosos, nadie se hallaba a salvo de cometer una imprudencia tomando una copa. Y con las relaciones de pareja pasaba algo similar. Confiabas en la persona que amabas; durante meses, o años, le revelabas detalles de tu trabajo, y luego, sin esperarlo, se producía la separación. Y los secretos compartidos en la alcoba no se podían ya borrar.

Reflexionó un instante: ¿acaso insinuaba que poseía información acerca de los desarrollos informáticos en que colaboraba Virginia y que alguien había organizado el asunto del paquete para

extorsionarle? Sonaba muy rebuscado. Y, si así era, el chantajista iba a quedar decepcionado: ella era tremendamente reservada, jamás hubiera caído en semejante error y él no guardaba datos de los proyectos del CIRC.

Mario escuchó al capitán con interés y decidió ser prudente. Estuviera o no de acuerdo, aquella gente conocía su trabajo.

—Está bien —prosiguió el policía—. Se lo pregunto porque, si sospecha, nuestra tarea no solo consiste en proporcionar seguridad en las instalaciones. Esa es la más visible. Lo realmente importante es que, si algún oficial dentro de nuestro ámbito tiene un problema, o sospecha tenerlo, necesitamos ser informados. Solo así podemos ayudarle y protegerle de cualquier riesgo. ¿Lo entiende, mi comandante?

Al otro lado, Mario no movió un músculo.

Tras un breve lapso, el policía continuó:

—Está bien —dijo adoptando un acento nuevamente casual—. Si en algún momento se ve apurado no dude en comunicármelo: oficial o extraoficialmente. Sabremos ser discretos. ¿Lo hará?

Mario se quedó pensativo: «*Sabremos*…». ¿Por qué empleaba el plural? Aquello reafirmaba su sospecha de que podía tratarse de una persona diferente de la que aparentaba. ¿Quién era aquella gente? ¿A qué se dedicaba…?

Al menos, Torres se mostraba sincero en su deseo de ayudarlo. Quizá lo había juzgado precipitadamente y resultase buen tipo:

—Descuide, capitán. Lo haré.

***

Mario sentía un regusto amargo por la referencia a su vida personal, y durante un rato trató de dilucidar el trasfondo que se ocultaba detrás de aquellas misteriosas palabras.

Eran las seis y, en un intento de despejarse, preparó un café. Mientras luchaba con aquella dichosa cafetera de cápsulas el sonido del teléfono lo sobresaltó. Se quemó los dedos mientras se apresuraba hacia la mesa: «¡Qué torpe soy…!», farfulló. Retiró una pila de papeles con el logo de *confidencial* y se abalanzó sobre el auricular. Antes de telefonear a Torres había solicitado que le pasaran con la Embajada de España en Rabat y esperaba con impaciencia que devolvieran la llamada para hablar con Miguel Ángel.

Conocedor de sus horarios tardíos, podía ser él.

Habían sido cadetes en la academia militar y se conocían desde hacía veintiún años. Sus salidas nocturnas por Santiago de la Ribera, en las inmediaciones del Centro Universitario de la Defensa de San Javier, fueron memorables y nunca habían perdido la camaradería de entonces. Después, coincidieron en la agrupación aérea de Zaragoza, y

durante ocho meses en una misión internacional en Somalia, bajo bandera OTAN. Su trabajo consistía en entrenar a las fuerzas de seguridad somalíes en su lucha contra Al-Shabaab, un movimiento yihadista relacionado con Al-Qaeda. Pasaron por varias situaciones apuradas y aquello consolidó su amistad. Dentro del ejército, confiaba en él más que en ningún otro y aunque habían perdido contacto —desde 2015 servía como Agregado de Defensa en la cancillería del país alauí—, hablaban con frecuencia por videollamada.

Miguel Ángel era un gran tipo, le había demostrado su lealtad en mil y un lances y no tenían secretos el uno para el otro. Al contrario que Mario —más soñador e idealista—, era práctico, resolutivo y un extraordinario relaciones públicas, con un punto narcisista que incluso le dotaba de mayor personalidad. Su única debilidad era el dinero: le apasionaban los lujos. Solía acertar en sus consejos y fue él quien le convenció de que el destino en el SHAPE sería un trampolín para su carrera. Y había acertado. A Mario le hubiera gustado seguir como piloto de caza, pero él no cejó hasta que consiguió la plaza de instructor jefe en *Mons.* Sabía ser muy persuasivo cuando quería. No le extrañaba que con su labia y su currículo hubiera conseguido un puesto tan codiciado como el de agregado en un destino en el que, además de conocimientos militares, resultaba imprescindible la habilidad diplomática.

El sonido de una telefonista, en francés, interrumpió sus pensamientos:

—*¿Monsieur De las Heras? Je le croise avec le lieutenant-colonel Santamaría. Une seconde.*

La voz de su amigo resonó clara y potente al otro lado:

—¡Mario! Joder, hombre. Qué abandonado me tienes. Hace dos meses que no sé nada de ti. ¿Dónde te metes?, ¿tan abducido te tienen en el EMA?

—No, ¡qué va!, no es para tanto —respondió contagiado de su espontaneidad, se alegraba de hablar con él. Siempre lo encontraba jovial y escuchar las chanzas de su amigo le ponía automáticamente de mejor humor. A su lado, los problemas perdían importancia. No tenía tiempo que perder y decidió ir al grano—: Escucha, Miguel Ángel, te he enviado una foto por whatsapp. Es de un paquete que he recibido en el Cuartel General esta mañana. No sabía a quién contárselo. Es algo *peculiar* —dijo repitiendo el adjetivo que Torres había utilizado—. ¿Te importa ojearla y darme tus impresiones? No sé si debo preocuparme.

—¿Eh?, claro —respondió el Agregado Militar. Parecía intrigado—. Dame un minuto.

Mario escuchó trastear al otro lado de la línea. Había puesto cuidado en que en la fotografía se distinguieran tanto la pluma como la imagen

del soldado a camello. Dudó, mas finalmente no había incluido copia del mensaje escrito en el reverso. De momento, se reservaba esa información.

Su amigo se mostró sorprendido:

—¡Coño...! ¿Qué es esto? —espetó cuando comprobó lo que aparecía en la pantalla de su móvil. Su extrañeza parecía sincera.

—No lo sé. Esperaba que tú me sugirieras alguna idea. ¿Se te ocurre algo?

Miguel Ángel reflexionó unos instantes.

—Me temo que poca cosa. El asunto de la pluma es desconcertante, no te lo niego. Supongo que conoces el mismo folclore que yo alrededor de su significado, lo de que es una forma de llamar cobarde a alguien y todo eso, aunque no se me ocurre nada más. ¿Y el meharista [4]? Eso me resulta más curioso. ¿Quién es? Juraría que posee un aire a ti. ¿Es posible?

En las horas que habían transcurrido desde que recibió el paquete había examinado tantas veces el retrato que conocía de memoria cada una de las arrugas y pliegues del papel. Sentado a la grupa de un camello blanco, se veía a un oficial de los Grupos Nómadas vestido a la usanza del desierto. Portaba una *kandora* que le cubría el cuerpo, dejando al descubierto sus pies descalzos, al modo que los jinetes más hábiles acostumbraban a montar. De entre veintitrés o veinticuatro años, sonreía relajado; posando su mirada en el horizonte: se le veía feliz. En su mano, una fusta de cuero con la que gobernaba a su montura descansaba sobre el regazo. La gorra militar, con plato azul y franja cilíndrica verde, lucía un emblema consistente en media luna dorada y una estrella de cinco puntas. A su lado, una inscripción bordada: *Sáhara*.

Mario contestó a la pregunta de su amigo con un deje de tristeza:

—Es mi padre. Estuvo en El Aaiún, en Villa Cisneros y en otros puntos desde marzo de 1965 hasta el abandono de las últimas unidades, en diciembre de 1975. Te sonará, lo hemos hablado.

—Cierto. No lo recordaba.

—La fotografía es de esa época, de los primeros años, diría yo. Hay algunas similares en el álbum familiar, pero esa en concreto, con un aire tan risueño y relajado, es la primera vez que la veo. Está radiante —Mario sintió un nudo en la garganta al recordar a su padre, muerto hacía cinco años—. Esa expresión jovial es tan diferente de los recuerdos que guardo de él en los años finales de su existencia que me resultan dos personas distintas.

—Ya, bueno… —contestó Miguel Ángel. Tras un par de minutos mostraba gestos de prisa—. Escúchame —dijo para acabar—: yo no me preocuparía.

Mario no entendió el comentario:

—¿En serio? Me tranquiliza escucharte. ¿Cómo estás tan seguro?

—No lo estoy, no puedo asegurarlo, pero insisto que no le daría importancia. ¿O a estas alturas te vas a preocupar de un anónimo? Puede ser cualquier chalado, o alguien que quiera gastarte una broma pesada.

—Pero la foto… —insistió.

—¿Qué le pasa a la foto?

—Pues que es verdadera, no es una broma —su voz sonó angustiada—. Es un retrato de mi padre, te lo acabo de explicar, y para enviarla alguien ha debido guardarla este tiempo. Alguien que le conocía. ¿Cómo no voy a dar importancia a algo semejante?

Miguel Ángel terminó de impacientarse.

Definitivamente, su tono afable del principio se iba trastocando en uno más antipático:

—Venga Mario, ¡no me jodas! Estoy hasta arriba con líos políticos; con el reconocimiento de la soberanía marroquí sobre el Sáhara después de cuarenta años, el puñetero de Trump ha puesto esto patas arriba. Quiere fortalecer la relación entre Marruecos e Israel y se afirma que está dispuesto a abrir un Consulado en Dajla, nuestra antigua colonia de Villa Cisneros. ¿Lo puedes creer? ¿Qué me cuentas ahora de una vieja foto…? Te lo digo en serio: sal esta noche a tomar una copa y olvídate del asunto. En la terraza del Hotel Riu, en Plaza de España, sirven unos combinados deliciosos; llama a la norteamericana esa que conociste hace unas semanas y disfrutad de las vistas. O de lo que sea que hagáis juntos. Así, de paso, te olvidas de Virginia.

A Mario le chocó la precipitación de su compañero, más ese último exabrupto. ¿A qué venía lo de Natalie? Sus conversaciones solían ser cordiales, plagadas de bromas y anécdotas de los viejos tiempos. Además, aunque suponía que no lo había hecho con mala intención, la referencia a su novia hasta hace unos meses removió sus recuerdos. Había algo en el apresuramiento de Miguel Ángel que no encajaba. Antes que él saliera con Virginia, en Mons, siempre sospechó que algo ocurrió entre ellos. Ninguno lo había reconocido, si bien durante una temporada las miradas que se dedicaban resultaban de lo más reveladoras. En varias ocasiones preguntó a su amigo al respecto, pero a diferencia de con otras mujeres con las que mantenía una aventura —de las que alardeaba por todas partes encantado—, nunca le sacó ni una palabra acerca de si hubo un *affaire* entre ellos. Mejor así. Por algún motivo su relación no debió acabar bien y ninguno quería reabrir páginas del pasado. Después, mientras ellos dos vivieron juntos en Bélgica, nunca tuvo el mal gusto de preguntar al respecto.

Pensó rápido. Aunque él había devuelto la llamada, quizá estuviera atareado. Ser responsable de la coordinación militar española, y por

extensión punta de lanza de la Unión Europea en África no debía resultar sencillo. Fuera como fuera, era evidente que no quería prolongar la conversación.

No quiso malgastar su tiempo:

—Sí, quizá sea mejor —se limitó a contestar.

—Mario, me esperan —finalizó Miguel Ángel—. Ya hablaremos despacio, te lo prometo. Ahora tengo que colgar. —Al fondo se oyó una voz que insistía en francés: «*Monsieur Santamaría, pouvons-nous commencer?*». Mientras se despedía, le dedicó unas últimas palabras. Sabía que no le había resultado de utilidad y no le gustaba despedirse de ese modo— Y olvídate de este asunto. Hazlo por mí, lo digo en serio. Aunque no lo entiendas: ¡olvídalo!

***

Tras colgar, salió del despacho, abandonó el edificio y se dedicó el resto de tarde a vagabundear por Moncloa. Se sentía desencantado por el trato de su compañero y por su insistencia en que olvidara todo, aunque reconfortado porque no diera importancia a la carta. En eso coincidía con el capitán Torres.

Probablemente ambos tenían razón y se preocupaba en exceso.

Durante la mañana llovió tenuemente y la borrasca otoñal dejó paso a una tarde húmeda y fresca, con el olor que desprendían las nubes, aún cargadas de tormenta, impregnando el ambiente. Las hojas lacias y amarillentas de los árboles, pronto yermos, salpicaban las aceras y formaban montículos arrastrados por el viento diseminados a lo largo de la avenida. Sin embargo, el halo de tristeza que provocaba el incipiente otoño no era obstáculo para que ríos de gente ocuparan las aceras y se detuvieran delante de los escaparates. Él había crecido en un cortijo de Jaén, entre sedientos olivares, y aquello te marcaba: a diferencia de otras personas, que se encontraban cómodas entre las multitudes, él no se acostumbraba al bullicio y ajetreo de la capital.

Mientras dejaba atrás la calle Princesa, pensó en llamar a Natalie Halkman, tal y como jocosamente había sugerido Miguel Ángel. Se habían conocido en una convención organizada por la división de defensa de Boeing en Barcelona y ella era una de las ponentes. Inteligente, atractiva, sensual… y toda una experta en sistemas avanzados de defensa. Aunque él le sacaba diez años, conectaron de inmediato y ya habían cenado en un par de ocasiones. No era mucho, quizás el comienzo de algo más serio.

Sus dedos estuvieron a punto de marcar su teléfono; lo descartó en el último segundo. Era un día de entre semana, hacía frío, casi anochecía y ella vivía en la otra punta de Madrid, en la zona de Arturo Soria. No le parecía el día ni el momento adecuado.

Apartó a la neoyorquina de su mente y apresuró el paso hasta su

ático de la glorieta de Bilbao. Pertenecía a otro de sus compañeros del cuerpo, Roberto Cañizares. Al volver de Bélgica, se lo alquiló por menos de la mitad de su precio en el mercado. Aun así, la mensualidad suponía un buen bocado para su nómina de funcionario. Nada más llegar se sirvió una copa de su Rioja favorito —un tempranillo con notas mentoladas de una bodega de Tolosa—, y mientras lo degustaba se armó de valor: eran cerca de las nueve y media y tenía pendiente la última de las llamadas. La más complicada. Si quería hablar ese día con ella, no podía aplazarlo más. Virginia… la mujer de su vida, la compañera fiel con la que había compartido sus mejores años y a la que admiraba como a nadie. A la que había pedido ser madre de sus hijos y que, delicadamente, le había rechazado por no atreverse a dar el paso. La que le pidió que esperara dos o tres años y que, mientras, todo siguiera igual. ¿Acaso era mucho? *Su* Virginia…, la misma que llevaba seis meses queriendo olvidar y que le observaba con su arrebatadora sonrisa, colgada de su brazo el día de la entrega de los Reales Despachos de oficiales en San Javier, cada vez que entraba a su habitación porque era incapaz de retirar el marco con su foto de la mesilla de noche.

Bebió un pequeño sorbo, tomó aliento y, cuando empezaba a marcar, cambió de idea. «¡Ahhh!», exclamó frustrado: no, no era capaz. No todavía. Sintiéndose un niño al que su maestro hubiera pillado en una acción sonrojante, colgó asustado. «Es tarde —se justificó—. Mejor escribir. Lo entenderá y nos evitará la incómoda conversación acerca de qué tal seguimos cada uno. Sí, eso haré: un mensaje será menos comprometido».

Efectivamente, era tarde para los horarios belgas y conocía de sobra sus costumbres: llevaría en casa desde las seis. La suponía viendo alguna serie en Netflix o leyendo con su pijama de rayas rosas cualquiera de sus indescifrables libros en inglés sobre *Phishing*, *Ransomware,* gusanos informáticos o cualquiera de los endiablados nombres con que los expertos nombraban a las amenazas informáticas. Se había interesado en la ciberseguridad por puro placer intelectual y, a base de leer, de forma autodidacta, y junto a la experiencia adquirida en el CIRC, ahora impartía conferencias a los mismísimos ingenieros de IBM, en Armonk. Precisamente, fue a la vuelta de un viaje a los Estados Unidos —en que estuvo tan atareada que ni siquiera sintió la necesidad de telefonearlo—, cuando Mario entendió que se encontraban en diferentes momentos vitales, que su confianza se resquebrajaba y que debía ser él quien rompiera para salvar su anterior amistad. Y así lo hizo, aunque después se arrepintiera.

Tras resumir la situación y subir las fotos, dio al *enviar.* Un suspiro de ansiedad recorrió su cuerpo; sabía que ella estaba permanentemente conectada y leería el mensaje al momento. Sin embargo, en esta

ocasión, sintió un hormigueo en el estómago cuando tras veinte minutos el consabido *double check* de la aplicación de mensajería seguía en gris. ¿Por qué no lo abría? Ansioso, miró su reloj: las nueve y cincuenta. Un inesperado ataque de celos lo asaltó: «¿Dónde está?». Habían decidido darse un tiempo, no se debían explicaciones y él mismo había tenido un par de escarceos con Natalie; pero, al no localizarla, a las diez de la noche, le sobrevino un pensamiento para el que descubrió que no estaba preparado: el de que quizá ella estuviera rehaciendo su vida sentimental más rápido que él.

Se sirvió otra copa generosa del Rioja y, rumiando su ausencia, encendió el aparato de televisión. Al azar, cambió los canales mientras cavilaba por qué nuestra memoria siempre graba en lo más profundo justo lo que se pretende olvidar.

Pasado un rato, la somnolencia se apoderó de él.

***

Días después, Mario comenzaba a restar importancia al asunto. El trabajo de vocal asesor resultaba más agotador de lo que anticipaba antes de llegar al EMA y el día a día del cuartel absorbía sus esfuerzos. La foto, su padre, el Sáhara, aquella dichosa pluma…, seguía sin avanzar en el galimatías, si bien se hacía a la idea que el tiempo aclararía el malentendido por sí solo.

El anuncio de la reunión de la Junta de Defensa en el Ministerio lo pilló de improviso. Sabía que el propio Jefe de Estado Mayor había dedicado comentarios elogiosos a sus análisis de inteligencia, pero de ahí a exponer sus conclusiones sobre el Brexit delante de un grupo de coroneles dispuestos a buscarle las cosquillas, mediaba un mundo. Le parecía una encerrona. En todo caso, no había alternativa. Y, al fin y al cabo, no siempre se viajaba en coche oficial.

Eran las once de la mañana, y en lugar de bajar la calle Bravo Murillo y torcer a la derecha, como hacía en ocasiones, el chófer giró por José Abascal hasta Castellana. Los protocolos de seguridad se habían relajado desde los años de plomo de la ETA, aunque entre los mandos se mantenía la costumbre de no seguir idénticas rutas. Su jefe, el coronel Márquez, se había adelantado en otro coche y aprovechando la presencia del conductor él repasaba la presentación en la parte trasera del Audi A6.

A medio camino, su Samsung vibró con fuerza. A la vez, la pantalla táctil se iluminó anunciando llamada entrante. Concentrado en la preparación del discurso, el sonido lo sobresaltó: se trataba de un número oculto.

—¿Dígame? —contestó, disponiéndose a colgar tan pronto constatara que se trataba de una llamada comercial.

Se equivocaba. Un inesperado y suave timbre de mujer se escuchó al

otro lado:

—Buenos días, señor De las Heras…

—¿Si…?, ¿quién es? —Estaba molesto por la interrupción.

Se produjo una pausa, como si la persona al otro lado buscara las palabras adecuadas y dudara acerca del tratamiento. Mario distinguió una exhalación.

La voz parecía nerviosa:

—¿Me permites tutearte? —dijo al fin—. Así me resultará más fácil.

Su tono era cálido, aterciopelado, y a pesar de su zozobra se expresaba en español con solvencia. Mario creyó reconocer cierto aire árabe, circunstancia que confería a sus frases un acento curioso; similar al de esos extranjeros que, pese a llevar años en un país, impregnan a sus palabras de un soniquete agradablemente musical.

La pregunta lo pilló desprevenido; al ser un número sin identificar hubiera imaginado que se trataba de una llamada publicitaria, o alguien que se equivocaba. Iba solo, en la parte trasera, el coche luchaba contra el tráfico que recorría la arteria principal de Madrid y echó una ojeada al chófer para comprobar si seguía la conversación. Pero no: acostumbrado al oficio, conducía impertérrito sin prestar atención a nada que no fuera la circulación.

Si escuchaba, disimulaba a la perfección:

—Eso depende —dijo reaccionando todo lo rápido que el pasmo le permitía. Rodeado de papeles por el asiento, la interrupción no podía ser más inoportuna—: ¿Quién es usted? ¿Y por qué sabe mi nombre?

Se produjo un nuevo silencio.

—Verá… —se corrigió—: *verás.* Eso no es tan fácil de responder como supones. De momento solo puedo decirte que no me conoces. No nos han presentado ni creo que hayas oído hablar de mí. Pero yo de ti sí. Y bastante, te lo aseguro.

Mientras el coche seguía desplazándose entre el denso tráfico, Mario trazó un diagnóstico de la situación. La llamada la habían realizado a su número profesional, poca gente lo tenía y se sintió perplejo.

La misteriosa voz invitaba a confiar en ella, si bien no se relajó:

—¿Cómo ha localizado este número? ¿Quién se lo ha dado? —insistió elevando el volumen.

Esta vez, el chófer sí arrojó una mirada de soslayo a través del retrovisor.

A pesar de los mil doscientos kilómetros que los separaban, Mario creyó percibir que la chica, mujer o lo que fuera, esbozaba una sonrisa. Para ella, lo más difícil —atreverse a llamar— estaba hecho. Contaba con amigos en los servicios secretos argelinos, De las Heras era un miembro de las fuerzas aéreas españolas, antiguo colaborador de alto nivel de la OTAN, y para unos cuerpos como los suyos no había costado trabajo localizar su teléfono. La única consigna había

sido que, si algo salía mal, el Departamento de Vigilancia y Seguridad —la DSS argelina— no debía verse implicada: el *acercamiento*, como se decía en la jerga, corría por su cuenta.

—Eso no importa —respondió la mujer tratando de no perder la compostura—. Si te parece importante, te lo explicaré más adelante. Lo relevante ahora es el motivo de mi llamada —la entonación trataba de ser cercana, aunque no acababa de sentirse cómoda y su voz temblaba ligeramente.

Mario se cansó de aquel circunloquio que, en su opinión, no iba a ninguna parte:

—No me gusta ni lo que dice ni cómo lo dice. No dispongo de tiempo y voy a colgar —dijo haciendo ademán de presionar el botón de apagado. Se sentía molesto con el secretismo de la última semana para encima aguantar esto ahora. El coche había rebasado el Santiago Bernabéu y se disponía a girar en la rotonda que llevaba a la calle del Poeta Joan Maragall, por lo que en cinco minutos estarían en la sede del Ministerio de Defensa. Se jugaba mucho en la presentación y no se podía permitir desconcentrarse.

La mujer, consciente de que acababa su oportunidad, hizo un último intento:

—¡Aguarda un minuto! ¿Has abierto el paquete?

La inesperada pregunta atrajo su atención.

Tragó saliva y cejó en su intención de finalizar la conversación: había dado en el clavo.

—¿El… paquete? —dijo removiéndose inquieto.

La mujer fue consciente de la inflexión de sus palabras y supo que había retomado la iniciativa.

—Sí, tú sabes a qué me refiero —dijo más confiada—. Lo entregaron hace un par de días a tu nombre en el Cuartel General del Aire. ¿O vas a decir que no lo has abierto?

Mario quedó estupefacto. Había empezado a olvidarse de aquel asunto, si bien esto revelaba que la situación era más grave de lo que suponía: la carta, la pluma, la fotografía, la referencia a un asesinato y ahora la intrusa tuteándole por su nombre de pila.

Le invadió una súbita preocupación: la desazón que lo acompañaba desde hacía semanas, la intuición de que algo grave estaba a punto de suceder tomaba forma corpórea.

Su cerebro funcionó a mil por hora. Tenía dos opciones: colgar el teléfono, y olvidarse de la cuestión, o seguir hablando con la árabe y recabar información.

Optó por lo segundo.

—¿Así que lo ha mandado usted? Esto sí que es una sorpresa —dudó si debía dar esa información—. Lo he abierto —contestó—. Y ni me ha gustado lo que he visto ni he entendido el mensaje. Por mucho que

conozca mi nombre y mi dirección se trata de una confusión. No sé en qué tipo de líos andará metida, pero nada tienen que ver conmigo.

Pese a la invectiva, la extraña se sintió satisfecha. Aunque el timbre de voz del comandante sonara molesto, enfadado incluso, era lógico. Estaba preparada para esa reacción. Se aferró a la silla en la que estaba sentada, miró a su amigo Abdul que seguía la conversación a través de otro auricular sin perder palabra, y se dispuso a explicar el verdadero motivo de la llamada:

—Me temo que no. No se trata de ninguna confusión. Verás, no quiero darte más información por teléfono: no sería prudente. Es posible que a estas alturas tengas el aparato pinchado, *ellos* no se detendrán en algo tan nimio, y te aseguro que es imprescindible que nos encontremos y te explique las cosas cara a cara. No quedarás decepcionado. Y como yo no puedo salir de Marruecos me temo que deberás venir tú: ¿conoces Marrakech?

Mario se sintió airado: ¿quién *no se detendría*…?

Tanto atrevimiento le crispaba y no le importó que el chófer oyera:

—¿Marrakech? ¿Bromea? —exclamó—. Debe estar loca si piensa que viajaré hasta África, a una entrevista con una persona de la que no conozco ni su nombre, y que ha tratado de intimidarme con una absurda carta. ¡Lo único que quiero que me diga es de dónde ha sacado la fotografía de mi padre y qué tontería es esa acerca de un hermano asesinado! ¡Dígame!: ¿de qué conocía a Carlos de las Heras?

La mujer se azoró. Había conseguido atrapar su atención, aunque la conversación no discurría como vaticinara. No podía ofrecer una respuesta clara, pero era imprescindible aportarle otro dato. Una pista, una clave que le ayudara a comprender que su vida no era la que le habían contado:

—Mi nombre es Luzmila —concedió—. Soy saharaui. Con eso basta: el resto te lo contaré cuando nos reunamos. No podemos hablar más por teléfono: no es seguro y probablemente no me creerías. Es demasiado lo que tengo que explicarte, pero si nos reunimos entenderás muchas cosas —jugó su última baza para avivar su interés—: Sin embargo, antes que nos veamos, pregunta a tu madre, a doña Carmen Valcárcel, acerca de tus hermanos. Y, cuando lo hagas, no olvides decirle que te explique lo que sabe acerca de Laissa.

—¿Mi madre? ¿Laissa? ¿Cómo se atreve?

—Tu madre, ¡sí! —sentenció yendo más lejos de lo que pretendía—. ¡Y también a tu hermana! ¡Pregúntales por qué te ocultan la verdad!

Mario estaba sobrepasado.

Su corazón palpitaba ante el giro de la conversación y la rabia con que la saharaui acababa de acompañar esas últimas palabras:

—¡Espere! ¿Cómo se atreve a meter a mi madre?, ¿y de qué conoce a mi hermana María José? ¿Quién es Laissa…?

La mujer, sin dar tiempo a terminar las preguntas, colgó. Temía ser localizada si seguía hablando más tiempo y sentía recelos por desvelar demasiado pronto su historia. Las cartas estaban ya sobre el tapete: a partir de ese instante todo dependía del deseo del comandante de escarbar en el pasado para desentrañar la madeja de la historia de su familia y, de paso, la de la retirada vergonzosa de todo un país.

A su lado, Abdul, el fiel amigo de Luzmila, había seguido con infinita atención la conversación. La saharaui no estaba segura de cómo reaccionaría Mario y le pidió que la acompañara.

Abdul tomó dulcemente la mano de su amiga entre las suyas. Necesitaba insuflarle valor: después de la tensión del momento, lloraba amargamente. Admiraba su valentía y arrojo, como antes los de su madre. Las dos eran un puntal de su sociedad y un ejemplo de coraje. Y con aquella acción, con la que luchaba contra las mentiras del pasado, se ganaba su respeto más si cabía.

Aprovechando que no tenía restringidos los movimientos, había sido él quien había viajado a Madrid y depositado el paquete en aquel imponente edificio de Argüelles: la idea de la pluma resultó suya. Luzmila sólo le había entregado la fotografía de su padre con el mensaje al dorso, con la indicación de que se la hiciera llegar a Mario a cualquier precio. Conocía la historia y creyó que haciendo una alusión a su honor —insinuando que era un cobarde— captaría mejor su atención. Ciertamente, estaba encantado de comprobar que su plan había funcionado.

El español había picado el anzuelo.

***

Mientras Luzmila y Abdul repasaban una y otra vez el desarrollo de la charla y qué pasos dar a continuación, Mario se mantuvo anonadado, incapaz de reaccionar. Hasta que aquella misteriosa mujer no confesó haber mandado el paquete no dio valor a sus fantasías; después, al sacar a relucir a su madre y a su hermana María José, llamándolas por sus nombres, el alcance del problema había cambiado por completo. Además de la foto, conocía detalles de sus biografías que no podía pasar por alto. Debía de tomar decisiones si quería llegar al fondo del asunto. Sin embargo, no ahora: el chófer acababa de entrar en el protegidísimo aparcamiento de Castellana 109, sede del Ministerio de Defensa del Gobierno de España, y su coronel jefe aguardaba impaciente para impartirle indicaciones antes de la reunión con el JEMA. Se jugaba su prestigio y, si no quería arruinarlo, debía poner sus cinco sentidos en la reunión.

***

Al mismo tiempo, y también a cientos de kilómetros de Madrid, el triángulo se cerró cuando un árabe presionó un botón deteniendo la grabación. Apagó el cigarrillo de liar en un atestado cenicero y respiró complacido. La calidad del sonido no resultaba excesiva, pero lo suficiente para entender la conversación, especialmente la parte relativa al momento en que la saharaui pedía al español que viajara a Marrakech.

«¡La tengo! —se felicitó— ¡Una semana con el teléfono de esa perra bereber pinchado y la tengo! No puedo creer tanta suerte. Si el español comete el error de viajar a Marruecos, esperaré a ambos».

Sin perder tiempo, se apresuró a hacer una copia de la grabación. Debía enviarlo en formato comprimido a Rabat. Esa operación, que con las viejas cintas de cassette hubiera supuesto horas, ahora no le llevó ni cinco minutos. La dirección de envío figuraba en un servidor de correo oculto en la *Dark Web*: era un avezado profesional y sabía intercambiar información sin dejar rastro. Para ello solía usar TOR Mail u otros sistemas parecidos cuyos códigos de encriptación los hacían imposibles de rastrear.

Temía a pocas personas, muy pocas, pero su jefe era una de ellas. Y no admitía demoras. Él mismo era un tipo duro, acostumbrado al oficio, si bien un involuntario estremecimiento hizo erizar el vello de su nuca: tenía las manos manchadas de sangre y, en su trabajo, alguien como él era fácilmente reemplazable. Un «cabo suelto», como decían los occidentales, alguien con un secreto comprometedor que era mejor eliminar.

Debía extremar las precauciones, no cometer ningún error. La operación de Hassi R'Mel había sido un completo éxito, pero si fallaba en el más mínimo detalle, tal y como había ocurrido después con ese estúpido metomentodo hermano de la saharaui —ese Ahmed, al que había tenido que eliminar—, él sería el siguiente en desaparecer.

Envió el fichero de audio y encendió su pipa favorita de grifa.

Se había ganado un descanso.

---

2 Nivel más alto de seguridad dentro de los seis de la OTAN.

3 El Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (CIFAS) es el órgano encargado de prestar servicios de inteligencia, alertar sobre situaciones de crisis o prestar apoyo a operaciones militares.

4 Meharistas: tropas regulares de infantería montadas a camello. El origen de la palabra deriva de las compañías creadas en el ejército galo para controlar las vastas superficies del África colonial francesa.

Segunda parte

Ciudad de El Aaiún
Capital del Sáhara Español
Año 1965

III. La llamada del Teneré

Ciudad de El Aaiún (Sáhara Occidental)
Marzo de 1965.

El ruido de los trimotores del Junker 52 taladró su cerebro desde el mismo despegue. El «Tante Ju» —como se conocía coloquialmente— había sido uno de los protagonistas de la guerra civil española y después había participado en la guerra de Sidi Ifni de 1958, siendo empleado para el lanzamiento de paracaidistas. Elegante, versátil, fue la estrella de un gran número de operaciones aéreas a lo largo y ancho de Europa. Pasado sus momentos de gloria, servía ahora como medio de transporte militar para los afortunados del puente aéreo entre Las Palmas y el Sáhara que ocupaban una de sus plazas. El resto de la tropa, la mayoría, arribaba a la costa Oeste de África tras largas travesías en barcos, con desembarcos inciertos en playas solitarias a bordo de lanchas anfibias azotadas por las olas.

Era la segunda vez que Carlos viajaba en aeroplano. La primera ocasión había sido meses atrás, en el vuelo nocturno que trasladó a su unidad desde Sevilla hasta la capital canariona y, a pesar de la novedad, durmió la mayor parte del trayecto. Ahora, era diferente: los motores de la vieja nave no tenían la suficiente potencia para elevarla por encima de los dos mil o dos mil quinientos metros de altura, y ello, junto al estruendo que provocaban, el olor a aceite quemado y la ansiedad que sentía por alcanzar su destino, le generaban arcadas en el estómago.

De pronto, una sacudida hizo bambolear el aparato. El sargento Carazo, un experimentado legionario de la XIII Bandera de los Tercios sentado a su lado, curtido en las arenas africanas desde hacía quince años y de rostro seco y afilado, lo examinó con sorna:

—¿Mareado, mi teniente? —el artillero silabeó despacio lo de *teniente*, dejando entrever que si el andaluz ni siquiera podía aguantar unos zarandeos en el aire, mal iba a resistir las inclemencias del lugar a donde se dirigían. No le gustaba que le hubieran encalomado a un tenientucho tan joven, recién salido de la Academia de Infantería de Toledo, y desde la semana anterior en que le asignaron a su servicio en la comandancia de Las Palmas, no perdía ocasión para hacerle sentir que las tierras saharianas no eran lugar para oficiales novatos.

—No del todo —contestó Carlos, esforzándose por contener las náuseas—. Este condenado aparato se agita como si fuera a precipitarse al vacío de un momento a otro; si no aterrizamos pronto mi estómago me va a jugar una mala pasada. Eso es todo, sargento.

¿Usted nunca se marea? Ocúpese de lo suyo y yo cuidaré de mí.

Lo había dicho en tono áspero, alzando el volumen sin pretenderlo, algo poco frecuente en él. Pero es que los soldados se apretujaban a lo largo de ambas filas de asientos esperando su reacción y consideró oportuno tapar la boca al irónico legionario antes de que le perdiera más el respeto. Carazo había viajado desde Smara, que albergaba un cuartel de la Legión, hasta la comandancia canaria únicamente para acompañar al pequeño contingente. Se creía un aguerrido soldado, y desde el primer segundo no disimuló que no le gustaba hacer de niñera de un oficial tan joven, de dos cabos «enchufados» de Madrid y de un grupo de reclutas de reemplazo a los que, en su opinión, lo único que les importaba era acabar su servicio militar obligatorio y largarse cuanto antes.

El sargento sonrió, sarcástico. Era un tipo duro, con barba poblada, cejas espesas, nariz ancha y vello asomando por la pechera. Vestía la reglamentaria camisa verde caqui de manga corta y en la hombrera quedaba abotonado su *chapiri* con borla roja, el característico gorrillo legionario inspirado en las tropas de Isabel II. Sus antebrazos estaban recubiertos de tatuajes —cosa que Carlos jamás había visto, ni se hubiera permitido en otro cuerpo del ejército—, y aunque con una impecable y larga hoja de servicios, era conocido por buscar las cosquillas a los oficiales. El legía [5] amagó con contestarle, si bien en el último segundo pareció conformarse con rumiar para sus adentros algún tipo de grosería. Carlos no entendió su farfulla, sonó a un: «ya veremos, ya veremos quién cuida de quién…» y prefirió disimular, hacer como que no había oído y dejarlo pasar; el estrecho habitáculo del Junker no era un lugar adecuado para discutir ni su indisposición lo permitía. Podía suponer por qué no gustaba al legionario, y a base de indirectas y pullas Carazo estaba consiguiendo que el sentimiento fuera recíproco. Con desagrado, vio cómo introducía su dedo índice en la boca y hurgaba insistentemente entre sus dientes amarilleados por el tabaco. Giró la cabeza y, sin perder más tiempo, enfocó su mirada hacia el óvalo de cristal de la ventanilla.

Tras unos minutos, un punto oscuro marrón fue formándose enfrente: era África. Según se aproximaron el relieve de la costa se dibujó nítidamente y sobrepasada la línea de no retorno, donde el Atlántico cedía el paso al primigenio continente, observó por vez primera aquello que tanto anhelaba: ¡el Sáhara! A uno y otro lado lo único que se divisaba era arena y según el aparato iniciaba la maniobra de descenso hacia el aeródromo, su estómago se relajó, como si la cercanía de las dunas le infundiera tranquilidad.

El tono crema de la tierra le impresionó por su claridad. Pasados unos minutos, sus pupilas se acostumbraron al albedo —la luz que proyectaba el reflejo del sol en los cristales de arena—, y contuvo la

respiración ante la belleza de lo que surgía ante su vista. Turbado, atisbó a uno y otro lado para comprobar que nadie observara; por el rabillo del ojo descubrió a varios de los reclutas tan maravillados por la inmensidad del desierto como él. No quería traslucirlo, pero se notaba impactado.

Llevaba meses, años, soñando con aquello.

Cuando era niño y escuchaba con atención los relatos y anécdotas de su padre, el comandante Francisco Javier de las Heras, y los de sus otros compañeros que habían servido en África, una voz interior le apremiaba a descubrir esas ignotas tierras. Algo que lo empujaba y lo atraía irresistiblemente; como el eco de un tambor que resonara misterioso y profundo dentro de él, hechizándolo. Y ahora, con solo veinte años, estaba cerca de su añorado objetivo. Hacía seis, con la reválida del bachillerato elemental en el bolsillo, su familia ni se había planteado la posibilidad que él no continuara la tradición militar de su progenitor, comandante de infantería mutilado de guerra y héroe de Brunete: tan pronto como obtuvo el título escolar en su viejo instituto de San Isidoro, uno de los más antiguos de la capital hispalense, continuó su formación en la prestigiosa Academia Militar de Zaragoza. Y aunque los comienzos como cadete tan lejos de su casa, en Sevilla, no fueron fáciles, terminó adaptándose a los rigores militares y a los entrenamientos en el campo de tiro y maniobras de San Gregorio, a las afueras de la ciudad.

Acabado el grado superior con mención especial, y ya con rango de caballero alférez, completó su formación militar: dos años en la Academia de Infantería de Toledo. Allí, no dudó cuál sería su primer destino: África.

A mediados de los años sesenta, los oficiales que se presentaban voluntarios para el Sáhara no eran tan abundantes como décadas atrás. Menos en los Grupos Nómadas, siempre ávidos de oficiales de la península lo suficientemente osados —o, más bien, desconocedores de la realidad del desierto— para atreverse con semejante aventura.

El oficial encargado de explicarles los destinos que podían escoger trató de quitárselo de la cabeza:

—Joder, De las Heras. ¿En los meharistas, la unidad de camellos, estás seguro? Estás bien situado en el escalafón y hay otras plazas donde escoger. Puedo entender que lo hagas por el dinero, pero por vocación… —escéptico, en su cabeza no cabía una decisión tan desinteresada—. La gente allí no se anda con tonterías: desde lo de Ifni en noviembre de 1957 eso es un polvorín. En cualquier momento pueden liarse a tiros de nuevo. ¿Por qué enterrar tu juventud en ese secarral plagado de escorpiones?

El capitán Pueyo, un maño que después de dos años día y noche con ellos les tenía gran cariño, lo decía sincero. Apreciaba la entereza de

Carlos y sospechaba que guardaba suficientes virtudes para convertirse en un excelente militar. Además, la fama de su padre lo precedía.

No necesitaba demostrar nada e insistió, tratando de convencerle que escogiera otro puesto:

—Sevilla, por ejemplo, es una magnífica opción para un oficial joven. Eres de la tierra, puedes labrarte un nombre por esos lares. O, si prefieres salir una temporada de Andalucía para alejarte de Jaén y que te crezcan los dientes alejado de tu familia, la Capitanía Militar de Valencia sería adecuada. Es la sede de la III Región Militar, su clima es templado, te gustará. O Toledo, como no: aquí siempre necesitamos gente como tú. Incluso Madrid, si es que lo que quieres es medrar en el escalafón. Pero África… ¡África! ¿Qué esperas encontrar entre los tuaregs?

—Se lo agradezco, capitán —replicó Carlos firme—. Sé que lo hace con la mejor intención, mas no insista. Lo he decidido. Nada alterará mi elección.

El oficial estaba chapado a la antigua y contemplar a un alférez tan joven, apenas un muchacho, insistir en presentarse voluntario para uno de los destinos más arriesgados e incómodos que existían en el Ejército de Tierra, en cierto modo le reconcilió con su profesión.

—Está bien. Lo que quieras. Escribe tu nombre aquí.

Carlos se limitó a asentir con la cabeza y, sin contestar, exhaló un suspiro de satisfacción. Estampó convencido su firma en el documento. Era joven, decidido y entusiasta, deseoso de probar su valor:

Mia 17, Agrupación de Tropas Nómadas (ATN) [6].
Cabo Cisneros. Sáhara.

De eso, había pasado medio año. Y, ahora, después de un destino transitorio en el acuartelamiento de Las Palmas de Gran Canaria, era cuando se disponía a comprobar si la firmeza de su decisión se hallaba a la altura de las penalidades que lo aguardaban en aquellas latitudes.

Aguzó la visión. Las tonalidades rojizas y ocres del desierto que contemplaba desde el asiento le provocaban un torbellino de emociones. Gracias a la escasa altura a la que volaba el trimotor contemplaba todo desde una posición privilegiada, su mirada recorría absorta la vasta extensión de arena que pronto se convertiría en su hogar. Había memorizado cada cabo, saliente, nombre y fracción de las tribus nómadas que se asentaban en los dominios españoles: los Erguibat, los Izarquien, los Ait Lahsen, los Ulad Delim, los Tidrarin. Incluso empezaba a aprender frases y expresiones en *hassanía*, el dialecto del árabe magrebí que utilizaban los beduinos.

Para él, el Sáhara se había convertido en una fijación. Los árabes lo llamaban *Sahara al-Kubrá* —el Gran Desierto—, y las tribus bereberes

lo conocían en lengua *tamazight* [7] como *Teneré*. Con su descomunal dimensión, era el desierto cálido más grande del mundo: casi tan grande como China. Cada año, ciento ochenta millones de toneladas de polvo eran transportadas por corrientes de aire a otros lugares. Limitado al sur por el Sahel, cortaba en dos mitades el continente africano, desde el océano Atlántico hasta el Mar Rojo, y se extendía a lo largo de diez países, formando el cinturón de lo que se conocía como África Subsahariana. Dentro de ese vasto territorio, el Sáhara español ocupaba una extensión del tamaño de la mitad de la península ibérica: ubicado en la zona conocida como *Al-Magrib* —que en árabe significa «poniente»—, era una franja de doscientos cincuenta kilómetros de anchura por mil ciento cincuenta de longitud, desde la desembocadura del río Draa, en el norte, a Cabo Blanco, en el sur. Administrativamente quedaba formado por Saguía el Hamra, cuya capital era El Aaiún, punto de encuentro de todo tipo de buscavidas, y por la región de Río de Oro, cuyo centro era la ciudad costera de Villa Cisneros.

Carlos soñaba con contemplar sus dunas de arena, que alcanzaban doscientos metros; al capricho del siroco, el implacable viento seco y, en ocasiones, brutal —al que los nativos apodaban *Irifi*—, sus formas se modificaban continuamente. Así, lo que por el día presentaba una apariencia, los vientos de la noche, igual que diablillos traviesos, lo barrían y lo esculpían por entero sin dejar rastro de lo anterior. Así era: a lo largo de los siglos, miles de viajeros se habían perdido por sus arenas, vagando sin rumbo al borrarse las huellas de los que los precedían, pereciendo al no ser capaces de encontrar el camino.

Los ancianos afirmaban que cuando soplaban con potencia los vientos del Teneré hacían desaparecer pueblos enteros, y que la ferocidad del simún [8] era tal que tragó en su totalidad a los cincuenta mil hombres del ejército del rey persa Cambises II, en su intento de llegar a Tebas por sorpresa. Si creemos a Heródoto, en un punto indeterminado… todos desaparecieron. Exageraciones, leyendas, mitos que pasaban de generación en generación; historias de solitarios y esforzados viajeros cuya veracidad, salpimentada de imaginación, Carlos suspiraba por comprobar.

Además de las dunas, estaban los *erg*, los inmensos mares de tierra; y por contraposición, los pedregosos valles de roca: las *hamadas*. Su superficie suponía el setenta por ciento del Sáhara y la presencia de rocas y minerales, reflejando el sol abrasador, provocaba que las temperaturas superaran los cincuenta y cinco grados. No menos características eran las planicies de gravilla, los *reg*, y sus valles salinos: los *shatt*. [9]. Y en medio de ello, la presencia de animales adaptados a su clima: aparte de camellos, abundaban las gacelas, así como unos zorros de hábitos nocturnos y largas orejas, llamados *fénec*.

Y, junto a ellos, los únicos moradores humanos capaces de soportar sus temperaturas: los bereberes, a los que pronto conocería…

Dejando atrás los recuerdos, Carlos volvió al presente de su viaje en el Junker. Carazo se incorporaba de su asiento y, satisfecho de su anterior repaso bucal, avisaba a los reclutas que prepararan los petates:

—Mirad ahí, «gorriones» —indicó a los nuevos soldados—. Estamos descendiendo. Eso es El Aaiún: la capital del Sáhara —orgulloso, señaló a la bandera española que flameaba en lo alto del Ayuntamiento—. La mitad serviréis ahí. El resto pasaréis un par de meses de instrucción a las afueras, para aclimataros a las costumbres, y cuando el coronel Llorente decida os trasladareis a Villa Cisneros o alguna de las bases avanzadas de los tres Grupos Nómadas: Edchera, Daora, Mahbes o alguna otra —se detuvo—: Os aseguro que vais a descubrir el calor abrasador. La novedad os llamará la atención, pero pronto estaréis tan hartos de esa arena que se mete por todos lados que no querréis volver a verla en vuestras vidas. Hasta os limpiareis el culo con ella. Suplicaréis que os saquen de aquí, os lo aseguro.

Antes de continuar con sus bravatas, tomó aire:

—Vosotros sois andaluces, ¿verdad? —soltó mirando a dos jerezanos sentados al fondo de la bodega—. Pues escuchad: el calor más tórrido de Écija, Córdoba o Andújar en agosto os parecerá una agradable canícula en comparación con lo que vais a experimentar. Os juro que hasta que hayáis pasado aquí una temporada ninguno sabréis lo que es el fuego del infierno.

Los dos soldados lo miraron amedrentados, sin atreverse a replicar. Las historias que se contaban del Sáhara, y de los castigos que se infligían en batallones como el de Cabrerizas, eran poco halagüeñas y no se les pasaba por la cabeza realizar ninguna pregunta, por inocente que fuera, que llevara al legionario a molestarse con ellos. En caso de no saber responder, mejor guardar silencio. Habían oído chismes acerca de soldados que perdían la razón calcinados por las altas temperaturas y el sargento disfrutaba confirmándoles sus peores presagios, infundiéndoles terror acerca de lo que iban a vivir. Además de los tatuajes en ambos brazos, su aspecto tampoco era para tomárselo a broma: alto y musculoso, su cuello era tan ancho como el de una res y su cara adoptaba una tonalidad rojiza cuando se exasperaba. Se decía que podía quebrar el cuello de un hombre con una sola mano sin pestañear. Por eso le apodaban de esa forma en el Tercio: *Toro*.

—¿Qué? ¿Os ha comido la lengua el gato? —dijo provocador—. Pues con calor o sin él, más vale que cumpláis mis órdenes al pie de la letra y no seáis tan tímidos. Si no obedecéis hasta en el más mínimo detalle los bandidos de la zona no se andarán con miramientos: no dudarán

en despellejaros y asaros al sol.

Los jerezanos, cada vez más intimidados, siguieron sin responder.

—Ya es suficiente, Carazo —intervino Carlos, algo repuesto.

No quería polemizar con el legía, que gozaba desmoralizando a los reclutas acerca de su nuevo destino, pero por muy recién llegado que estuviera no le iba a permitir envalentonarse de aquella manera. Menos en sus propias narices. Aquello funcionaba así: los veteranos atemorizaban a los inexpertos, y cuando estos ocupaban su lugar, imitaban esa conducta con los nuevos. Era la rutina de los destacamentos.

Abstrayéndose, regresó a lo suyo. Más adelante no gozaría de oportunidades para contemplar la orografía desde una posición elevada y continuó explorando a través del cristal. De tanto acercarse estaba empañado, por lo que lo limpió con la manga de su chaqueta. No quería perder detalle.

Desde el aire, la ciudad se extendía considerablemente más de lo que había calculado. En su febril imaginación se había figurado unas jaimas [10] diseminadas alrededor del cuartel, con apenas unos pozos y cobertizos para el ganado. Sin embargo, observando las construcciones desde arriba, no le cupo duda del esfuerzo de convertir El Aaiún en una ciudad moderna.

A simple vista, reconoció el Ayuntamiento y el patio del Cuartel General. Esforzándose más, y casi a ras de tierra, divisó un mercado cubierto que enlazaba con la calle comercial donde estaba el zoco; tres plazas rodeadas de comercios; una zona de edificios administrativos, cerca del cuartel; la iglesia de San Francisco de Asís; y varias barriadas de casas prefabricadas al gusto de las construcciones de aquellos años. Después descubriría que se usaban tanto por españoles como por los saharauis que, cada vez en mayor número, abandonaban su vida nómada y emigraban a la ciudad.

El estado del aeropuerto también le sorprendió. A diferencia de una pista de arena, como había supuesto, se trataba de una instalación espaciosa, bien asfaltada, adaptada para el aterrizaje de aeronaves pesadas, que ofrecía servicio a los quince mil europeos que vivían en el Sáhara. Su tamaño permitía fletar vuelos regulares con la península, Canarias y entre El Aaiún y Villa Cisneros. Fuera de esas dos ciudades se habían construido campos de aviación en otras poblaciones más pequeñas como Smara, Agracha, Güera y Hagunía.

Sin perder su aire militar, aquel recóndito punto de África parecía una ciudad española de provincias.

De las clases de historia militar del profesor Fuentes —en Toledo— conocía que el primer asentamiento databa de 1928. A punto de pasar al retiro, el docto maestro explicó a los cadetes que las ventajas de su emplazamiento —suministro garantizado de agua dulce, buena

comunicación con Tarfaya y Cabo Juby y cercanía con la costa—propició que tomase ventaja respecto a otros puestos fijos. Pasados pocos años, reemplazó a Villa Cisneros, primer asentamiento al sur y capital hasta 1940: en ese año El Aaiún fue declarado cabecera del Sáhara Español y sede del Gobierno Civil y Militar.

España se recuperaba como podía de los estragos de la guerra civil y, pese a ser capital de un vasto territorio, su desarrollo fue lento. Sin embargo, como apreciaba Carlos, en marzo de 1965 sus instalaciones eran las de una ciudad occidental: central eléctrica, canalizaciones, alcantarillado, emisoras de radio, residencias, hoteles donde alojar a la numerosa población flotante, bares y lugares de ocio —incluyendo el cine Las Dunas—, e incluso colegios y una escuela de formación profesional para oriundos. En la subida hacia el barrio Colominas hasta empezaba a construirse un Parador de turismo, similar a los que salpicaban el resto de la geografía peninsular. La silueta del cuartel Don Juan de Austria, sede de la tercera bandera de la Legión, dominaba el paisaje urbano y las bóvedas esféricas de las construcciones tradicionales se mezclaban con otras más recientes, contrastando con lo que hacía veinte años era un grupo de casas esparcidas en medio del desierto.

Cerca de El Aaiún, se ubicaba el puesto de Echedeira, en la frontera con Argelia; y, a doscientos kilómetros, Smara: la ciudad santa del Sáhara, punto de encuentro de todo el que necesitara sabiduría, refugio o consuelo. Con su alcazaba, enclavada en una zona de juncos y ricos pastos, era la única ciudad de importancia no fundada por españoles.

De estudiar los mapas con avidez, Carlos sabía que, avanzando hacia el interior, y tras la majestuosidad del desierto, se llegaba a la *cabila* [11] de Auserd. Sus montañas de color negro rompían la monotonía del paisaje, sobrecogiendo al que se atrevía a aventurarse hasta esos parajes.

Aunque en ese momento no podía imaginarlo, ese lugar, Auserd, marcaría su destino.

Por último, bajando por la línea de la costa, se encontraba Villa Cisneros, encuadrada en un saliente de cuarenta kilómetros de longitud a modo de península. Su puerto servía de entrada para los barcos pesqueros, que aprovechaban sus ricos caladeros de langosta, calamar y pulpo.

Haciendo gala de sus conocimientos, Fuentes les explicó que los navegantes lusos bautizaron a esa zona Bahía del Oro, no por lo que los colonos más ambiciosos creían —porque hubiera abundancia del preciado metal—, sino por lo que se pagaba a los moros por el rescate de la tripulación cuando algún bajel naufragaba cerca del litoral. En Villa Cisneros, España había levantado su primer fuerte en tiempos de

Cánovas —finales del XIX—, junto a otros establecimientos que servían de enlace con Canarias: Medina Gatell o Puerto Badía, posteriormente abandonados. En un intento de superar la pérdida de las colonias, e impulsada por ambiciones similares a las de Francia y otras potencias, España declaró el protectorado sobre los quinientos kilómetros que se levantaban frente al archipiélago canario.

De aquello habían transcurrido ochenta años, más desde que los adelantados de Canarias establecieron los primeros enclaves en los albores del siglo XV. Las relaciones con las metrópolis habían cambiado y, como le advirtió Pueyo, el maño, los años anteriores habían sido un polvorín. La pérdida del territorio del Ifni, en 1957, terminó en tablas con Marruecos; y aunque España mantuvo el Sáhara Occidental, se vio obligada a ceder Cabo Juby y parte de la provincia de Ifni. Sujetas a una férrea censura, las noticias de los combates no trascendieron en la península, si bien entre los militares africanistas se conocía que los enfrentamientos se saldaron con la muerte de trescientos de sus camaradas.

La guerra nunca se declaró formalmente, mas ello no supuso obstáculo para que los combates se sucedieran durante ocho meses, con sucesos heroicos como el del fuerte de Tiluín: con las tropas aisladas, sitiados por fuerzas que les triplicaban en número y a punto de perecer, paracaidistas de la Segunda Bandera realizaron un salto suicida —el primero de su historia— para liberar a sesenta supervivientes. Y si para los españoles fue una ratonera, viéndose obligados a abandonar los poblados incapaces de proteger, las tropas del Ejército de Liberación Nacional de Marruecos —el ELN— salieron peor paradas.

Ocho años después de aquella carnicería, y pese a ceder extensos territorios para garantizar la paz, el tamaño del Sáhara Occidental español seguía siendo inmenso: una abrumadora extensión cuya seguridad ellos, y solo ellos, eran los encargados de mantener.

Como dijo el sargento Carazo: «las tierras saharianas no eran lugar para oficiales novatos».

Pronto lo comprobaría.

***

Carlos estuvo tres meses en El Aaiún.

Anhelaba partir hacia el desierto profundo, su gran obsesión. Quizá por eso no encajó bien la ligereza de la colonia y la cohorte de tugurios de dudosa reputación que salpicaban aquí y allá la ciudad. La mayor parte de soldados eran de reemplazo, reclutas llegados desde todos los puntos de la geografía para servir a su país durante dieciocho meses. Y si para unos era una aventura, para la mayoría era un reto demasiado duro, y deseaban encontrar cualquier cosa a su

alcance con que matar la soledad. Y en los cabarets lo encontraban. En comparación con las expectativas con las que fantaseaba antes de su llegada, ello se convirtió en un contrapunto alejado de su vida en Jaén, y después como cadete en Zaragoza y Toledo. No era lo que había supuesto antes de su llegada y deseaba escapar para sumergirse en la naturaleza salvaje.

Pese a la decepción inicial, no fue un tiempo desaprovechado. Descubrió en El Aaiún un emplazamiento a medio camino entre la meseta y el mar, con cierto parecido al de algunos pueblos españoles por la luminosidad y la blancura de sus casas. Su principal característica eran sus viviendas, cuyos techos acababan en forma de bóveda semicircular —o «de huevo», como les decían— y que servían para refractar el calor. Paseando entre sus calles, percibió dos realidades diferentes, palpables para el que quisiera descubrirlas. Por una parte, la de los nativos saharauis, apartados de las actividades de los militares españoles, actuando unos a las espaldas de los otros. Por otra, la convivencia con los emigrantes —canarios, en su mayor parte— que buscaban fortuna en esa tierra. Con ellos existía una relación de normalidad, incluso de cariño y afecto. De igual a igual. Comerciantes, pescadores o albañiles llegados de Las Palmas o de Tenerife en busca de oportunidades, que anhelaban mejorar su nivel de vida y vivir de sus negocios. Se esforzaban por abrirse paso y su contacto diario con los saharauis, con los que convivían codo con codo, los convertía en testigos del ambiente político y social.

Tras mucho rogar, el coronel Llorente, coronel jefe de la ATN y al mando de la Plana Mayor de El Aaiún, lo recibió en su despacho. Se trataba de un hombre de aspecto recio, poblada barba negra y faz bronceada, curtida por el viento después de años en aquellas tierras.

Su aspecto fiero contrastaba con el tono paternal con el que se dirigió a él:

—Escuche, De las Heras —comenzó afable—, no sé si lo sabe: tuve el honor de servir con su padre. Estaba al final de su carrera y era un hombre respetado, excelente persona y no menos excelente militar, y yo un oficial ávido de consejos —lo expresó con aire de nostalgia, con esa sensación de añoranza con que la bruma del pasado embellece los recuerdos de juventud—. Le recuerdo con apego. La cuestión es que me llamó hace unos días, charlamos de los viejos tiempos y me explicó que su sueño es servir al ejército en la sección de Grupos Nómadas. Me explicó que él le recomendó otro destino en la península, pero que usted siempre ha soñado con servir en estas tierras y que no pudo convencerlo de lo contrario. ¿Es eso cierto?

Carlos lo miró circunspecto. No le gustaba solicitar favores, pero apenas podía resistir el momento en que el coronel le facilitara el pase para abandonar El Aaiún y, si él podía agilizar su traslado, pasaría por

alto la intromisión de su padre. Llegar cuanto antes a su destino era lo único que importaba. Y dependía de aquella entrevista:

—Así es —respondió firme—. En Toledo me asignaron de modo provisional a Cabo Cisneros. En la Mia 17, dentro de la Agrupación de Tropas Nómadas.

—Lo sé. Lo he visto en su ficha.

—Si le soy sincero… no veo el momento de incorporarme.

—Suponía que diría eso. Pues escuche: por admiración y amistad hacia su padre voy a serle franco. No dudo que esa vocación es la que ha guiado sus pasos. Celebro su determinación, pero no quiero que se engañe: el desierto no es lugar para nosotros. No hemos nacido aquí, no conocemos sus secretos y por mucho que lo intentemos nunca seremos igual que esos beduinos, capaces de mimetizarse con la arena. Los tuaregs de las innumerables tribus que lo habitan llevan siglos adaptados a estas condiciones y, a pesar de eso, les resulta difícil soportar las temperaturas y los vientos huracanados. ¿De qué modo pretende hacerlo usted, un recién llegado? No quiero que se desilusione ni que ponga en riesgo su salud: aguante lo que pueda, aprenda sus costumbres, pero si no lo soporta hágamelo saber. Nadie se lo recriminará. Desde que estoy aquí he perdido a varios hombres entre esas dunas y no estoy dispuesto a llevar sobre mi conciencia la muerte del hijo de un compañero. ¿Me ha comprendido?

—Por supuesto. Así lo haré —la cruda referencia a la muerte lo acababa de estremecer, mas no se dejó amilanar—. De todas formas, no será necesario: soportaré cualquier prueba a la que se me someta. He leído todo lo que se puede leer acerca del desierto y de las tribus, sé a lo que me enfrento y no le decepcionaré.

Llorente se reclinó sobre las patas traseras de su silla.

Lo escrutó con cara de sorna:

—¿Dice que ha *leído* sobre el desierto? —exclamó sarcástico—. ¡Y sobre las tribus! ¡Leído…! Ya veo.

Carlos no fue consciente de la ironía:

—Sí, mi coronel. Y sé todo lo que…

—¡Está bien, está bien! —interrumpió el alto mando—. Todavía no sé si es un temerario irreflexivo o uno de esos aventureros africanistas enamorados del desierto de finales de siglo. Es usted joven, y me gusta su arrojo. Nos hacen falta más con su carácter, si bien no olvide mis palabras: si le surgen problemas y no se ve capaz de soportarlos, sabe dónde me tiene. Ahora, váyase. El sargento Carazo los acompañará. Ha servido durante años en estas tierras. Es algo brusco con los oficiales, pero no tema, ya lo irá conociendo: es pura fachada. En el fondo es la persona más noble y leal con la que pueda contar. Tenga por cierto que si topan con un grupo rebelde y tienen un encontronazo armado no deseará a ningún otro a su lado.

Mientras saludaba y le veía darse la vuelta y alejarse, el coronel Llorente, con mucha más información y experiencia que el bienintencionado jienense, mantuvo su rostro grave: esperaba no arrepentirse. Junto a la Bandera de la Legión, los Grupos Nómadas eran la unidad de élite de las tropas del Sáhara. Y una de las más peligrosas. Encuadrada por oficiales españoles con un alto grado de romanticismo, su tropa estaba compuesta de nativos, excelentes conocedores del terreno; recorrían el desierto viviendo igual que nómadas, y sus patrullas podían durar desde unos días en Land Rover hasta meses a camello fuera de las bases, durmiendo en tiendas que montaban y desmontaban en medio de la nada o pernoctando al raso. Al no estar cerca de ningún emplazamiento fijo se enfrentaban con sus propios medios a los bandidos o contrabandistas que infestaban la región, lo que hacía su actividad más arriesgada. Las inclemencias de sus vidas eran constantes y solo los más decididos perseveraban.

El coronel cerró los ojos y musitó una breve jaculatoria. El muchacho le caía simpático: solo rezaba porque no le tocara devolver el cuerpo a su padre dentro de un sudario de tela.

***

Tal y como le ordenaron, el sargento Carazo sirvió al grupo de guía. La Legión mantenía las bases de la IV y XI Banderas custodiando Villa Cisneros y sus órdenes fueron claras: debía acompañarlos hasta que se integraran con los Grupos Nómadas. Una vez allí, regresaría a su compañía —que es lo que deseaba— y no serían asunto suyo.

A Carlos y al sargento se les unieron cinco de los reclutas llegados en su mismo transporte. Los acompañaba uno de los dos cabos, un divertido gaditano llamado Federico Santiuste. Ellos también debían incorporarse a los meharistas. Sin embargo, a diferencia de él, no lo habían elegido voluntariamente y veían las dificultades como una fatalidad más que como una aventura: el árido paisaje, las costumbres desconocidas de los saharauis, la lengua, la religión... todo era diferente. Aunque oficialmente el Sáhara fuera igual que otra provincia española, la realidad estaba alejada del romanticismo del NODO. Así, la cara de emoción contenida de Carlos cuando montaron en el furgón contrastó con las de sus compañeros que, según dejaron atrás la ciudad, se recluyeron en amargos pensamientos sobre los meses o años que tenían por delante.

En su calidad de teniente quiso conocer los pueblos que discurrían entre ambas ciudades. Se desviaron de la ruta principal e invirtieron tres semanas en el viaje desde El Aaiún a Villa Cisneros. El coronel Llorente, conocedor de su deseo, accedió y le encargó portar órdenes firmadas a las bases de las inmediaciones; eso le sirvió de excusa para recorrer la zona y obtener un conocimiento general de la provincia.

Carazo, que al comienzo del iniciático viaje seguía llevándole la contraria a la menor ocasión, mostró su desacuerdo:

—Mi teniente, no tiene sentido detenernos en el recorrido. Entreguemos las órdenes y alcancemos cuanto antes Villa Cisneros. Allí estaremos protegidos. Somos solo ocho, pueden surgir problemas si encontramos un grupo rebelde.

Carlos, acostumbrado ya a sus peroratas, lo miró ausente. Apreciaba sus consejos, mas no pensaba ceder:

—No se preocupe, sargento. Sé que su objetivo es que arribemos sanos y salvos al destacamento, aunque si esos muchachos y yo mismo vamos a formar parte de los meharistas será mejor que nos habituemos a la orografía de la región. Y que lo hagamos cuanto antes. Para estas gentes, el desierto es parte consustancial y nosotros hemos de conocerlo, adaptándonos lo mejor y más rápido posible. Tengo entendido que, a pesar de la existencia de grupos de malhechores, vivimos en tiempos de paz, hace años que no se dan enfrentamientos con la población ni con el ELN y el coronel me ha ordenado que me familiarice. Eso es lo que pretendo conseguir. ¿Lo entiende?

—Por supuesto, señor. Usted da las órdenes —aunque no pensaba reconocerlo, Carazo se sintió impresionado por la madurez y solidez de sus argumentos—. Simplemente digo que no tiene sentido invertir tres semanas en algo que podemos efectuar en menos.

Ignorando las protestas del sargento, Carlos siguió adelante con su plan de reconocer la zona antes de sumergirse en su puesto de teniente de la Agrupación Nómada. Así, en dirección a Cabo Bojador, en la costa norte, abandonaron la carretera asfaltada que discurría paralela a la costa y se internaron en las pistas de arena que preludiaban el inicio de los pedregosos *ergs*. A diferencia de los demás, y por supuesto a diferencia de Carazo, que no entendía su fascinación por aquel «enorme arenal» —como llamaba despectivamente al desierto—, se sintió renacer tan pronto perdieron de vista las construcciones de El Aaiún. Al abandonar los caminos más transitados sus energías se multiplicaron y le invadió un espíritu audaz y aventurero con el que gozaba del sentimiento de independencia. Su carácter se tornó dicharachero, locuaz, y poco le importó descubrir la incomodidad de las *benias* —las tiendas ligeras de tela que usaban en la ATN y que montaban y desmontaban cada día—, beber de pozos insalubres y comer raciones enlatadas. Nunca había experimentado excesivo apego hacia las comodidades y no las echaba de menos.

Sentía la llamada del desierto, y a cada paso que daba adentrándose en él una fuerza nueva y desconocida lo poseía. Antes de visitarlo, cuando leía al respecto, acudían a su mente imágenes de paisajes infinitos, de altas dunas amarillentas que se recortaban contra el

inmenso cielo azul. Montañas de arena dorada, impulsadas por el viento, que se sucedían unas sobre otras, como olas del mar hasta más allá del horizonte. ¡Y ahora estaba allí! No había necesidad de soñarlo, de suspirar por su presencia, podía tocarlas... Acariciar su textura con las yemas de los dedos y jugar a embriagarse con la fina arena colándose en la oquedad de sus manos. Admirarse ante las paredes verticales de basalto, descubrir rocas de antojadizas formas o atender a las formaciones calizas que simulaban figuras de nieve y se elevaban en lugares insospechados.

Al atardecer, cuando montaban los campamentos, disfrutaba introduciendo los pies bajo la arena caliente. Y si lo descubrían, y lo miraban extrañados de su regocijo, apenas le importaba. Sus compañeros, ora asombrados, ora contagiados de su amor por la naturaleza, lo escuchaban silbar al vacío, con la brisa soplando a su alrededor envuelto en un aire puro. En lugar de considerar al desierto como un lugar inhóspito y amenazante, también ellos debían comprenderlo y amarlo; solo así podrían cumplir su labor de meharistas.

La última noche, mientras Carlos se deleitaba observando las constelaciones en la loma de una duna, Carazo —*Toro*, como todos lo llamaban ahora—, se le acercó. Tres meses atrás, en Las Palmas, no había dudado que era uno de esos aventureros de salón que querían presumir de haber vivido en el Sáhara y medrar gracias a las historias y anécdotas que relataran. Sabía quién era su padre, y su papel en Brunete —la ofensiva lanzada en julio de 1937 por el ejército de la República sobre las tropas de Franco para aliviar la presión en Madrid —, y sus prejuicios le hacían creer que había influido para que promocionara. Él llevaba doce años en el Tercio, había pasado de soldado raso a sargento caballero legionario y se sentía cansado de verse sobrepasado en el escalafón por otros sin merecimientos. Hasta había defendido Ifni de los muyahidines durante cinco meses en 1958, con su Tercio, el Alejandro Farnesio; cubrió la retirada de sus compañeros con su mosquetón, y después con su bayoneta, pero en lugar de recibir una medalla al valor —como hubiera merecido— nadie se lo premió. Con el afán de pasar página el silencio se impuso, no se quiso hablar de ello ni reconocer el mérito de los que dieron su vida. Para él, su patria estaba en deuda con él y sus compañeros. No podía evitar que el rencor anidara en su alma y por eso trataba a Carlos y al resto de oficiales con indisimulado desprecio.

Sin embargo, ahora, después de convivir con él a lo largo de tres semanas, pensaba que quizá el andaluz sí poseyera algo especial…

Se aproximó a él con el papel de un pitillo de liar colgando del pliegue del labio inferior. El consumo de tabaco en el desierto no era habitual, secaba la boca y la garganta aumentando la sed; aunque

todavía no estaban propiamente de servicio, ese era un día especial y le ofreció uno liado en señal de reconciliación:

—Mi teniente, mañana llegamos a Villa Cisneros y no sé si volveremos a coincidir. ¿Me permite una pregunta personal?

Carlos lo miró, relajado:

—Por supuesto, *Toro*. Dispara.

—Verá —no sabía por dónde empezar—, quiero decir que… ¿por qué le gusta esto? Acaba de llegar y sé que al principio esta inmensidad asombra. Es natural, a todos nos ha pasado. Sin embargo, usted es diferente. Le he observado: disfruta con ello. Lo comprende. Lo vive. Actúa igual que ellos.

—¿*Ellos*? —interpeló curioso—. ¿A quiénes te refieres?

—A los bereberes. Adoran su tierra, por desértica y estéril que resulte. Igual que usted.

Carlos le contempló con renacida complacencia. Tal y como dijo Llorente, el legionario se había comportado como un soldado resuelto y experimentado, digno heredero de los infantes que luchaban a sangre y fuego en Nápoles, Lombardía o Sicilia. Cumplían su juramento de bandera sin importarles las condiciones de los lugares que les encomendaban defender. Como ellos, el conocimiento de *Toro* de las rutas, de los lugares donde abastecerse de agua, de la forma de disponer y asegurar los campamentos, así como todo lo necesario para desplazarse por aquellas tierras, resultaron fundamentales. Siempre ojo avizor, atento a cada paso para no toparse con ninguna sorpresa. Los tiempos eran tranquilos —alguna incursión en las prospecciones de fosfatos de Bucraa y poco más—, pero haber combatido fieramente años atrás hacía que nunca descuidara la guardia.

—No lo sé —contestó sincero—. Supongo que serán estos colores infinitos; son más bellos de lo que esperaba. Quizá le resulte cursi, pero creo que ni el mejor de los escritores encontraría palabras para describir lo que se siente al contemplar el color rojizo de las dunas al amanecer, el modo en que se suceden hasta el infinito en el horizonte o el arrobo que se siente al mirar el azul turquesa de los cielos. Y, en el ocaso, es aún más extraordinario. Bajo esta cúpula estrellada descubres la pequeñez del ser humano, es como contemplar cara a cara al Creador. Los verdes y azules del día se esconden y dan paso a este mosaico cuajado de estrellas. Mira —indicó hacia el norte—: aquella es Draco, el Dragón. ¿La distingues? Y aquella otra constelación es Cygnus, el Cisne, y más a la derecha se esconde Scorpius. ¿No crees que son hermosas?

El legionario elevó la vista hacia el firmamento, mirando donde señalaba Carlos:

—Sí. Desde luego que lo son.

—Son haces de luz, su fulgor destaca contra la negrura del espacio.

Nunca había visto algo tan mágico. Este silencio resplandeciente, la fuerza de la naturaleza en estado puro, es hechizante. Me pregunto cómo un lugar tan yermo atesora tanta belleza.

El sargento lo miró con admiración. Llevaba quince años en el Sáhara y era la primera vez que alguien le describía el entorno de esa forma y le invitaba a contemplar las estrellas. Empeñado en luchar contra las incomodidades que generaba tal vez no hubiera valorado correctamente su belleza.

—No lo sé, supongo que es parte de la magia de la que habla. Dicen que lo esencial es invisible a los ojos, ¿no?

Incorporándose ligeramente, Carlos le estudio intrigado:

—Sí, será eso…

Los dos siguieron charlando. Al sargento le correspondía la primera guardia y, aunque no tenía por qué hacerlo, Carlos lo acompañó mientras disfrutaba de la contemplación del zoo de astros titilantes. Se sentía a gusto. A la mañana siguiente entrarían en Villa Cisneros, iniciaba una etapa desconocida y quería apurar la experiencia.

Acompañado del legionario, con el que estrenaba una franca e insospechada camaradería, disfrutó esa noche en libertad, sintiéndose libre, gozando de aquella sensación sin estar sujeto aún a la disciplina férrea que luego vendría.

---

5 Legionario (coloquial).

6 La Agrupación de Tropas Nómadas (ATN) se constituyó al dividirse la Policía del Sáhara en tres: Policía Territorial, Servicio de Información y Tropas Nómadas. Estaba formado por oficiales y suboficiales españoles y por miembros saharauis. En su origen se trataba de fuerzas a camello, si bien con el paso de los años fueron motorizándose. A partir de 1973 se licenció a gran parte de los nativos por creer que estaban colaborando con el Polisario.

7 Los bereberes son la población autóctona del Magreb. La palabra proviene del latín: *barbarus* («que vive al margen del pueblo romano»). Se conocen también como *amaziges* («Hombres Libres»), y al conjunto de lenguas bereberes *tamazight*.

8 Simún: viento rojo de los desiertos de Arabia. Proviene de la palabra samûn, que significa «viento venenoso».

9 El viento y las precipitaciones sobre los macizos del Sáhara dan lugar a dos superficies distintas: los *ergs* (como el Gran Erg Oriental), de finísima arena, y los *reg*, de cantos pulidos, guijarros y fragmentos de roca. El *shatt,* por su parte, es la zona del desierto constituida por valles secos y salares.

10 Jaima: tienda de campaña de los pueblos nómadas del norte de África.

11 Cabila: tribu de beduinos o bereberes asentada en un territorio determinado. Cada una de ellas gobernada por un *cadí.*

IV. Un resplandor en la jaima

Ciudad de Villa Cisneros, actual Dajla (Sáhara Occidental)
Mayo de 1968, tres años y dos meses desde la llegada a El Aaiún

La caravana de *meharis* [12] se extendía en fila a lo largo del arenoso *erg*, como si se tratara de la piel de una enorme culebra que serpentea. Habían recibido órdenes de recorrer la zona comprendida entre los poblados de Imilili y Auserd, dentro del cuadrante de Río de Oro, y desde hacía dos meses no pisaban Villa Cisneros.

No todos los españoles que le acompañaban en la patrulla poseían su capacidad de resistencia y la extenuación comenzaba a pasar factura.

Habían transcurrido algo más de tres años desde su llegada. Carlos, ascendido a capitán, había convertido sus sueños en realidad, encabezando una de las unidades de Tropas Nómadas: la más entregada, la más aguerrida. El tiempo había volado, había madurado y no se arrepentía de su decisión de elegir el Sáhara; Pueyo, el aragonés, estaría orgulloso. Al contrario: cada día lo saboreaba igual que el primero.

Su base estaba localizada en la ciudad, en el extremo oriental de la península, en una depresión del terreno a doscientos metros de la costa. Se trataba del primer asentamiento construido en el Sáhara por el ejército español, en 1898. Cercado por un muro rectangular almenado con aspilleras, lo protegían un conjunto de cañones. Desde ahí se organizaban patrullas, normalmente compuestas de seis soldados españoles —o *europeos*— y quince nativos, las cuales se dispersaban a lo largo del territorio sur, encomendado a su protección.

En sus misiones vivían a la forma de los nómadas; vigilaban el desierto, preferiblemente en las proximidades de los pozos de agua, llegando con sus camellos hasta donde los *jeeps* no eran capaces. Hacía años eran poco más que hoyos en el suelo, agujeros de escasos metros de profundidad, a lo sumo con la boca guarnecida con palos de *talha* —el solitario árbol que crecía en los parajes desérticos— para evitar que se desmoronaran. El Sáhara, enormemente avaro en aguas superficiales, era pródigo en aguas subterráneas y el tiempo, el dinero y el esfuerzo de muchos habían hecho que esos mismos pozos fueran ahora profundos y firmes.

En su caso, aparte de buscar la presencia de agua, le gustaba acampar en lugares elevados, de fácil defensa, cercanos a campamentos bereberes. Valoraba su presencia y su contacto, ya fuera porque en esos enclaves vivían familiares de soldados nativos destinados en alguna de las unidades, o porque la carne del ganado

que les facilitaban mejoraba su alimentación.

Pese a su entusiasmo, rayando en la devoción, adaptarse a la vida cuartelera —humedad y chinches incluidas— no resultó fácil: el coronel Llorente se lo advirtió en El Aaiún. En aquel momento no asimiló el alcance de sus palabras y pronto experimentó que nada tenía que ver patrullar unas horas durante el día, retornando al atardecer al relativo confort de los cuarteles, que vivir semanas en tiendas de campaña provistos únicamente de lo que pudieran cargar. La falta de higiene continuada era un hándicap, y a ello se sumaba la monótona dieta de las misiones: latas, no siempre en buenas condiciones, harinas de maíz tostado y, en ocasiones, cuscús y arroz. Con suerte, a las raciones se añadía leche de camella —densa y de sabor dulzón— y carne de cabra que comían asada, preparándola sobre brasas en un hoyo practicado en el suelo. Los nativos de la unidad, austeros y sacrificados, se conformaban con menos: cebolla cruda, caldo de carne de camello y verduras, y *balghman*, un gofio hecho a base de cebada tostada y molida al que se añadía agua hirviente, azúcar y un poco de aceite de oliva hasta convertirlo en una pasta espesa de color marrón a la que se daba forma de bolas.

Sin embargo, pese a tanta sobriedad, tan pronto ponía un pie en la cincha de su montura se sentía feliz. Gozosamente feliz. Sus conocimientos de *hassanía* habían mejorado y ello le permitía pasar largas horas debatiendo con los saharauis de su unidad, tratando de comprender su forma de vida. Ahora le resultaba más sencillo, e incluso se había granjeado fama de buen jinete, pero adaptarse a las «naves del desierto» —como se denominaba a los camellos— resultó arduo, y en los primeros meses la instrucción se centró en exclusiva en aprender a manejar y luchar encima de las monturas.

Los camellos arábigos —o dromedarios— poseían una sola giba y pestañas largas y finas que mantenían a salvo sus ojos de la arena. Para muchos españoles eran seres casi mitológicos, capaces —según las habladurías de los soldados más veteranos, deseosos de impresionar— de devorar kilómetros a velocidades fabulosas, sin necesitar beber ni alimentarse. Su fama de sobriedad, las fábulas acerca de interminables rutas por el Sáhara y la lejanía con la civilización, que deforma la realidad, hacían de él un animal semidesconocido. Sin embargo, una vez con ellos, comprendías que nada misterioso los rodeaba: su adaptación al medio les permitía soportar un clima que para cualquier otro cuadrúpedo suponía la muerte; eran capaces de beber cien litros de agua en quince minutos y recorrer grandes distancias sin alimentación ni más líquido. Sus pezuñas —simples uñas adaptadas al estéril terreno—, les permitían caminar sin resentirse por los *regs* y movían ambos pies del mismo lado del cuerpo para avanzar luego los dos del otro, navegando igual

que un barco.

Nada más llegar y despedirse del sargento Carazo, los nativos destinados en el fuerte fueron los encargados de enseñarles a manejar aquellas «naves». No existían mejores maestros y el teniente coronel Antonio Campos, el jefe de la base, encargó a Ahmed Messaud, de la tribu Erguibat, la misión de adiestrar a los recién llegados. Este tenía alrededor de treinta años, aspecto montaraz y el característico pelo crespo y rizoso de los autóctonos. Resuelto, su rostro era de enérgicas facciones y expresión astuta, dueño de una sagacidad innata pronta a reaccionar ante cualquier imprevisto. Hacía pocos meses que había alcanzado la graduación de *mocademin* [13], la más alta posible para un nativo en los Grupos Nómadas, si bien no era engreído y no le daba importancia. Junto a él, otro joven extremadamente cordial de la fracción Ulad Delim, con un español fluido, llamado Mahdi —que, en su idioma, significaba «El que no hace el mal»— lo acompañaba en la tarea. Ambos los inspeccionaron con simpatía.

Carlos, el cabo Federico Santiuste y los cinco soldados, entre los que se encontraban los jerezanos de los que se había burlado el sargento Carazo, llamados Manuel Aranda y José Luis San Pedro, miraron expectantes a las monturas. No se sentían para nada confiados. Era la primera vez que intentaban su monta y estaban nerviosos: para esa labor, la graduación no ayudaba.

Los siete observaron a los animales con la misma mezcla de inquietud y aprensión.

Por aquello de dar ejemplo, Carlos fue el primero en probar. Dio un paso adelante, tragó saliva y con una determinación impostada trató de subir por sí solo. No lo consiguió y, a la vista de su torpeza para alzarse, Ahmed y Mahdi tuvieron que ayudarle a acomodarse sobre los dos metros de altura del animal:

—¡Eso es, teniente! —indicó Ahmed para tranquilizarlo—. Manténgase frente a su espalda, ¡oblíguele a plegar el cuello! No importa que proteste. Cuando se alce, oscile su cuerpo para acompasarlo al suyo. De eso modo resulta más sencillo. Y, cuando se arrodille, haga lo mismo.

Contorsionado violentamente por los movimientos zigzagueantes del animal, la cara de Carlos no evitaba reflejar la zozobra que sentía.

Se notaba en un tiovivo:

—¡No me obedece! —exclamó a punto de caer al suelo.

—¡Insista! —le animó el *mocademin*—. Está probando su determinación. Cuando se doble apoye su pie izquierdo y pase el derecho al otro lado de la *rahala* [14]. Eso es, ¡así!, ¡así! —prorrumpió con júbilo al verle lograrlo—. Rápido, tome ahora asiento y no deje que le domine. ¡Demuéstrele que es usted quien dirige y no al revés!

—Ahmed, ¿qué hago para desmontar?

—Acorte la *jesama* [15] y sisee golpeando suavemente con el *debús*, la fusta para dirigir al camello. ¡Bien, bien…! Lo está consiguiendo. Ahora hágale barracar [16], descienda ejecutando los mismos movimientos de antes en sentido contrario. ¡Eso es!

Al conseguir poner pie en tierra, Carlos miró satisfecho. Ahmed y Mahdi emitieron simultáneamente un gruñido de aprobación. Para ellos montar a camello era tan natural como andar y gracias a sus enseñanzas el español no lo había hecho del todo mal.

El resto, felicitaron al jienense alborozados:

—¡Lo he logrado! —exclamó Carlos. Se le veía dichoso—. ¡La primera vez que lo intento y he subido y bajado sin caerme!

Entre risas y bromas, más confiados después de contemplar las evoluciones de su oficial, los demás probaron con los otros componentes de la manada. El patio del fortín se llenó con los gruñidos de los animales y con expresiones altisonantes, juramentos e imprecaciones de los inexpertos jinetes:

—¿Por qué rugen al levantarse, Mahdi? —preguntó Aranda, uno de los jerezanos. Estaba acostumbrado a manejar caballos desde niño y se consideraba buen jinete, si bien nunca había escuchado aquel gorgojeo en ningún animal. Sin contar con los que se hallaban de patrulla, en el fuerte se custodiaban doscientos camellos y a lo largo del día se repetían los insistentes ruidos que acababan machacando el cerebro.

—Son respiraciones fuertes —dijo el saharaui—. Cuando nos acercamos saben que vamos a interrumpir su tranquilidad, cargándolos con peso o retirándoles el pasto. Son inteligentes y es su forma de protestar, no debéis asustaros. En el fondo son apacibles.

—¿Apacibles? —respondió incrédulo Aranda, que luchaba por hacer avanzar al suyo que le miraba amenazante.

Mientras tanto, Santiuste estuvo igualmente a punto de caer; para evitarlo, en un arranque de espanto, golpeó con el *debús* a su montura y se agarró como pudo a la silla. El animal bramó con disgusto. Con el cuerpo vencido por el balanceo, hubo de asirse al cuello mientras no paraba de gritar.

De no ser peligroso, la escena hubiera resultado cómica.

Ahmed se desesperó ante su brusquedad y se aproximó hasta el centro del patio de entrenamiento. No disimuló su enfado:

—No, ¡no! —gritó al gaditano—. Use la *jesama*. ¡No lo golpee sin motivo! Su carácter es dócil y no se rebelará, pero trátelo con afecto.

Carlos oteó sudoroso. Pese a su éxito inicial, su camello también se resistía. Llevaba luchando encima de él varias horas, y pese a no haberse caído, no conseguía dominarlo a plena satisfacción. Para los jinetes árabes resultaba sencillo, los bereberes los conducían con una leve presión de los pies o un movimiento en el aire del *debús*; con un

simple chasquido de lengua ya obedecían. Incluso lograban ponerse de pie sobre ellos. ¿Por qué él no lo lograba?

Los dos instructores demostraron con creces su paciencia y durante horas repitieron las indicaciones. Gracias a su tesón, al atardecer eran lo suficientemente habilidosos para hacer barracar y levantar sus camellos, así como realizar un trote seguro alrededor del patio. Incluso probaron a realizar ejercicios de tiro sobre la montura.

Ahmed miró satisfecho: instruir a los occidentales lo hacía henchirse de orgullo. Los saharauis eran celosos entre sí y se percató de la mirada de Mahdi por cómo los españoles, oficial incluido, le obedecían sin rechistar.

Durante la merecida cena, los dos árabes explicaron la importancia de los camellos en su cultura:

—Para los tuaregs son nuestra posesión más preciada. Cuando nos desplazamos de un lado a otro no podemos llevar mucho, por lo que estamos poco apegados a las riquezas materiales. Eso hace que el número de camellos que se posee sea la forma de demostrar nuestra riqueza. El *estatus*, como decís los europeos. Lo usamos de método de trueque por otros productos, incluso de dote cuando pedimos la mano de nuestras mujeres. Su carne nos sirve de alimento en días solemnes, con su pelo tejemos los paños de nuestras jaimas y con su piel hilamos alfombras: todo lo aprovechamos. Y, por supuesto —Ahmed terminó con una sonrisa—: nuestros niños crecen bebiendo la leche de sus camellas. ¿Acaso en la naturaleza existe algo mejor?

El teniente coronel Campos se acercó a donde charlaban distendidos. Había observado sus evoluciones a lo largo del día y quería felicitarlos. En el caso de Carlos, experimentaba un especial interés; desde su llegada se había dejado crecer la barba y su anterior aspecto aniñado había quedado atrás. Su porte era erguido, y como consecuencia del ejercicio sus hombros se estaban ensanchando y presentaba un aspecto sano y gallardo. Ya no parecía el imberbe oficial del principio. Además, sabía ganarse la confianza de la tropa y Campos vio complacido cómo fue el primero en subir a la montura. El coronel Llorente, viejo amigo, le había llamado desde El Aaiún para explicarle quién era su padre y a ninguno de los dos les pasó por alto la petición de recorrer durante tres semanas las inmediaciones antes de presentarse de forma oficial en la base.

En Villa Cisneros, la principal de las fortificaciones al sur, Campos contaba con tres oficiales, un caíd —el nombre de los oficiales indígenas—, cuarenta suboficiales, ciento cincuenta soldados españoles y seiscientos nativos, de los cuales se preciaba en conocer los nombres y circunstancias de muchos de ellos. La responsabilidad de velar por el bien de tantos hombres era mucha y le alegró comprobar que el jienense se adaptaba a aquel universo.

Se sentó a su lado. Mientras terminaban unos dátiles de postre aprovechó para aportarle sus conocimientos sobre los portentosos animales:

—No se apure, De las Heras. Para ser el primer día lo ha hecho bien. Parece complicado, pero se habituará. Si verdaderamente desea conocer a los bereberes, debe adoptar su forma de vida, pensar como ellos; y aprender a montar a sus camellos es parte de ese aprendizaje —hizo una pausa y lo miró interesado—. ¿Sabe lo que son los *gazzis*?

—He oído hablar de ellos, aunque no estoy seguro.

—Son grupos de jinetes armados. Atacan sin previo aviso y huyen a continuación para refugiarse en lugares inaccesibles. Nuestros todoterrenos no pueden perseguirlos entre las dunas. Para eso servimos los meharistas: para combatirlos a su estilo y acceder con las monturas hasta lugares imposibles para vehículos.

—Entiendo. Si me lo permite, y hablando de combatir a su estilo, ¿cuál es nuestra relación con los saharauis de la tropa?

—¿Nuestra relación? ¿A qué se refiere?

—¿Hay problemas de disciplina? Son un número muy elevado, si decidieran rebelarse lo pasaríamos mal.

—¡Ah, buena pregunta! Pues verá, cuando los primeros españoles llegaron aquí comprendieron que había un problema: las unidades no podían estar formadas exclusivamente por nacionales. Este lugar es un inmenso vacío, lo atraviesan mares de arena y solo las caravanas itinerantes se arriesgan a cruzarlo. Frente a esta vasta extensión, nuestro número es insuficiente. Somos bastantes para imponer la autoridad dentro del perímetro de los emplazamientos, es cierto, pero poco más: ni con diez veces la cifra actual seríamos bastantes. Por eso usamos tropas nativas para las incursiones en el interior, son excelentes conocedores de las condiciones del desierto y se adaptan al clima mejor que ningún europeo. Sirven de forma voluntaria, les permitimos que sus familias los acompañen y para respetar su carácter y su autonomía está prohibido a los capellanes hacer proselitismo.

Aquello llamó la atención a Carlos:

—¿Quiere decir que no se les puede evangelizar?

—Así es. Le sorprende, ¿no es cierto? Verá sacerdotes castrenses por aquí, si bien atienden en exclusiva a los españoles. En ningún caso adoctrinan a tuaregs.

—Entiendo. ¿Y encajan bien trabajar para nosotros? Ahmed y Mahdi parecen muy integrados en el batallón.

—¡Desde luego! Esta es tierra de guerreros, no lo olvide. Ser meharista resulta un oficio honorable y prestigioso. Ganan mucho más de lo que lo harían siendo pastores o trabajando en la ciudad y presumen de su posición de privilegio ante el resto. Por si fuera poco, reciben formación de tareas a las que usted no daría valor: por

ejemplo, conducir o reparar un Land Rover. En estas distancias enormes, para ellos es esencial y quienes adquieren esos conocimientos aseguran su futuro.

Interesado por las explicaciones, Carlos continuó la charla:

—Cuando estuve con el coronel Llorente en El Aaiún me explicó detalles de su personalidad. Decía que nunca podremos adaptarnos como ellos al desierto, que hemos de emplear sus habilidades en nuestro provecho.

—Coincido. Y respecto a los españoles que forman las unidades, quitando a los oficiales, la situación es la contraria: la mayoría lo integran soldados de reemplazo. Pese a ello son muchachos que trabajan desde edades tempranas y están acostumbrados a labores duras en el campo o la industria en sus lugares de origen. Eso hace que rindan y regresen a la península con la satisfacción del deber cumplido. Esa es nuestra principal diferencia con los otros cuerpos de élite.

—¿Qué quiere decir?

—En los cuerpos de la Legión o en Paracaidistas sus miembros son voluntarios; me temo que, si aquí hiciéramos lo mismo, no dispondríamos de efectivos suficientes. No se ofenda, sé que usted disfruta con ello, aunque a pocos les gusta malgastar su juventud en un sitio tan árido. Reconózcalo.

Carlos le observó dubitativo, sin percibir si era un halago o algún tipo de menosprecio. No lo encajó del todo bien:

—Sí…, supongo que sí —tartamudeó.

Sin ser consciente de las palabras despectivas que acababa de dedicarle, el teniente coronel prosiguió su explicación:

—Por eso necesitamos reclutar a indígenas: el número de jinetes nunca resulta suficiente. Normalmente traen sus monturas, animales que han criado desde pequeños y con los que se entienden a la perfección. Los saharauis son verdaderos guerreros, y al provenir de diferentes etnias se esfuerzan para demostrar su hombría ante los demás —lo dijo vehemente, consciente de sus palabras.

—Entiendo. He podido comprobarlo en estos días.

—La adhesión a los miembros de su fracción es inquebrantable; si no lo hiciéramos así, si no mezcláramos unos con los otros, pondríamos en riesgo la disciplina. Pero no se preocupe: le caerán bien. Son pacientes y hospitalarios, capaces de aguantar las mayores fatigas, y aunque religiosos no son fanáticos. Ya le he explicado que realizan sus abluciones y rezan sus plegarias cinco veces al día sin restricciones por nuestra parte. Todo lo contrario. Nada altera su temple de hombres libres; trátelos con autoridad, pero con respeto, y no tendrá problemas. Eso sí —añadió cauto—: esto no es la península. Debemos disimular pequeñas faltas: algún saludo, cierta relajación en el

vestuario, dirigirse a un oficial sin haber pedido su opinión… ligeras incorrecciones. Le sonará raro que yo se lo cuente, pero hemos de ser más «tolerantes» que en otros lugares. No sé si me entiende. Si aplicáramos el reglamento militar a rajatabla, nos iría mal con ellos: recuérdelo.

Reflexionando acerca de sus palabras, Carlos finalizó:

—Así lo haré. Gracias por sus explicaciones, las tendré en cuenta.

***

Carlos aprovechó esos meses de instrucción para conocer en profundidad a los saharauis. Casi ningún funcionario civil o militar hablaba hassanía o árabe, y conocer su idioma, que perfeccionaba día a día, le facilitó ganarse su confianza. Devoraba los escasos libros en su lengua que caían en sus manos y podía pasar horas tratando de entender sus canciones, o mejorando su vocabulario con expresiones de su dialecto desconocidas hasta entonces. A los bereberes les generaba gran curiosidad ver a un europeo interesarse de tal modo por su léxico y sus costumbres, lo consideraban una muestra de respeto y en poco tiempo fue capaz de relacionarse con ellos mejor que otros de sus compañeros que vivían desde hacía años allí.

Físicamente, los amaziges eran de talla media y robusta, más altos que sus vecinos del norte, en el Atlas. Ahmed Messaud y Mahdi, así como la mayoría de los nativos del fuerte, no eran excepción; su piel era morena y gruesa, de un color marrón dorado por el efecto del sol. De labios carnosos, el primero tenía una mirada penetrante y sus pómulos sobresalían ligeramente por encima de su boca. Cada día que pasaba su relación se afianzaba, y aunque el saharaui llevaba cinco años destinado como meharista en la ATN, desde la creación del cuerpo, a las pocas semanas le trataba con una confianza que no usaba con el resto.

Sus vestimentas eran cómodas, adaptadas al seco calor. Cuando estaban de servicio los nativos vestían el uniforme reglamentario de nomadeo como los demás, pero al pasear por la ciudad sus ropajes se componían de telas blancas que llegaban a los pies, o asombrosamente azules, de color añil. Cubrían su cuerpo con amplias túnicas llamadas *derrah* [17], que introducían por la cabeza y les cubrían hasta los tobillos; un *serual* [18] blanco o azul, a modo de pantalón que se estrechaba al alcanzar la rodilla; y un amplio turbante de nombre *alzam* que pasaban por debajo de la barba y que les cubría el rostro, dejando únicamente al descubierto su frente.

Respecto a las mujeres, Carlos las encontraba sugerentes, exóticas, algunas extraordinariamente atractivas. Su estatura era inferior a la de los varones y sus ojos eran vivos, grandes y negros. A diferencia de otras musulmanas del norte de África, no se ocultaban a la vista de los

hombres y por lo general iban con la cara destapada; los nómadas se enorgullecían de la belleza de sus mujeres y no escondían sus facciones.

La palabra árabe *Sahrawi* significaba «habitante del desierto», aunque no se reconocían como una población compacta. Muy al contrario, se dividían en grupos, y cada uno presumía de sus peculiaridades. Cada fracción estaba formada por un conjunto de familias, agrupadas en torno a un jefe bereber: el *chej*. Era el desierto, y sólo el desierto, el que los aglutinaba: la esencia en que basaban su libertad. Creían firmemente que el destino de cada individuo dependía de uno mismo; eran *hijos de las nubes*, como se denominaban entre sí, y perseguían el líquido de la vida viajando con su ganado en busca de los mejores pastos.

Pese a ese carácter autosuficiente, la familia y el honor de la tribu eran inquebrantables y cada uno se reconocía miembro de una, y sólo de una, de las diferentes fracciones. Era difícil conocerlas a todas, y estaba en marcha un censo para ordenarlas. Así, figuraban los Ma El Ainin:, «agua en los ojos», cuyo origen se remontaba a Fátima, una de las hijas de Mahoma. O los Arosien, cuyo iniciador llegó al desierto huido de las guerras con los cristianos en Túnez. O los Ulad Tidrarin, fundada por el sabio Ahamed, procedente de Egipto hacia el siglo XV. Y los más numerosos: los Erguibat, que se dividían en dos ramas y representaban la cuarta parte de la población del Sáhara Occidental. Pastoreaban a lo largo del territorio, considerándose dueños y señores del desierto «hasta donde rompe la séptima ola del océano», como misteriosamente decían. Junto a los Ulad Delim eran los que más contingentes aportaban a los Grupos Nómadas. Excelentes rastreadores, sabían seguir el rastro a través de plantas recién cortadas o excrementos de animales, y sus extraordinarios sentidos de vista y oído les permitían percibir los peligros desde distancias inverosímiles.

***

Después de tres años con ellos, Carlos aprendió mucho de su cultura y tradiciones. Se contagió de su carácter franco, se sentía uno más entre aquellas gentes y no echaba de menos su vida en la península.

A lo largo de ese periodo, participó con éxito en treinta misiones. Obedecía sin rechistar y no se quejaba. En el último mes, le comunicaron su ascenso: eso le convirtió en el segundo capitán más joven de las fuerzas españolas en África. Los informes que el coronel Llorente recibía de él eran siempre impolutos, y sentía especial cariño por Carlos desde que le conoció. El coronel charlaba ocasionalmente con su padre, y este escuchaba ufano que, si todo seguía igual, disfrutaba de un prometedor futuro. Su madre, doña Rosa Fortún, no estaba cómoda con la lejanía y las historias que se escuchaban acerca

del modo de vida en las ciudades, y deseaba que su único hijo volviera a Jaén; sin embargo, mientras las noticias sobre su desempeño fueran tan halagüeñas, no le servía insistir.

Estaban a mediados de 1968 y aquella era la primera misión de Carlos con las tres estrellas sobre la solapa de su guerrera.

Al igual que siempre que nomadeaba, dio orden de levantarse antes de despuntar los primeros rayos. Después de un frugal desayuno —dátiles y queso de cabra—, con las luces del alba efectuaron las primeras horas de marcha a pie. Con la idea de que sirviera como entrenamiento físico, dio la orden de llevar el armamento al hombro, en lugar de colgarlo de la *rahala* de las monturas, y la *ferga* [19] avanzaba en silencio. La sección de tiradores abría la marcha y, a continuación, el resto de tropa. Los animales con el avituallamiento y los víveres cerraban el convoy.

Su segundo al mando —un asturiano bonachón y entrado en carnes llamado Lucena—, protestó al poco tiempo. Era la primera ocasión que patrullaban juntos y antes de partir, en la base, le advirtieron que era poco amigo de esfuerzos:

—El sol despuntará en breve. Deberíamos montar —dijo sudoroso el asturiano.

Habituado a la psicología humana, Carlos le replicó paciente:

—No, Lucena, prosigamos un poco. Sirve de ejercicio para los hombres y desentumece el ganado. Si nada más levantarse los jinetes cabalgan, el balanceo los adormece y llegan a caer de las monturas.

El teniente miró suspicaz. Llevaba en Villa Cisneros desde 1963, dos años antes de que llegara el andaluz, y había presenciado su ascenso a capitán sin que a él, con mayor tiempo de servicio, se le reconocieran los méritos:

—Es cierto —reconoció—. Pero llevamos dos meses patrullando de pueblo en pueblo cerca de la frontera mauritana, sin regresar nunca a la base. El cansancio se acumula. ¿Hasta cuándo vamos a seguir? Los hombres necesitan descanso.

Carlos, sabiendo que hablaba más por él que por la tropa, prefirió no considerarlo una petición oficial y quitó hierro al asunto:

—¡Vamos, vamos…! Un poco de ejercicio físico nunca es malo. Mire usted: se le ve más atlético —añadió bromeando—. En todo caso, quizá hoy tenga razón: el viento arrecia y la caminata ha sido suficiente. Dé la orden de montar.

Lucena, antes de que el otro se arrepintiera, se apresuró a transmitir las órdenes y los agotados hombres subieron a sus monturas. Al sentir su peso, estas respondieron con sus característicos mugidos.

Reanudada la marcha y apenas transcurrida una hora, Ahmed, en su calidad de *mocademin*, salió de la formación y galopó decidido al lugar donde Carlos y su segundo encabezaban la comitiva.

Cosa extraña en él, semejaba inquieto:

—¿Ha visto esas nubes, *sidi?* Se acercan rápido. No me gustan: huelen a sangre.

Carlos frunció el ceño, trataba de vislumbrar más allá de la incipiente nube de polvo. El *alzam*, versátil y práctico, los protegía del viento, mas comenzaba a no ser suficiente. Tiró de la *jesama* de su camello para que frenara el paso, hizo a un lado el turbante y miró serio a Ahmed. Desde que ayudado por Mahdi les impartió sus primeras lecciones de monta habían congeniado extraordinariamente bien y Carlos lo escogía siempre que podía. Por si eso fuera poco, a su experiencia y sentido común le acompañaba una dote innata para el mando y los nativos respetaban sus órdenes sin discusión.

El saharaui pertenecía a los Erguibat del Sahel. Sus antepasados provenían de una tradición de fieros soldados, pero eran altivos y les costaba cumplir la férrea disciplina. Siguiendo las indicaciones que le proporcionó el teniente coronel Campos, Carlos respetaba su carácter. Se dio cuenta de que no les importaban las estrellas que lucieras en las hombreras y, cuando daba una orden, trataba de argumentarla. Aquellas deferencias eran muy valoradas por Ahmed.

Por eso le agradó que ahora usara ese término: *sidi*, «señor». Al dirigirse a él así, le demostraba un respeto del que no gozaban otros de sus compañeros en la Mia.

Carlos contestó a la pregunta del árabe:

—A mí tampoco me gustan. Auserd se halla lejos, a cuatro horas de camino, y el viento se alza cada vez con más ímpetu. Pronto nos impedirá continuar; deberíamos buscar refugio y montar un campamento alrededor de los animales para protegernos. ¿Tú qué opinas?

—Así es, *sidi* —su nerviosismo iba en aumento y su voz comenzaba a escucharse con dificultad—. El simún no avisa y cuando aparece lo tiñe todo de rojo en cuestión de minutos. Hasta el último rincón del desierto. Los camellos pueden protegernos con sus cuerpos, pero debemos apresurarnos: dé la orden.

Carlos oteó insistente el horizonte. Ahmed pocas veces se equivocaba y en ese tiempo había sufrido ya tormentas de polvo y arena como para saber que no debían tomarse a broma. A veces, los vientos venenosos del desierto se convertían sin señal previa en ciclones y, cuando eso ocurría, lo mejor era hallarse lejos. La superficie quedaba abrasada súbitamente con temperaturas por encima de los cincuenta grados y durante días el polvo en suspensión flotaba letal para todo el que lo respirara. Nada se podía hacer, tan solo refugiarse y esperar que calmara su furia.

Deseó que este no fuera el caso…

—¡Cada vez es más fuerte! —respondió Carlos. Efectivamente, los

silbidos resultaban ensordecedores y su preocupación inicial dejó paso a un abierto temor—: Hemos de alcanzar ese montículo rocoso y refugiarnos tras él. ¡Aprisa! El cielo se está cubriendo, en pocos minutos se hallará encima nuestro. Que todos hagan galopar sus monturas hacia el promontorio tan rápido como puedan.

No había tiempo que perder y Ahmed, aún antes que el propio Lucena —que asistía inmovilizado a la escena, acobardado e incapaz de reaccionar ante la magnitud de lo que se les venía encima—, transmitió la orden con celeridad. A lo largo de la caravana, muchos otros oteaban el cielo rubescente y esperaban medrosos las instrucciones. Los camellos también anticipaban lo que estaba a punto de ocurrir y desde hacía minutos berreaban y se removían alterados: las inteligentes bestias se preparaban para lo peor. Los cirros no solían dejarse ver en la soledad del desierto y, cuando lo hacían, hasta los más humildes de los animales sabían que debían buscar resguardo.

Con toda la potencia de la que fueron capaz sus pulmones, Ahmed alertó a los demás:

—¡¡¡Simún!!! —gritó despavorido—. Corred, ¡por vuestras vidas! Arrojad a la arena lo que pese y os haga retrasaros y no miréis atrás. ¡Galopad!

Carlos, Lucena y los dos suboficiales que iban a su lado azotaron sus monturas. El *galb,* la montaña rocosa a la que hacían referencia brotaba salvadora en medio de la nada, elevándose sobre el terreno veinticinco metros de altura. No lo suficiente para cubrirles, aunque en aquella inmensidad su única esperanza de sobrevivir al ciclón.

No había tiempo que perder y el grupo de cuarenta hombres azuzó a los cuadrúpedos hasta el límite de lo que sus alargadas extremidades se lo permitían. Los animales, presos del espanto ante la furia de sus jinetes y por el alud de arena en suspensión que se acercaba, se empujaban, mordían, gruñían y se incitaban mutuamente en una alocada y desesperada carrera hacia el único lugar donde veían opción de salvarse. En medio de la confusión, Carlos observó horrorizado cómo, a su diestra, dos camellos entrecruzaban sus patas delanteras, tropezaban y caían estrepitosamente entre aterrorizados bramidos. Las cuerdas que ataban las sillas a sus lomos se rompieron y sus jinetes se vieron fatalmente proyectados hacia delante. Apenas les dio tiempo de gritar y pedir auxilio, los animales cayeron encima y quedaron enterrados en la arena.

Carlos hizo intención de frenar su montura. Ahmed, a su lado, sabiendo lo que aquello supondría, se lo impidió:

—¡No, capitán! ¡No sea loco! ¡Morirá si se detiene!

La tempestad cubrió a los soldados. Con sus capas cubriendo sus rostros no pudo reconocerlos, pero creyó que se trataba de dos extremeños de reemplazo, llegados al regimiento cuatro meses antes:

esta era su segunda misión. Muchachos jóvenes, que nunca habían salido de sus llanuras cacereñas y que se sentían orgullosos al servir a su país como Nómadas.

En apenas unos segundos dejó de distinguirlos; la arena los tragó sin remisión. Pero no había tiempo para detenerse ni auxiliar a nadie. Ahmed, que permanecía fiel a su lado, azotó con su *debús* al camello de Carlos y el animal continuó su carrera ajeno a la voluntad de su dueño. Los demás les sacaban muchos metros y necesitaban acortar distancia.

Carlos recuperó el control de sí. Comprendió que por mucho que le pesara no podía ayudar a sus dos hombres y dejando sus sentimientos para más adelante azuzó a su montura:

—¡Ah, ah, ah! —gritó. Su voz apenas se oía.

Con el ciclón persiguiéndoles a sus espaldas, como si de un animal salvaje y sediento de sangre se tratara, arribaron a las inmediaciones del *galb*. Según barracaban los camellos y se tiraban ansiosos al suelo, buscando refugio a sotavento, una nube negra entoldó el antes luminoso cielo.

Cubriéndose como pudieron, a lo largo de las siguientes horas todo se envolvió en un vendaval oscuro. Casi podía masticarse, no se diferenciaba nada que no estuviera a pocos centímetros y daba la impresión de haber caído la más densa niebla que imaginarse pudiera. El viento, a doscientos kilómetros por hora, arrastraba toneladas de arena que se metían por boca, ojos, oídos y cualquier oquedad que encontrara. El fragor era indescriptible y atronaba en los oídos impidiéndoles pensar. Dentro del declive de terreno donde se agazapaban no podían moverse ni mirar alrededor y Carlos temió por la integridad del resto de soldados, que se embozaban en sus turbantes, apretujándose unos contra otros sin distinción de grado ni nacionalidad. Ningún español había vivido nada así, y aunque eran gente de probado temple, su valentía de nada servía frente al ardiente embate de la naturaleza. Aquello podía durar largo tiempo y se prepararon para lo peor.

El viento azotó con violencia toda la mañana y parte de la tarde. Buscando protección, apretaban sus caras contra las carnes hediondas de los camellos, que cerraban sus hocicos con fuerza procurando cobijo. Ni siquiera eso era suficiente para protegerlos de la furia desatada del desierto. Los granos de arena disparados por el huracán golpeaban sus pieles al modo de piedras de granizo, sentían el efecto de la hipertermia sobre su piel y desde hacía horas no se oía otra cosa que el salvaje ulular del viento. Nadie hablaba. Ni se movía. Ora porque evitaban el polvo, ora porque carecían de fuerzas para hacerlo. Ninguna voz se elevaba por encima de los hiperbólicos silbidos y, en un momento de desesperación, ante la ausencia de sonido humano

alguno, pensó que habían muerto todos, que estaba rodeado de cadáveres o cuerpos moribundos a punto de su último aliento.

Fue entonces cuando estuvo seguro de perecer él también.

En un último esfuerzo, susurró una jaculatoria y sus ojos se empañaron con lágrimas secas pensando en sus padres, tan lejos de aquel paraje infernal.

Con aquella imagen en su mente, perdió el conocimiento.

***

Al cabo de diez interminables horas, tan rápido como había comenzado, la terrible tempestad cesó. Poco a poco, recobró la consciencia y durante agónicos minutos tosió, expulsando el polvo que se había introducido por su garganta. Cerca de él, con la mitad de sus cuerpos sumergidos en el osario de arena, semiinconscientes, permanecían Ahmed, Mahdi, el cabo Santiuste y el teniente Lucena. Al cabo de un desesperante lapso, los tres primeros empezaron a agitarse y desenterrarse.

Carlos, aún mareado, zarandeó el hombro del asturiano a su lado: no se movía.

Insistió:

—Lucena, Lucena… ¡Despierte!

Ahmed, en el lado contiguo, le contestó exánime:

—No se moleste, *sidi*… —como en su caso, había estado a punto de perecer y su tono parecía de ultratumba—. Ha muerto. La arena se le ha metido por la boca, le ha anegado los pulmones. Se ha ahogado sin remedio. Lleva dos horas así: es tarde.

—¿Muerto? —respondió desolado. No asimilaba semejante desgracia. —¿Pero cómo?

—Es el simún, capitán —musitó el *mocademin*, que seguía con espasmos de tos cada pocos segundos—. Cuando desata su furia siempre reclama una ofrenda. ¡Se lo dije! ¿O no lo recuerda? Le advertí que cuando sale de su guarida nunca regresa sin cubrir todo de rojo y sangre. Así ha sido siempre; los Erguibat lo sabemos. Es probable que haya más, dé gracias a su Dios porque hayamos sobrevivido nosotros. No creo que todos puedan decir lo mismo.

Carlos, conmocionado, cerró los ojos del oficial. Había encontrado la muerte por accidente, entre las arenas del implacable desierto, lejos de donde le hubiera gustado hallarse: sus añoradas montañas de Covadonga y sus escarpados Picos de Europa, de los que siempre hablaba. Se santiguó. No era la primera vez que contemplaba de frente la muerte, mas sí la primera desde que dirigía su propia unidad en el Sáhara.

Ahora lo prioritario era pensar en los supervivientes de la Mia. Se incorporó y ordenó un recuento de daños, tanto de hombres como

animales. Poco a poco, los meharistas y sus monturas se recuperaban del infierno que acababan de sufrir y entre toses, quejidos y maldiciones los sonidos humanos y los mugidos de los animales comenzaron a reemplazar el anterior sonido de la tormenta.

Él no era responsable de aquello —eso se repitió—, mas no paró de cavilar si su amor a aquellos parajes había expuesto a sus hombres a un riesgo innecesario.

***

Al atardecer, enterraron los cuerpos en una zanja que excavaron lo más profundo que pudieron; aparte de Lucena y de los dos extremeños, cuyos cuerpos no recuperaron, habían fallecido un cabo y dos *áscaris*. En total, seis hombres. No era posible transportar los cadáveres a la base de Villa Cisneros, a varios días de trayecto, ni tampoco a la cabila de Auserd, la pequeña localidad situada a veinte kilómetros y que era su destino. «Aquel es un lugar pequeño —razonó—, de poco importa transportar los cuerpos y enterrar los huesos allí, que hacerlo en medio de la naturaleza que ha segado sus vidas».

Tras una breve ceremonia, con oraciones en español y *hassanía*, se esforzó por arrostrar su estado de abatimiento e indicó a Ahmed que impartiera las instrucciones necesarias.

La tarde caía y no había tiempo para lamentos:

—Acamparemos aquí —indicó—. Preparad las tiendas, colocad las monturas alrededor para que nos protejan con sus cuerpos. No quiero que ese maldito simún nos sorprenda otra vez, bastante caro lo hemos pagado. Mañana continuaremos.

Todos obedecieron. Al día siguiente, y tras una noche en que la más ligera brisa reavivó los temores de un nuevo ciclón, entraron sucios, doloridos y cansados en las inmediaciones de Auserd. Era un pueblo apartado en el camino de Mauritania, rodeado de montañas de un vivo color negro, donde rara vez se producían acontecimientos de interés. Estaban agotados, sin ninguna otra alternativa respecto a dónde reponer fuerzas. A poca distancia, en un altozano con buena visibilidad y lejos del cauce del río —donde la temperatura descendía mucho de noche— se situaba un campamento bereber. La familia de Ahmed pertenecía a esa fracción y, aconsejado por él, le pareció buena idea que los españoles se acomodaran en el poblado mientras que los nativos disfrutaban de unos días rodeados de los suyos.

Se lo habían ganado.

Las gentes de Auserd resultaron apacibles, acogedoras y ante la desgracia vivida se volcaron en ayudarlos. Al cabo de dos días, más recuperados, Carlos y sus suboficiales se dedicaron a recorrer las casas y hablar con sus habitantes en señal de agradecimiento y conocer sus necesidades. Estos les explicaron que se había terminado de construir

un pozo de cincuenta metros de profundidad que no se secara con tanta frecuencia como el anterior y fueron a inspeccionarlo.

A continuación, acompañado del cabo Santiuste y de Manuel Aranda, visitó la escuela del poblado. Se trataba de un humilde barracón con una única aula alargada, con las paredes recubiertas de mapamundis y carteles con el abecedario en árabe y en español. Sin necesidad de que su maestra se lo indicara, diez *guayetes* [20] se levantaron respetuosos. Charlaron con ellos. La atención que prestaban y la compostura con que se manejaban frente a desconocidos hubieran despertado la admiración de las más distinguidas escuelas.

Carlos sabía que en aquellos tiempos el objetivo de la educación —en particular entre los más pequeños—, era imbuirles de un espíritu nacional, sin importar que se tratara de un colegio en la península o en el Sáhara. Se les educaba al modo que el resto de las provincias, parte de una ciudadanía: la misma ciudadanía que en el futuro se les negaría cicateramente.

De las Heras se dirigió a uno de los niños.

No sabía qué preguntarle y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, tratando de que la respuesta fuera lo más sencilla posible:

—¿Sabes quién descubrió América?

El muchacho le observó con aplomo:

—Sí, señor —dijo en un castellano salpicado de eses—. América la descubrimos *los españole*s en 1492.

A Carlos y a los otros dos militares se les hizo un nudo en la garganta. Se miraron entre sí. El que había hablado era un niño de faz morena, delgado, de apenas diez años, que probablemente no conocía otra cosa que la inmensidad del desierto y la vida en las jaimas. Por sus venas corría sangre de tribus nómadas desde hacía generaciones. Y, sin embargo, en aquel pueblo de la frontera de Mauritania, había respondido igual que lo hubiera hecho cualquier niño castellano, andaluz o gallego.

Sin saber qué decir ni qué hacer para disimular su turbación, Carlos agradeció sus esfuerzos a la maestra —una bella muchacha que dijo llamarse Amina y haber estudiado en Omán—, dedicó un cariñoso apretón al *guayete* en la nuca, le dio un caramelo y salió apresuradamente del aula.

Apenas repuesto de la embarazosa impresión, Ahmed, que había pasado la noche en el campamento de los Erguibat, donde se hallaba su mujer, se acercó respetuoso:

—*Sidi*, los ancianos de mi tribu están informados de lo que le ha pasado. Acampan a poca distancia y me han transmitido que se sentirían honrados si tú y los suboficiales de la unidad compartierais la jaima con ellos: han organizado una celebración en vuestro honor. Afirman que es para honrar a los muertos del simún y para celebrar

que los demás hemos sobrevivido.

Carlos lo miró agradecido. Los Erguibat del Sahel eran gente de probada hospitalidad. No escatimaban nada para obsequiar a sus visitantes y aunque después de lo que había sucedido su humor no era el más indicado, no podía desairar al *chej*.

Contestó sin dudar:

—Por supuesto, Ahmed. Diles que será un honor para nosotros compartir *los tres tés* con ellos.

***

En el crepúsculo de la tarde, aseados y acicalados lo mejor que pudieron, se acercaron al campamento a lomos de sus camellos. Se situaba a las afueras del pueblo, a tres o cuatro kilómetros, protegido por la falda de una montaña.

El *chej* de la tribu, un hombrecillo risueño, enjuto de carnes y de ojos saltones recibió solícito a sus ilustres huéspedes:

—¡*Salam alikum!* —dijo llevándose la mano a la frente en ademán de saludo—. ¡Pasad! Nos hemos enterado de vuestra desgracia, queremos acompañaros y haceros olvidar vuestra tristeza. ¡Esta noche no habrá lugar para lamentaciones! Conversaremos y saborearemos hígado de camello y cuscús. Después, disfrutaremos de té de menta. Nuestras jóvenes bailarán para nosotros y celebraremos la amistad.

—*Allah k'abar*, Dios es el más grande —respondió Carlos protocolario—. *Shukran*, *chej*. Gracias por acogernos a mí y a mis suboficiales. Es un honor que nos recibáis en el *frig* [21].

—¡No es nada, no es nada! Olvidaos de las formalidades y relajaos: estáis entre amigos.

Encantados del recibimiento, Carlos y los cinco suboficiales españoles que le habían acompañado se acomodaron en el alfombrado piso de la jaima. Ahmed —de su misma fracción— y Mahdi, los acompañaron gustosos en representación de los nativos y se dispusieron a disfrutar de una agradable velada.

Mientras charlaban con el *chej* y los notables [22] que se sentaron a su alrededor, unas muchachas trajeron bandejas con dátiles, pastelillos de miel y jarras de té calentadas con brasas de carbón.

Carlos observó al *chej* agasajarlos con aquellas ambrosías, sirviendo él mismo el contenido de las teteras. Para ellos, ofrecer la bebida era gesto de generosidad, así como aceptarlo lo era de cortesía. El español estaba abrumado por tanta hospitalidad y barruntó si aquellas gentes no querrían algo a cambio.

Mientras descartaba aquel pensamiento por injusto, el jefe bereber continuó con el rito. Su desarrollo era fascinante: según la costumbre, la primera infusión fue desechada por amarga. A continuación, el *chej* —de nombre Nadim— vertió agua para una segunda infusión, en esta

ocasión con bastante azúcar. Ante los atentos ojos de los seis españoles, que no perdían detalle, escanció esa mezcla más ligera en unos pequeños vasos llamados *kisan* y, desde el primero, la vertió al resto por encima de su cabeza sin derramar una gota.

Su color dorado, su espuma blanca y las virutas de hierba al final del vaso generaban una dulzura extrema y un sabor único.

—¿Os gusta? —preguntó Nadim deseoso.

—¿Gustarnos? Es delicioso.

El *chej* sonrió satisfecho. Las hojas empezaban a perder sabor, y añadió más del producto en bruto a un tercer té.

—Quizá para vosotros os resulte simplemente una infusión. Pero para nosotros es una de nuestras tradiciones más antiguas. Nos gusta decir que el primer vaso es amargo como la vida; el segundo, dulce, igual que el amor; y, el tercero, suave como la muerte.

Mario miró con respeto al árabe. ¿Así que era eso? ¿Una especie de comunión espiritual entre el anfitrión y sus invitados? Ahora lo entendía: vida, amor y muerte resumidas en un rito ancestral y que recordaba a las ceremonias budistas del té y su filosofía de vida calmada.

Las conversaciones distendidas, aderezadas por la bebida y los dulces, se sucedieron sin prisa. El *chej* era una persona inteligente y carismática, a la par que un conversador brillante, conocedor de la sociedad *bidán* y de las novedades que les afectaban, no sólo en las tierras que contemplaban sus ojos, sino en gran parte del Sahel. Actuaba de intérprete del Corán y ponía paz en los problemas que surgieran en la cabila. En aquella cultura, los beduinos contaban con fruición a sus invitados —pastores, buscadores de camellos, *bauah* [23] o extranjeros como en su caso— las noticias acerca de las nubes que traían las precipitaciones y Nadim, que no era una excepción, les relató cómo Allah, *El Clemente*, en su infinita misericordia, los había bendecido con lluvias las dos últimas temporadas: sabían que de ello dependía su sustento y durante años guardaban esa información en su memoria.

Así, disfrutaron de una alegre velada salpicada de anécdotas, hasta que, pasadas dos horas, por entre las telas entreabiertas de la jaima, Carlos acertó a divisar a un grupo de tres jóvenes acercándose. El ocaso caía y las siluetas de sus cuerpos parecían deslizarse a un palmo de altura sobre la arena, flotando misteriosas entre las dunas. Recordaban a uno de esos espejismos que el aire genera al entrar en contacto con el tórrido suelo y, al reflejarse en él, proyecta visiones fantasmagóricas. Caminaban descalzas y una de ellas relataba una historia que despertaba el regocijo alborotado de las otras dos. El eco de sus risas, arrastrado por un viento fresco, apenas lograba atravesar las gruesas telas de la tienda, apagándose al poco tiempo, mas el

suficiente para que llegara entrecortado a sus oídos, que atisbaron expectantes desde donde permanecía sentado.

Según se aproximaban, la mirada del hombre que las custodiaba —posiblemente, uno de sus padres— las hizo recatarse hasta acallar progresivamente sus voces.

Cuando levantaron la tela de la entrada de la espaciosa jaima y entraron ordenadamente en fila, se produjo un admirativo silencio.

Las tres mujeres, apenas púberes, cubrían sus cuerpos con una *melhfa* [24] de algodón nila —un tinte de ligero color azul oscuro— y sus teces eran tan morenas como la arena de las dunas en que las habían concebido. Bajo la atenta vigilancia de su progenitor, el vuelo de sus faldas dejaba únicamente a la vista sus tobillos ensortijados, aunque el anciano no podía evitar que debajo de las gasas se adivinaran, fugaces, sus torneadas y esbeltas piernas.

Respetuosos, los seis españoles abrieron un pasillo que sirvió para que las mujeres accedieran hasta el centro del círculo formado por sus cuerpos. Sentados en corro alrededor de ellas, las jóvenes se colocaron en su interior, se arrodillaron y desde esa posición iniciaron la tradicional danza. Bajo la absoluta atención de Carlos, los notables y el resto de los presentes, sus movimientos ondulantes de cabeza, brazos y hombros, pausados al principio, se aceleraron según transcurrían los minutos. Sus finos dedos, alargados cual estelas de nubes arrastradas por el viento, se movían entorno a sus muñecas dibujando formas alambicadas en el aire.

A intervalos, las mujeres de mayor edad que se sentaban cerca de las bailarinas acompañaban sus movimientos con palmoteos y agudos gritos que producían al pegar sus lenguas a la parte superior del paladar. Era un ulular agudo, hipnótico, similar a un aullido, con el que expresaban su alegría.

La danza, al principio repetitiva, se animó según arreciaban los cánticos y vítores de sus compañeras. Por fin, llegó el momento que anhelaban los visitantes y las muchachas liberaron sus rostros de los velos, ofreciendo a la cálida luz de los candiles de aceite las adornadas turgencias de sus cuerpos y sus rostros empapados de mágica belleza. Carlos, arrobado, las contempló en su esbeltez: sus cabelleras eran largas y abundantes, pendones de su hermosura, y de ellas colgaban flecos de seda y algodón trenzados de dispares colores. Sus cuellos, muñecas y tobillos lucían alhajas de plata engarzadas con piedras de diferentes tonalidades. Las rayas de sus ojos aparecían pintadas en tonos negros con *kehla* y sus manos, antebrazos y cuello estaban tatuadas con alheña, imitando el colorido y las formas de las flores del desierto. Múltiples telas, recamadas con hilos dorados, plateados y delicada pedrería ceñían sus contornos, y sobre ellas colgaban pañuelos con variopintos bordados.

Durante la danza, al acercarse sensualmente a pocos centímetros de donde se sentaban sus invitados, sus cuerpos desprendieron un efluvio de perfumes locales que consiguieron embriagar sus sentidos. El ritmo de los tabales [25] y las arpas, el olor de las esencias con las que habían rociado sus cuerpos y el movimiento oscilante de sus caderas al son de la música, los fascinaron. El sándalo, el almizcle y el pachulí creaban una atmósfera concebida para despertar la más aletargada de las concupiscencias.

Carlos se fijó en particular en una de ellas, aparentemente la más tímida y reservada. Una diadema de cuentas en su frente señalaba su condición de soltera. Su talla era asombrosamente ceñida y su pelo azabache, intenso y brillante como si todas las estrellas del firmamento se hubieran puesto de acuerdo para reflejarse sobre él.

Era una flor. Una flor nimbada al atardecer que en su lozanía se exhibía durante unos instantes sin tapujo ante él.

En un éxtasis final, y mientras las acompañantes aumentaban sus agudos chillidos hasta el paroxismo, las tres finalizaron su danza desplomándose en el suelo enfrente de ellos. Los gritos del resto de mujeres enmudecieron e, inmediatamente, las rodearon, no permitiendo que ningún hombre se acercara. Recatadamente, como si lo anterior hubiera sido una ensoñación, las tres abandonaron la tienda.

Carlos, poseído, interrogó a Ahmed. A lo largo de la danza se había hecho hueco a su lado:

—Ahmed, ¡por Cristo!, ¿quién es esa mujer? ¿Conoces su nombre? ¡Contesta! —febril, señalaba con su índice a la última de las bailarinas.

Ahmed lo contempló aturdido.

Siempre se dirigía a él en un tono de confianza, mas ante lo que ocultaba aquella pregunta su voz dibujó una sombra de molestia:

—No recuerdo su nombre —barbotó.

—¿No lo recuerdas? ¡Mientes! Lo percibo en tus ojos. —Carlos balbuceaba.

—He dicho que no.

—¡Ahmed…!

—Olvídate de su nombre, *sidi*. Las tres han bailado para nosotros, hemos gozado de su presencia y eso es suficiente. Continuemos con la fiesta y no preguntes más —su enojo era visible. Aun así intentaba contener su enfado y contestar de forma diplomática.

Carlos, ajeno a sus esfuerzos, redobló sus demandas:

—Te lo suplico. Tan solo dime su nombre, me conformo con eso.

Ahmed le devolvió una mirada incómoda. Algo dentro de él le aconsejaba no dar detalles, que lejos de apagar la curiosidad del español aquello la exacerbaría más. Sin embargo, su insistencia y el

respeto que le debía por su cargo hicieron mella:

—No sé si debo. Por favor, no insista…

—¡No, Ahmed! ¡Te lo exijo! No me prives de algo tan pequeño y que me resulta de semejante importancia. ¿Acaso es tanto lo que te solicito?

Con un suspiro de resignación, el árabe se plegó a sus imprudentes exigencias y le proporcionó la información que anhelaba:

—Su nombre es Zayna —dijo serio.

—Zayna… —silabeó el meharista. Ausente la mirada, repitió mecánicamente el nombre, paladeándolo para sus adentros.

—En árabe significa «bella». —Ahmed hizo una pausa—. Es mi hermana.

Ahora sí, Carlos se sorprendió ante la revelación:

—¡Tu hermana! ¿Cómo es posible?

—Sí, *sidi*. Es más joven que yo porque es hija de la segunda mujer de mi padre. ¿Por qué te importa?

El español lo miró con la respiración entrecortada. La mujer que lo había cautivado y hecho perder el sentido… ¡era la hermanastra de Ahmed! Aquello hacía todo más complicado, si bien, aun así, necesitaba aclarar la duda que lo carcomía. De formular la pregunta que le abrasaba los labios importunaría a su amigo, mas su voluntad le había abandonado y una fuerza desconocida arrumbaba en su pecho.

Toda su vida dependía de aquella respuesta y de sus labios trémulos se deslizaron dos únicas palabras:

—¿Está… comprometida? —farfulló.

El rostro de Ahmed reflejó reproche: el oficial nómada conocía lo suficiente sus costumbres para saber que aquella pregunta estaba fuera de lugar.

Ante lo que consideraba una provocación y una evidente falta de decoro, contestó displicente:

—No lo está, *mi capitán* —Había empleado el tratamiento militar, que ya nunca usaba—. La diadema ceñida en su frente así lo indica. Pero si me lo permite —dijo bajando el volumen y aproximándose hasta exhalar su aliento sobre él—, sea o no mi hermana, y esté o no comprometida, traicionará la hospitalidad de la cabila si continúa preguntando. Los notables se han percatado de cómo la miraba. Uno de ellos es mi padre y no nos quita ojo. Por favor, acabe con esto: recupere la cordura.

Carlos no replicó. Ensimismado, no articuló palabra, ni la merecida disculpa que le hubiera gustado escuchar a Ahmed de sus labios. Y aunque las reglas de la cortesía le impedían salir de la jaima y hablar con ella, las cinco letras de su nombre se instalaron en su cabeza, poseyéndole, antojándose mágicas y maravillosas ante el embrujo en el que había caído.

Durante largo rato las repitió para sí, ausente del resto de la celebración.

Mahdi, desde una esquina, sin atreverse a intervenir, espió al capitán preocupado lo que quedó de velada. Nada bueno podía resultar de aquello y, al igual que Ahmed, rezó fervoroso a Allah para que el ofuscamiento del español fuera pasajero.

Por el bien de todos, ojalá lo fuera.

---

12 Mehari (término francófono): camello de montura. Los *meharas* se distinguen por su fuerza, ligereza y velocidad. Son los «pura sangre» de los dromedarios.

13 Modademin: sargento nativo de las Tropas Nómadas. Por debajo se situaban los *maunin* (cabos) y los *áscaris* (soldados).

14 Rahala: silla de montar, habitualmente recubierta de cuero repujado.

15 Jesama: rienda o brida del camello.

16 Barracar: hacer descender a un camello, plegándose sobre sus patas hasta descansar el vientre en el suelo.

17 Derrah: túnica azul o blanca que usan los hombres saharauis.

18 Serual: calzón de tela fina que llega a la rodilla. Junto a la *kandora*, era esencial para la monta del camello.

19 Ferga: sección de camellos que se utilizaba para la exploración por el desierto.

20 Término canario usado para referirse a niños de entre siete y doce años.

21 Frig: grupo de familias nómadas acampadas en jaimas, generalmente de una sola tribu.

22 Notable: individuo que pertenece a una gran familia y posee reconocimiento social y político.

23 Bauah: explorador de las lluvias y aguas de pozos en la cultura beduina saharaui y mauritana.

24 Melhfa: túnica tradicional de una sola pieza.

25 Tabal: tambor tradicional que usan las mujeres saharauis en sus bailes.

TERCERA PARTE

Cortijo de Santa Hermosa
Jaén
Año 2018

V. Los fantasmas de Santa Hermosa

Cortijo de Santa Hermosa, Jaén (España)
Jueves, 4 de Octubre de 2018

Al fondo del acristalado corredor, la madre de Mario, doña Carmen Valcárcel Sanemeterio, aguardaba inmóvil. Su hijo había anunciado su visita la tarde anterior y, con las primeras luces del alba, su Alfa Spider encaró el camino que accedía a la finca.

Su llegada inesperada, un jueves de diario de principios de octubre, no presagiaba nada bueno.

A pesar de su enfermedad —una paraplejia de cadera abajo, agravada por problemas respiratorios—, a sus ochenta años mantenía la personalidad fuerte y decidida de la que había hecho siempre gala. Mario respiró profundo y recorrió la luminosa galería, enmarcada por grandes cristaleras, con el mismo sentimiento de congoja que sentía de niño y ella le regañaba por cualquier motivo que no comprendía. Ahora, ya adulto, siempre que iba experimentaba la misma sensación de que la situación se repitiera. Como si en cualquier instante fuera a reprenderle de nuevo por no estar a la altura de las metas que exigía de él: primero, por sus estudios; después, por la elección desacertada de su profesión y el abandono de la dirección de la finca a favor de su hermana, obligado por sus estancias en el extranjero; y ahora, por la ausencia de una esposa digna de los Valcárcel, alguien que trajera al mundo los nietos que tanto deseaba y que no llegaban.

Ella nunca alzaba la voz: no lo necesitaba. No lo había hecho de joven, cuando se erigía por derecho en la omnímoda dueña de media comarca jienense, y no lo precisaba de anciana. Emanaba respeto y poder por los cuatro costados; y cuando te escrutaba con sus ojos, grandes y negros, percibías que los inconfesados reproches que almacenaba en su corazón te atravesaban el alma igual que un hierro candente. El silencio y su mirada acusadora eran peores que cualquier admonición.

Era su madre, y la quería: pero para ella nadie estaba a la altura.

Se trataba de una recia mujer. ¡La gran capitana de la familia Valcárcel!, como antaño lo fuera la madre de Carlos, doña Rosa Fortún. Su suegra, que con el transcurrir de los años y la convivencia en el caserón se habían mimetizado casi como madre e hija. Las dos poseían los mismos rasgos altaneros y dominantes que la genética había negado a los varones de las respectivas familias.

A Carmen, la vida la había conducido a un matrimonio con un militar de buen nombre y prometedor futuro. Su suegro, el

comandante Francisco Javier de las Heras, había jugado un papel destacado en la guerra civil y sus padres consideraron buena solución casarla con su hijo, recién desembarcado de África tras diez años de estancia. Ya en ese momento se oían rumores —algo acerca de una relación incestuosa—, pero nada concreto. Habladurías de pueblo. Al fin y al cabo, para cuando lo conoció acababa de cumplir veinticinco años; y a esa edad sus amigas del internado de Sevilla eran respetables madres de familia con tres o cuatro hijos cada una en sus alforjas. Ella no. Ella seguía esperando el hombre perfecto que recreaba en sus sueños, el mismo que leía en las novelas de Corín Tellado y que nunca aparecía. Su padre, don José Antonio Valcárcel —propietario de la mayoría de minas de plomo y hierro desde Jaén hasta la costa de Almería— se cansó de los caprichos de su hija pequeña. Pragmático, la obligó a emparentar con aquella gente: los De las Heras eran personas de orden, educados y con ese halo de honorabilidad que en las ciudades de provincias se presupone a las familias de tradición militar.

Honorables, sí... Pero pobres, pobres como las ratas.

Con el tiempo, ella hubiera deseado otro marido, no sólo a la altura de su fortuna sino de sus mismas ambiciones. ¡Qué lejos hubiera llegado de nacer en otro tiempo y lugar! Ahora, anciana, casi impedida, su obsesión consistía en cuidar el patrimonio que su padre le legara. Los Valcárcel poseían vastas extensiones de tierras y se consideraban hasta dueños del aire de la provincia. Mario, su primogénito, debía haber contribuido a engrandecer su nombre, su riqueza…, ¡pero no! Poseía idéntico carácter al de su padre; un soñador y un idealista incurable. Un pusilánime. Igual que Carlos, su marido fallecido, siempre consagrado a objetivos grandilocuentes, a fantasiosas batallas.

Cuando quiso corregir sus devaneos era tarde. No pudo evitar que el chico siguiera los pasos del padre e ingresara en la Academia General del Aire de San Javier, en Murcia. Para su madre de nada sirvió que fuera unos de los pilotos de combate más jóvenes de la LIII Promoción. Ni que con los años se convirtiera en un instructor reputado. Cualquier otra hubiera estado orgullosa, pero para ella aquello era un entretenimiento de hombres ociosos que jugaban a la guerra, a mandarse entre ellos sin obtener resultados prácticos.

Santa Hermosa era su refugio, el espacio donde reinar a sus anchas, donde gobernar al servicio y a los peones del campo según sus apetencias. Como siempre se había hecho. Como antes su padre y su abuelo, hombres que construyeron un patrimonio a base de trabajo, mano dura y *cinturón*. Sin conceder favores. ¿Cómo si no…? En este mundo no se regalaba la fortuna. Solo se quejaban los vagos, que terminaban sus días sin un colchón donde caerse muertos. Santa Hermosa la había recibido en herencia, era cierto, pero ella supo

llevarla a nuevas cimas de crecimiento, convirtiéndola en ejemplo de riqueza para la provincia. A su padre nunca le gustó ejercer de terrateniente, prefería la ciudad y las fábricas, y sólo utilizaba la finca para cacerías e impresionar a sus amigos empresarios. Fue ella la que a base de empuje y tesón la transformó en un espléndido latifundio. Sus dos hermanos mayores —Luis y Antonio David Varcárcel Sanemeterio—, se quedaron con las minas, que luego malvendieron, mientras que ella hizo que aquellos terrenos fueran la forja de un imperio. Situada a cuarenta minutos de Jaén y a menos de tres horas de Sevilla y Málaga, abarcaba un total de ocho mil doscientas hectáreas, incluyendo el correspondiente coto de caza mayor. Las dehesas de encinas centenarias se perdían en el horizonte y un denso bosque de lentisco y jaral servía de refugio a ciervos y jabalíes.

Pese al carácter inflexible y autoritario de su madre, Mario había nacido y crecido allí. Entre semana estudiaba en el mejor colegio de Jaén, con muchachos de su posición —su madre jamás hubiera permitido que se mezclara con hijos de jornaleros—, y tan pronto llegaba el viernes soñaba con Santa Hermosa y recorrer sus campos a caballo. Ahora no pastaban los toros bravos, recuerdo de su infancia, pero recordaba contemplar embelesado los soberbios animales trotando apaciblemente por el mismo terreno que ahora se destinaba a explotación cinegética.

Al acercarse a la silla de ruedas observó que su madre mantenía entrecerrados los ojos; la luz difusa invitaba a la somnolencia y su cabeza estaba inclinada hacia un lateral. Hacía dos meses que no la visitaba, y en cada regreso su corazón sufría un pálpito al comprobar su deterioro, cada vez más acusado. A pesar de sus recuerdos agridulces, la visión de su chal de encaje, abotonado por el frío; el dorso de las palmas de sus manos regadas de manchas, sobre el regazo; y la manta cuidadosamente plegada sobre sus rodillas, lo estremeció. En esa postura encogida, empequeñecida, nada recordaba a la poderosa y brava mujer de su infancia.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Candela cuidaba hacía seis años de ella, desde que la parálisis la obligó a yacer en la silla mecanizada. Se había convertido en su sombra, la única en aguantar sus malos modos. Su orgullo no le permitía reconocer su invalidez y descargaba en la guineana su resentimiento.

—Está medio dormida —contestó—. Las mañanas las pasa en un duermevela. Cuando despierta piensa que ha echado una cabezadita, pero a veces transcurren horas. En todo caso, mejor así —la muchacha encogió los hombros y efectuó una mueca resignada—: Cuando duerme, no me grita.

Mario dio un sentido abrazo a la cuidadora. Había sido una suerte

dar con ella. La apreciaba, y era dueña de una paciencia y dedicación dignas de encomio. En los últimos años era en ella, más que en su hermana, en quien confiaba para conocer el estado de su madre. Y es que, para una persona de su edad, dormir en exceso indicaba problemas cardiovasculares.

La miró con ternura:

—Mamá, mamá, despierta, por favor —susurró a su oído—. He venido desde Madrid para hablar contigo, aunque he de regresar esta tarde. No dispongo de tiempo y es importante.

Doña Carmen entornó la mirada. Adormilada, balbuceó ininteligible, sin reconocer a su único hijo.

Candela le disuadió de la idea:

—Déjela, don Mario, se lo pido por favor. A esta hora su medicación la mantiene aletargada. Dentro de un rato recuperará la lucidez. No se preocupe, en la comida charlarán lo que quieran. Yo le explicaré que ha venido y que desea hablar con ella.

—Pero…

—Hágame caso. Le avisaré.

Mario salió apesadumbrado del salón en el que Candela la había conducido mientras hablaban. Según se iba, echó un vistazo aprensivo a su alrededor. Las paredes decoradas con cabezas de decenas de animales disecados te acechaban desde que ponías un pie dentro. Cuando era pequeño nunca entraba, sentía pavor de esos ojos de cristal y de los pelajes de los grandes mamíferos, y ahora mantenía similar sensación de incomodidad. Sin embargo, era la habitación favorita de su madre y despachaba allí los asuntos del día.

Sin haber conseguido respuestas, melancólico por el infructuoso encuentro, salió al patio delantero. El aroma del campo, limpio y puro, llenó sus pulmones. El edificio principal de la finca era un tradicional cortijo andaluz cuadrangular; una adaptación señorial de las alquerías musulmanas granadinas y valencianas al gusto de su abuelo. Contaba con una ancha puerta central, de madera noble, repujada en piedra, y las ventanas presentaban postigos que impedían el paso del relente. A lo largo de tres alas distribuidas en torno al patio albergaba veinte dormitorios para familiares y amigos. En los laterales, además de unos espléndidos naranjos que desprendían olor a azahar, se situaban las cocheras, la almazara, el pajar y las cuadras.

La brisa de la dehesa de principios de otoño le golpeó el rostro y durante un rato contempló en paz el paisaje. Respiró hondo. Pese a los sentimientos contradictorios que le despertaba su madre, había crecido entre aquellos cerros y siempre que iba le invadía la nostalgia.

Mientras echaba un vistazo al zaguán construido desde su última visita, escuchó el motor de un todoterreno de alta gama. Dirigió su vista hacia él y comprobó que se acercaba levantando una polvareda.

El coche estacionó y de él bajó una mujer de mediana edad, algo más joven que Mario. Era alta, apuesta, con una abundante cabellera morena y unas botas camperas marrones hasta las rodillas que estilizaban su figura. Maquillada de manera impoluta, con pantalones y blusa ceñidos, su aspecto era más propio de un reportaje dominical sobre casas rústicas que de alguien que supervisa la recogida de la aceituna. Era su hermana: María José de las Heras Varcárcel.

Mario sabía que con aquel disfraz de señorita de ciudad no se ganaba el respeto de los hombres, más bien al contrario, pero su falta de tacto con el personal lo compensaba con creces con la mala leche característica de las mujeres Valcárcel. Mario la observó descender. A pesar de que sólo se relacionaba con gente de su escala social, dominaba a la perfección los negocios y en los últimos años había multiplicado y diversificado las actividades de la finca: una bodega que había adquirido renombre, negocios inmobiliarios, inversiones en bolsa… incluso alquilaba los terrenos más alejados del cortijo para celebración de banquetes. A su madre casi le había dado un infarto al enterarse —no encajaba con sus sentimientos clasistas—, si bien su hija tomaba ahora las decisiones y tuvo que tragar: los beneficios eran lo primero.

Al verlo, se dirigió hacia él:

—¡Mario, qué agradable sorpresa! —sobreactuaba ligeramente—. El capataz me mandó un mensaje diciendo que habías llamado de improviso y que vendrías a comer. ¿A qué debemos este honor? ¿Has visto a mamá?

Mario se apercibió que su hermana no se acercaba a besarle. Mantenía una distancia de seguridad, sin que eso la incomodara. En eso era igual a su progenitora: detestaban el contacto físico, hasta con miembros de su familia.

Intentó no mostrar decepción ante su frialdad:

—Hola, María José —saludó—. Me alegro de verte. Acabo de llegar. La he visto somnolienta y no he querido despertarla. Candela me ha dicho que me avisará cuando espabile. O que hablaremos en la comida. Qué tal…, en fin, ¿qué tal sigues?

Su hermana torció el gesto. A la defensiva, trató de adivinar si detrás de la inocente pregunta se escondía otra intención. Acababa de afrontar un largo divorcio que había costado grandes quebraderos de cabeza a la familia; de puertas afuera había sido una decisión de mutuo acuerdo, aunque Mario y su cuñado, Gonzalo, eran amigos desde la infancia y sabía que en la decisión influyó más el criterio de ella que el de él. A cambio, se llevó un pellizco. María José, liberada de unas ataduras que no iban con ella, no se molestaba en disimular pesadumbre. Al contrario, se había convertido en asidua de las fiestas de la noche sevillana y recuperaba los años perdidos de manera

acelerada y poco… «discreta».

—Estoy como nunca, si te refieres a eso —le soltó desafiante.

Mario no quiso caer en la provocación que le tendía su hermana. No le gustaban los rumores que había escuchado sobre ella, ni las fotos acompañadas de distintas parejas que subía a sus redes sociales, si bien era mayorcita y sabría qué hacer con su reputación. Además, no era día para recriminaciones: era posible que tuviera que pedirle ayuda para aclarar el enredo en el que se hallaba metido.

Se mostró conciliador:

—He venido a visitar a mamá. Y también a ti —indicó con el tono más afable del que fue capaz—. Es importante que hablemos, preciso información. Es… —dudó un segundo— es relativo a papá.

—¿A papá? —La expresión de María José mudó de repente.

Su padre, Carlos de las Heras Fortún, había muerto cinco años atrás, en las navidades de 2013, y su hermana siempre rehuía hablar de él. Dolía demasiado. Había sido su ojito derecho, su niñita… y su desaparición contribuyó a que se sintiera descentrada. Aunque siempre había sido frívola y altanera, cuando él estaba delante se trasmutaba, intentando asemejar un derroche de virtudes. Al faltar, la mascarada se vino abajo: ya no tenía a nadie a quien impresionar. Él mismo lo pasó muy mal cuando falleció, recién retirado, después de una dolorosa enfermedad. Había sido su ejemplo en todo, e incluso se convirtió en militar como forma de imitarle; pero para ella, para María José, el golpe fue más duro. Todavía no se había recuperado de su pérdida, y quizá nunca lo hiciera.

Mario se vio obligado a dar una explicación:

—Sé que te disgusta recordarle, pero es necesario.

—Así es, no me gusta. Y menos de improviso.

—María José, por favor, si no fuera vital para lo que me traigo entre manos no te lo pediría. Y no hubiera viajado hasta aquí.

—Está bien —su hermana no se molestó en disimular el rechazo que le generaba—. ¿Y qué es eso relacionado con papá que te ha hecho aterrizar en el cortijo, entre semana y casi sin avisar? —su tono se hizo grave—. ¿No será nada relacionado con la herencia? Si es así, me enfadaré: ese asunto quedó cerrado.

Mario advirtió que su hermana se ponía en guardia. Debía evitar que se replegara en sí misma o no sacaría nada.

—No. Nada que ver con dinero. En realidad, es un asunto antiguo, más personal —Carlos metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, rebuscó unos instantes y extrajo la fotografía—: ¿Lo reconoces?

Su hermana lo observó con su acostumbrada esquivez. Después de unos segundos, la contempló con mayor atención:

—Por supuesto. Es papá. No creo que tuviera ni veinticinco años en esta foto. Está muy guapo —se esforzó para contener una repentina

emoción—. ¿De dónde la has sacado? Nunca la había visto.

Mario contestó evasivo. No tenía intención de explicar de qué forma había empezado aquello:

—Alguien me la ha enviado. Yo también le calculo esa edad, aunque no sé quién la hizo; ni dónde exactamente. ¿No ves nada extraño? —ahora llegaba lo difícil—: Dale la vuelta y lee el texto.

María José hizo lo que decía su hermano. Según leía el breve mensaje su cara pasó de la indiferencia a la ira; una rabia repentina por algo que conocía y él no comprendía.

Visiblemente alterada, le arrojó el trozo de papel.

—Escúchame —respondió cortante. Su dedo le apuntaba del mismo modo que si lanzara una maldición—: Olvídate de este asunto y bajo ningún concepto preguntes a mamá acerca de nada de esto. ¿Me has oído? ¡De nada! Te lo pido por favor. Son viejos acontecimientos de hace años. Solo conseguirían remover su dolor.

—¿Qué…? No te entiendo. ¿Su dolor? —su asombro era mayúsculo. El desenfado con el que su hermana parecía sugerir que conocía algo al respecto, y a la vez su prohibición de preguntar sobre ello, le dejaron atónito—. ¿Qué sabes tú? ¡Dímelo! He venido a aclararlo. ¿Por qué me tratas como a un niño juzgando lo que debo saber y lo que no?, ¿quién te crees que eres?

Su hermana no se inmutó ante el desahogo:

—Ya te lo he dicho. Son cosas de cuando papá era joven. Mamá ni siquiera lo conocía. No nos hará bien removerlas.

Mario seguía sin dar crédito:

—¿Olvidadas por quién? ¿Por ti?, ¿por mamá…? Yo no sé ni una palabra, nunca me habéis contado nada. ¿A qué te refieres?

Su hermana lo miró con aire de superioridad. Su rostro dejaba a las claras que no diría una palabra más. Aunque Mario le sacaba dos años, desde la adolescencia actuaba como si ella fuera la hermana mayor, y él el pequeño al que había que proteger. Con el paso del tiempo, aquellos roles se fueron consolidando.

—Tus numeritos no me impresionan —contestó María José—. No seguiré con esto. Lo entiendas o no lo entiendas te lo repito: déjala en paz. No hurgues en el pasado.

Dejándole con la palabra en la boca, se giró y se marchó, sin dignarse a mirar atrás. Se acercó hasta donde esperaba Jaime, el capataz, y dio instrucciones para organizar la jornada de recogida: pretendía aclarar así que ponía fin a la conversación.

Mario, cariacontecido, demasiado aturdido como para contestar, se quedó inmóvil mirando desde el otro lado.

La voluminosa figura de Candela apareció entonces por el patio. Cruzándolo longitudinalmente, se aproximó hasta él. Mario desconocía si la guineana había escuchado la encendida discusión. Si

así era, actuó de forma natural.

Incapaz de sacarse de la cabeza la extraña escena con su hermana, trató de disimular:

—¿Se ha despertado mi madre? —preguntó a la enfermera. Esperaba que la conversación con ella fuera más fructífera que con María José—. ¿Puedo visitarla?

Si Candela había escuchado algo, no dio muestra alguna:

—Sí, señor —respondió—. Se ha aseado y desayunado con apetito: un café, una tostada y dos piezas de fruta. Espera una visita a las doce, un antiguo arrendatario con una petición. Algún aplazamiento, supongo. Me ha dicho que después hablará con usted. Yo le avisaré. De todas formas, no le buscaba por eso, sino porque tiene una llamada.

Mario escudriñó intrigado:

—¿Una llamada? ¿De quién?

—De doña Virginia —la ecuatoguineana enarcó las cejas con picardía. En aquel lugar no todo el mundo la trataba con demasiados miramientos, y las tres ocasiones en que la señorita Redondo había pasado un fin de semana en el cortijo la trató con una naturalidad y simpatía que la cuidadora recordaba. Cuando se había enterado de que ella y Mario ponían su relación en cuarentena, lo lamentó de verás. Se alegraba de descubrir que, al menos, seguían en contacto: era buena señal. Quizá no todo estuviera perdido.

A Mario no le pasó desapercibida su expresión. Sabía el cariño de Candela hacia su ex, si bien no era el momento de compartir confidencias. ¿Virginia…? No esperaba que le llamara a Santa Hermosa, aunque le despejaría la cabeza del reciente enfrentamiento con su hermana pequeña. La cobertura era deficiente en el valle y se veían obligados a seguir usando las líneas fijas. Pero… ¿cómo sabía que estaba allí?

—Gracias, Candela —respondió—. Hablaré con ella dentro.

Mario atravesó el patio central, entró en la casa y llegó hasta su habitación:

—¿Virginia?

—Hola Mario. —La voz de Virginia sonó cálida, o eso quiso pensar. Tal vez ella también echaba de menos su vieja complicidad, y el océano de reproches de los últimos tiempos empezara a difuminarse. O, quizás, todo eran imaginaciones suyas y solo quería parecer simpática.

—¿Qué tal tu madre y tu hermana? —inquirió cordial.

—¿Mi madre y mi…? —Mario no olvidaba que no había logrado localizarla un par de noches atrás y sus celos seguían vivos—. ¿Cómo has sabido que estoy en Santa Hermosa?

Virginia rió ante su inocencia. Mario era brillante en su campo, pero

olvidadizo para algunas cosas. Se lo explicó:

—Me pediste que te instalara una *app* para saber dónde estábamos en todo momento, por si nos sucedía algo. ¿No lo recuerdas?

—Es cierto. No te burles, se me había pasado.

—En todo caso, ya que lo preguntas, no me hace falta. Trabajamos en una aplicación muy precisa: introduciendo un número de móvil triangulamos la última posición de su dueño con un error de medio metro, en cualquier lugar del mundo y aunque esté apagado. Y lo que es mejor —dijo orgullosa—: sin posibilidad que el usuario lo descubra. Por eso sé por dónde os movéis mis contactos.

Mario no pasó por alto el calificativo: «¿*contacto*? ¿En eso me he convertido?».

—¿Sin posibilidad de que se sepa?, ¿es legal? —aquello sonaba intrusivo. Que su antigua novia le rastreara y supiera donde se hallaba no le resultaba normal.

—Mario, somos el CIRC, ¿recuerdas? —apuntó pedante—. No trabajo en un bufete, sino contra los *hackers* más activos y peligrosos del mundo. Luchando por adelantarnos y ser más proactivos que el resto de agencias de inteligencia. Es una batalla invisible que se libra todos los días: robo de patentes industriales; ataques a la bolsa por parte de *bots*; hackeo de webs de multinacionales; obtención de contratos millonarios usando información robada de los servidores de empresas; y un sinfín más.

Mario guardó unos segundos de silencio. Todo aquello lo sabía o, más bien, lo intuía. Sin embargo, por apasionante y trascendental que fuera, estaba seguro de que Virginia no le llamaba para presumir acerca de la importancia de su trabajo.

Cambió de tema, centrándose en lo que realmente le concernía:

—Te mandé una información hace días. Supongo que la has visto.

Al otro lado, el tono de humor de su antigua novia se esfumó como por ensalmo. La experta amante y amiga dejaba paso a la profesional en quien se podía confiar:

—Lo sé. Y no creas que he estado ociosa. He investigado y hecho llamadas; por eso no te contesté de inmediato.

Mario caviló para sí. «¿De inmediato…? Desde luego que no. Ni siquiera estabas». Seguía resentido, celoso, aunque no se atrevía a preguntar directamente y resolver la duda que le corroía acerca de su ausencia esa noche.

—¿Y? —continuó, sin referirse al otro tema—. ¿Has sacado algo en claro?

—He efectuado averiguaciones sobre la ATN en el Sáhara. Fue creada a finales de 1959. Dependía del Gobierno Militar de la provincia, a diferencia de la Policía Territorial, que lo hacía de la Presidencia del Gobierno. El asunto de la pluma efectivamente es anormal, pero si en

lugar de verlo como un hecho aislado se relaciona con la fotografía de tu padre, vestido de oficial de los Grupos Nómadas, nos encontramos con una posible pista.

—¿Pista? ¡Por fin una buena noticia! Prosigue, por favor.

—Cuando los militares españoles abandonaron el Sáhara, entre noviembre de 1975 y enero de 1976, se afirma que el máximo responsable militar de la colonia —el general Gómez de Salazar— recibió un sobre anónimo en su residencia. Los testigos cuentan que al abrirlo encontró dentro no una, sino cuatro plumas blancas. La tensión era muy grande, los ánimos estaban encendidos y el gesto de que alguien de su entorno le acusara a él, que nada conoció del acuerdo de entrega del territorio hasta el final, le afectó profundamente. Lo consideraba injusto —hizo una pausa para que Mario asimilara la información—. No conozco a nadie que lo presenciara, pero Salazar poseía suficiente experiencia para no exagerar su importancia y supongo que antes o después lo olvidaría. ¿Miguel Ángel no te lo contó? Supongo que lo habréis hablado. Es extraño: él debe haber leído los expedientes, y el caso es demasiado similar para no relacionarlo. Más estando destinado en Rabat.

Mario escuchaba atento. Aunque los tres fueron excelentes amigos en la época de la Academia, en los últimos años la relación entre Miguel Ángel y Virginia se había vuelto tirante: quizá eso condicionara el último comentario.

Decidió restarle importancia:

—No, no lo mencionó. En todo caso, no acabo de ver el sentido.

—¿Cómo qué no? —insistió—. Piénsalo, quien te ha mandado el mensaje no te acusa a ti de falta de valor. Se refiere a la persona del retrato que acompañaba a las plumas.

Mario guardó silencio. Su cabeza trataba de atar cabos. Virginia desconocía que él había contactado con Luzmila, y que en un esfuerzo por captar su atención esta había reconocido mandar el paquete. Sin embargo, era cierto: en la breve conversación no le acusó a él de nada.

Virginia continuó. Cuando mordía una presa nunca soltaba:

—¿Lo entiendes ahora? Mario, escucha: alguien está llamando cobarde a tu padre por algo que sucedió. No a ti. Y lo hace de la misma manera que entonces, cuando nuestras tropas abandonaron el Sáhara de manera apresurada. Todo se relaciona.

—No… no acabo de verlo.

—La persona que buscamos conoció el incidente, quizá incluso lo presenció. Francisco Franco agonizaba, en la península no se era consciente de lo que nos jugábamos en África y no se le dio la trascendencia necesaria. O, más bien, *alguien* ocultó su alcance: alguien que ganaba con ello. Pero nuestros compañeros destinados allí sí lo sabían y se sintieron humillados. El ejército, Salazar incluido,

estaba convencido de que defenderíamos nuestras posiciones. Hasta que el gobierno ordenó la retirada de un día para otro. Y, desde luego, no fue el Ministerio de Asuntos Exteriores: Jaime de Piniés, nuestro incombustible embajador en la ONU, y el resto de la delegación diplomática, ellos sí defendieron nuestra posición con uñas y dientes. Se les quedó la misma cara de tontos que a los militares de África. Sé… bueno, sé que apreciabas a tu padre y que te dolerá mi opinión, pero estoy convencida de que colaboró con aquello. ¿Nunca te contó su papel esos días?

Mario se encontraba anonadado. ¿Quién era ese alguien con tanto poder como para ocultar el alcance de lo que sucedía? La historia le superaba. A partir únicamente de unos retazos de información, el cerebro analítico y desapasionado de Virginia había sido capaz de atar los cabos más rápido que él.

—No, no lo hizo. ¿Y mi supuesto hermano asesinado? ¿De quién crees que se trata?

Virginia vaciló esta vez. Hacía tiempo que no charlaba tanto rato con Mario. Lo echaba de menos y ayudarle le servía de excusa para retomar el contacto: se sentía a gusto.

Antes de ser pareja fueron excelentes amigos y compañeros y no quería malograr su vieja camaradería:

—Eso no lo sé. En Mons disponemos de muchísima información a nuestra disposición. Más de la que te imaginas. Y cada día aumenta. Terabytes y terabytes de datos que, adecuadamente procesados, relacionan a millones de personas entre sí sin que lo sospechen. Pero eso no significa que seamos adivinos. Pienso que esa parte del puzle —la de tu hermanastro— sólo la puede aclarar quién viviera aquella época y conozca de primera mano lo que pasó —reflexionó unos instantes—: ¿Estás seguro de que nadie ha entrado en contacto contigo después de enviarte el sobre? Es extraño.

—¿El qué?

—Que alguien se tome tantas molestias y luego no se comuniqué. No es lógico.

Mario valoró si detallarle la conversación con Luzmila. Tras sopesarlo unos instantes se decantó por el silencio: esa parte le tocaba gestionarla a él. Tiempo habría cuando recabara nuevos datos.

Mientras, sí había un detalle en que su capacidad analítica podía resultar de utilidad:

—Gracias, Virginia. Me has sido de gran ayuda. Una cosa más: ¿puedes averiguar quién o qué es Laissa? Sé que se relaciona con esta historia, aunque aún no he logrado aclarar de qué modo. ¿Puedes ayudarme?

—¿Laissa? Sí, claro, aunque no me suena. Echaré un vistazo, dame un par de días —su voz se hizo más grave—. Y Mario, una última

cosa: ten cuidado. Este asunto no me gusta. No sé en qué líos se metió tu padre, ni por qué reaparecen después de tanto tiempo. Sin embargo ahí abajo, en el norte de África, duerme un polvorín que puede estallar en cualquier momento. Y si lo hace no quiero que te pille en medio. Eres un militar reconocido, con una prometedora carrera: sé prudente y no lo eches por la borda por unas rencillas familiares que a nadie importan.

Mario agradeció su interés. Después de lo sucedido entre ellos, valoraba su preocupación.

Tenaz, la habilidosa *hacker* insistió antes de finalizar:

—Comunícame cualquier cosa que averigües. Por pequeña que sea. ¿Lo harás? ¿Mario? ¿Mario…?

Pero, al otro lado, Mario acababa de colgar.

Su cabeza bullía con los datos que había recabado Virginia y le acuciaba hablar urgentemente con su madre: ella podría proporcionarle nueva información. Le apeteciera o no a María José, le pediría que explicara todo lo relacionado con el pasado de su padre. Intuía que custodiaba la clave de un secreto que pugnaba por salir a la superficie.

Y, si era cierto lo que decía el mensaje, ya había desaparecido una persona tratando de impedirlo.

Debía apresurarse si no quería que muriera más gente.

VI. Dos secretos enterrados

Cortijo de Santa Hermosa, Jaén (España)
Jueves, 4 de Octubre de 2018

El timbre del teléfono de su antiguo cuarto lo despertó. Se había levantado a las cinco de la mañana para conducir hasta Santa Hermosa y el cansancio lo venció, quedándose dormido mientras aguardaba la charla con su madre. La había esperado, mas no apareció a la hora de la comida y Candela, en contra de su costumbre, no le proporcionó explicación.

La conversación con Virginia le había dejado una sensación de vacío y para distraerse había aprovechado el mediodía para conversar con los jornaleros. A algunos los conocía de años y Jaime le puso al día respecto a las labores de la recogida de la aceituna. Después de toda una vida al servicio de los Valcárcel el capataz consideraba el cortijo como suyo, y desde que amanecía hasta que caía el sol recorría las dehesas comprobando con mimo el estado de los olivos y el resto de plantaciones. Él y su padre habían pasado mucho tiempo juntos tras pasar a la reserva forzosa, e incluso fue padrino de boda de sus dos hijos. Con el paso de los años el carácter de este se volvió introvertido, solitario, huraño, y su mayor entretenimiento consistía en cazar tordos y pichones en compañía de su Jaime y jugar al mus con los peones de confianza. En su compañía, se mostraba más comunicativo y locuaz que con su propia familia. Después, cuando el cáncer empezó a carcomerle las entrañas, Jaime se mantuvo fiel a su lado y al fallecer se mostró desconsolado durante meses.

Gracias a él, nunca faltaban flores frescas en la tumba del cementerio del cortijo, situado a un par de kilómetros de la casona principal, en lo alto de la loma.

Enfrente de un blanco amontillado, Jaime le explicó que la tierra destinada a los olivares era cada vez más extensa —su hermana había adquirido las fincas limítrofes— y que para mantenerlas en estado óptimo resultaba imprescindible renovar la maquinaria y contar con más mano de obra. Varear y recoger la aceituna de mil doscientas hectáreas, con noventa mil olivos en plena producción, no era tarea sencilla sin disponer de recursos. Atrás quedaban los métodos manuales en los que se ordeñaban los árboles uno a uno y se recogía con capazos el fruto *al vuelo* —sin tocar el suelo—. Los modernos cultivos, como los de los Valcárcel, disponían de maquinaria para ese trabajo, aunque las vibraciones de las cosechadoras no conseguían desprender la totalidad de las olivas y había que rematar cada

ejemplar a mano. Una labor agotadora.

A lo largo de la conversación, Jaime no se quejó de los métodos de María José —con su carácter nunca se hubiera atrevido—, si bien dejó traslucir que sus demandas sobre el rendimiento de los cultivos y sus métodos autoritarios afectaban negativamente a la actitud de los hombres. Por si fuera poco, varias cosechadoras y tractores estaban anticuados y la almazara necesitaba reparaciones. La señal de alarma había saltado cuando a principios de la estación algunos temporeros decidieron no trabajar con ellos; Jaime trató de convencerlos, pero resultó imposible. Era la primera vez en cincuenta años que llevaba en Santa Hermosa que parte de la cosecha se echaba a perder.

Mario escuchaba interesado las advertencias del viejo confidente de su padre. No estaba acostumbrado a la bebida y, al final, entre un vino y otro, tuvo que rogarle que le permitiera descansar. El sopor le vencía y se tendió en la cama de su cuarto.

En cuanto descolgó el auricular, soñoliento por la siesta, intuyó que algo malo pasaba. Había indicado en el Estado Mayor dónde localizarle; a pesar de ello, que el PM se atreviera a molestarle era poco habitual. Sin duda, debía ser importante:

—¿Mi comandante…?

—Buenas tardes, capitán Torres —efectuó un esfuerzo para que su voz no reflejara modorra—. ¿Algún problema que no pueda esperar a mi regreso?

—Eso me temo. Créame que no le importunaría si no pensara que es de importancia. Verá… —no sabía por dónde empezar y se decidió a contarlo sin mayores preámbulos—: Alguien ha forzado su despacho.

—¡¿Cómo?! ¿Puede repetir?

—El comandante Romero, su compañero, nos ha avisado a las tres. Al regresar de la comida ha encontrado todo revuelto. Los cajones habían sido forzados y los archivadores se encontraban volcados por el suelo: el intruso buscaba algo concreto. Estamos revisando las grabaciones de esa zona, pero de momento no encontramos nada sospechoso. Ninguna de las cámaras enfoca a ese recodo, por lo que será difícil recabar imágenes útiles. Tampoco su auxiliar, ese extremeño, ha visto nada. Es algo parco en palabras pero no por eso le vamos a acusar. Acabo de ordenar que nadie salga del complejo hasta que terminemos las comprobaciones, si bien no podrá estar clausurado mucho. El coronel Márquez teme que la prensa se entere. ¿Se imagina?, ¿que salga a la luz que se ha burlado la seguridad del Cuartel General del Ejército del Aire, uno de los edificios más seguros de Madrid?

Mario no reaccionó. La perplejidad lo dominaba.

—Entiendo. ¿Puedo ayudarle yo de alguna forma?

—En realidad, sí. Me gustaría saber si después de nuestra

conversación sostuvo algún contacto relacionado con el paquete. Recordará que me parecía peculiar —efectivamente, la intuición del capitán había acertado desde el principio y los sucesos parecían darle la razón—. Lo lógico es relacionar la llegada del envío con el asalto a su despacho. ¿No cree?

—Sí, resulta evidente. Coincide con mi conclusión.

—Bien, me alegro. En ese caso le pido su plena colaboración. Es el primer incidente grave que se registra desde que me nombraron encargado de la vigilancia y usted es un elemento fundamental. Cualquier novedad que ocurriera desde nuestra última charla, y que no me haya mencionado, me será de ayuda.

Mario guardó silencio. El policía había relatado el motivo de su llamada de manera educada, y a la vez directa. Aquello le concernía y Mario no se engañó por su tono cordial. Se sentía en medio de una tormenta que se escapaba a su control: primero, el mensaje anunciando el asesinato de un hermano que no conocía; luego, la sospecha de Luzmila de que su teléfono estaba pinchado; más tarde, la advertencia de María José de que no removiera el pasado; y ahora el intento de robo en su oficina que, para no haber sido detectado, debía ser obra de un profesional. El asunto tomaba visos peligrosos: alguien estaba tomándose muchas molestias para resucitar el pasado.

Torres esperaba una respuesta y Mario tomó una decisión arriesgada. Eligió omitir la conversación con Luzmila, al menos por el momento. Sabía que mentir a un capitán de la Policía Militar, encargado de una investigación en curso, colocaba su carrera profesional al borde del abismo pero no tenía más remedio.

Procuró no dejar traslucir la zozobra que experimentaba:

—Ninguna novedad, capitán —afirmó fingiendo tranquilidad—. No he vuelto a tener ninguna noticia acerca de ese asunto.

—Ya… —Torres dudaba si creerle. No contaba con modo de comprobarlo, aunque su sexto sentido le sugería lo contrario—. Y, por curiosidad, ¿qué le ha llevado a Jaén? —añadió sin dar importancia a la pregunta.

Mario improvisó una contestación:

—Mi madre, capitán. Es mayor, está en silla de ruedas y ayer me llamó su cuidadora avisándome de que se había caído. Temíamos una fractura de la cadera, pero afortunadamente no se ha roto nada y he querido venir a visitarla. El lunes regresaré y le ayudaré en todo lo que se halle a mi alcance.

El capitán pareció aceptar sus explicaciones. No estaba convencido de la verdad de su historia, así que fingió creerla. Tiempo habría de comprobar su veracidad.

—¿Su madre? ¡Por supuesto! La familia es lo primero y a una madre anciana hay que prestarle atención. Además, si surge alguna novedad

me informará, ¿verdad? —el oficial desconfiaba ante el cúmulo de casualidades y su frase sonó irónica. La caída de la anciana constituía una coincidencia que venía a sumarse a otras.

Mario decidió no darse por aludido ante el comentario. Aparentó normalidad:

—No lo dude, capitán. Y si a su vez descubre algo raro en las filmaciones, por favor comuníquemelo.

—Claro, comandante. No se olvide: el lunes. Ni un día más.

Mario fue consciente de la advertencia que contenía la frase. Estaban a jueves y, tras la decisión de buscar la verdad por su cuenta, necesitaba un margen de tiempo: cuatro días debían bastar. Si no se presentaba después del fin de semana la actitud del policía cambiaría de modo radical, y de testigo más o menos fiable pasaría a convertirse en el principal sospechoso.

Las palmas de sus manos sudaban ante su intento de mantener la compostura:

—Por supuesto, así lo haré.

Colgó, se refrescó en el cuarto de baño y, a grandes zancadas —fruto de la agitación que sentía—, atravesó la zona de las habitaciones hasta llegar al otro ala del edificio. Sin avisar, entró decidido en el macabro salón de caza en el que había dejado a su madre por la mañana: dos docenas de cabezas disecadas de ciervos, corzos y jabalíes dirigieron sus miradas hacia él. Sentadas frente a una mesa, su hermana María José explicaba a su madre los pormenores del día de recogida. La brisa de horas atrás abría paso al fresco atardecer, y aunque por la época no parecía necesario, la chimenea gótica del fondo estaba encendida.

Al lado de ellas dos, en una mecedora, Candela leía distraída una revista; aguardaba pacientemente la mínima orden de doña Carmen.

Mario avanzó hacia ellas sin disimular su molestia:

—Mamá, llevo todo el día intentando hablar contigo. Cualquiera diría que te escondes de mí. ¿Qué ocurre?

Su hermana torció el semblante al verlo entrar sin anunciarse. Por su lado, su madre, aunque igual de sorprendida, se recompuso y supo reaccionar:

—Hijo, me alegro de verte —sus palabras eran de afecto, si bien el tono carente de emoción con el que las acompañó hizo que sonaran artificiales—. Lamento que no hayamos hablado. El señor Santos, uno de nuestros aparceros, ¿te acuerdas de él?, me ha entretenido parte de la mañana. Después, me he sentido indispuesta. Candela te lo puede decir, no se ha movido de mi lado un minuto —cambió de tema—. Es el inicio del vareo de la aceituna y tu hermana me explicaba que los hombres andan soliviantados. Qué novedad, ¿verdad? —dijo recuperando su acento mordaz—. Esos jornaleros siempre quieren más. ¿No es aburrido? En todo caso, te iba a llamar cuando

acabáramos.

Mario contuvo su enfado. No sabía si las excusas eran verdaderas o no, y aunque seguía molesto por no haber podido verla a lo largo del día, no pretendía resultar injusto. Cuando regresaba, lo hacía de visita; y desconocía los horarios y necesidades de su madre. Por mucho que se siguiera mostrando poderosa, se había convertido en una anciana con precario estado de salud.

Más tranquilo, la besó en la frente. Del mismo modo que siempre pasaba, fue él quien acabó disculpándose:

—No te preocupes —soltó resignado—. Es solo que después de madrugar y viajar aquí para visitarte me extrañaba no hacerlo, eso es todo.

Su hermana, notándole más calmado, aprovechó su cambio de actitud:

—Mario, estamos discutiendo un asunto. ¿Nos concedes veinte minutos? Quédate aquí, si lo prefieres. Le explicaba a mamá que me veré obligada a subir el jornal; Jaime lleva semanas insistiéndome en que nos corresponde realizar un gesto con los trabajadores y este es un asunto que te interesa. Aunque nunca te involucres, una parte de esto es tuyo; no te vendría mal conocer la economía familiar.

Acostumbrado a las indirectas de su hermana, Mario encajó la pulla sin replicar. Desde que asumió las finanzas de la familia se veía como una gran empresaria, y no dejaba de recordarle que él había abandonado la dehesa para «jugar con aviones» —como despreciativamente decía su madre— y viajar por el mundo. Esa mañana, María José había ignorado deliberadamente sus preguntas acerca de su padre, tratándole como a un crío al que le vinieran grandes las cosas, dejándole con la palabra en la boca. Impertinente, ahora le ordenaba que esperara a que finalizaran la conversación *los mayores*. ¿Qué sería lo siguiente?

Acababa de mentir a un capitán de la Policía Militar sobre el motivo por el que estaba allí, se jugaba mucho y no disponía de paciencia ni tiempo para estériles rencillas:

—No, María José. Ni veinte minutos ni diez. Lo siento. Mamá se halla despejada y no quiero que pase la oportunidad de contaros a qué he venido. Ya acabareis vuestra conversación más tarde.

Su tono firme mostraba determinación. Pero su hermana tampoco estaba acostumbrada a ceder: no lo había hecho nunca y no comenzaría ahora.

Recuperó su pose altanera y mantuvo su dura mirada fija en él, buscando intimidarle:

—Te he dejado meridianamente claro que no lo considero buena idea. Si no quieres atender los asuntos de la finca, no lo hagas. Candela te prestará una de sus revistas de sociedad y esperarás a que

acabemos. ¿Lo prefieres así?

Mario estalló:

—¿Que no lo consideras una buena idea? Y lo que yo considere, ¿carece de importancia? Escúchame bien: vamos a aclarar el asunto que me ha traído aquí de una vez por todas. ¡Ahora mismo! No voy a perder ni un minuto en discusiones. Estoy harto de desperdiciar mi tiempo y de que insinúes que mis asuntos son menos importantes que los tuyos. Y, por cierto, tienen razón…

—¿Quiénes tienen razón?

—Los jornaleros. Es de justicia lo que piden. Y si no estuvierais encerradas en vuestra burbuja lo comprenderíais.

Madre e hija se miraron de reojo. Normalmente le manejaban sin dificultad, aunque en esta ocasión se le advertía más alterado que de costumbre. Quizá fuera mejor no dilatar la conversación que pedía.

Con buen criterio, su madre hizo una indicación a la cuidadora:

—Candela, por favor, salga de la habitación. Esto solo nos concierne a nosotros.

La buena mujer ojeó a María José, buscando refrendo a las instrucciones de la anciana.

—Sí, es lo mejor —confirmó esta—. Déjanos, si mi madre te necesita te llamaremos.

La guineana salió de la habitación. No se separaba nunca de doña Carmen, por lo que supuso que era un asunto de importancia.

Nada más marcharse, y tal y como por la mañana había hecho con su hermana, Mario extrajo del bolsillo de su chaqueta la deteriorada fotografía de su padre. Sin añadir una palabra ni sentarse, la extendió a centímetros de su madre.

Con desgana, ella la cogió.

Por unos segundos, doña Carmen sostuvo el papel entre los dedos, sin mover un músculo ni reflejar emoción.

—Es tu padre. ¿Y qué? ¿Para esto tanto follón? —exclamó burlesca—. ¿Para mostrarme una fotografía? Hay decenas en los álbumes familiares —displicente, indicando que si aquello era todo daba por terminada la conversación, señaló con el índice la librería de madera de roble detrás de ella—: Ahí están, ordenadas por fechas, si quieres entretenerte. Tu padre se sentaba ahí y pasaba horas mirándolas en silencio. Haz tú lo mismo: sois parecidos hasta para eso. Y ahora, márchate. Tu hermana y yo debemos solucionar problemas importantes.

Mario la escrutó, conteniendo a duras penas su enfado. Trataba de detectar alguna emoción en la hierática máscara en que se había convertido el rostro materno.

—No —respondió enervado—. Te equivocas. No creo que hayas visto ninguna similar.

Su madre le lanzó una mirada interrogante, a la vez que su hermana se removía en el amplio butacón tapizado. Su irritación crecía ante el desarrollo de la conversación que con tanto empeño había buscado evitar. Quiso intervenir:

—¡Mario, ya es suficiente! Otra vez un numerito. Te lo pido por favor, ¡vete!

Su hermano la ignoró, centrándose en su madre:

—Dale la vuelta —indicó firme.

—¡Mario! —chilló María José. No estaba acostumbrada a que nadie, ni siquiera su hermano, la desobedeciera.

—Mamá, ¡dale la vuelta! —insistió elevando el volumen.

A regañadientes, doña Carmen giró el desgastado papel. Actuaba con el desdén de una soberana que hacía una concesión sobre algo que no le concerniera, con el único objetivo de callarle la boca y que se tranquilizara de una vez. Con expresión hosca, alargó su mano hasta alcanzar sus gafas de concha de la mesilla. Se las ajustó con parsimonia y examinó el reverso de la fotografía.

No esperaba su contenido y hubo de releer varias veces el texto. Según lo hacía, su cara fue reflejando un malestar cada vez más patente. Su expresión socarrona se tornó en una de mayor gravedad, revirtiendo su anterior estado de indiferencia:

—Sí, ahora entiendo… —dijo tras colocar sus lentes sobre el taquillón.

—¿Entiendes?, ¿qué entiendes…? —inquirió Mario. Su madre era una maestra en administrar silencios y responder a lo que la convenía, pero en esa ocasión necesitaba estar seguro de que comprendía la gravedad del mensaje.

—Entiendo que te preocupe —replicó—. El recibir algo así, me refiero. Eso querías escuchar, ¿no? Pues no te intranquilices: no tiene importancia.

—¿No la tiene? —Mario arqueó sus cejas con asombro.

—Eso he dicho.

—¿En serio?, ¿cómo puedes quedarte tan tranquila? ¿De verdad no tienes nada que explicarme?

—¡Te he dicho que no la tiene! —exclamó con furia—. ¡No lo repetiré!

María José intervino de nuevo:

—Mario, alteras a mamá. Conseguirás que le suba la tensión o algo peor. Has venido a enseñarle esa vieja fotografía y lo que algún desconocido ha escrito en ella, probablemente para chantajearnos y sacarnos dinero. No continuemos más tiempo con este espectáculo.

Pero Mario estaba decidido. La cuenta atrás corría y no podía permitirse el lujo de regresar a Madrid con las manos vacías. Ante la cerrazón de las dos mujeres cambió de estrategia, razonó con la

cabeza fría y se olvidó del contenido de la misiva:

—De acuerdo —se dirigió a su madre con tono más reposado—. Pasemos a la foto: María José y yo hemos calculado que papá tendría alrededor de veintitrés años cuando se la tomaron. ¿Qué te contó él de su vida en el Sáhara en ese periodo?

Su madre lo contempló con zozobra. No quería arrancar una conversación sobre el tema; pero la imagen de su esposo, joven, guapo y sonriente delante de ella, así como la insistencia de su hijo, empezaban a doblegar su ánimo.

—¿Que qué me contó? Sabes que yo no estuve en…

Mario vio su coraza resquebrajarse. Debía aprovechar su momentánea debilidad:

—Sí, lo sé. Os casasteis un par de años después de que él volviera y nunca regresasteis, pero a lo largo del tiempo te contaría sus experiencias, tanto las buenas como las malas. ¿Nunca te explicó su vida en África, en los años de la fotografía? Papá llego al Sáhara en marzo de 1965, con veinte años. Si en la foto tenía veintitrés, eso significa que debía trascurrir en torno a mediados de 1968.

—¿Su vida…?

Mario se impacientaba:

—Su vida con los civiles, con sus compañeros de armas, con los saharauis… —se detuvo para enfatizar sus palabras. Aunque dolieran a su madre, debía pronunciarlas—: Con *las* saharauis. ¿Cómo era?

Doña Carmen se recobró y salió de su marasmo.

Sarcástica, se lanzó al contraataque:

—Mejor nos lo cuentas tú. Muchas veces te narró sus aventuras; tal vez por eso seguiste sus pasos y me abandonaste entre estos muros…

Mario suspiró. ¡Otra vez las recriminaciones de siempre por no sacrificar la vida a su lado! ¿No se cansaba nunca?

—Me las contó en varias ocasiones, tienes razón; pero nada referente a asuntos personales. De eso jamás hablaba. Nunca sospeché, aunque ahora comprendo que no era casualidad. Sí me narró lo de la retirada de las tropas entre noviembre del 75 y enero del 76; los atentados contra las posiciones; los trescientos cincuenta mil marroquíes que cruzaron la frontera desde Tarfaya; la retirada en barcos de civiles y militares cuando el Gobierno dio la orden y los trasladaron a Canarias... En fin, todo; pero no te pregunto por eso.

—¿No?

—¡No! Mamá, sé que me estás entendiendo. Ya es suficiente.

—Está bien, no te vuelvas a encrespar. Claro que sé a qué te refieres, no soy tonta. Lo que ocurre es que me resulta incómodo hablar de estos temas. Yo… no estoy acostumbrada a abrir mis sentimientos. Nunca lo he hecho, y es tarde para cambiar.

Mario no cedió. Era experta en el juego de las emociones y no iba a

caer en su trampa:

—¿Entonces…?

Su madre resopló resignada. Asumía que esta vez no conseguiría manipularlo tan fácilmente. Suspiró: ¡la todopoderosa doña Carmen Valcárcel: la hija del gran empresario, la matriarca fría y dominante dueña de todas aquellas tierras, se sentía vencida! Su corazón ganaba la partida al cerebro, y ante lo que recordaba afloraban a la superficie de su mente escenas dolorosas, añejas, que creía enterradas y que pugnaban por salir. Episodios que desconocía en el momento de comprometerse y que descubrió más adelante.

Sentía su garganta reseca, y cómo las palabras acudían temblorosas a sus labios: la agitación le pasaba factura. Y es que existen heridas que jamás cicatrizan. Al contrario: se ahondan, interponiéndose en la existencia de las personas. Parásitos que, por tratar de ignorarlos, levantan una muralla de incomunicación entre marido y mujer y se alojan en los pliegues del alma hasta marchitarla. Es entonces cuando el ser con el que compartes lecho se convierte en un desconocido, te acostumbras a ello, y la frialdad, el rencor y las apariencias se convierten en tus compañeros de viaje.

Por fin, después de años de soledad —aunque sea en compañía del otro—, esa persona muere. O lo haces tú, da igual: sin que ninguno haya tenido el valor de escalar el muro que te separaba y divisar el jardín al otro lado.

Doña Carmen entornó la vista. Realizó un gesto a su hija para que avivara los rescoldos del fuego y su voz, habitualmente áspera, se tornó plácida. Como si hubiera vivido allí, y a través de un cristal contemplara al intrépido joven que luego fue su marido.

Sincera por una vez en la vida, se abrió ante sus hijos:

—Veréis, no me corresponde a mí explicarlo, pero a vuestro padre los colores del desierto lo enamoraron. Lo atraparon. Desembarcó con veinte años; el hijo de un comandante mutilado de infantería que decidía alistarse en la unidad más dura del ejército. ¡En mitad de uno de los parajes más inhóspitos del mundo! Lejos de todo y de todos, acompañado en sus misiones únicamente por bereberes, de los que al principio no conocía su idioma, y a su lado algún otro español que, o huía de la ley, o era tan estúpido e idealista como él. Sin saber tratar a aquellos condenados camellos que, en medio de las dunas, se convertían en tu única posibilidad de sobrevivir, o eso contaba él. Y después de un agotador día la recompensa que recibían era una sucia jaima para dormir sobre el suelo y un puñado de dátiles y carne reseca como rancho.

»Para la inmensa mayoría, la soledad y las privaciones se hacían insoportables y abandonaban; pero, por algún motivo que nunca comprendí, a él le sucedió lo contrario. Afirmaba que en medio de

aquella soledad gozaba de una infinita independencia; que allí encontró el sentido de la vida, que se creía libre.

»Cuando llegó, conoció a algunos de los que lucharon en Ifni y me contó con un halo de tristeza que en España nadie los valoraba. Al cabo de unos años, ascendido a oficial de los meharistas en los Grupos Nómadas, recorrió uno a uno aquellos desérticos pueblos infestados de alacranes y fue promovido hasta llegar al Gobierno General de El Aaiún. Desde allí se gobernaba la provincia del Sáhara, con un tamaño como el de la mitad de la península. Era un buen destino militar y se volvió imprescindible; sus mandos valoraban las relaciones de amistad que tejió con las facciones nativas e incluso aprendió *hassanía*, un dialecto del árabe que se utilizaba en el Magreb.

—Continúa, por favor —animó Mario. Estaba absorto.

—Un día, al poco de nacer tu hermana, me confesó que a lo largo de aquel tiempo la soledad le hizo mella. Me habló de una mujer y que durante algún tiempo mantuvieron una relación. No sé por qué me lo dijo; te aseguro que hubiera pagado por ignorarlo. Yo era joven, enamorada y a veces lo notaba tan nostálgico que le imploraba de rodillas que me explicara qué le ocurría, el porqué de aquellos silencios en que se quedaba hipnotizado, con la vista perdida en el infinito. ¡Quería hacerle feliz! ¡Que todos lo fuéramos! Pero en ciertos momentos él resultaba tan… lejano. En el fondo, su cuerpo regresó, pero su espíritu se quedó vagando entre esas dunas de ardiente arena que tanto adoraba.

La mujer se detuvo. Había adoptado un tono introvertido, hablando más para ella que para sus hijos. Afectada, asía los bordes del chal con sus dedos huesudos, buscando una tabla de salvación. A pesar de la aflicción, sincerarse delante de ellos consolaba a su resentida alma.

Mario no quería interrumpir aquellas confidencias; sin embargo, necesitaba información más precisa:

—¿Una *relación*? ¿De qué tipo, mamá? ¿Te refieres a una mujer española?, ¿otra andaluza? ¿Es eso?

Su madre cerró los ojos, le costaba hablar. Arrancar el puñal incrustado en su pecho y sacar a la luz lo que siempre había callado suponía un esfuerzo inhumano.

—Claro que no: no lo entiendes. Me refiero a una de esas bereberes de alguna de sus innumerables tribus. Lo que tú llamas saharauis eran asentamientos nómadas, que desde tiempos inmemoriales convivían en aquellas regiones. A veces, sin relación entre sí. Cada uno con sus peculiaridades —suspiró ante la viveza de las imágenes nunca vistas, pero que se representaban nítidamente en su cabeza—. Aquellas mujeres eran tan diferentes a nosotras que tu padre se dejó arrastrar por su amor al desierto y su afición a las costumbres milenarias. A su edad, entre esas privaciones, casi en el fin del mundo, nada más

natural que enamorarse de una. No sé, no viví allí y él nunca me lo reveló, yo solo lo leía en sus ojos. Aunque todavía no nos conociéramos, y nada me debiera, durante años he tratado de ponerme en su lugar para perdonárselo. Imagino que en aquel erial no sería fácil: los hombres no soportáis la soledad. Al menos, antes. Ahora es distinto; ni mejor ni peor, diferente. Y mucho, te lo aseguro.

Sus palabras destilaban honda amargura. Como de quien sabe que, pese a una vida en común, nunca ha sido amado. ¿Existe un infierno peor? Una remembranza misteriosa y lejana contra la que no se podía luchar se interponía entre ellos. Una ilusión odiada, aborrecida hasta la náusea, cuyo nombre, a veces, tomaba forma y debía arrostrar oírlo de sus labios en sueños. Tumbada a su lado, insomne, soportaba la infamia de oírle suspirar en voz alta por su amante, anhelando el tacto de su piel, ansiando el sabor de sus besos. Y, a la mañana siguiente, actuar como si nada sucediera.

¡Malditos fueran! ¡Malditos fueran los dos!

Mario no daba crédito. Por primera vez veía a su madre abandonar su máscara de frialdad y mostrar sus sentimientos ocultos. Y lo que se escondía detrás de esa careta era inesperado: una relación con una saharaui de la que él jamás había oído. ¿Cómo era posible?

Se dirigió a su hermana:

—¿Tú lo sabías? —preguntó con seriedad.

María José vaciló. No poseía energías para mentir por más tiempo:

—Sí, mamá me lo contó hace años. No todo, pero sí parte. Por eso quería evitar que sufriera reviviéndolo. ¿Estás satisfecho?

Mario se sintió herido en su amor propio al averiguar que sólo él vivía al margen del secreto; que su hermana pequeña lo sabía y que, además de escondérselo su madre, tampoco su padre confió en él. Años de fraternal camaradería para descubrirlo a los cinco años de su muerte. Todo se revelaba como una mascarada.

Miro a su alrededor, luchando por ordenar sus pensamientos. ¿Por qué un hombre estaba obligado a contar a sus hijos los devaneos de su juventud? No, no podía ser. Debía existir algo más. De haber sido una aventura pasajera aquel fantasma no hubiera perseguido a su madre durante años, ni amargado su carácter.

Presentía que una pieza no encajaba, que faltaba algún elemento.

Una sombra de incredulidad empañó su semblante. Si confirmaba la sospecha que acababa de asaltarle se explicaría el vuelco que su vida había sufrido en la última semana. Y también el comportamiento obsesivo de su madre.

Para cerciorarse, necesitaba una última pregunta. La más dolorosa.

Temiendo la confirmación de lo que su corazón le advertía, la lanzó. De manera cruda, descarnada, casi odiándose por hacerla:

—¿Tuvieron hijos?

Mario contempló a su madre, de ochenta años, postrada en una silla de ruedas que domeñaba su orgullo, apretando con inaudita fuerza sus puños sobre el metal hasta enrojecerlos.

La rabia apenas la permitió responder:

—¡¡¡No!!!

—¿Mamá…?

—¡Maldito seas! —escupió—. ¡He dicho que no!

Pese a su tono y sus palabras hirientes, Mario la miró con dulzura. Al fin y al cabo, solo era la protagonista involuntaria de un drama iniciado años antes. En aquel momento todas sus heridas a lo largo de aquellos años, sus desprecios, su indiferencia, no significaban nada.

Ante su vista, tan solo una anciana que sufría.

Aun así, debía de sincerarse:

—Creo que mientes.

Ella intentó contener su ira:

—¿Qué? —contestó trémula de indignación— ¡¿Cómo te atreves?!

—Mamá, no lo hagas tan difícil. Por una vez, confía en mí. No importa que creas que te he abandonado o que papá te traicionó. Solo dime la verdad, lo necesito.

Su madre lo examinó de arriba abajo. Sus ojos, inflamados, arrojaban chispas y la vena de su cuello palpitaba como si fuera a estallar. De su boca brotó una terrible frase:

—¡Los tuvieran o no, hubieran sido bastardos! Un desliz, un pecado de juventud... ¿Por qué habría de haberme importado?

Mario la contempló asombrado. Sabía que era una persona altiva, dominante, que con la vejez y su enfermedad se había vuelto más autoritaria y encerrada en sí misma. Con aquella frase se descalificaba a sí misma. En realidad, siglos de educación rígida y encorsetada emponzoñaban su espíritu.

Apenado, clavó su mirada en ella. Entre líneas, sin pretenderlo, acababa de confirmar sus sospechas. Por fin descubría la verdad:

—¿Cuántos? —dijo serio.

—¿Cuántos qué? —contestó ella.

—¿Cuántos hijos tuvieron?

Su madre lo taladró con los ojos. De haber podido levantarse de la silla de ruedas se habría abalanzado sobre él como un animal salvaje. Lo habría arañado, empujado, abofeteado... ¡Pero no podía! Su cabeza mantenía la lucidez y gallardía de siempre, mas su estulto cuerpo lo hacía inviable: se había convertido en una prisión, en un envoltorio vacío, en un trasto viejo e inservible.

Miró a su hija en un intento de no confesar el secreto que, animada por su suegra —doña Rosa—, había escondido cuarenta largos años: ¡los Valcárcel y los De las Heras no afrontarían semejante vergüenza! Así, ni ella ni la madre de Carlos, igual de obsesionada por el honor,

dudaron en hacer lo necesario para mantener el buen nombre de ambas familias. Estaba a punto de llevarse a la tumba la clave del misterio, pero ahora, de pronto, todo peligraba…

Sus sienes palpitaban con fuerza:

—¿María José? —invitó trémula. Su voz sonaba a un postrer lamento, desesperado y suplicante.

Insistió de nuevo:

—¿María José…? —De haber podido, se hubiera arrodillado ante ella, implorándole que la ayudara a mantener el secreto.

Pero su hija, en un alarde de cordura, no reaccionó de la forma que esperaba:

—¡Díselo, mamá! ¡Díselo y acaba con esto! Tú estás cansada de llevarlo contigo, y yo no quiero que me consuma como te ha pasado a ti.

Su madre dirigió la mirada a Mario. Luego, a su hija. Había fijado en ella sus ansias de grandeza: la depositaria de lo mejor y lo peor de sí misma. Su confidente a lo largo de años de engaños y mentiras. Incluso ante su propio marido, que murió sin conocer las cartas desesperadas que se recibían a lo largo de los años y que ella, sistemáticamente, después de leerlas, destruía en esa misma chimenea situada a sus espaldas.

Y ahora, en el último momento, su hija la abandonaba.

Se sentía sola, perdida, sin rumbo. Necesitaba dormir, reposar, que el sueño le hiciera olvidarse de la pesadilla en que sus prejuicios habían convertido su existencia. «¡Sí, sí!», pensó: llamaría a Candela, ¡eso haría! Ella la sacaría de allí; la guineana sabría devolverla al sopor que últimamente la acompañaba. Así se arreglaría todo.

Descansaría, pero antes de cerrar los párpados debía compartir el horrendo pecado; ese que siempre había escondido.

Vencida, cansada, apesadumbrada, igual que si las arrancaran con tenazas desde sus entrañas y subieran por la garganta arrasando todo al paso, susurró cuatro simples palabras:

—Dos. Fueron dos bastardos…

CUARTA PARTE

Cabila de Auserd
Sáhara español
Año 1968

VII. Travesía por el desierto

Cabila de Auserd (a 250 kms. al sureste de Villa Cisneros)
Junio de 1968.

Carlos no descansó esa noche. Ni el resto de las que la siguieron una vez regresaron a Villa Cisneros, al cabo de tres semanas. Las noticias del simún y de la desaparición del teniente Lucena, el cabo, los dos soldados y los dos *áscaris* precedieron su llegada, y en el fuerte se organizaron unas emotivas honras fúnebres para recordar su memoria. El capellán castrense, el páter Reguero, dirigió las exequias. La muerte era compañera habitual en aquellas latitudes y en casos así, a manos de una naturaleza cruel cuyo único objetivo pareciera ser expulsarlos de sus confines, todos —españoles y nativos— se sentían hermanados. Nadie le culpaba de sus fallecimientos, todo lo contrario: si no hubiera dado la orden de refugiarse en el *galb* la desgracia hubiera sido mayor, mas ello no evitó que cuando presentaran armas y sonaran las salvas de fusilería su corazón se encogiera.

Esa tarde fue a la ciudad y rezó largo tiempo en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, a quienes los marineros canarios guardaban devoción. Además de por la muerte de sus hombres, necesitaba reflexionar delante de la imagen.

Desde su regreso, en su mente solo existía espacio para el arrobo que había experimentado ante la belleza pura y virginal de Zayna. Quería liberarse de aquel recuerdo que lo dominaba, que lo apartaba de sus deberes, pero era inútil. Era de tal fuerza, de tal intensidad, que sus pensamientos no se libraban del hipnótico embrujo. La visión de su piel se le aparecía por las noches y le atormentaba. Incluso el propio Antonio Campos, el jefe de la base, empezó a notar que la actitud del mejor de sus capitanes se mostraba más distraída.

Y es que su joven cuerpo sentía por vez primera la llamada de la carne. Se hallaba preso de una obsesión que le consumía; de un deseo, vivo e inagotable, que nublaba lo que sucedía a su alrededor. Apático ante cualquier pensamiento que no fuera encontrarla de nuevo y revivir el fulgor de sus ojos.

Y aunque desde su regreso evitaba su presencia, consumido por el ardor, se decidió a pedir consejo a Ahmed Messaud:

—Ahmed, ¡por Dios! —le imploró—. ¡Ayúdame! Habla con tu padre —su tono, sus súplicas, indicaban el sufrimiento que se acumulaba en su interior, como un torrente a punto de desbordar—: Explícale que deseo contemplar su rostro, conversar con ella y escuchar el timbre de su voz. Con eso me conformo.

Los bereberes se caracterizaban por su franqueza, en ocasiones con escaso tacto a la hora de calcular las consecuencias de sus palabras. Quizá por eso Ahmed le respondió de manera ruda:

—No, *sidi*. No lo haré. Eres español y estás de paso en nuestras tierras. Te aprecio, valoro lo mucho que respetas al desierto y nuestras costumbres. Todos nosotros lo hacemos —estaban en el fuerte del patio y lo dijo realizando un gesto circular con la mano, a modo de imaginario portavoz de los nativos—. Te seguiríamos a donde tú nos condujeses, hasta la muerte si fuera preciso. Lo hemos hablado y coincidimos en que nos sentimos orgullosos de servir bajo tu mando. Todos: Mahdi, yo, y el conjunto de los Erguibat —hizo una pausa y miró al suelo. Sus palabras iban cavar un muro de distancia entre los dos—. Pero no puedes engañarte, ni engañarnos a nosotros: por mucho que lo pretendas, no eres de los nuestros. Eres un *nassarini*, un extranjero cristiano, y antes o después regresarás al Ándalus, a la tierra de nuestros antepasados. ¿Qué sucederá entonces?

Carlos le miró confuso, sin saber responder:

—¿Regresar a España? ¿Qué importa eso ahora?

—Lo sabes bien —replicó Ahmed mirándolo firme—. Ocurrirá, antes o después. Y cuando suceda… ¿llevarías a mi hermana contigo? No lo creo. Para nosotros, nuestras mujeres son nuestro descanso. Nuestra poesía. No podemos vivir lejos de ellas. ¿Es que tu egoísmo la separaría de su familia?, ¿de su religión?, ¿de sus costumbres?, ¿de lo que ha conocido? ¡No! —afirmó convencido—: asúmelo. Han transcurrido seis semanas. Es tiempo suficiente. Olvídate de ella.

Carlos reaccionó enfurecido. La sangre hervía en su pecho ante la negativa del saharaui:

—¿Olvidarme? ¿Cómo podría?

—¡No lo sé!, pero debes hacerlo.

—De acuerdo —repuso Carlos, exasperado ante su tozudez—. No te obligaré a ayudarme si es tu deseo. En ese caso, regresaré a vuestro campamento y me presentaré por mis medios ante vuestro padre. Si no me permite verla, deberá echarme a la fuerza.

Ahmed se removió incómodo. Con la punta de su pie dibujó nervioso en la arena del patio a la par que musitaba palabras ininteligibles. El español estaba dominado por una obsesión más febril de la que temía al principio:

—¿Presentarte en nuestra cabila de Auserd sin ser invitado? ¿Has enloquecido?

—Sí, Ahmed. ¡Me he vuelto loco! —gritó Carlos. Un plan empezaba a tomar forma en su cabeza y se notaba alterado—: Estoy dispuesto a cualquier cosa. Y lo haré con tu ayuda o sin ella, ¡nadie me frenará!

Ahmed escudriñó sus ojos: necesitaba adivinar si aquello era verdad o mero fruto del acaloramiento. Realmente, el carácter y temple del

español eran diferentes a los de cualquier meharista que conociera. Su osadía y arrojo no cedían ni se detenían ante nada, pero al tiempo provocaban que no reconociera cuando no tenía la razón. Como en esa ocasión. Su carácter empecinado y su juventud le impedían reconocer sus equivocaciones, obcecándose en ellas. Por mucho que se empeñara, incluso por mucho que a él, Ahmed, le hubiera gustado, nunca sería un *bauah,* un explorador de nubes como los tuaregs; para eso debía nacerse y crecer en el desierto durante generaciones. Era inútil explicárselo. Además, los Erguibat raramente se mezclaban con nadie fuera de su fracción. Eran orgullosos, independientes, y no compartían sus costumbres ni diluían su sangre mezclándose con otros. ¿E iban a consentir en hacerlo con un cristiano de paso?: ¡Imposible! El capitán era un loco. Reconocía que su hermanastra Zayna era una blanca flor del desierto, de una pureza y dulzura exquisitas. Mas no para un extranjero; por mucho que, de entre todos los meharistas, a él fuera a quien más respetaba.

Respondió grave, intentando por última vez que desistiera de su enajenado empeño:

—Así sea entonces. No puedo detenerte en tu propósito, pero no cuentes con mi participación. No te acompañaré ni tomaré parte en esto.

—¿No lo harás?

—¡No! ¡Es un sinsentido! Todos te aprecian. Olvídate de este dislate y continúa como hasta ahora, antes que cometas una acción de la que te arrepientas. ¡Eres un capitán de Tropas Nómadas, por lo que más quieras! ¿No es motivo suficiente para recuperar la cordura? Pide perdón al Misericordioso y suplícale humildad para aceptar sus designios.

Carlos lo miró desencantado. El vínculo que le unía a Ahmed era muy fuerte, aunque en su contumacia sintió que le traicionaba al no prestarle su apoyo. Había actuado convencido de que al final cedería, pero se equivocaba. «¡No importa! —recluido en su obsesión, no razonaba—: no me importan su opinión ni la del teniente coronel Campos cuando lo sepa. Eso lo solucionaré después: él también es hombre, sabrá entenderlo. Conquistaré el corazón de Zayna sea como sea. ¡La secuestraré si es preciso!».

—Está bien, Ahmed. No te lo pediré de nuevo. Adiós.

Ahmed recordó que cuando lo descubrió en la jaima, embelesado ante su hermana mientras bailaba, con aquellos ojos cargados de deseo, temió lo peor. Sus presentimientos se cumplían ahora. Los Erguibat no se dejaban domeñar por extranjeros, menos si afectaba a sus mujeres. En su lengua, se decía: «¡*Ma sha Allah*!», «¡es maravilloso lo que Dios ha querido!», como forma de describir la admiración hacia los que aceptaban la sumisión a la voluntad del Señor, aun sin

entender sus designios. Mientras lo veía alejarse a grandes zancadas pensó que el español actuaba de modo contrario: soberbio, rebelándose contra Él.

Nada bueno saldría de aquello.

***

Al día siguiente, temprano, ensilló dos de los mejores camellos del fuerte. Los había seleccionado la noche anterior. Se trataba de un par de ejemplares elegantes, musculosos, de mirada viva y con el nervio necesario para emprender el camino con garantías. Sus cabezas y sus orejas eran pequeñas, su pelo fino y su cuello sutil y estirado. Sus muslos fuertes y su vientre reducido los convertían en ideales para el trayecto. Recorrer doscientos setenta kilómetros a través del Sáhara, sin otra compañía que los animales, era un disparate. Lo reconocía. Mas su cabeza se hallaba embotada por las imágenes de Zayna y no razonaba. Encerrado en una espiral destructiva, su corazón le urgía a marchar y regresar a su lado. Con suerte —pensaba—, en diez días regresaría. Hasta era posible que Campos no se enterara. Sabía que si lo descubrían sería un escándalo; y que, aunque no estuvieran en tiempos de guerra, y la sanción no fuera de cárcel, nada le evitaría un severo castigo. Ni siquiera descartaba que lo juzgaran en rebeldía y que un Tribunal Militar lo expulsara del servicio, algo inimaginable para él antes de conocerse.

Sintió un escalofrío de pensarlo, si bien el ansia de hallarse con Zayna de nuevo le dominaba.

Así, poco antes de las cinco de la mañana, en silencio para que ningún ruido pudiera delatarle, partió. Se alojaba en la zona de oficiales y tras la retreta se acostó vestido. Se levantó en plena noche y se deslizó en silencio hasta llegar al patio del fuerte. La noche era estrellada y la sombra del edificio se recortaba contra el negro del firmamento.

Atravesó los soportales del patio y llegó a las caballerizas. Allí, con cuidado de no sobresaltar a los ungulados, ensilló uno de ellos con la *rahala* y cargó al otro con agua y alimentos para varios días. Al ir solo, para evitar exceso de peso, calculó treinta litros de líquido. En el desierto se estimaba cuatro por persona y día, incluyendo preparación de la comida y aseo, así que con treinta tenía para la ida. Era poca y debería racionarla.

Había escondido los pertrechos la noche anterior al fondo de la cuadra y realizó la operación de manera ágil: dio un puñado de dátiles a los animales para que no lo delataran con sus gruñidos, montó en el más tranquilo y se encaminó hacia el puesto de guardia. Aquella parte era arriesgada: no podía predecir sus reacciones y los sonidos alertarían a la tropa. Se acercó. Palpitando por la tensión, reconoció al

soldado que custodiaba la valla: era el gaditano, Santiuste. Respiró, satisfecho por su suerte. Desde que tres años antes llegaron a Bahía del Oro solían salir juntos por la ciudad, y aunque él era oficial y el andaluz un simple cabo, se apreciaban mutuamente.

Aparentando una seguridad que no experimentaba, ordenó a Santiuste abrir el grueso portón y la valla que separaba el fuerte del exterior.

Este se acercó a él:

—Buenas noches, mi capitán —aguardaba una explicación para aquella anómala salida en medio de la oscuridad.

—Buenas noches, Federico. Salgo de patrulla. Es urgente. Abre la puerta.

El cabo dudó. No era lo que esperaba.

—¿Viaja solo?

—Sí —contestó Carlos esquivo—. Me han asignado una misión por el desierto. Se han avistado bandidos al este de la península: reconoceré la zona discretamente y trataré de localizarlos. Por eso salgo a medianoche, para que no me detecten ni ningún espía informe de mi salida. Una sola persona pasa desapercibida.

La explicación parecía plausible. Aun así, Santiuste vaciló:

—Sí, mi capitán, lo entiendo —afirmó sin saber cómo comportarse—, pero no he recibido una indicación ni porta usted salvoconducto. Debo hablar con el oficial de guardia y solicitar instrucciones.

Carlos temió lo peor. El responsable del cuerpo de vigía esa semana era el teniente Salzillo, quien por algún motivo que desconocía le profesaba abierta antipatía. Él era muy popular entre los nativos, y Salzillo, adusto, genio sombrío y menos comunicativo, parecía guardarle animadversión. Si el cabo lo alertaba en medio de la noche, estaría perdido.

Decidió cambiar de estrategia y actuar con autoridad:

—Escucha, Santiuste, te aseguro que te meterás en un lío si me retrasas. No lo repetiré: abre el portón y quizá olvide que has cuestionado las órdenes de un oficial y no te meta un «paquete» a mi vuelta.

Ante su tono imperioso y el contenido de sus palabras, el gaditano reculó:

—Por supuesto, mi capitán. Yo no pretendía… Entiéndalo. Soy yo el que no quiere meterse en problemas.

—Está bien —remató—. Abre de una vez y me olvidaré de este asunto.

Agradecido a su buena estrella, Carlos traspasó la puerta con los dos animales. Rodeó una segunda zona de alambradas y enfiló por el camino que conducía hacia el norte de la península. Impuso ritmo a sus monturas y tres horas después, recién amanecido, estaba a treinta

kilómetros del acuartelamiento. Se sentía excitado ante su acción; temeroso y consciente de su gravedad, sí, pero confiado en realizar lo que le pedía el corazón. Una irreflexiva seguridad lo impulsaba a continuar, a no pensar en las consecuencias: «No hay marcha atrás. Si el teniente coronel lo descubre se encolerizará, incluso mande un retén a detenerme. Debo acelerar el paso».

Los dos camellos eran veloces, auténticos *meharis*, por lo que abandonó esos lóbregos augurios y aprovechó el día para viajar a gran velocidad. Las articulaciones de pies y brazos le abrasaban por el esfuerzo, y regularmente bebía de la cantimplora para humedecer boca y garganta. Beberla rápido servía para desperdiciarla y expulsarla a través del sudor, por lo que lo hacía a pequeños sorbos.

Al caer la tarde, tras diez horas de monta y dos descansos para intercambiar los camellos entre sí, el cansancio hizo mella en él. No había comido y una marcha tan continuada se hacía agotadora. Había cubierto una considerable distancia de ochenta kilómetros a través de las dunas, suficiente para que nadie siguiera su pista, sus músculos aullaban y decidió parar a acampar antes de caerse del camello. Quedaban varios días de camino por delante y no debía agotar las energías.

Satisfecho de su hazaña, cenó una ración fría de rancho, desplegó la *benia* y se introdujo dentro del saco. A continuación, lo cerró a la altura de la cabeza, no solo para protegerse del frío, sino de las víboras de las arenas y los escorpiones amarillos que infestaban la zona. No disponía de material de primeros auxilios y sus picaduras eran mortales, por lo que extremó las precauciones. Hubiera preferido acampar en una vaguada o cerca de algún pozo, si bien quería evitar tropezar con alguna caravana trashumante que diera razón de su pista o una patrulla que regresara de misión. Mientras lo hacía, un incómodo pensamiento se instaló en su mente: en medio de esa soledad, podía asaltarle un guepardo. Solían cazar al norte, en las montañas del Atlas o el Gran Erg Occidental, aunque no era raro que merodearan más abajo. Solitarios, sus presas eran gacelas o impalas; pero si olían a un hombre, desguarnecido, en medio de la inmensidad del desierto, lo atacarían. Sin embargo, nada podía hacer. Aquello era parte de los riesgos del viaje y trató de alejar la lúgubre reflexión.

Agotado, se durmió rápidamente. Sin embargo, su descanso duró poco. Al cabo de dos horas, unos crujidos en la arena le despertaron. Su oído no estaba igual de entrenado que el de los bereberes, mas sí lo suficiente para que lo despabilara cualquier ruido en medio del silencio. Sobresaltado, prestó atención. No había duda: algo grande y pesado se arrastraba por la arena.

Sigiloso, se acercaba en dirección a la tienda.

Con la adrenalina recorriendo su cuerpo, tanteó con los dedos en la

oscuridad hasta coger su fusil. Antes de dormir lo había dispuesto a su lado y el roce del frío acero le recordó su situación: podía morir allí y nadie sabría qué había sucedido ni dónde encontrar sus restos. Sintió miedo. El pálido reflejo de la luna apenas traspasaba la tela de la *benia*, y no se distinguía nada de lo que se movía fuera.

Jadeando de pavor, colocó su índice sobre el gatillo y se dispuso a vender cara su vida, defendiéndose de cualquier cosa que acechara al otro lado.

Justo cuando iba a disparar, escuchó una voz familiar:

—¡Capitán De las Heras! ¿Está ahí? ¡Somos nosotros! Ahmed y Mahdi.

Quedó paralizado por la sorpresa. Eran los últimos sonidos que esperaba escuchar en medio de aquella soledad y se alegró como nunca.

—¡Ahmed!, ¡Mahdi! —dijo saliendo de la tienda y abrazándolos. El brillo del sudor en su frente reflejaba la tensión—. ¡Que susto me habéis dado! Pensé que erais un animal, o bandidos. He estado a punto de dispararos a través de la lona sin ni siquiera preguntar. ¡Dichosos zascandiles!, ¿qué hacéis aquí?

—Hemos venido a acompañarle —respondieron joviales— es un cabezota, pero no permitiremos que perezca. Nadie puede cruzar el Teneré sin compañía. Y menos… un español —Ahmed le dio una cariñosa palmetada en el hombro y guiñó un ojo cómplice—: ni siquiera usted.

Carlos se emocionó hondamente. Se jugaba su carrera con aquella aventura, que no sabía en qué acabaría, pero ellos unían voluntariamente sus destinos al suyo y se arriesgaban por él. Los estudió admirado: ¡los saharauis eran temibles rastreadores! Es verdad que no había viento que hubiera borrado sus huellas, pero en pocas horas habían logrado dar con su rastro, recuperar la distancia que los llevaba y alcanzarle en medio de la noche. Todavía le quedaba mucho por aprender de esa formidable raza.

—Pero ¿y el cuartel? ¿Cómo os habéis ausentado? —se preocupó.

Mahdi intervino:

—El cabo ese amigo suyo, Santiuste, nos lo contó nada más levantarnos. Desde que le dio el pase no paraba de pensar en ello y se encontraba preocupado. No sabía cómo reaccionar, no quería confesárselo al teniente Salzillo. Sabía lo que ocurriría de hacerlo y supuso que nosotros tendríamos información. No le hemos explicado dónde va, a la cabila de Auserd, pero cuando nos vio ensillar nuestros camellos y salir en su búsqueda se tranquilizó. Salzillo, ni por supuesto el teniente coronel Campos, conocen nada. Es demasiado pronto. Aunque, tarde o temprano se enterarán. *Sidi*, ¿está seguro de seguir adelante? —la mirada de Mahdi era sincera y su insistencia

lógica.

—Lo estoy —contestó decidido.

Carlos, agradecido por el aprecio que demostraban, abrazó a sus compañeros.

Ya no eran un oficial y dos subordinados: eran tres hombres libres que se embarcaban en una aventura sin saber qué les traería. Sus ojos se empañaron de emoción.

Ahora no albergaba dudas: juntos lo conseguirían.

***

A lo largo de cinco agotadoras jornadas, los tres hombres atravesaron la región de Río de Oro en dirección sudeste. El sol caía a plomo sobre sus cabezas y, a pesar de haberlo recorrido antes, el trayecto resultó extenuante. Deseaban llegar a su destino y redujeron los descansos al mínimo, con apenas cinco horas para dormir cada día.

La última mañana divisaron el *galb,* su refugio durante el simún, y llegaron hasta donde estaban enterrados los cuerpos de Lucena y los otros soldados. Con tristeza, observaron caídas las cruces de madera que señalaban la posición y removidos los agujeros que servían de tumba: los chacales no tenían piedad. Por fin, con sus energías al mínimo alcanzaron las inmediaciones de Auserd. A pesar del cansancio no habían sufrido especiales contratiempos y recorrido los doscientos setenta kilómetros en tiempo récord: ninguno de los tres había franqueado semejante distancia en tan poco tiempo.

Carlos, desazonado ante el inminente encuentro con Zayna, interrogó a Ahmed y a Mahdi acerca de sus costumbres:

—Ahmed, explícame cómo actuáis cuando pedís la mano de una mujer. ¿Qué hiciste tú para declararte a tu esposa Raissa?

El saharaui lo miró incómodo. El viaje había dado comienzo como una loca aventura para conocer a su hermanastra; en realidad, no quería haberle acompañado y entre Mahdi y el cabo gaditano lo convencieron. De los tres, él era el mejor rastreador y su intervención había salvado su vida. Con la cabila a tiro de piedra, vacilaba de haber hecho lo correcto.

Conocía la cerrazón y la insistencia del español, por lo que antes de que le siguiera acosando a preguntas contestó a regañadientes:

—Verá, *sidi*. Cuando uno quiere casarse debe comunicarlo a la familia, concretamente a la madre. Ella informa al marido.

—¿A la madre? —preguntó intrigado—. ¿Por qué?

—No lo sé. Siempre se ha hecho de ese modo —respondió el Erguibat seco. Con aquella respuesta tan simple trataba de quitárselo de en medio—. Entre nuestra gente está mal visto dirigirse al padre.

—Entiendo. Continúa, por favor.

Ahmed suspiró resignado y prosiguió la explicación:

—Si la familia acepta, se aporta una cantidad en especie. Lo llamamos *d'fua* —el rito de la dote— y es una de nuestras tradiciones más antiguas. En las ciudades la costumbre está cambiando, si bien entre los nómadas aún consiste en aportar reses de ganado, cortes de tela para confeccionar la *melhfa* de los trajes, perfumes o productos como té y azúcar. Por supuesto, no están de más unas ajorcas de oro o plata para los tobillos y manos de la novia. Una vez realizado, si las partes están conformes, se acuerda fecha para la boda. La celebración dura tres días y cuando acaba la esposa se muda a vivir con su marido. Así fue en mi caso con Raissa. Y a pesar de que después me enrolé en las Tropas Nómadas, que suponen largas ausencias, somos felices.

—La recuerdo: me la presentaste en Auserd. Permíteme que insista. —Ahmed era un pozo de conocimiento y no quería desaprovechar su disposición—. ¿En mi caso, a cuánto ascendería la dote? Hablo de manera figurada, claro…

El saharaui no se contuvo más tiempo:

—¿En tu caso? —respondió vehemente—. ¡Condenado español loco! ¿De verdad piensas que mi padre te entregará a su hija sin conocerte, sin pertenecer a nuestra tribu y presentándote con las manos vacías? ¡Afortunado serás si no te dispara!

—Ya lo hemos hablado, Ahmed —le sorprendió la exagerada sinceridad de su amigo y buscó ser conciliador—. Conozco tu opinión. Yo no te he obligado a seguirme y sólo te he lanzado una pregunta. Únicamente quiero familiarizarme con vuestras tradiciones. Nada más. No te preocupes; no te pondré en evidencia. Así que contesta: ¿qué tendría que hacer un hombre libre si quisiera pedir la mano de una mujer de tu tribu?

Mahdi trató de mediar en la conversación. Esta subía de grados; al ser su hermanastra Ahmed se tomaba cualquier pregunta como algo personal y reaccionaba violento. Y aunque no pertenecía a la misma fracción, en aquello no existían diferencias entre los pobladores del Sáhara.

Respondió locuaz, tratando de relajar el ambiente:

—*Sidi*, yo no soy de la tribu Erguibat, ya lo sabes. Soy Ulad Delim, y en nuestra tribu las familias reciben hasta cincuenta camellos por sus hijas.

—¿Tanto?

—Es mucho. Lo sé, aunque ese sería el caso de alguien muy rico. Nadie esperaría que tú aportaras una dote parecida, aunque sí entre cinco y diez. También algunas piezas de *junt*, la tela azul que usamos para confeccionar nuestros vestidos. Si no, una joya de ese valor sería equivalente.

—Entiendo. Ahmed, ¿tú qué opinas? —insistió Carlos dirigiéndose a

él. Después de la larga travesía se acercaban a su destino y le dolía verlo molesto.

El árabe le dirigió una mirada reluctante.

El balanceo de los camellos propiciaba las confidencias y aunque no le gustaba aquel interrogatorio murmuró una contestación:

—Sí, Mahdi está en lo cierto, con eso sería suficiente... ¡Aunque no sé de dónde ibas a sacar diez camellos! —dijo vengándose con ironía de su tozudez.

Carlos miró a ambos. Su sueldo de capitán era elevado en comparación con la pobreza de aquellas gentes, aun así la dote era demasiado alta. Y, como señalaba Ahmed, resultaba absurdo pensar en comprar una recua de camellos y viajar al *frig* a entregarlos. Algo así era inviable, debía solucionarlo.

Había iniciado el viaje sin propósito concreto. Irreflexivo, igual que un niño, sólo quería volver a verla, hablar con ella, pasar tiempo a su lado. Pero ahora se encontraba a pocos kilómetros de distancia y necesitaba un plan. Le repugnaba pensar en dar una dote por una mujer, como si fuera mercancía, pero en pueblos de la península ibérica existían tradiciones similares y nadie lo interpretaba de manera ofensiva. Al contrario. Entre aquellas gentes, más que por su valor material, se trataba de una muestra de generosidad, de señalar el empeño y la valía del pretendiente haciendo entender a la futura familia que podía ganarse la vida por sus medios; si quería que el padre de Zayna le tomara en serio, debía hacer una proposición concreta.

Una vez tuvieron Auserd a la vista, se detuvieron. Ahmed hizo barracar a su animal y con tono seguro indicó a Carlos que montase la *benia* para protegerse del sol, y esperar con Mahdi su regreso. Él se adelantaría y visitaría el *frig* para exponer al *chej* Nadim y a su padre su intención de conocerla. Sólo entonces podrían entrar.

***

El Erguibat regresó a las tres horas. El corazón de Carlos estalló de gozo al verlo aproximarse sonriendo:

—Eres afortunado, *sidi* —exclamó Ahmed—. Todavía no lo entiendo, pero nuestro *chej* ha convencido a mi padre. Eres un *nassarini*, y al conocer tus intenciones se ha enfadado, ni siquiera quería recibirte. Te lo avisé, te dije que no serías bien acogido. Sin embargo, debiste causar una excelente impresión a nuestro cadí [26]: le ha planteado que eres una persona seria y respetuosa, y que por cortesía debe escuchar tus pretensiones. Están impresionados con tu acción. Hasta mi padre ha reconocido tu valentía para cruzar el Teneré solo; pocos bereberes se hubieran arriesgado y piensan que Allah te protege.

Carlos se serenó al escuchar el relato:

—Gracias, Ahmed, te debo un grandísimo favor. ¿Qué haremos ahora?

—Mi padre pedirá que nos alojen con una familia en una jaima y nos permitan descansar. Mahdi y yo estaremos a tu lado en todo momento y nos responsabilizaremos de ti. Si te conduces según nuestras reglas de hospitalidad, verás a Zayna mañana por la tarde.

—¿Solo eso?

—Sí, así se han expresado. Al día siguiente, regresaremos a Villa Cisneros: ese es el trato. No es mucho, si bien es lo máximo que he conseguido. Me temo que deberás conformarte. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro —respondió—. ¿Existe otra opción?

Se sentía dichoso, pero aunque no quería parecer ingrato su cara reflejó desasosiego: «¿Esa aventura de diez días para pasar con Zayna unas horas?». Le parecía cruel; pero, como había expuesto Ahmed, de momento no podía aspirar a nada más. Debía conformarse.

Se instalaron en el campamento y, a lo largo de la tarde y la mañana siguiente, el capitán se sintió un Erguibat más. Disfrutó observando a los niños, viendo trabajar a los hombres y estudió la forma de comportarse de las mujeres. Eran gente sencilla, que se conformaba cuidando de sus animales, recitando las suras del Corán cinco veces al día y bebiendo su té de menta. Con ello tenían suficiente para gozar de una vida plena y dichosa. ¿Acaso no era la paz que cualquiera anhelaba? Por la tarde, paseó entre las dunas y charló con los hombres del *frig*. Por desgracia, pese a sus esfuerzos por entablar un diálogo, el padre de su amada se mostró escasamente comunicativo, bordeando la hostilidad y sin esforzarse por mantener una conversación.

Al día siguiente, a la hora fijada, Zayna fue conducida hasta donde él aguardaba expectante. No iba sola. La acompañaban su madre y una joven a la que identificó como una de las bailarinas que danzaron junto a ella la noche que la conoció. El embrujo de ese recuerdo se difuminaba, pero a la luz del día el rostro de Zayna le resultó aún más sereno y hermoso. Su mirada era cálida, diáfana, y su voz almibarada y suave. Al contemplar gozoso sus ojos almendrados lo acontecido los últimos días le mereció la pena. Su espíritu respiró alborozado y no evitó que de entre sus labios escapara un suspiro.

Las otras dos mujeres se rezagaron unos pasos, a propósito, y Zayna se aproximó con lentitud. Tímida, en sus labios se dibujaba media sonrisa que le hizo albergar esperanzas.

Al llegar a su altura, el militar se dirigió a ella en un correcto *hassanía*:

—¿Hablas español? —Se hallaba maravillado ante su presencia.

—Sí —respondió ella pausada—. Casi todos los jóvenes lo hacemos. Aunque no tan bien como Ahmed.

Carlos había preparado un encendido discurso; ahora, con el sol

escondiéndose en el firmamento y jugando con la arena para disimular su nerviosismo, enmudeció, como un niño al que no le salieran las palabras.

Ella leyó su pensamiento. Su corazón también galopaba a toda velocidad, trataba de controlar su nerviosismo y acudió en su ayuda decidida a romper el tenso silencio.

Su pregunta, clara y directa, le sorprendió:

—¿Has cruzado el Teneré sólo para verme? —dijo curiosa—. ¿Desde la costa? ¿Por qué?

Carlos se sintió ebrio ante esas palabras que le sirvieron para recuperar el control de sus emociones. No disponía de tiempo, debía arriesgarse y jugarse el todo por el todo.

Venciendo su inicial reserva, le abrió las puertas del alma:

—Sí. Desde que te vi no dormía, no comía, pensaba que moriría —hizo una pausa. Sentía su espíritu inflamado y rebuscó las palabras adecuadas—: ¿Y… sabes qué?

—¿Qué…? —respondió Zayna con trémula expectación. El rubor empañaba sus mejillas.

—¡Que ha merecido la pena! Por verte cinco minutos, por hablar contigo, por escuchar tu respiración, hubiera cruzado el Sahel a pie.

La saharaui le contempló sin saber reaccionar. Su familia la había aleccionado la noche anterior para que no alimentara falsas esperanzas; pero ahora, delante de él, dudaba.

—No lo sé. Mi hermano Ahmed y mi padre sostienen que no actúas correctamente. Que no formas parte de nuestra tribu y no profesas nuestra fe. Que te rebelas contra la voluntad de Allah; y que sólo te han recibido porque eres oficial y hemos de mantener buenas relaciones con vosotros. Nada más; que no te dé esperanza.

Carlos agradeció su sinceridad, mas eso no evitó que sus palabras restallasen sobre él como un látigo de siete colas que despellejara su piel. En su ofuscación, pensaba que a pesar de su rechazo Ahmed le ayudaría en el último momento a ganar el corazón de su hermana. O que, al menos, no la condicionaría negativamente. Ahora descubría que el *mocademin* no había vacilado en colocar una daga en su puño y hundir la empuñadura hasta el pecho. Olvidándose de todo lo que habían vivido esos años, de ser casi como hermanos… ¡la había predispuesto en su contra!, tratándolo como un desconocido, un extranjero caprichoso y enamoradizo de paso por aquellas tierras. Y sí, quizá lo fuera, quizá tuviera razón, aunque en ese segundo poco importaba.

Viendo hesitar a la muchacha, efectuó un nuevo y desesperado intento:

—¿Qué crees tú? —dijo mirándola con mezcla de locura y fascinación.

—¿Yo…? ¿Acaso importa?

Ante su respuesta, Carlos percibió una oportunidad:

—¡Por supuesto! ¿Cuáles son tus deseos? Te honra que respetes a tu padre y a tu hermano, aunque has de ser tú quien tome las decisiones: solo tú. ¿O no decís que los tuaregs sois hombres y mujeres libres, que solo el Teneré os impone sus reglas y que bajo el cielo de Dios todos somos iguales?

Zayna reflexionó. Aquel *nassarini* conocía sus leyes mejor que muchos notables de su tribu. Era cierto: por más respeto que una mujer debiera a su fracción y a su familia, ¿acaso no afirmaba el Corán que ninguna persona era superior a otra?

Respondió vacilante:

—Me resulta difícil contestar —ella también necesitaba desvelar los entresijos del alma—. Apenas te conozco. Has hecho un largo viaje por mí y me siento emocionada. Yo también te presté atención aquel día que bailamos en la jaima. Noté tus miradas y pensé que aunque tu aspecto es diferente al de nuestros hombres, eras apuesto. Y lo sigo pensando.

Carlos sentía la primera batalla ganada:

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué? —contestó ella—. ¿Qué pretendes? Por favor, no me hagas sufrir, soy una persona sencilla. Dilo de forma que pueda comprenderlo: ¿qué esperas de mí?

—¡No lo sé! —exclamó confuso—. Me gustaría quedarme contigo, conocerte, pasear de la mano por estas dunas resplandecientes y dejar transcurrir los días, sintiendo tu presencia a mi lado. Con eso sería feliz. Pero no puedo: tu padre me ha conminado a marcharme mañana. Además, he de regresar a mi base o perderé mi grado, o algo peor.

Carlos miró de soslayo a Aisha, la amiga de Zayna, y su madre. Parecían dirigir la vista en otra dirección, aunque en realidad no perdían el mínimo detalle. Pese a sentirse espiado, no pudo evitar rozar con suavidad las yemas de los dedos de Zayna.

Al ver que ella no retiraba la mano, la sujetó con fuerza:

—¿Te podré escribir?

—¿Escribir…?

—Sí, sí... Si no puedo verte, al menos expresaré mis sentimientos por carta.

—Hablo español, pero no lo leo. Y las cartas no llegarían.

No se amilanó:

—Entiendo. En ese caso, toma esto —dijo quitándose su anillo. Era una joya familiar en oro, de gran valor, que su madre le había entregado al marcharse. Costara lo que costara, deseaba que Zayna la luciera— es todo lo que poseo, te la entrego gustoso para que no

dudes de mi devoción por ti.

La joven soltó sus dedos y colocó el anillo en su anular izquierdo con exquisita delicadeza. Suspiró en voz queda, evitando que las otras mujeres la oyeran y se inclinó suavemente hacia él hasta rozarlo. El aroma de su aliento de canela embriagó sus sentidos y, acercando sus labios al oído, le susurró unas palabras que le arrebataron:

—Irá conmigo, siempre. Esté donde esté. Y cada vez que lo mire, pensaré en ti. Lo juro.

Carlos entrecerró los párpados y de nuevo apretó sus manos, temeroso de que se las arrebataran. Ardían igual que tizones. No podía sentirse más dichoso y hubiera querido detener el tiempo; sentir su contacto sobre la piel, que exhalara su cálido aliento sobre él y que hasta el fin de los días siguiera susurrando las mismas melodiosas palabras.

La madre de Zayna rompió entonces el mágico momento. Enfadada, pronunció en *hassanía* unas palabras que él no entendió. Al escucharlas, la joven separó rápidamente sus dedos de los suyos y se levantó azorada, nerviosa, como si su madre la hubiera reprendido con gravedad.

Balbuceó apresuradamente unas palabras de despedida y, escoltada por las otras, se alejaron sin dignarse a mirarle.

***

No volvió a verla y, tal y como habían acordado, al día siguiente él, Ahmed y Mahdi partieron del campamento.

El *chej* Nadim les proporcionó camellos frescos y lo despidió con un sentido abrazo:

—Adiós, *nassarini*. Que Allah, *El que prodiga*, te cuide con su luz y os proteja durante vuestro viaje. No estés triste. Has escogido un camino arduo, mas el Profeta cuida de los valientes. Me despido de ti, aunque algo me dice que no será la última vez que nos encontremos.

El padre de Zayna lo observó con rostro macilento. Era consciente de la impresión que el muchacho había causado en su hija, y se sentía preocupado. Le había dolido contemplarla llorar la noche anterior, cuando le comunicó su decisión de que no se verían de nuevo. Así se lo había expresado tanto a su hijo Ahmed como al propio Carlos, que casi se derrumbó.

En medio de un ambiente de abatimiento, los tres meharistas enfilaron sus camellos en dirección noroeste: debían regresar al fuerte antes que los declararan prófugos y juzgaran en rebeldía. Si se apresuraban, quizás estuvieran a tiempo de inventar una justificación.

Carlos se giró sobre la silla. Desconsolado por las palabras del padre de Zayna, oteó por última vez en dirección al *frig*. Los alisios flameaban con fuerza la lona de las tiendas, y por unos segundos

mantuvo la esperanza de que la bella saharaui saliera de su jaima para despedirlo y corriera a su encuentro. Sin embargo, solo el ulular del viento acompañó su partida. Con el corazón roto, tiró de la *jesama* para hacer avanzar al camello: quedaba un largo camino por delante.

Mientras, sin que él lo supiera, Zayna divisaba su marcha desde la distancia. Su padre le había prohibido salir de la tienda, aunque a través de un agujero practicado en la lona los vio partir.

Su rostro estaba arrasado de lágrimas.

---

26 Cadí: juez o persona de reconocida autoridad que interviene en la resolución de conflictos.

VIII. Cuando todo parece perdido

Batallón de Cabrerizas
(Cabeza de Playa, a veinticinco kilómetros de El Aaiún)
Junio de 1968 a abril de 1969.

El regreso desde la cabila de Auserd hasta la base de la ATN fue más triste que a la ida. Incluso el sol parecía más inclemente. Carlos arrastraba una profunda melancolía y las bienintencionadas palabras de ánimo de Mahdi no consolaban su pesar.

A su lado, Ahmed pensaba que el abatimiento del español pasaría. Era mejor así. Había sido claro y tajante en su negativa, autoritario tal vez, pero no existía otra opción: no participaría en semejante deshonor a la tribu. Su padre era de su misma opinión, y por mucho que apreciaran la fortaleza de ánimo del capitán no permitirían ninguna relación, por casta que fuera, con nadie que no perteneciera a los Erguibat. Menos, tratándose de su hermana. La aventura de acompañarle había sido un error al que se dejó arrastrar imprudentemente; nunca debió participar en aquel viaje que alimentó sus sueños disparatados, y no le importaba que el oficial lo castigara con sus silencios.

Tras el penar del trayecto de regreso, a la vuelta a Villa Cisneros una sorpresa peor aguardaba a los tres. Nada más entrar por la puerta del fortín, el adusto Salzillo, con su ridículo bigotillo recortado, los esperaba impaciente. Su cara, cuajada de pequeños cráteres —fruto de una viruela mal curada en la infancia—, reflejaba una mueca torcida que auguraba malas noticias.

Sin importarle el aspecto famélico y cansado que presentaban tras la marcha, se dirigió brusco a ellos:

—De las Heras, el teniente coronel Campos le espera. Se ha ausentado sin permiso y está enfurecido, no sé cómo va a librarse de esta. Me ha ordenado que tan pronto regrese se dirija a su despacho. Escoltado, si es preciso. Por lo que respecta a vosotros —dijo dirigiéndose de forma despreciativa a los saharauis—, recoged vuestros petates: estáis arrestados.

Sin que de nada valieran las airadas protestas de Ahmed y Mahdi, Carlos fue al encuentro de Campos. Estaba sucio y polvoriento, y aunque lo pidió, Salzillo no le permitió adecentarse antes de presentarse ante el comandante del fuerte. Su carácter envidioso llevaba tiempo a la espera de un desliz como aquel y disfrutaba con la situación.

El jefe de la base lo recibió con expresión tensa. Según entró por la

puerta, sin permitirle sentarse, despidió a Salzillo y se dirigió a él como un padre al que su hijo, irreverente y pródigo, hubiera decepcionado en lo más profundo:

—¡No lo entiendo, De las Heras! ¿Cómo ha podido acometer semejante acción? ¿Acaso ha perdido el juicio? Es usted mi mejor oficial, ya lo sabe, pero compartirá conmigo que no puedo soslayar tamaña insubordinación. ¡Diez días! ¡Se ha ausentado de una instalación militar diez días! Eso es delito, si doy parte será juzgado por un Tribunal Militar. Y no solo eso: ha robado dos camellos, ha engañado al cabo de guardia con una truculenta historia acerca de malhechores que merodeaban por las cercanías y ha salido a medianoche, a la manera de un furtivo. ¿En qué pensaba? Y todo por una saharaui a la que apenas conoce. ¿Creía que no iba a enterarme? Ese cabo amigo suyo, el gaditano, se lo explicó a Salzillo cuando no lo localizamos. No se crea, también él recibirá su castigo por permitirle salir. Por lo que respecta a usted, ¿tiene algo que decir?

Carlos, en posición de firmes desde que entrara, entendió que todo estaba perdido. Había calculado mal las consecuencias de sus actos y cualquier excusa que alegara solo encolerizaría a su superior:

—No, mi teniente coronel. Lamento mi comportamiento y asumiré las consecuencias.

—¿Lo lamenta? ¿Ya está, eso es todo…? ¡Más lo va a lamentar en el Batallón de Cabrerizas! Hasta los *varanos,* esos repugnantes reptiles del desierto, se derriten bajo aquel sol infernal. Será suspendido de empleo y sueldo, y pasará diez meses allí en reclusión. A su vuelta, el coronel Llorente decidirá qué hacer con usted. Si por mí fuera, lo licenciaba ahora mismo. Reconozco que es un rastreador excepcional, quizá tan bueno como los propios bereberes, y un valiente, temerario por haber cruzado solo este desierto; lo normal es que hubiera muerto calcinado por el sol o despellejado por las alimañas. Sin embargo, pese a sus virtudes, hay algo que quiero que grabe a fuego en su cerebro: es un soldado español y el honor, el decoro y la disciplina cuentan incluso más que el coraje. Y por mucho que estemos en África, al correr tras una nativa, abandonándolo todo, ha manchado los valores que representa su uniforme. ¿Lo ha entendido? ¡Váyase de mi vista y prepare su equipaje! Saldrá en el primer transporte disponible.

Carlos salió cariacontecido.

Valoraba el trato que el teniente coronel dispensaba a las tropas; sabía mantener el ánimo alto y se preocupaba por los problemas de los soldados bajo su cargo. Desde su llegada les unía un recíproco afecto. Sin embargo, aunque parecía haber evitado el Tribunal Militar, el castigo era mayor de lo que esperaba y aquella última frase le hizo reconsiderar el aprecio que sentía por el jefe de la base. Su escapada no tenía justificación, era cierto, y merecía sanción; pero predicar a un

subordinado en qué consistía lo decente y lo que no, recordaba la mentalidad de otros tiempos.

Quizá de aquella forma, en un lugar alejado sin posibilidad de contacto, olvidaría a la bereber.

***

Según Carlos iniciaba, apesadumbrado, una nueva y desconocida etapa en el Batallón de Cabrerizas, a donde llegó en junio de 1968, y mientras en Guipúzcoa se cometía ese mes el primer asesinato de la banda terrorista ETA —José Antonio Pardines—, en Auserd, Zayna se desesperaba ante la ausencia de noticias.

El fugaz encuentro con el español había despertado en su pecho una llama que no aminoraba con el paso de las semanas. Su forma de mirarla, de dirigirse a ella, la proeza de cruzar el Teneré, todo la había removido de la placidez de su vida anterior. Sus palabras suponían un soplo de aire fresco en medio de sus milenarias tradiciones de obediencia a la familia y la tribu. Una antorcha que iluminaba un túnel angosto que, entre vacilantes reflejos, hacía atisbar una realidad cuya existencia no sospechaba.

Sin contarlo a nadie, guardó celosamente el anillo. Lo escondió entre las rocas del *reg* y cada pocos días lo desenterraba, alejada de miradas ajenas. Anhelante, se afanaba mirándolo largo rato, buscando el secreto del rumbo que debía trazar. Era de un color dorado y reluciente, con una esmeralda engastada en la parte superior por seis garras equidistantes que sujetaban la piedra al anillo. Jamás había poseído nada tan valioso, ni conocido a nadie que lo poseyera. Jugaba a introducírselo en el dedo anular, lo miraba hipnóticamente y pensaba cómo sería envejecer al lado del español. Ella era sencilla, humilde, no conocía otra cosa que la vida nómada: cuidaba del ganado, recitaba las suras del Corán y obedecía en todo. Su tribu mercadeaba con las caravanas a lo largo de las rutas comerciales y la única preocupación de sus mayores consistía en buscar agua, alimento para los animales y evitar los *gazzis,* que periódicamente asolaban la zona en busca de botín. Y, en aquellos tiempos, con las patrullas de la ATN recorriendo el Teneré, ni siquiera eso. Eran una gran familia, y dentro del *frig*, el *chej* Nadim el cadí a quienes todos respetaban. No se esperaba otra cosa de ella y lo único que alteraba sus diecisiete años era que sus padres se inquietaban por no haberla emparejado. Salvo ese detalle, su existencia era sin sobresaltos. O lo era, hasta el día que Carlos apareció a lomos de su camello acompañado de Ahmed.

Ahora su cabeza fantaseaba con una decisión de la que ella misma se hubiera escandalizado hacía unos meses. De pronto, se atrevía con todo.

Su madre la contempló sufrir, y aunque su padre no volvió a

mencionar lo sucedido —no era necesario—, espiaba su cambio de carácter. Todos en el *frig* lo hacían. La temporada de invierno estaba próxima a finalizar y esperaba que trasladar el ganado al oeste sirviera para despejar su cabeza. En busca de temperaturas soportables, solían instalar sus jaimas cerca de la costa, acampando en las inmediaciones del pozo artesiano de Villa Cisneros, un punto próximo a donde discurrían las caravanas que cruzaban la península de Río de Oro hasta adentrarse en Mauritania. A su padre no le gustaba acercarse a la ciudad y su carácter se tornó más precavido: vigilaría que a su hija no se le ocurriera el disparate de huir y que el oficial español no regresara a la cabila sin ser invitado.

Él se ocuparía de ello.

Después de unas semanas, el *chej* Nadim se decidió a intervenir. Como al resto, el sufrimiento de la muchacha no le había pasado desapercibido. Sin embargo, a diferencia de su progenitor, él prefería convencer a través de la palabra antes que imponer la costumbre a la fuerza.

Al finalizar el *salat* de la tarde —una de las cinco oraciones obligatorias de todo musulmán— se hizo el encontradizo y la condujo a una zona donde pudieran hablar sin ser molestados:

—¿Por qué sufres, Zayna? —le preguntó.

La muchacha lo miró precavida:

—Bien conoce el motivo, como también sabe que mi padre me ha ordenado el modo en que he de comportarme. No debo contradecirle. ¿Quién soy yo para oponerme a su voluntad? Tengo que olvidarme del *nassarini* y sufrir en silencio su ausencia.

—¿Y si no fuera así? —replicó el anciano—. La obediencia y el respeto por los padres son uno de los preceptos sagrados de Allah, haces bien en respetarlo, del mismo modo que no hay poder ni capacidad excepto los suyos. ¿Qué ocurriría sin embargo si Él quisiera que eligieras? —insistió persuasivo.

—¡Pero no puedo!

—No es lo que te he preguntado. ¿Y si pudieras?, ¿y si el español fuera Erguibat y la *d'fuâ* resultara suficiente?¿Cuál sería tu decisión? ¿Entregarías tu mano?

Zayna reflexionó al respecto. El cadí la invitaba a aflorar sus sentimientos más íntimos, sin temor ni pudor: debía confiar en su sabiduría.

Contestó, poniendo en cada una de las palabras su máxima atención. Como si de aquel preciso momento dependiera el resto de su vida. En realidad, así era:

—Fueron dos encuentros fugaces, lo sé, pero descubrí en él algo distinto, algo que me atrajo y atemorizó a la vez. Percibí que su alma se debatía entre dos mundos que tiraban en direcciones opuestas: este,

donde estamos el desierto y yo, al que desea pertenecer, y otro, más alejado, donde ha nacido, a muchas jornadas de camello de aquí. Creo que en su interior se libra una batalla para comprobar cuál de esos mundos prevalece, y que solo yo puedo inclinar la balanza. En mis sueños recreo una y otra vez esa imagen que me tortura.

—Entiendo. Tus palabras son sabias, el corazón de los humanos siempre oscila entre esos lugares de los que hablas. Cada cultura lo llama de manera diferente, si bien es la mujer, para el hombre, o el hombre, para la mujer, la que los pone en equilibrio. Recuerda que Allah nos creó de un solo ser, del que hizo a su pareja para encontrar sosiego e intimidad —su mirada reflejaba el conocimiento que yacía detrás de sus palabras—: Y sabiendo esto ¿qué harás para inclinar la balanza? ¿Qué harás para descubrir si el equilibrio que anhelas descansa junto a él?

—¡Oh, *chej*! —contestó Zayna—. ¡No lo sé!, mas sí sé que desespero por averiguar lo que hubiera ocurrido; quiero descubrir si es el hombre que Allah me reserva, aunque sea cristiano, o si es un espejismo pasajero, similar a los que el Teneré forma sobre las superficies saladas de los *shatt*, que desaparecen cuando los rayos del sol dejan de incidir sobre ellos.

—En ese caso —indicó Nadim— ¡ve! ¡Compruébalo!: Allah dice la verdad y sólo Él guía el camino. Para una mujer musulmana el matrimonio con Gentes del Libro, sean cristianos o judíos, no es habitual, pero el Corán no lo prohíbe. Si no lo haces, si no encuentras la respuesta, toda tu vida estarás prisionera de esa decisión. Yo no te puedo indicar la manera, deberás descubrirla por ti misma; para ello deberás respetar a la vez nuestra fe y nuestras tradiciones.

Zayna lo miró, agradecida. El *chej* era una persona buena, valiente, capaz de interpretar su corazón mejor de lo que ella hubiera hecho jamás.

Ahora debía encontrar ese camino y tomar la decisión correcta.

***

Cruzando de norte a sur, a muchas leguas de donde Zayna dilucidaba su futuro ayudada por el *chej* Nadim, Carlos iniciaba su castigo como corrigendo [27] en el Batallón de Cabrerizas.

El emplazamiento se situaba en una zona conocida como Cabeza de Playa, a veinticinco kilómetros de El Aaiún. La base servía de centro de castigo y como *castillo* —prisión militar—, y los reclutas acantonados, trescientos en ese momento, protegían la planta de almacenaje de combustible compartiendo servicio e instrucción con los penados. Esta se encontraba en dirección a la cinta de Fos Bucraa [28], desde donde se transportaba el fosfato que se extraía hasta la costa noroccidental. Un pantalán construido al efecto, que se internaba tres

kilómetros en el mar, permitía su exportación a España.

A lo lejos se recortaban los depósitos plateados. Para llegar hasta ellos había que atravesar una hilera de pequeñas jaimas apostadas entre el camino asfaltado y la orilla del mar. Durante quinientos metros se prolongaba su presencia y desde el autobús militar que lo condujo, Carlos distinguió a mujeres saharauis asomándose por la entrada de su tienda. La mayoría con sus típicos ropajes. Hizo un gesto de saludo con la mano y una sonrió tímidamente. Antes de que pudiera hacer otra señal, un crío desnudo, de poco más de un año, salió a gatas de la tienda y se agarró a la pierna de su madre. Al poco, los perdió de vista.

Nada más llegar a la base —en realidad, un conjunto de casamatas defensivas que cubrían un frente de varios kilómetros— el comandante Margallo, jefe del Batallón, quiso conocerlo:

—¡Así que usted es el famoso capitán de la ATN! Me dijeron que lo traerían. Me han informado que está rebajado de servicio activo, pero que le asigne trabajos como al resto de penados y no tenga especiales contemplaciones.

Carlos, en pie frente a él, sostuvo su mirada.

No esperaba otra cosa:

—Así es, mi comandante. Debo cumplir diez meses aquí.

—Ya, pues me será de ayuda. Comprobará que el número de corrigendos es escaso. Las penas más graves se cumplen ahora en Canarias: allí sí hay escoria. Actualmente tengo quince soldados con diferentes sanciones, cuatro cabos y dos sargentos. Y a usted, claro. Quitando dos pájaros de cuidado, dos legionarios que mataron a un taxista, le robaron y trataron de escapar a Mauritania, los demás están aquí por faltas menores: desacatos, pequeños hurtos, peleas y cosas así. De hecho, de las ocho celdas habilitadas, sólo tengo ocupadas dos. El resto de corrigendos duermen en los dormitorios de la tropa, y cumplen su castigo ayudando en la construcción de los barracones del BIR [29]y el asfaltado de pistas. Así resultan de utilidad.

—Entiendo. Parece sensato.

—Lo es. En su caso, siendo oficial, y con su hoja de servicios, no le voy a poner a levantar muros, no se preocupe, pero por las mañanas vigilará los trabajos de construcción y por las tardes ayudará a mis suboficiales a completar la formación de los reclutas. Les puede dar instrucción y quizá cultura árabe. ¿Le parece bien?

A Carlos le parecía muy bien. De sus palabras iniciales temía algo peor.

Respiró más relajado:

—Gracias, señor. Haré todo lo que esté en mi mano. No le daré problemas. En el Sáhara se oyen muchas historias acerca de Cabrerizas.

—Sí, sí, bueno. No haga caso. El Batallón ha cambiado desde que era exclusivamente de corrigendos, primero estuvo en Zeluán, cerca de Nador, y luego en Melilla hasta 1964. Además de a los presos, en esos días se llevaba a prisioneros de la península y a cualquiera que el gobierno militar de Canarias considerara conflictivo. Se los ingresaba en batallones disciplinarios y realizaban jornadas de trabajo a temperaturas terribles. Sin embargo, hace seis años ocurrió un incidente que hizo replantearse los métodos.

—¿Un incidente?

—Sí, un corneta sufrió un ataque de demencia. Subió al tejado de un edificio armado con un mosquetón y cinco cajas de munición, y abrió fuego contra el casino de oficiales de El Aaiún, donde se celebraba un baile. Mató a varias personas y luego se suicidó. Aquello hizo reflexionar a los mandos y se relajó la severidad de los castigos.

—Ya veo…

—Aun así, ciertos oficiales siguen chapados a la antigua. Echan de menos los viejos correctivos consistentes en atar sacos terreros a la espalda sujetos con cinchas o alambres. Se obligaba a los pobres desgraciados a transportarlos sin posibilidad de hablar, cambiarse de ropa o lavarse. Yo no comparto esos métodos y ahora no verá a nadie en esas condiciones por aquí.

Carlos le miró pensativo. Se alegraba que fuera ahora, y no hacía años, cuando debía cumplir su castigo en el temible batallón.

Pese a aquellas palabras, De las Heras tardó poco en comprobar que la realidad no era tan halagüeña como pintaba Margallo y que Cabrerizas seguía siendo uno de los destinos más duros del Sáhara.

Su capacidad de adaptación estaba más que demostrada, aunque ello no evitó que las primeras semanas constituyeran una prueba de obstáculos: el encierro, los trabajos a la intemperie, la falta de noticias y la lejanía de sus compañeros de los Grupos Nómadas se hacían difíciles de sobrellevar. El entorno, batido por un viento del norte que nunca cesaba, era desolador. La Duna Madre —como eufemísticamente llamaban a una montaña de arena de cincuenta metros de altura—, amenazaba con engullir las instalaciones y había que retirar la arena de los accesos a diario; además, el siroco se abatía durante días sobre la zona, habitada tanto por los varanos que describió Campos como por otros seres no menos siniestros: buitres, reptiles y chacales, a los que por las noches se les oía reír en las cercanías y cuyos aullidos conseguían que incluso a los soldados más veteranos se les erizara el vello de la piel.

Los corrigendos con faltas menores prestaban análogo servicio de armas que el de los reclutas, y Margallo les asignaba las posiciones más arriesgadas, aquellas desde las que podía llegar un ataque. Las guardias nocturnas en las trincheras —las *escuchas*— se hacían al pie

de una loma, y como prueba de lo arriesgado se ataba el cuerpo del vigía a una cuerda sujeta por un compañero resguardado a distancia, caso de que fuera necesario rescatarlo. De vez en cuando, se tiraba para comprobar que el escucha seguía vivo y vigilante en la oscuridad del desierto.

La cuarta semana, a eso de las tres de la madrugada, se escucharon voces y disparos en el patio. Los focos se encendieron y la tropa salió de los barracones adormilada, abrochándose el correaje y los fusiles cargados en la mano. Las noticias eran confusas:

—¿Qué ha pasado? ¿Atacan el polvorín?

—No, se ha oído un ráfaga de metralleta, pero dicen que es el cocinero, el valenciano. El estúpido ha salido sin permiso y a su regreso se le ha ocurrido saltar el muro trasero. El guardia de la garita ha visto una sombra, se ha asustado y al no responder al alto le ha descerrajado un cargador entero desde la aspillera. Parece que ha muerto.

Casos como aquel ponían de manifiesto la tensión del lugar.

A lo largo de los siguientes meses, Carlos coordinó los trabajos de arreglo del acceso desde la carretera de la playa y del cuartel que se estaba construyendo entre la planta de combustible de Atlas y el pantalán de Fos Bucraa. Tenía a sus órdenes a dos grupos de siete penados obligados a realizar esos trabajos y, en ocasiones, los ayudaba a cargar y transportar el material. Margallo le había dicho que no tenía por qué, pero a él no se le caían los anillos por hacerlo y aquello le granjeó simpatías.

Por las tardes, daba instrucción a los reclutas en la plaza de la base y, de seis a ocho, unos cursos de cultura árabe que tuvieron gran predicamento. A veces invitaba a notables o maridos de las saharauis que había visto el primer día. Contaban su forma de vida, sus costumbres y supuso un modo inteligente de poner en contacto a los soldados recién llegados con los habitantes de aquellas tierras. Aquello paliaba el aislamiento. Al ver a alguna de sus mujeres acompañándolos, no podía evitar pensar en Zayna, de la cual no había vuelto a tener noticias.

Agotado, por la noche pernoctaba en los mismos catenáricos [30] que los soldados de leva, sin prerrogativa ni privilegios. Antes al contrario, a diferencia de los reclutas, como corrigendo no tenía posibilidad de salir de las instalaciones, tener visitas o recibir correspondencia.

Así, un día tras otro.

Los meses pasaron, hizo amigos y su capacidad para empatizar con los más desfavorecidos convirtió el destierro en Cabrerizas en algo menos duro. No obstante, echaba de menos las patrullas a camello por el desierto, los paseos entre las dunas, las noches al raso sin otro testigo que las titilantes estrellas y la vida en el fortín cerca del mar.

Pasados los diez meses de su castigo, envió una carta al coronel Llorente suplicándole que le permitiera reincorporarse a los Nómadas.

Después de mucho insistir, y por mediación del comandante Margallo, que dio excelentes informes, logró su objetivo.

Estaban en abril de 1969:

—Adiós, *Sherezade*. Te echaremos de menos —el que le despedía era un brigada del VI Batallón, un hombretón fornido y bregado en el desierto de apellido Buedo Mayor. Su historia de desamores le había caído en gracia y le había puesto ese mote; se burlaba de él llamándolo poeta, decía que estaba enamorado de aquella tierra y que siempre que se refería a ella parecía relatar un cuento de *Las mil y una noches*—: Hubieras sido un estupendo legionario. Reconozco que, aunque no tan bueno como el nuestro, los meharistas no hacéis mal trabajo. Cuídate por el sur —añadió— y no te metas en más líos.

Carlos le dedicó un fuerte abrazo. Cabrerizas le había servido para valorar la importancia de la disciplina y el funcionamiento de otros cuerpos. Se despidió de Cabeza de Playa, del comandante Margallo y en un furgón similar al que le había llevado retornó a sus anhelados muros de la ATN. Había pasado cuatro años allí, y estaba deseando regresar y demostrar que el famoso batallón disciplinario no había doblegado su ánimo. Algo le alertaba de lo que podía encontrar, aunque se sentía alegre por regresar a su Teneré. No había recibido noticias de Zayna, daba por seguro que la muchacha no habría perdido un segundo de su tiempo pensando en él y, caso de hacerlo, su familia habría impedido el contacto.

Trataría de olvidarla, recuperar su antigua vida y centrarse en el adiestramiento de los reclutas procedentes de la península que llegaban para reforzar las defensas.

***

Durante ese tiempo, las noticias sobre los acontecimientos políticos no resultaron halagüeñas: la ONU había abierto la caja de Pandora al reconocer el derecho a la descolonización, y en octubre de 1968, cuatro meses desde su llegada a Cabrerizas, Guinea Ecuatorial, propiedad española desde la época de Alfonso XIII, declaró su independencia. El gobierno ecuatoguineano promovió un referéndum; pese a ello, y como señal de la afinidad que la población sentía con la península, el treinta y cinco por ciento de sus habitantes votó a favor de seguir perteneciendo a España. Fue inútil: el viento soplaba impetuoso a favor de la emancipación de las colonias y Guinea fue dejada a su suerte.

La prensa, esta vez sí, dio cumplida cuenta de la situación. Al principio, la retirada fue pacífica y la salida de las tropas progresiva y ordenada. Todo fue bien hasta febrero de 1969. En ese momento los

ánimos se tensaron, se produjeron disturbios en Bata y Malabo y tras un intento de golpe de Estado los civiles españoles que quedaban hubieron de salir atropelladamente. Después de aquello, solo Sudáfrica y las provincias portuguesas de Angola, Mozambique y Cabo Verde, así como el Sáhara, restaban por descolonizar en África. El tablero político se movía con rapidez y Carlos, informado a través de sus contactos, supo que se había creado el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara, antecedente de lo que luego sería el Frente Polisario.

Recluido en su destierro, meditaba con tristeza: muchos de sus miembros eran trabajadores de las minas, de la construcción, incluso policías o funcionarios al servicio de la administración española. Hasta suboficiales de la ATN se afiliaron. No lo entendía: ¿qué sucedía en su querido Teneré? ¿Por qué no podían entenderse de manera pacífica?

La situación se agravó. En junio de 1970 el líder del movimiento —un estudiante que vivía entre en El Cairo y Damasco, llamado Mohamed Brahim Bassiri—, convocó en el distrito de Zemla, en El Aaiún, la primera manifestación oficial contra la presencia española. El resultado no pudo ser peor: una compañía del III Tercio de la Legión fue recibida con palos y piedras por dos mil personas y los legionarios recibieron órdenes de disolver la manifestación. Ante el desorden que se propagaba, los legías —no habituados a manejar multitudes— abrieron fuego. Se habló de dos muertos y de veinte heridos, aunque probablemente fueron más. A consecuencia de las detenciones posteriores, Bassiri fue encarcelado y desapareció en extrañas circunstancias al ser conducido a la frontera marroquí.

La vida en la provincia cincuenta y tres —como gustaba de llamarla el Régimen— empezó a ser más tensa y el coronel Llorente, en el norte, y el teniente coronel Campos, en el fuerte de Villa Cisneros, al sur, asumieron que no podían prescindir de uno de sus mejores oficiales por un pueril asunto de faldas: De las Heras debía regresar y ponerse al mando de las unidades operativas.

Su regreso causó gran revuelo: ¡el intrépido capitán enviado a Cabrerizas por enamorarse de una saharaui! Muchos de sus antiguos camaradas y tropa se arremolinaron en torno a él según entró en el patio del fortín, saludándole con grandísimo afecto. Parecía una estrella. Hasta los reclutas que no lo conocían habían oído hablar de sus peculiares modos, y se le acercaban como si fuera una celebridad. Incluso Campos bajó a la explanada del fuerte a celebrar su llegada, ofreciéndole un apretón de manos: «Pelillos a la mar», pareció decir. El castigo estaba cumplido y se sentía contento del regreso del jienense.

Ahmed Messaud y Mahdi siguieron caminos diametralmente opuestos. Después de un arresto sin sueldo de cuatro meses, Mahdi

decidió continuar en la Mia, pero el exacerbado orgullo de Ahmed se lo impidió. Tras nueve años de servicio en los Grupos Nómadas no entendía por qué le castigaban por salvar la vida al inconsciente oficial. ¿Por qué lo hacían? Se sintió traicionado. Al mismo tiempo se sentía afín a los postulados independentistas de Bassiri y, al terminar su pena, se licenció sin que volviera a saberse nada de él: las tropas españolas perdían un fabuloso soldado y ganaban un temible enemigo.

Pasado un primer momento, en que Carlos relató en la cantina muchas de las anécdotas de Cabrerizas, el cabo Federico Santiuste, testigo de su aventura meses atrás, llamó su atención:

—Disculpe, mi capitán …

—¿Qué pasa, Santiuste? ¿Es que no te alegras de mi vuelta? He echado de menos tus canciones —sonriente y jovial, se sentía encantado de recuperar a sus compañeros—. Déjate de formalismos y dame un abrazo. ¿Qué tal te ha ido sin mí?

—Bien, bien. Tan duro como siempre —su actitud, su tono y la manera de alternar la mirada entre un punto y otro delataban que no quería que nadie se enterase de lo que tenía que comunicarle—. Necesito hablarle en privado, es importante.

Carlos se mostró intrigado:

—¿Sobre qué? ¡Vamos, me inquietas con tantos rodeos! —dijo mientras se alejaban a donde nadie pudiera oírlos—. ¿Qué ocurre? ¿Salzillo te sigue haciendo la vida imposible y quieres que hable con él?, ¿es eso?

—No. Nada que ver. Desde lo que pasó el teniente me tiene «enfilado», pero nada que no pueda gestionar por mi cuenta. Es otra cosa.

—¿Entonces? ¡Vamos, suéltalo ya!

—Verá… —arrancó nervioso—. Se trata de la muchacha Erguibat.

El oficial sintió que se le helaba la sangre:

—¿Muchacha Erguibat…? ¿Te refieres a Zayna? ¿Qué sabes tú de ella? ¡Contesta! —exclamó nervioso.

Santiuste no acertaba a explicarse:

—No se apure, no es nada malo. Al contrario. Estuvo aquí hace unas semanas. Se acercó hasta el puesto de guardia y preguntó por usted.

Carlos no podía creerlo. ¿Zayna? ¿En Villa Cisneros…? De repente, su pasado volvía, se cernía sobre él igual que una ola que quisiera tragarlo.

Todavía no sabía si eran buenas o malas noticias.

—¿Bromeas? ¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro semanas. Por casualidad yo estaba de guardia, y al acercarse y preguntar por usted, supuse quién era. Cuando le expliqué que seguía en el Batallón de Cabrerizas, al norte de la provincia, quedó compungida, paralizada más bien. No lo sabía. Traté de

tranquilizarla y cuando se recuperó me explicó que permanecería a las afueras de la ciudad, en la zona de Aargub, al otro lado del istmo.

—¿Qué más te dijo?

—Nada más. Únicamente que esperaría allí un tiempo. Se la ve una mujer decidida. Y, si me lo permite, extraordinariamente bella. Y a la vista está que valiente.

«Dios mío… ¡Zayna!», pensó. ¿Llevaría todavía el anillo que le regaló? Pese a sus temores y lo que había imaginado mientras cumplía el castigo, la muchacha no lo había olvidado. Todo regresó de repente.

El cabo interrumpió sus pensamientos. Era evidente su estado de excitación y no discernía cómo iba a reaccionar. Temió haber metido la pata: después de casi un año en Cabrerizas, quizá sus sentimientos hubieran cambiado.

—Mi capitán… —añadió de forma delicada.

—¿Qué?

—Que yo diría que su llegada al fuerte no fue casual. Llevaba un fardo a la espalda con ropa y un hatillo. Le buscaba: daba la impresión de haberse escapado y que, al no encontrarle, sus planes se derrumbaban.

Carlos no necesitó saber más. Dejó con la palabra en la boca a Santiuste y salió apresurado. Su corazón palpitaba con fuerza y no podía aguardar ni un minuto para comprobar la veracidad de aquellas palabras. Si Zayna había huido del *frig* se habría sentido desconcertada al no localizarlo. Su hermanastro Ahmed debería haberle contado que fue castigado a Cabrerizas, pero no tenía por qué haber sucedido de ese modo. Ahmed no aprobaba su relación, por lo que no descartaba que la hubiera hecho creer que había pedido otro destino para alejarse y olvidarla. Así, ella se sentiría despechada.

¿Entonces…? ¿Cómo se explicaba su presencia en Villa Cisneros? Urgía aclarar todo: que seguía enamorado de ella y que, a pesar del tiempo y la distancia, no la olvidaba.

Presa de una actividad incontenible, actuó con rapidez. Llamó a uno de los soldados de enlace y ordenó que prepararan un *jeep*. A veinte kilómetros del fuerte, al norte de la península, se hallaba un campamento nómada. Si Zayna había llegado a Río del Oro era probable que se hubiera refugiado en ese lugar.

Los veinte minutos que tardaron en llegar fueron angustiosos. No paraba de gritar al conductor que acelerara y las piedras del camino rebotaban como balas contra los bajos del vehículo. Al acercarse, se arrojó del Santana sin dar tiempo a que el pasmado recluta detuviera el motor. Enfrente de ellos se desplegaba un populoso campamento, formado por sesenta jaimas con sus recuas de ganado. Muchos de los nativos que servían en la base se alojaban allí, y por las tardes y noches se reunían con ellos: era parte de la autonomía de la que

gozaban. Estaban acostumbrados a la ida y venida de militares y aunque un grupo de niños se arremolinó a su alrededor, la presencia del *jeep* no extrañó en exceso.

Un anciano se acercó. Al verlo aproximarse, Carlos, ansioso, se dirigió a él en un oxidado *hassanía*. En Cabrerizas apenas lo había practicado y su acento había perdido fluidez.

Aun así, se hizo entender:

—Yo soy… Estoy buscando… —dijo mientras oteaba las jaimas, como si pretendiera atravesar las lonas con la vista y atisbar su interior.

El anciano lo contempló divertido. Puso amistosamente las palmas de las manos sobre sus hombros:

—Déjame adivinarlo: eres el meharista que cruzó el Teneré, ¿no es cierto? —su sonrisa era franca—. Al que castigaron.

—¿Cómo lo sabe? —Se sentía asombrado.

—Lo sé.

—Si usted me conoce, significa que alguien se lo ha contado. Y eso supone que…

El cadí concluyó la frase:

—Sí, que *ella* vino hasta aquí. Nosotros pertenecemos a los Ulad Delim, aunque esa mujer Erguibat nos pidió refugio y se lo concedimos. Es lo que mandan nuestras tradiciones; la hospitalidad es lo más sagrado. Entre los beduinos, el primero que abrasado de sed llega a un pozo no bebe hasta que lo hacen los recién llegados.

Carlos, agitado, le interrumpió:

—Entonces, ¿está en el *frig*? ¿Puedo verla? —su tensión iba en aumento.

—Has tenido suerte —respondió el afable cadí—. Un grupo de familias nómadas parte en pocos días hacia la frontera y ella los iba a acompañar. Nos contó vuestra historia, que al no encontrarte había decidido regresar a su cabila en Auserd para solicitar el perdón de sus padres. Si eso hubiera pasado no os hubierais reencontrado; pero, por lo que veo, Allah os protege, bendice vuestra unión. Y no osaré yo incumplir lo que *El Magnánimo* dispone. Anda, ¡ve con ella!: lo estás deseando. Está en esa tienda.

Carlos se acercó a donde indicaba el cadí. Ansiaba correr, pero sus piernas se hallaban paralizadas por la turbación. Ahora era él quien se sentía levitar al avanzar sobre la arena. Llevaba ceñida su guerrera de oficial meharista y sobre las solapas destacaban los rombos de «Nómadas», con fondo azul y ribetes dorados. En las hombreras, las letras ATN bordadas en negro. Su aspecto contrastaba con el del resto de hombres y mujeres que ojeaban sus ropajes, mas no le importó: solo era un amante tembloroso que después de largo tiempo buscaba reunirse con su amada, suspirando saber de qué forma sería recibido.

Despacio, muy despacio, descorrió con la mano la lona que tapaba la entrada de la tienda. Entró. Atardecía, y un único candil iluminaba el interior de la alfombrada estancia. Un brasero de carbón, rociado con esencia perfumada —sándalo—, desprendía un embriagador aroma.

Al fondo, la silueta de una mujer se recortó contra las sombras:

—¿Zayna…? —dijo balbuceante—. ¿Eres tú?

La figura se paralizó al oír su voz trémula y, después de unos segundos de indecisión, como si no creyera que aquello sucediera de veras, se incorporó. Con un largo suspiro, hondo y profundo como las fosas abisales del mar, depositó a un lado la urdimbre de lana que sujetaba y se giró hacia él. En medio de la penumbra, Carlos distinguió su semblante. Su *derrah* de gasa traslucía su sedosa piel, y el delicado relieve de sus senos, abultados y turgentes, hacía recordar a frutas maduras dispuestas a ser arrancadas de un árbol; la inconfundible evocación lo remontó a la noche en que, junto a sus dos compañeras, danzó sublimemente para ellos.

Recatada y nerviosa, avanzó con diminutos pasos. Su cabeza miró oblicuamente en dirección al suelo, al tiempo que jugueteaba con el anillo. Era su talismán; lo llevaba puesto desde que abandonara su cabila de Auserd y lo acariciaba buscando seguridad.

Por fin, de su boca salió una frase que le arrebató los sentidos:

—¡Te busqué ! ¿Dónde estabas? —dijo con tono rasgado—. ¡Creí que te habías marchado! No sabía qué hacer.

Como si fueran la más exquisita y frágil pieza de porcelana, Carlos sujetó sus manos bronceadas:

—¡Estaba en el norte, en El Aaiún! Me castigaron por ausentarme y no pude avisarte. ¿Nadie te lo dijo? Esperaba que Ahmed lo hiciera, aunque veo que no. ¡Yo también pensé que no volvería a verte!

El universo se detuvo. Las palabras no bastaban para expresar lo que sentían y Carlos escudriñó dentro de sus grandes ojos oscuros, tratando de desentrañar sus secretos. Comprendió que el tiempo de las palabras había finalizado y, sin que ella hiciera movimiento alguno, besó sus párpados con delicadeza. Primero uno; luego, el otro. A continuación, frotó su mejilla contra la suya para comprobar a través del tacto que no soñaba, e inhaló el aroma tostado de su piel como si de un precioso bálsamo se tratase.

Mientras sus dedos se entrelazaban con desespero, los jadeos de sus respiraciones se intensificaron. Inflamados de deseo, sabían que estaban a punto de sellar sus destinos y querían dilatar el gozoso encuentro carnal de sus cuerpos. Entonces, sus instintos los dominaron, sus reparos se vencieron y en la complicidad de la jaima se fundieron en un largo, intenso y apasionado beso.

Zayna había abandonado su familia por él; y mientras la poseía tuvo claro que, aunque se derrumbara el mundo, nada ni nadie los

separaría.

Esta vez, todos tendrían que aceptar su unión.

---

27 Miembros de tropa castigados por la comisión de algún tipo de falta o delito.

28 Fos Bucraa S.A. era una empresa perteneciente al Instituto Nacional de Industria (INI). Su negocio consistía en la explotación del yacimiento de fosfatos. En los años anteriores a la retirada española se convirtió en objetivo preferente de los ataques del Polisario.

29 Campamento de instrucción de reclutas.

30 Catenáricos: naves rectangulares con el techo curvo.

QUINTA PARTE

Sevilla
Año 2018

IX. Las sagas continúan

Sevilla (España)
Jueves noche, 4 de octubre de 2018

Mientras arrancaba el motor de su deportivo, la cabeza de Mario funcionaba a toda máquina. Después de los reproches y la confesión de su madre notó que le faltaba el aire y huyó de la casa sin despedirse; acababa de descubrir que había crecido en un mundo que le había ocultado, que, a unos cientos de kilómetros de donde vivía, rodeado de lujos y comodidades, tenía dos hermanastros desconocidos.

María José corrió tras él:

—¡Mario!, ¡no te vayas! Déjame explicarte…. —apartando a un lado su habitual arrogancia le suplicaba sincera que no se marchara de semejante forma.

Él se negó a mirarla. No solo su madre: ella también había participado en el engaño. ¿Y pretendía remediarlo en unos minutos?

Su cabeza no paraba de preguntarse por qué ninguna de las dos lo había compartido con él. Y su padre… ¿acaso actuó mejor? Estaba muerto, no podía reclamarle explicaciones y se sentía hundido.

Candela, asustada por los gritos, lo vio apresurarse al exterior sin saber reaccionar.

Tremendamente confundido, sin mirar atrás, enfiló la carretera de salida de Santa Hermosa hasta vislumbrar luz en una de las barracas al borde del sendero. Se trataba de la casa de Jaime. De pequeño jugaba allí con los hijos del mayoral. Era gente sencilla, con muchas menos comodidades de las que él disfrutaba; pero entre aquellos muros se respiraba una paz y una tranquilidad que no encontraba en los suyos.

Movido por un presentimiento, detuvo su coche. Se bajó, y aunque eran cerca de las diez, y la hora no acompañaba, llamó a la puerta.

Al cabo de unos instantes, el fiel guardés abrió mientras se abotonaba la bata con cara de sorpresa.

—Buenas noches, Jaime.

—Buenas noches, *zeñorito* —respondió con marcado acento andaluz—. ¿Qué hace aquí a estas horas? ¿Doña Carmen está bien? —indicó sofocado.

—Sí, sí. No te preocupes. Tranquilízate. Hemos tenido una discusión y he decidido marcharme —dijo ocultando parte de la verdad. No le quería alarmar y, además, aún no sabía si formaba parte del engaño—: Se ha quedado con Candela.

—¡Ahh…!, me alegro. —Si la razón no era esa, no imaginaba el motivo de la inesperada visita nocturna. Esperó a que Mario lo aclarara.

—¿Puedo pasar? —preguntó después de unos segundos de indecisión.

—Por favor, *zeñorito*. ¡La duda ofende…! Esta es su casa.

Según atravesaba el dintel de la puerta, Mario recorrió con mirada nostálgica los muros encalados de la sencilla covacha. En la entradilla un cuadro de la Virgen de la Capilla, patrona de Jaén, iluminaba la estancia con su presencia. Una rosa fresca de vivos tonos, prendida al marco de Nuestra Señora, señalaba el carácter religioso de su inquilino. En el tabique opuesto, un espejo cornucopia, con un cerco tallado en relieve —desechado de alguna habitación de la Casa Grande que tras una mudanza había acabado allí— servía de complemento, desentonando con el resto de austeridad rampante.

De niño pasaba tardes enteras jugando en el patio trasero con los hijos de Jaime, y su paladar todavía rememoraba los riquísimos bocadillos de *pringá* que preparaba Pura, su mujer. Al igual que a su padre, el cáncer se la arrebató a su familia con pocos meses de diferencia entre ellos. Solo que en su caso fue fulminante; apenas quince días desde una revisión ginecológica rutinaria hasta su muerte, dos semanas después en el Hospital Universitario de Jaén. Cuando la abrieron, la metástasis estaba extendida a lo largo del páncreas, el hígado y los riñones. Nada pudo hacerse y el capataz quedó destrozado. Sus dos hijos, ingenieros forestales por la Universidad de Jaén, le insistieron para que abandonara el cortijo y viviera con ellos en la ciudad, pero él no se dejó convencer.

A pesar de la humildad de la vivienda, lo cierto era que su padre siempre se había ocupado que se pagara al encargado con generosidad. Mario recordaba oír discutir acerca de aquello. Su padre transigía con todas las pretensiones de su madre, pero en eso jamás cedió. No permitió que se tocara a su amigo y menos que se le despidiera al jubilarse. Carmen sabía que él era la auténtica alma de Santa Hermosa, y no tenía intención, pero, para asegurarse, cuando leyeron su testamento descubrieron que el difunto había legado al capataz una considerable suma de dinero y la propiedad de la casa en la que vivía. Doña Carmen tuvo que tragarse aquel sapo. Pese a eso, después de toda una vida de trabajo duro, la vivienda seguía igual de austera, reflejando el carácter sobrio de las gentes del campo.

—Jaime, ¿me permites una pregunta? —dijo sentándose en un taburete—. ¿Por qué sigues con nosotros?

El capataz no era hombre de excesivas palabras y le gustaban las personas directas. Sin circunloquios. Como Mario.

No dudó:

—Por *lealtá, zeñorito*. Por *lealtá*. Entré a trabajar de mozo de cuadra

cuando era zagal y su familia siempre me ha tratado bien. Además, no sabría vivir sin el aroma de mi dehesa ni la presencia de mis olivos. Aquí me casé, aquí nacieron mis hijos. ¿A dónde podría ir?

—Podrías estar en Jaén, en el barrio de La Magdalena, con ellos —insistió—. Sin los desplantes de mi madre ni las desmedidas exigencias de mi hermana.

El capataz se rió con ganas:

—¡Ahhh…! Supongo que sí, podría hacerlo. Pero no quiero. Añoraría cada una de estas hectáreas de tierra fértil, y prometí a su padre que mientras las fuerzas me aguantaran no me marcharía. Que cuidaría de doña Carmen igual que lo hice de mi Pura; y que lo haría hasta el día que ella o yo faltáramos. Lo que sucediera antes. Él se preocupaba por su madre más de lo que *uzté* cree y pocas semanas antes de morir, en el Clínico, me hizo jurar que la cuidaría hasta su muerte. Insistió mucho en ello: que pese a sus modos no sabía vivir sola. Eso me dijo.

Jaime lo miró afectuoso. Mientras hablaban le había puesto una copa de anís en sus manos y Mario miraba a la bebida en busca de solución a sus interrogantes.

Sus palabras lo removieron aún más.

—¿Qué quiere, *zeñorito*? ¿Por qué ha venido en realidad? —interrogó.

Mario le observó sin saber qué responder. El capataz, buen conocedor del alma humana, adivinaba que el motivo de su visita no era para hablar de su madre, menos aún para conocer la relación con su jefa.

—Verás, Jaime. Necesito preguntarte una cosa.

—Por supuesto. Lo que quiera.

—Es algo de lo que nada sabía hasta hace poco, pero que ha puesto mi vida patas arriba. Por eso he venido a Santa Hermosa, a obtener respuestas —Mario hizo un receso, tratando de ordenar sus pensamientos y plantear la pregunta de manera precisa. Creía que no, pero no podía descartar totalmente que Jaime tuviera participación en aquello—. ¿Te suena el nombre de Luzmila? A su pesar, mi madre me ha confesado que es mi hermanastra. ¿Lo puedes creer? En realidad, que se trata de una de mis dos hermanastros. El otro, un hombre, murió hace pocas semanas. Desconozco los detalles.

El capataz contestó sin dudar. Parecía sincero:

—¿Hermanastros? Me deja asombrado. Su padre jamás me habló de eso, se lo juro. Don Carlos, nunca supe llamarlo de otra forma —aclaró—, guardaba demasiados secretos, también para mí. Cuando íbamos de caza y pasábamos el día juntos se relajaba y me contaba cosas sueltas de su vida anterior en el desierto, aunque yo intuía que la mayoría se las reservaba para él. Sin embargo, nunca me insinuó que tuviera más hijos. Estoy tan boquiabierto como *uzté*. Siento no poder

ayudarle.

La decepción de Mario fue visible en su rostro.

—¿Y otra cosa fuera de lo habitual? —insistió—. Cartas, llamadas, visitas extrañas…

—No, *zeñorito*. En esta casa la correspondencia siempre la ha abierto su madre. Y antes su abuelo, don José Antonio. Incluso ahora, casi impedida, lo hace. Doña Carmen es tajante: debe recibir todo directamente, sin que ninguno lo abramos ni leamos antes. Ni siquiera yo. Nunca he sabido por qué y jamás me he atrevido a desobedecerla. Ya la conoce. Quizá… quizá lo que *uzté* me acaba de revelar acerca de sus hermanastros tenga relación con esa conducta.

Mario lo miró con cariño. Lo que decía tenía sentido y, por su forma de decirlo, daba por seguro que el buen hombre era incapaz de mentir a nadie. Ahora estaba seguro: su padre nunca le hizo partícipe del secreto.

Ojeó su reloj: era tarde y debía marcharse.

—Siento haberte molestado —concluyó—. De todas formas, me alegro de haberme parado —nostálgico, echó una última ojeada—. Desde que me marché siendo adolescente no había pisado tu casa y me trae recuerdos muy gratos. Dales recuerdos a Javier y a Marcos de mi parte. Por referencias comunes sé que son grandes profesionales en lo suyo, y todavía mejores personas: igual que tú.

—Lo haré, don Mario. Y si me disculpa el atrevimiento… —vaciló unos instantes— averigüe la verdad. Su padre era bueno, pero cargaba con un peso que no era capaz de soportar; se distinguía en su mirada. Yo quise ayudarle, pero él no se dejó. Ojalá lo hubiera hecho. De alguna forma, pienso que le fallé. Y lo que me acaba de contar es muestra de ello: no lo haga *uzté* ahora. No le falle: levante todas las alfombras que tenga que levantar y termine lo que él dejó a medias.

—Descuida, Jaime —dijo reconfortado por su espontaneo arranque—. Llegaré al fondo de todo. Y cuando lo consiga, tú serás uno de los primeros en saberlo. Cuídate.

—*Uzté* también, *zeñorito*. *Uzté* también…

***

Agobiado por los recuerdos y por lo que había descubierto, Mario condujo hasta Sevilla. En dos horas, se encontraba a las afueras de la ciudad. Paró en un hotel que le pareció confortable y durmió de un tirón hasta las ocho del día siguiente.

Al despertar, después de una ducha fría y un reparador desayuno a base de mollete de jamón, tomate y aceite de oliva, llamó al número del teléfono que le proporcionó Luzmila por si fuera preciso localizarla.

Mientras escuchaba el tono, sus dedos se agitaron inquietos:

—¿Luzmila? ¿Eres tú? Soy Mario de las Heras.

—¡Ah! Hola, Mario. Me alegro de que te hayas decidido a llamar —lo había dicho afable. Si estaba sorprendida lo disimulaba bien y fue directa al grano—: Supongo que has hablado con tu madre y que por eso me llamas.

—Sí, algo parecido…

—¿Te ha contado algo? Lo cierto es que me extrañaría. No es que me importe lo que diga de mí, o menos de mi madre tras tanto tiempo, pero reconozco que siento curiosidad por conocer su reacción.

Mario acusó el golpe. Conocía el carácter de su madre mejor que nadie en el mundo, si bien una cosa es lo que él pensara acerca de ella y otra que una desconocida la juzgara alegremente. En todo caso, pasó por alto el comentario:

—Le ha costado. No es para charlar sobre ello por teléfono, pero aún en contra de su voluntad me ha confesado que mi padre tuvo dos hijos cuando estuvo en el Sáhara —se interrumpió unos instantes—. Yo… te prometo que lo desconocía. Tú me mandaste su foto y me has hablado de tu hermano Ahmed —Mario tragó saliva—. Eso hace que me imagine que, aunque no lo dijeras abiertamente el otro día, eres mi hermanastra. ¿Es así?

Al otro lado se produjo una pausa.

—¿Luzmila? ¿Sigues ahí…?

—Sí, disculpa —estaba quebrada por la emoción—. Así es. Llevo años luchando por escuchar algo semejante. Mi madre y mi hermano han muerto sin oírlo de vuestra boca y no sabes lo que esto supone.

—Ya, imagino. Para mí tampoco es fácil.

—¿Significa que vas a venir a Marrakech? —dijo recuperando el control—. Hablaremos sin prisa, cara a cara. Desconoces por qué te he metido en esto ahora y necesito contarte muchas cosas. Además —inconscientemente, bajó el volumen—, sospecho que desde que pasó todo, me vigilan. Tengo miedo. Cuanto antes vengas y te dé lo que guardo, antes me liberaré del peso que me atormenta.

«¿Lo que guardo…?». Mario no entendió a qué se refería.

—Acabo de llegar a Sevilla —contestó—. Debo citarme con alguien que puede aclararme parte de la historia, y en cuanto lo haga viajaré allí. Si todo va según lo planeado, mañana estaré en Marruecos.

—¡Fantástico! Escucha, estás haciendo lo correcto. Lo sabes, ¿verdad? —Mario no contestó, hacía aquello por propia convicción y las adulaciones no eran necesarias—. En cuanto aterrices en el aeropuerto de Menara, contáctame. Esta no es mi ciudad, ya te contaré, pero conozco un sitio de confianza no apartado del centro donde encontrarnos sin que nos interrumpan.

—Así lo haré, no temas. Y cuídate, ¡por lo menos, hasta mañana! —dijo haciendo una broma que relajara el ambiente. Inmediatamente, se

arrepintió.

Como temía, Luzmila no encajó bien el mordaz comentario:

—No te preocupes por mí. Llevo *toda la vida* cuidándome sola. Sabré aguantar unas horas sin tu ayuda. Adiós —y colgó.

Después de la conversación, Mario se dirigió al centro de Sevilla. Dejó aparcado el coche al otro lado del río y decidió dar un paseo para despejar su cabeza. Recordaba la dirección de un antiguo superior de su padre en el Sáhara de una ocasión en que lo visitaron años atrás, el coronel Llorente, y no quería desperdiciar la ocasión. Si vivía, calculaba que sería un anciano de cerca de noventa años. Aunque sarcástico y pomposo, lo recordaba de mente lúcida.

No obstante la hora temprana, el día desparramaba una luz clara y diáfana por la ciudad hispalense. Mientras atravesaba la Plaza de España y le embriagaban las buganvillas que desbordaban las tapias del Parque de María Luisa, su cabeza daba vueltas a la cita del día siguiente. El viaje a Marruecos podía ser peligroso y, si bien había tratado de exhibir una falsa seguridad con Luzmila, recelaba acerca de cómo se desarrollaría.

«Calle Diego de la Berrera —leyó—. Aquí es». Llamó al telefonillo y rezó porque el sahariano, o algún familiar suyo que pudiera darle noticias de su paradero, contestara. Hacía seis años que no lo veía, justo cuando su padre pasó al retiro forzoso y quiso despedirse en persona de sus viejos compañeros. Por aquel entonces el coronel había rebasado los ochenta, y aunque se encontraba en buena forma física y mental, también su padre lo estaba. Y, a pesar de ser bastante más joven, al poco murió.

El led de la camarilla del portero automático se iluminó. Pasados unos segundos, escuchó el carraspeo del antiguo jefe de la ATN al otro lado del interfono:

—¡Vaya, qué sorpresa! ¿Qué hace aquí, comandante? Está lejos de sus aviones —soltó con sorna. El gracejo no le agradó, aunque le sirvió para comprobar que el anciano militar no sólo vivía, sino que le recordaba. Era más de lo que esperaba. Había coincidido con su padre los años más duros de África y ambos mantuvieron, si no una amistad, sí cierta relación—. Suba, suba —indicó.

No había ascensor y Mario ascendió los descascarillados escalones hasta el tercer piso. Era una de esas casonas amplias de Sevilla, con un patio central que bañaba de claridad las balconadas interiores. Alguna grietas y desconchones en las paredes revelaban su antigüedad, mas los geranios en las terrazas, los jilgueros en sus jaulas y el delicioso olor a azahar que se irradiaba desde algún punto impreciso, dotaban al lugar de irresistible encanto. «Buen sitio para envejecer…», pensó mientras acometía los últimos escalones.

El anciano, pulcramente acicalado pese a lo temprano de la hora,

esperaba en el rellano:

—¡Qué amable, De las Heras! —indicó presto. Su timbre era débil, pero claro—. Recibo pocas visitas y con la suya me alegra el día. ¿Su madre se encuentra bien? —dijo mientras le hacía entrar en la soleada casa. De pronto, pensó que el motivo de la visita quizá fuera recibir una noticia aciaga.

Mario lo tranquilizó:

—Sí, huraña por no despegar su cuerpo de la silla de ruedas, aunque razonablemente bien. Gracias.

—Ya, supongo. Para una mujer de su carácter esa situación no debe resultar fácil. En fin, así son las cosas. ¡Míreme a mí! Estoy en los huesos. La mayor parte de los días ni siquiera puedo bajar a la calle. Una pena. En fin, no quiero aburrirle. ¿Un café, un té…? Tengo un delicioso vino de naranja reservado para ocasiones especiales. Le aseguro que es espectacular. ¿O prefiere algo más fuerte?

—Un café será suficiente, mi coronel. Es temprano aún. No le molestaré mucho; mañana me desplazaré a Marruecos y he pensado visitarle. Desde la última vez hace seis años que estuve acompañando a mi padre no nos habíamos visto.

Suspicaz, el viejo militar entornó una ceja:

—¿Marruecos…? Vaya, ¿qué se le ha perdido en el norte de África?

—Es una larga historia. Por eso he venido. Usted conoció a mi padre, vivieron muchas experiencias juntos en el Sáhara y me gustaría que me hablara de aquellos días. Sobre todo, de los últimos meses, cuando la Marcha…

El antiguo oficial se retrajo. Su carácter amable y bonachón del principio se había transformado. De repente, se le notaba incómodo.

Carraspeó ostensiblemente y Mario temió que fuera a sufrir un ataque de tos:

—¿La Marcha Verde? ¿Para eso ha venido? Ha pasado mucho tiempo, demasiado. Son historias de viejos que a nadie importan. Y menos a los jóvenes. ¡Ni por supuesto a los políticos! ¿Por qué resucitar el pasado? ¿Es que su padre no le contó nada que debo hacerlo yo?

—Sí, por supuesto que lo hizo, sin embargo me gustaría conocer su opinión —insistió cortés. Necesitaba que volviera a relajarse—. Principalmente de los últimos meses, cuando se precipitó todo. ¿Cómo fueron?

El veterano coronel retirado lo atravesó con la mirada, como si pretendiera adivinar sus intenciones ocultas. No le gustaba revivir esos momentos. Por experiencia había aprendido que desde que se marcharan de allí cualquier conversación relacionada con el Sáhara adoptaba a oídos extraños un aire sospechoso, confabulador, y durante años el ejército se encargó de que los oficiales de la antigua provincia

ni siquiera coincidieran en los mismos destinos; recelo, temor o vaya usted a saber. Incluso él se vio afectado; había oídos por todas partes y era mejor ser prudente.

Sin embargo, estaba retirado desde hacía años, no tenía nada que perder y con aquello rompía la estulticia de los programas televisivos matinales.

Se recostó en su butacón, se sirvió un café de agradable aroma tostado y comenzó a evocar sus recuerdos. Según lo hacía, su voz adquirió tinte trágico:

—¿El final? El final fue triste, Mario. ¿Me permites que te tutee? Aunque seguro que no te descubro ningún secreto. Salimos a escondidas, igual que criminales. Éramos soldados y obedecimos órdenes: para eso nos pagaban. Tú también lo eres y lo comprendes igual que yo. Pero te aseguro que largarnos sin mirar atrás y abandonar a aquella gente indefensa fue lo más duro que hice a lo largo de mi carrera. E igual que yo, muchos otros, tu padre incluido. Nos costó mantener la disciplina, y en ocasiones ni eso conseguimos. Se produjeron deserciones ante la impotencia que sentíamos. Pensándolo ahora, aquí sentados, no me extraña: al tiempo que rodeábamos de minas el desierto y nos atrincherábamos en El Aaiún para resistir, pensando que era lo que se esperaba de nosotros, desde El Pardo se negociaba a nuestras espaldas. Y no solo a las nuestras, también a las del mismísimo Piniés —el embajador español en la ONU—, que insistía ante el resto de los países que España no cedería el territorio sin asumir compromisos con sus habitantes. Todavía recuerdo sus palabras.

—Ya veo…

—Fueron meses de gran tensión, aunque en el territorio estábamos más confiados que en la propia península. Más allá de la gigantesca operación de propaganda en que se convirtió, sabíamos lo que teníamos que hacer —o eso pensamos—. No dudábamos que las fuerzas marroquíes no cruzarían nuestras líneas y que, si se atrevían a un enfrentamiento directo con nuestros muchachos, los venceríamos fácilmente. Yo serví en la Policía del Sáhara, el antecedente de los Nómadas, y muchos de los oficiales veteranos recordábamos el modo en que los paramilitares pasaron a cuchillo a nuestros compañeros de Ifni, la noche del 23 de noviembre de 1957, y no íbamos a tolerar que se repitiera. No obstante, aunque no lo sabíamos, estábamos solos. Nadie nos lo señalaba, era como el cuento ese del traje del emperador que leo a mis nietos. Uno en el que nadie se atreve a confesar al rey de un país que sale desnudo a la calle, aunque todos observan lo mismo. ¿Lo conoces?

—Sí, sí. Claro. Lo conozco. ¿Qué tiene que ver?

—A la vez que nos fortificábamos, los americanos engañaban a

Madrid ayudando en secreto a Marruecos a preparar la invasión; Madrid ocultaba las negociaciones con Rabat a la ONU y todos nos mentían a los que nos jugábamos la vida allí. Fuimos unos ilusos. Y, sin embargo, nadie se atrevía a decirlo: igual que en el cuento.

—Lo siento, mi coronel. Pero… ¿y mi padre?, ¿qué recuerda de él? —conocía la desazón e impotencia de las tropas en los días finales y antes de que siguiera lamiéndose las heridas quería llevarle al terreno más personal—: ¿Le suena una saharaui llamada Zayna?

El gesto de Llorente se torció ostensiblemente. Sus cejas se arquearon y su ceño se frunció en un ademán de desagrado. No esperaba ese giro de la conversación:

—¡Así que se trata de eso! —de pronto, fue consciente de las intenciones de Mario—: Ahora entiendo el motivo de tu visita. No es para hablar de batallitas ni de estrategias militares, menos aún para interesarte por mi salud. Es… sobre *aquello*. Tu padre nunca te lo contó, ¿no es cierto?

Mario se sinceró:

—No, señor. No lo hizo. Jamás me contó ni una palabra de aquella parte de su vida. Y ahora, cinco años después de su muerte, me encuentro con que surge una hermanastra saharaui. Mi madre me lo ha confirmado. Y, de aquellos años, al único que conozco en el ejército es a usted. Por eso le visito.

—Entiendo. Aunque si De las Heras no te habló de aquello, tendría sus motivos. Llevaba años sin oír ese nombre. ¡Zayna…! —despacio, sorbió el fuerte café y mirando al vacío musitó para sí las cinco letras de la palabra, como si evocara un fantasma del pasado. Al cabo de los segundos, continuó—. Sí, claro que la recuerdo. Era una mujer bella, de hecho una de las más bellas que haya conocido, si he de serte franco. Tu padre estuvo tremendamente enamorado. Era un buen hombre, excelente militar y gran conocedor del desierto y de sus costumbres, te lo aseguro; alguien que perdió la cabeza por una mujer. Sin más. ¿A quién no le ha pasado? Aunque en aquellos tiempos, en aquella sociedad cerrada, resultó un escándalo. Visto con mentalidad actual parece una tontería, pero él sufrió mucho. He de reconocer que esa Erguibat y él formaban una extraordinaria pareja. Te confieso que no se lo pusimos fácil y cuando regresamos a España hubo de elegir. Y eligió su carrera.

—¿Su carrera?

—Sí, su carrera militar —el antiguo mando se sentía incómodo al dar explicaciones—. Aquella bereber no era de los nuestros. Estábamos en medio de una guerra; su hermano era un terrorista del Polisario, ella podría haber sido una espía y aunque no lo fuera nunca hubiera encajado en la sociedad de esa época. Nuestras costumbres eran demasiado diferentes. Yo mismo se lo aconsejé, tus abuelos también

—con excesiva insistencia, lo reconozco—, aunque la decisión fue de tu padre. Solo suya. De hecho, conociendo la historia y lo que luchó por ella, me sorprendió su renuncia.

—¿Y los niños?

—¿Qué niños?

—Los niños. Sus hijos. Cuando mi padre se marchó de El Aaiún tenía una niña de cinco años y esa mujer —Zayna— estaba embarazada, a punto de dar a luz.

—Ya… —dijo Llorente sosteniendo la mirada—. Cosas que pasan.

—¿Cosas que pasan? —repitió Mario sin dar crédito a semejante cinismo.

—Sí, cosas que pasan, ¡eso he dicho! —el anciano estalló y Mario temió que un ataque de tos ahogara sus pulmones—. Y si vas a seguir repitiendo mis palabras igual que un papagayo, juzgándome con tu fatua arrogancia, te agradecería que te levantaras y te marcharas. Ya no eres bienvenido.

—Disculpe, no he pretendido…

Pero él no escuchaba:

—Los jóvenes os creéis mejores que los que os precedieron, con derecho a juzgar a vuestros padres, a vuestros abuelos… ¡a todo el mundo! Sin ofrecer nada a cambio. Sin molestaros en averiguar los motivos en cada momento. La ingratitud es ley de vida, supongo, pero te confieso que cuando se llega a mi edad es tremendamente desalentador contemplarlo.

Mario no quiso exaltar los ánimos del anciano. Sus comentarios estaban trufados por los prejuicios y, por mucho que no quisiera juzgarle, él mismo se delataba con sus palabras.

En cierta forma, sus expresiones recordaban a las de su madre.

Trató de retomar la conversación:

—¿Y después? ¿Qué ocurrió entre ellos? Me refiero cuando mi padre regresó a la Península.

—Eso no lo sé. Carlos conocía mi opinión; le apreciaba como militar y como persona, y fui claro con él, aunque no le agradara. Supongo que eso hizo que nunca tocáramos de nuevo el tema: ni él me lo contó ni yo se lo pregunté. Respecto a tu pregunta, la guerra entre el Frente Polisario, Marruecos y Mauritania fue muy violenta y se alargó años. Luego vinieron los muros y las vallas de separación que construyeron los marroquíes en medio del desierto para evitar que se movieran: dos mil setecientos kilómetros nada menos. Murió mucha gente y no sé qué les pudo pasar en medio de todo aquello. Y, si te soy sincero, no me importa.

Mario tragó saliva para mantener la calma ante la crudeza de las palabras:

—Gracias, coronel. Imaginará que no comparto sus comentarios,

aunque le agradezco la sinceridad con que los expone. El resto de la historia la descubriré por mi cuenta. Una última cuestión: ¿volvieron a coincidir usted y mi padre en otro destino?

—¿Con Carlos? En realidad, no. A través de los contactos de su familia él consiguió un puesto en la Capitanía de la II Región Militar, aquí, en Sevilla, y a mí me destinaron a Valencia. Estuve a punto de ascender a general de brigada, tenía la antigüedad suficiente, si bien esos años de la transición, con el golpe de estado en los ochenta y eso, fueron duros y no lo logré. Más estando en Valencia. Mis encontronazos de los últimos meses con Salazar tampoco ayudaron. Debió de ser en esa época cuando conoció a tu madre. Me quedé helado al enterarme de que se había vuelto a casar; sinceramente no lo esperaba. Después, durante años perdimos el contacto, aunque lo recuperamos pasado un tiempo. Nuestro vínculo africano era fuerte, y ver a los oficiales que habíamos servido juntos amortiguaba la nostalgia. A pesar de ello, y confidencia por confidencia, tu padre nunca volvió a parecer el de antaño. En el Sáhara era valiente, decidido. Entregado y colaborador como pocos. Todos lo apreciábamos, en particular los nativos, que le respetaban más que a ninguno de nosotros, te lo aseguro. Después, cuando coincidíamos en algún acto, asemejaba un burócrata apagado más que a la persona idealista de sus comienzos; había perdido la fe y el entusiasmo que le caracterizaban. La última vez que lo vi fue contigo. Estaba orgulloso porque hubieras seguido su camino en el ejército, aunque fuese en el Aire —nosotros éramos de Infantería— y buscaba reconciliarse con el pasado. Yo era uno de los últimos testigos de aquello y cuando me visitó contigo, y se despidió ahí, en ese mismo rellano, pareció señalármelo: «¿Ves? Lo he conseguido, he conseguido que mi hijo sea mejor que yo, que sea íntegro, que no repita mis errores…». Entendí perfectamente a qué se refería. Supongo que por eso nunca te explicó nada: posiblemente se sentía avergonzado de su acción y no quería que lo juzgaras. Te quería, Mario, tu padre te quería mucho. No hubiera resistido tu censura.

Mario se notó mareado. Necesitaba salir, oxigenar sus pulmones. El cúmulo de sentimientos que se arremolinaba en su interior era demasiado intenso para seguir escuchando. Notaba las lágrimas a punto de brotar y no quería que el coronel retirado fuera testigo.

Dispuesto a marcharse, se puso en pie:

—Gracias, mi coronel. Me hubiera gustado conocer a mi padre en esa época. Escuchándole, pienso que supe muy poco de él. Le agradezco sus confidencias, debo marcharme ya.

El antiguo mando hizo ademán de levantarse, dando por terminada la conversación, aunque cambió de idea y desde el butacón sujetó su muñeca:

—Comandante, un último consejo: ten cuidado —sus palabras, más que a recomendación, sonaron entre la advertencia y la amenaza—. Si yo fuera tú no seguiría husmeando; si lo haces, sé consciente de que quizá lo que descubras no es lo que te imaginas.

—¿A qué se refiere?

—A que nos comprometimos a descolonizar, y por miedo a Marruecos, por incapacidad, por cobardía o por mezcla de todo, nunca lo hicimos —Mario escuchaba atento. ¿A dónde quería ir a parar…?— Y las sagas continúan. Tal vez tú no te sientas parte de ese grupo, pero los hijos y nietos de los que tomaron —tomamos— decisiones esos días, tu padre incluido, continúan sirviendo en el ejército, en la administración o en la política. Para todos es mejor que no se escarbe en el asunto.

—¿Que no se escarbe?

—Eso he dicho —concluyó terminando de incorporarse—. He sido lo suficientemente claro. Tú sabes lo que significa, no te hagas el tonto. Yo soy un viejo y no me queda mucho de vida, mírame, apenas consigo respirar, pero posiblemente otros no se anden con miramientos ante lo que pueden considerar una amenaza. Quedas advertido.

Mario miró impertérrito. No seguiría polemizando, si bien su semblante apenas disimulaba la estupefacción.

Se dirigió hacia la puerta, murmuró un apresurado «adiós, coronel…, gracias por todo», y sin dar tiempo a que le lanzara nuevas peroratas se marchó escaleras abajo.

Las palabras habían removido sus recuerdos. Lo que creía firmes ideales ahora se le antojaban arenas movedizas bajo sus pies; formas girando en un caleidoscopio de colores que se alteraban según se moviera. No estaba seguro de nada. Los pensamientos contradictorios daban vueltas en su cabeza: su padre, el tormento que sintió por su cobardía, y cómo eso le convirtió en una persona introvertida, callada, temerosa. Todo arrojaba nueva pesadumbre, máxime al descubrir que no siempre había sido así, que en su juventud había sido lo contrario: una persona admirada por sus ideales, por su entrega y por su pasión por el desierto y sus costumbres. ¿Qué le había sucedido para cambiar? El peso de los remordimientos le domeñó día a día, hasta convertirlo en el ser apagado y gris que conoció; siempre bajo la sombra autoritaria de su mujer y dominado en el último tramo de su vida por las pretensiones de una hija egoísta y manipuladora. Un día no pudo más, y murió.

«¡Papá! —pensó con dolor— ¿Por qué no confiaste en mí? ¿Por qué no me lo contaste? ¡Te habría ayudado! ¡Juntos hubiéramos encauzado tus errores».

Además de por las reminiscencias personales, las palabras del

sahariano le habían inquietado. No era tan inocente como para no reconocer la advertencia que le acababan de arrojar a la cara, y a sus múltiples preocupaciones se le unió aquella. No podía olvidar que, al menos, había muerto una persona: el asunto no era para tomárselo a la ligera.

Mientras bajaba las escaleras tomó una decisión. Cuanto más hablaba con unos y otros más consciente era de lo que estaba en juego: de las mentiras y ocultamientos a los que su familia le sometiera a lo largo del tiempo; de los complejos intereses políticos que rodearon aquella decisión; e incluso de esa admonición de que no siguiera adelante y que *otros* no tendrían miramientos. ¿Y a qué *sagas* se había referido? ¿Eran las palabras de un viejo o bajo esa capa de apolilladas evocaciones del pasado latía una amenaza real y tangible?

No lo sabía, aunque llegados aquí no estaba dispuesto a que nada lo detuviera.

Seguiría adelante costara lo que costara.

X. Secuestro en la Ciudad Roja

Marrakech (Marruecos)
Viernes, 5 de octubre de 2018

Pasó la tarde paseando por Sevilla, reflexionando sobre los sucesos de la semana. Pensativo, recorrió la ribera del Guadalquivir, contempló el Puente de Triana, la Torre del Oro y el barrio de Santa Cruz, y anduvo entre sus mágicos rincones. La desazón que arrastraba de su vertiginoso viaje comenzó a disminuir ante la belleza de lo que contemplaba y, al llegar a la catedral, contempló admirado la Giralda: si todo iba según lo planeado, al día siguiente se encontraría frente al alminar de Kutubia, la torre gemela a la hispalense mandada construir por Yaqub al-Mansur. Como su hermana mayor, ambas fueron levantadas por los almohades en el siglo XII.

Más relajado, llamó a un compañero de su promoción destinado en el Acuartelamiento Aéreo de Tablada y se aseguró plaza para uno de los vuelos comerciales que salían hacia la ciudad marroquí. Si no el sueldo, la ventaja de ser piloto era que la camaradería entre compañeros de ala funcionaba a las mil maravillas. Regresó al hotel y durmió lo que pudo. Los próximos días iban a ser complicados y su cuerpo necesitaba descanso.

A la mañana siguiente, sábado, se dirigió temprano hacia el aeródromo, dejó el coche en el parking y, puntual, se dispuso a tomar el vuelo de las ocho. El trayecto duraba hora y media y repasó lo que tenía por delante: antes del lunes debía hallarse en Madrid; el tiempo jugaba en su contra, pero si todo salía bien el domingo estaría de regreso en la capital sin levantar sospechas.

Al aterrizar en Menara, a seis kilómetros de Marrakech, los cuarenta y cuatro grados de calor le golpearon el rostro nada más descender las escalerillas. No resultaba tan sofocante como el de meses anteriores, pero seguía siendo agobiante. Una vez dentro, se dirigió a los estrictos controles fronterizos. Afortunadamente, mantenía el pasaporte diplomático de su estancia en Mons como personal OTAN y no tuvo problemas para entrar. A continuación, regateó el precio y tomó un *petit taxi* que lo llevara al centro. Los vehículos se entrecruzaban a velocidad vertiginosa y el taxista, sin cinturón de seguridad, wasapeando con una mano y esquivando a motos, coches y carros con la otra, evitaba rozar los bordes de la carretera. Era de locos. Su nombre era Mohamed y, al tiempo que realizaba las maniobras, insistió en ofrecerle excursiones a los más dispares lugares.

A los veinte minutos llegaron a las inmediaciones de la Medina.

Sintiéndose afortunado porque el tal Mohamed no hubiera chocado con ningún vehículo y sobrevivir al trayecto, pagó los ciento ochenta dirhams acordados y callejeó hasta encontrar un *riad* [31]. El intenso olor del cuero curtido y las especias que flotaba por las calles estimuló sus sentidos, y el bullicio de la «Ciudad Roja», como se conocía a Marrakech por el color ocre de sus edificaciones, punteadas de minaretes, le hizo ser consciente de que estaba en el epicentro de Marruecos, metrópoli de los pueblos bereberes y antigua capital del Imperio Islámico. Construida, saqueada y vuelta a reconstruir por fenicios, romanos, bizantinos y vándalos, la altivez de sus muros, mezquitas y alminares eran reflejo de la historia del dominio árabe a lo largo de siglos. Al fondo, las montañas del Alto Atlas proyectaban su relieve sobre la geometría de sus murallas y en el zoco sus comerciantes, artesanos y dicharacheros vendedores proclamaban a gritos las virtudes de sus mercancías. Una ciudad única, inigualable, a la altura de la mismísima Estambul.

Aunque… ¿por qué lo citaba Luzmila allí?

En comparación con el delirio que reinaba en el exterior, el *riad* resultó un oasis de tranquilidad; como si a través de una celosía de madera se cruzara la puerta entre dos mundos diferentes. El uno, destinado al disfrute de los placeres mundanos, el otro, al goce del alma y la intimidad del hogar. Su fuente de agua en el centro del patio, el *hamman* para su uso personal, los mosaicos de colores y sus azulejos con mil formas geométricas, le hicieron sentirse automáticamente embriagado.

Después de una reparadora ducha con que se alivió de la humedad que lo acompañaba desde que aterrizó, dio cuenta de unos nutritivos dátiles depositados en una suntuosa bandeja de la habitación. A continuación, regresó al ajetreo de las calles.

Mientras recorría los mercados y los jardines almohades, le asaltó el recuerdo de su deseo de visitar la ciudad con Virginia. Lo habían planeado decenas de ocasiones: la estancia en el hotel Royal Mansour —un lugar fascinante, ideado por Mohammed VI para sus familiares y amigos, con una red de túneles por los que se accedía sin ser visto a las habitaciones y garantizar la discreción de los huéspedes—; los restaurantes con estrella Michelin donde cenarían; las compras por el zoco…, todo lo saborearon por adelantado. En una ocasión, ya con los billetes de embarque en el bolsillo, un asunto urgente en el SHAPE lo desbarató todo: al final, por un motivo o por otro, su sueño nunca se realizó.

Y ahora, por azares del destino, él se encontraba allí. Sin ella.

Imposible no sentir nostalgia...

Todavía disponía de una hora antes del encuentro y se sentó en la terraza del Café de France, uno de los más antiguos y céntricos de la

ciudad. Experimentó un irrefrenable deseo de llamarla. Desde que hablaran por última vez en Madrid se habían sucedido los acontecimientos y sentía la necesidad de escuchar su voz y desahogarse:

—Hola, Virginia…

—¡Hola, Mario! ¿Qué haces ahí? —dijo sin dar tiempo a responder.

—¿Ahí?, ¿dónde? —preguntó perplejo. Virginia siempre le cogía con el pie cambiado y tomaba la iniciativa en las conversaciones.

—¡En la Ciudad Roja! ¿Con algún *ligue* que no me has contado? ¿La americana, tal vez?

Ya le había explicado lo de la aplicación para geolocalizar a contactos sin necesidad de que interviniera el usuario, pero aquello parecía cosa de magia.

—Joder, Virgi. ¡Esto roza el acoso! —contestó con guasa. El ruido de la terraza le impedía escuchar bien, si bien percibió que al otro lado su ex disfrutaba con el juego.

—Exageras. No es para tanto, cosas de la tecnología. Tan solo me extraña que estés en el Magreb. Eso es todo. En serio, dime: ¿qué haces ahí? Oigo barullo.

—Estoy sentando en la Plaza Jamaâ El Fna, ¿la recuerdas? Es gigantesca, veo desde encantadores de serpientes hasta malabaristas, pasando por aguadores, bailarines, vendedores de zumos y tenderetes con todos los productos imaginables. Incluso uno, que afirma ser dentista, se ha ofrecido sacarme una muela en su puesto. Tendrías que verlo. Parece un circo, aunque tiene un encanto fabuloso.

—Me alegro. De todas formas, ¿estás solo? ¿No piensas que es peligroso?

—De momento, no, pero han pasado muchas cosas —su tono se hizo más grave—. ¿Recuerdas el paquete que me enviaron al Estado Mayor? He descubierto que lo envió mi hermanastra. Lo creas o no, mi madre me ha confesado que mi padre tuvo dos hijos cuando estuvo destinado en el Sáhara. Precisamente me hallo aquí para conocer a uno de ellos. O más bien a una: es una mujer, se llama Luzmila y afirma que necesita verme.

Al otro lado del teléfono, la actitud jocosa y dicharachera de Virginia se transformó por completo; el torrente de acontecimientos la acababa de dejar atónita.

No había lugar para bromas:

—¿Una hermanastra? ¿De veras? No puedo creerlo.

—Pues así es. Y además de estar con mi madre y mi hermana en Santa Hermosa, he visitado al coronel Llorente, en Sevilla. Es un anciano, aunque conserva bien la cabeza. Me ha confirmado todo, si bien alguna de las cosas que me ha explicado me han hecho sentir intranquilo. ¿Puedes creer que ha llegado a amenazarme?

—¿Amenazarte? ¿Por qué?

—No estoy seguro. Me ha hablado de unas misteriosas sagas formadas por personajes de aquella época. Gente a la que, según él, no le gusta que se remueva el pasado. Todo muy siniestro. En fin, ya te lo contaré con detalle. Luzmila quiere entregarme unos documentos, no ha aclarado cuáles; le preocupa que la estén siguiendo y ha insistido en reunirnos con urgencia. Por eso he venido, para averiguar qué diablos es esto.

Virginia se mostró inquieta:

—Ten cuidado, por favor. Si descubres algo, o tu hermanastra te facilita algún papel, por insignificante que parezca, envíamelo y haré indagaciones. Cualquier cosa puede ser una pista.

—¿Algún papel? —preguntó extrañado. Por algún motivo que no sabía precisar, la petición de Virginia se le hizo fuera de lugar.

—Sí, eso he dicho. ¿De qué te sorprendes? Solo he repetido tus palabras: que quería darte unos documentos. He imaginado que serían papeles de aquellos años. Puedo tratar de investigar.

—Sí, disculpa. El jaleo en este lugar me aturde. Te dejo. En cuanto surjan novedades te llamaré. Mientras tanto, cuanto más averigües mejor.

—Descuida. Y saluda *a nuestra ciudad* de mi parte. Sabes que me hubiera gustado visitarla contigo.

—Sí, lo sé…

—Quizá algún día retomemos nuestros viejos planes. —Y colgó, dejando flotar en el aire el sentido de la frase.

***

Mario comprobó en su reloj el tiempo que faltaba hasta su cita con Luzmila. Pagó y, ayudado por el GPS de su móvil, se introdujo en el dédalo de calles que se esparcían como tentáculos alrededor de Jamaâ El Fna: llegaba la hora de la verdad.

Según su navegador se encontraba a cuatrocientos metros de su destino y, a pesar de la poca distancia, enseguida comprendió que los callejones del barrio de la *Kasbah,* hacia donde indicaba su dispositivo, sin rótulos donde orientarse, ni ninguna otra referencia, se cortaban y entrecruzaban de forma aparentemente aleatoria. Eso hacía que resultara complicado avanzar. Tardó treinta minutos en atravesar aquel laberinto lleno de callejuelas, hasta que dobló una esquina y se topó con el lugar que buscaba: «*Café des Epices* —leyó—. ¡Ahí es!». Se trataba de un discreto local, cerca de la necrópolis de los Reyes Saadies, con azulejos de lacería blancos y azules en la puerta, entrelazados entre sí formando vistosas figuras. Para llegar había que recorrer una galería de treinta metros, con un techado cubierto por telas de colores. Aparentaba ser un sitio agradable y sugerente; su

ubicación, apartada del centro, lo hacía más pensado para oriundos de la ciudad que para turistas.

Un grupo de tres hombres con chilaba flanqueaba el exterior del local. Fumaban y charlaban entre ellos, y Mario creyó percibir que al girar la esquina lo señalaban desde la distancia, cuchicheando a continuación. Al pasar junto a ellos le recorrieron con la mirada de arriba abajo, sin excesivo pudor. Se diría que lo esperaran. A su ansiedad se sumó que uno de ellos, alto y corpulento, llevaba la capucha de la chilaba puesta, lo que ocultaba su rostro. Apoyados en la pared de enfrente, dos árabes más, vestidos esta vez a la manera occidental, le observaron de forma aviesa.

No iba armado y la presencia de los dos grupos lo intranquilizó; la callejuela era angosta y si surgían contratiempos no podría escapar. «¡Maldita sea! —pensó contrariado—. Debería haber llamado a Miguel Ángel y pedirle que me acompañara. O que enviara de incógnito a alguien de seguridad del consulado. No he debido venir solo». Fuera como fuera, era demasiado tarde y con el corazón en un puño rebasó a los hombres y entró en el salón. Los toldos que cubrían el pasadizo apenas filtraban luz, y en el interior, cubierto con alfombras, lámparas de aceite dispuestas aquí y allá iluminaban las sombras. Las volutas de humo de las cachimbas contribuían a reforzar la atmósfera fantasmagórica, a la par que una música suave de laúdes proporcionaba intimidad.

Nada más cruzar el dintel, una mujer de mediana edad, sentada al fondo, se percató de su presencia. Se diría que lo esperaba porque enseguida se levantó y se encaminó mayestática hacia él. Sobrepasaba los cuarenta y aunque cubría su cabeza con un *hiyab* [32] eso no era obstáculo para que sus dos ojos azules resaltaran su espléndida madurez y elegante porte. Sus pestañas eran largas y espesas, y su bronceada tez parecía esculpida de las arenas del mismísimo desierto de Erg Chebbi. Era Luzmila. A pesar de que un *caftán* [33] recubría su cuerpo, juraría que su vientre se veía abultado.

Mientras se saludaban, uno de los hombres con chilaba marrón de la puerta entró tras él y se sentó en una mesita en el extremo del local. Mario, de espaldas, no pudo verlo, pero a partir de ese momento el árabe no los perdió de vista.

Luzmila se dirigió a Mario. Al igual que a él, su aspecto físico le llamó la atención: alto, complexión robusta, pelo negro, mirada vivaz… Solo habían hablado en dos ocasiones por teléfono, y aunque no tenía formada una idea concreta distaba de la imagen de persona fría y engreída que hubiera imaginado.

—Hola, Mario. Bienvenido a Marrakech. No sabes cuánto me alegra que hayas aceptado mi invitación —su voz sonaba cálida, aterciopelada.

Intimidado por el entorno, Mario no supo si saludarla con la mano o con un beso. Finalmente, no arriesgó y extendió la palma al modo occidental. Ella sonrió ante su turbación y la estrechó con fuerza:

—¿Tú primera vez en Marruecos? —dijo para romper el hielo. Según tomaba asiento en uno de los cojines de variopintos colores, a Mario no se le escapó un portadocumentos de piel, color marrón, junto a una de las patas de la mesa. Cada pocos minutos, Luzmila lo miraba insistente.

—En realidad, sí —contestó—. He viajado por Europa y parte de Asia, aunque reconozco que de África he visitado menos de lo que me gustaría. Y, en el caso de Marrakech, lo deseaba particularmente —de pronto se interrumpió y la señaló con el índice. Sentada, el bulto de su tripa se apreciaba más nítido—. Perdona la indiscreción: ¿estás embarazada?

Luzmila sonrió. Aguardaba la pregunta:

—¿Perdonarte? Al contrario. Me gusta hablar de ello, es perfectamente natural. Soy mayor para mi primer hijo, lo reconozco. Pero estoy embarazada de cinco meses y muy ilusionada.

Mientras pedían dos tés con menta, Luzmila se apartó el *hiyab*. Visto de cerca, su rostro era verdaderamente hermoso. Aunque no quería resultar descortés, Mario no evitó contemplarla cautivado y recordó las palabras del coronel Llorente, en Sevilla, el día anterior, cuando le había dicho que Zayna —su madre— fue una de las mujeres más bellas que hubiera conocido. Sin duda, la hija había heredado el mismo atractivo.

—Has sido muy valiente en viajar sin conocerme. No sabes cuánto te lo agradezco. Estoy nerviosa, y de no haber sido importante no te hubiera importunado. Te lo aseguro. La verdad es que no sabía a quién recurrir.

Mario agradeció su sinceridad:

—No te preocupes. Después de la foto, de tu misterioso mensaje y de lo que he averiguado por mi cuenta, has hecho lo adecuado; deseo llegar cuanto antes al final de este asunto. Para eso he venido.

Durante unos minutos charlaron de temas insustanciales, aprovechando para disfrutar de la bebida. Tal y como había detectado en su primera conversación, Luzmila hablaba un español adornado de suave acento francés y, transcurridos unos minutos, empezó a relajarse y bajar la guardia. Pese a lo anómalo de la situación, su hermanastra poseía formas dulces y una risa espontánea y contagiosa: uno de esos seres en los que uno confía nada más conocer.

A cinco mesitas de distancia, el hombre de la chilaba marrón vigilaba sus movimientos. Mario había percibido que los miraba con disimulo, pero atento a la charla no le concedió importancia.

Agotados todos los temas de cortesía, el español pasó a la acción:

—¿Cómo era tu madre? —soltó de repente.

Luzmila balanceó la espalda hacia atrás, inspiró con fuerza y tensó los músculos del cuello al oírlo. Mario comprendió que había sido brusco en exceso.

Trató de remediarlo:

—Disculpa, no me contestes si no quieres. He sido demasiado impulsivo. Son tantas las cosas de las que hablar…, te aseguro que no pretendía importunarte.

Luzmila no se molestó:

—No te preocupes. Es que me resulta doloroso hablar de ella con un desconocido. O lo que quiera que seamos… —sonrió pícara—. Aunque la pregunta es lógica. Verás, mi madre, Zayna, era la persona más valiente del mundo. De pequeña, solía pensar que cuando fuera mayor quería ser como ella —al decirlo, una mirada evocadora cubrió su rostro dorado—. Cuando llegamos exiliados a Argelia luchó por mí y por mi hermano como una fiera, dispuesta a sacrificarse y resistir por nosotros. En los primeros años terminó de aprender a leer y a escribir en árabe, francés y español correctamente, se convirtió en una excelente enfermera y con el tiempo formó parte de la Unión de Mujeres Saharauis. Cuidó de los más débiles del campamento hasta el último día de su vida. Todos la apreciaban, y su muerte fue una gran pérdida para nuestra comunidad. Te sonará raro, pero en cierta forma nuestro padre la liberó.

Una mueca de escepticismo se dibujó en el semblante de Mario.

Aquello no lo esperaba:

—¿La liberó…? ¿De qué? —preguntó extrañado.

—Creo que se refería a que los años que vivieron juntos él la enseñó a valerse por sí misma, a descubrir el coraje agazapado en su interior y a no esconderse. De haber permanecido con su tribu y casado siendo adolescente no hubiera volado más allá del *frig*, conocido otros lugares y costumbres, ni hubiese tenido la oportunidad de ayudar a la gente. Supongo que eso quería decir con que *la liberó*. Cuando te cuente más acerca de ella, comprenderás que su forma de ver el mundo era muy generosa.

—Entiendo. Por lo que dices, debió ser realmente especial. ¿Y a nuestro padre? ¿Sabes si lo volvió a ver? En Jaén he descubierto que mi madre y mi hermana conocían vuestra existencia; pero a mí nunca me contaron ni una palabra. Lo juro.

—No, nunca lo hizo. Hasta el día que murió de una enfermedad intestinal, por agua de un pozo contaminado, lo esperó. Jamás estuvo con otro hombre. Era absurdo, ridículo, pero nunca dejó de pensar en él: en su meharista, como le llamaba dulcemente, en su soldadito español. Decía que él la rescató del desierto una vez y que regresaría cuando los problemas políticos se solucionaran, atravesándolo de

nuevo. Ya te he dicho que era profundamente optimista. Pero no fue así, Mario. ¡No lo fue! —su mirada serena se transformó en áspera y su tono se hizo amargo, con una frialdad y determinación que no había empleado desde que iniciaron la charla—: Tu padre, ¡nuestro padre!, nunca volvió. No volvió a por mi madre, ni tampoco a por mí. Ni por supuesto a por mi hermano, al que no llegó a conocer.

Luzmila continuó, enfrascada en su relato:

—Yo era una niña cuando se marchó, mas poseo vagos recuerdos de su figura desgarbada jugando conmigo, de una muñeca que me regaló unas navidades, de las paredes de yeso blancas de nuestra casa en El Aaiún e incluso de estrofas de canciones infantiles que me tarareaba cuando me sentaba en sus rodillas. En aquel tiempo los hombres saharauis no solían comportarse así, si bien él era dulce y cariñoso. Me bañaba, me besaba, me acunaba… Hasta que, sin entender yo por qué, nos abandonó de repente: nuestra vida perfecta se convirtió en pesadilla. ¿Lo comprendes…? ¿Comprendes el dolor que causó a mi madre enterarse que se había casado con una andaluza de buena posición mientras nosotros moríamos de hambre? No, no creo que seas capaz. Y pese a ello, ¡lo perdonó! ¿Lo puedes creer? ¿Lo hubieras hecho tú? Lo esperó y esperó hasta exhalar su postrer aliento. Miraba cada día la lona de nuestra jaima en la *hamada* de Tinduf, pensando estúpidamente que en cualquier momento se levantaría la tela, mil veces remendada, y él entraría sonriente, vistiendo su uniforme de gala. ¿Y me preguntas cómo era mi madre? ¡Era mi heroína! Una mujer que abrazaba la existencia, el espejo en el que mirarme cuando la veía sonreír cada mañana, pese a que desde que tengo memoria siempre nos ha faltado de todo: agua potable, comida digna, medicamentos, educación. Era una bereber, descendiente de ascetas… ¡de guerreros!; gente dura, moldeada durante siglos por el sufrimiento de vivir en el desierto. Y, a la vez, dulce y bondadosa.

Mario no sabía qué decir. Aquel arranque de alabanzas de Luzmila hacia su progenitora lo tenía anonadado. Inevitablemente, hizo que la comparase con la suya: ¡qué diferente y paradójica era la vida! Él, acostumbrado a la abundancia, sin problemas materiales, pero infeliz: deseoso de cambiar sus juguetes y caballos de madera por un simple beso materno que nunca llegaba a producirse.

—Me alegro de escucharlo, parecía ciertamente única. ¿Qué os sucedió cuando nuestras tropas se fueron del territorio?

—Pues verás —prosiguió—, cuando los españoles os fuisteis la mayor parte escapamos de las ciudades. A ese día lo llamamos la Nakba [34], el exilio. Los marroquíes necesitaban espacio para sus colonos y a los que no nos plegamos a sus exigencias nos echaron. Aunque tu padre prometió cuidar de ella a través de sus contactos, diciéndole que no necesitaría dejar El Aaiún, no fue cierto. Yo tenía cinco años: el día

antes de partir él en barco, mi madre me despertó de madrugada, embalamos nuestras cosas y salimos apresuradamente de la ciudad. Luego, supimos que acababan de matar a mi tío Ahmed. No sabíamos a dónde dirigirnos y por necesidad nos juntamos con un grupo que también escapaba; durante algunas semanas nos instalamos en un campamento, en Tifariti, en medio del desierto. Cuando me hablaba de esos días, mi madre contaba que éramos mil quinientas personas, todas igual de aterradas. La comida y el agua escaseaban, si bien logramos aguantar hasta que los marroquíes nos hicieron abandonar el lugar.

—¿A qué te refieres?

—Contra los campamentos de Guelta, Amgala y Um Dreiga —el mayor de todos— usaron fósforo blanco y napalm, y a nosotros nos ametralló la aviación. Fue terrible. Yo misma recuerdo el sonido estridente de los «picudos» aproximándose, las ametralladoras, las explosiones, los gritos… no sé ni cómo sobrevivimos. Mi madre estaba embarazada y de la tensión se le adelantó el parto. Dio a luz en medio del *reg,* junto a unas piedras, como un perro, en condiciones higiénicas lamentables. Milagrosamente, el niño —mi hermano— consiguió salir adelante y en recuerdo de mi tío recién asesinado le pusieron su mismo nombre: Ahmed. Ahmed… de las Heras. Tu hermanastro, al que ya no conocerás.

Mario tragó saliva mientras silabeaba despacio el nombre y, especialmente, el apellido del saharaui : «Ahmed *de las Heras*…». No sabía qué decir. Su cara reflejaba la tormenta de sentimientos contradictorios que bramaban en su interior.

Luzmila, al ver que nada añadía, continuó su monólogo:

—¿No dices nada? Entiendo tu sorpresa. Los ataques se extendieron hasta marzo de 1976. En ese momento Argelia, después de una larga marcha, nos permitió cruzar su territorio e instalarnos en tiendas en la zona de Tinduf, a cincuenta kilómetros de la frontera: seguro que eso sí lo conoces. Nos apoyaba, aún lo hace, pero no se atrevió a librar una guerra convencional con Marruecos —suspiró resignada—: Posiblemente nunca estuvo en sus cálculos. De esa forma, nos asentamos en medio de ese pedregal, sin agua corriente, sin comida y desde entonces vivimos allí. Dependemos de la limosna de los demás. ¿Conoces la maldición beduina «Ojalá Allah te condene a vivir en la *hamada*»? —Mario negó con la cabeza—. ¿No? Pues imagina su sentido: en esa *hamada* es donde crecimos mi hermano y yo. Sin conocer otra cosa. Hasta que fuimos adolescentes y comprendimos que el mantra que nos repetía mi madre —que éramos hijos de un meharista español y que un día regresaría y nos llevaría con él— eran locas alucinaciones. Y que, si no lo eran… ¿de qué nos servían en el erial donde malvivíamos? Su única ilusión era recibir contestación a

alguna de las cientos de cartas que escribía. Recuerdo que en la niñez nos hacía redactar frases que incluía en los escritos, con la vana esperanza de que así regresara a buscarnos. ¿Supones lo que eso representa en el cerebro de unas criaturas? No sólo nos abandonó, sino que de algún modo… nos sentíamos responsables de ello. Ahmed olvidó ese detalle, pero yo era más mayor y nunca pude; recuerdo los dibujos, con qué ilusión los coloreaba para él, pensando que cuanto mejores fueran, mayores probabilidades había de que volviera.

»Cuando cumplí diez años, mi madre se enteró de que *su meharista* —escupió la palabra con una mueca de desprecio— se había casado con una española. A pesar de la decepción, también de eso se repuso y con su optimismo inagotable consiguió la dirección de vuestro cortijo en Jaén; siguió escribiendo cada tres o cuatro semanas. Era insano. Le suplicaba que no importaba que no regresara a por ella, que lo entendía, pero que se llevara a sus hijos a España, aunque fuera a uno: al varón. A Ahmed. Que moriría si no lo hacía. Y… ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que sólo una vez obtuvo respuesta. Pobrecilla, no se lo creía cuando recibió el sobre en nuestra *daira* [35] de Tinduf. Alarmados por las expresiones de regocijo, todos nuestros vecinos se enteraron: mi padre existía, era real. ¡Nos contestaba! Una sensación indescriptible de júbilo me poseyó: «¡Papá! ¡Papá…! ¡Papá nos va a sacar de aquí y rescatarnos! ¡Nos vamos a España!», gritaba enfervorecida. ¿Te lo imaginas? Sin embargo, al abrir el sobre mi madre se derrumbó como un fardo. Dejó caer la carta de sus manos y se desvaneció. Durante días permaneció en silencio, catatónica, sin pronunciar palabra; yo estaba aterrada.

—No… no entiendo —dijo Mario confuso—. ¿Qué decía la carta?

Luzmila le miró con tristeza:

—Es sencillo: la misiva no era de tu padre, como habíamos pensado, era de tu madre, de doña Carmen Valcárcel San Emeterio. Así firmaba. Con su rimbombante y pretencioso nombre nos informaba de que mi padre no quería saber nada de nosotros, que nos repudiaba y que jamás os importunáramos de nuevo, pasara lo que pasara. Para completar la humillación, en el envoltorio venían tres mil dírhams envueltos en plástico: doscientos setenta euros al cambio actual. Con aquello debíamos conformarnos. Tu madre compraba nuestras vidas con una limosna a cambio de que nunca contactáramos con vosotros.

Mario se sobrecogió, cada frase era un puñal que se clavaba en lo profundo de su alma. Sentía el sabor salado de las lágrimas a punto de precipitarse por su rostro.

Apenas podía formular palabra:

—Yo… no sabía nada —respondió estremecido—. Lo siento de verás. ¿Cómo podía imaginar algo tan cruel?

—Lo sé —añadió Luzmila, compadecida de su sufrimiento—. No te preocupes, no es culpa tuya. Eras un niño en aquella época. Crecí odiándote a ti y a tu hermana, no te lo niego, pero hace años que me libré de ese rencor. Me consumía y ahora… —dijo frotándose la tripa con ternura— con mayor motivo —sorbió su té, aprovechando el alto para poner en orden sus pensamientos—. Respecto a tu madre…, su caso es distinto. A ella nunca la he perdonado. Ni nunca lo haré. Supongo que veía amenazada a su propia familia y reaccionó de manera mezquina e ignorante —lo miró fijamente— Pero eso no la justifica. Ni la exculpa. De hecho, ni siquiera creo que tu padre participara en aquello. La carta la firmaba únicamente ella y mi madre siempre pensó que él jamás nos hubiera tratado así; que tal vez no recibiera los sobres y su falta de respuesta se debía a que desconocía nuestra verdadera situación. Mi madre hubiera viajado a España para asegurarse, pero no tenía dinero ni contactos. Y, de haberlos tenido, en aquellos años de guerra resultaba imposible obtener un visado desde nuestra *wilaya* en Argelia. Al no poseer papeles que demostraran su relación marital, las autoridades fronterizas lo impedían.

—¿Y dejó de escribir?

—¡Claro que no! Pero no sirvió de nada: nunca hubo otra respuesta y con el paso de los años las cartas de súplica de mi madre se espaciaron. Con todo, hasta pocos meses antes de su muerte, las mandó, relatándole que se sentía apagar y continuaba pensando en él.

Mario estaba horrorizado:

—No sabes cuánto lo lamento. Mi madre y mi abuela Rosa estaban cargadas de prejuicios, aun así nunca hubiera esperado semejante vileza —abochornado, inclinó la cabeza—. Me alegro de haber venido. Espero que al menos te sirva de consuelo.

Luzmila lo contempló en silencio, absorta en sus pensamientos. Tantos años, tantas esperanzas rotas… Su madre, Zayna, había llenado su vida en las *wilayas*, volcándose en los demás, feliz hasta cierto punto; mas ella no perdonaría jamás el desencanto al que había sido sometida, abandonada incluso en su aliento final. Y, a pesar de ello, dibujando una sonrisa cuando salía de la jaima para dirigirse al hospital.

Después de aquel vaciamiento, la saharaui trató de recomponerse:

—Bueno, me he confesado contigo. Y te aseguro que no ha sido fácil. Ahora me toca a mí: ¿cómo era mi padre? Me gustaría escucharlo de tus labios. Lo he despreciado con todas mis fuerzas desde que entendí que no regresaría, mas debo ser tan infeliz como mi madre y mantengo la esperanza de que, pese a todo, no fuera consciente de nuestros lamentos. Con eso me conformo. Di: ¿crees que lo sabía?

Mario sintió una quemazón nerviosa en las manos. Él no había hecho ningún mal a aquella mujer, aunque escucharla hablar así de su padre

hacía que se sintiera avergonzado.

Quiso buscar forma de justificarlo:

—No sé contestarte. Yo nunca oí nada acerca de ninguna carta y, en conciencia, creo que él tampoco. No puedo asegurarlo y no dudes de que será lo primero que averigüe en cuanto regrese a España —pareció reflexionar acerca del modo de conseguirlo—: Es más, me comprometo a que seas tú misma quien hagas esa pregunta a mi madre. En persona. Yo te ayudaré. Y sobre él, sobre mi padre, después de tu relato no sé cómo responder. Supongo que los hijos nunca conocemos del todo a nuestros padres y que, en el fondo, ni siquiera nos interesa hacerlo: son nuestros gigantes de niños y nuestros enemigos en la adolescencia. Crecemos midiéndonos y comparándonos con ellos, aunque no sea de manera premeditada. Después, depende. En mi caso tuvimos buena relación, si bien al hacerme adulto percibía que la luz de sus ojos estaba apagada y que cuando nos reuníamos en cumpleaños o navidades guardaba un triste silencio, como una llama que se extingue con el paso de los años. A veces nos miraba, como si no entendiera qué hacía ahí ni quiénes éramos nosotros: ausente, apático... Ahora entiendo que se evadía, que en aquellos momentos que parecía obnubilado era porque estaba pensando en otro sitio, en otro lugar a este lado del Estrecho. En vosotros, Luzmila: en lo cobarde que había sido y que seguía siendo. Estoy seguro; se hallaba en un pozo de remordimientos, prisionero de una mezquindad a la que no sabía poner remedio.

»Ahora comprendo que la sombra de esa huida indigna y apresurada lo acompañó toda su vida, que nunca reunió el coraje necesario para enmendar su cobardía: eso lo consumió.

Luzmila lo miró afectada:

—Supongo, pero escuchándote suena romántico. No le hagas parecer una víctima. Eso no te lo consiento: no lo fue.

—Perdona, no era mi intención; tan solo quiero decir que pagó las consecuencias de sus propios actos.

—Sí —concedió—. No como nosotros, desde luego, aunque por lo que dices de algún modo también lo hizo.

Mientras ambos navegaban entre sus recuerdos, se produjo un largo silencio. Todavía ensimismado, Mario ladeó la cabeza y, de refilón, entornó la vista a su derecha. Ya se había percatado antes, y ahora lo percibió más claro: alguien los vigilaba. Llevado por un impulso, y para pasmo de Luzmila, se levantó, le dijo que esperara y se dirigió decidido hacia la esquina del local. Un hombre sentado en unos cojines de cuero disimulaba leyendo una gaceta local. Mario estaba convencido que no había dejado de observarlos y no estaba dispuesto a hacerse el despistado más tiempo. Si se trataba de algún tipo de espía, no destacaba por su discreción.

Se dirigió a él en francés:

—*Je peux vous aider?* ¿Puedo ayudarle…? No ha dejado de observarnos desde hace rato y me gustaría saber por qué. Levántese y acompáñeme a un lugar discreto; charlaremos en privado, sin organizar un escándalo.

El árabe lo contempló vacilante. Mario le sacaba una cabeza y parecía dispuesto a obligarle si no le seguía la corriente.

Luzmila, perpleja por su acción, se levantó y se acercó:

—¿Qué haces?, ¿estás loco? —le susurró al oído. Trataba de no llamar la atención—: Abdul es amigo mío. He sido yo quien le ha pedido que nos vigile. ¿O creías que vendría sola sin conocerte? Déjale en paz, disimula y vuelve a nuestra mesa. Nos están mirando.

—Por favor, *monsieur* —añadió el hombrecillo recuperándose—, haga como dice. Sé que usted no lo sabía, pero mi misión es cuidar de ambos. Confíe en mí.

Mario asintió con la cabeza y disimuló su turbación yendo a los aseos: se había dejado llevar por los nervios. Se refrescó la cara y regresó junto a Luzmila.

El lugar seguía tranquilo, aunque después del incidente el camarero no dejó de observarles:

—Mario, hemos de marcharnos —le urgió ella—. Has llamado la atención y este lugar no es seguro ya, por eso pedí a Abdul que me acompañara: creció conmigo en Tinduf y depositaría mi vida en sus manos. Desde que mi hermano Ahmed apareció muerto y contacté contigo a través de un amigo que trabaja en el servicio secreto argelino, me siguen. Y estoy segura de que el motivo es esto.

Luzmila atisbó con inquietud a un lado y otro. Discretamente, le pasó por un lateral la cartera de piel que descansaba a los pies de la mesa desde su llegada.

—¿Qué es? —preguntó él intrigado.

—Cuando lo abras, júzgalo tú mismo —dijo enigmática—. Son documentos, telegramas, anotaciones a mano, planos, copia de cartas confidenciales de esa época que por algún motivo nuestro padre guardaba en su casa de Souk Ejaj. Mi madre se los llevó cuando huyó de El Aaiún hacia Argelia. Siempre los he visto en nuestra jaima, en una caja, llenos de polvo. Nunca les dimos valor, hasta que hace un año Ahmed los examinó con más atención y comentó su existencia a un conocido de la DSS argelina. Desde los sucesos de la Primavera Árabe de 2010, se instalaron predicadores venidos de Pakistán y él rondaba las madrasas y los grupos *takfiri*, un movimiento islámico radical. Yo no estaba de acuerdo con esas amistades, pero no hacía mal a nadie y no le di importancia. Sea como sea, se obsesionó con esos papeles. Decía que contaban la verdadera realidad de lo que sucedió entre Marruecos y España y que, si salían a la luz, gente

importante caería. Afirmaba que además de la Operación Laissa hubo otros agentes en juego, desconocidos para el público. Opinaba que estos documentos aclararían todo.

—¿Laissa? —interrumpió Mario—. Recuerdo que mencionaste ese nombre la anterior ocasión. ¿Qué significa?

—Fue el nombre en clave con el que el Departamento de Estado americano denominó a la operación. En agosto del 75, tres meses antes de que miles de civiles invadieran vuestra frontera, su Embajada en Beirut mandó un mensaje dando luz verde a Rabat. Nadie más lo supo. Henry Kissinger, el todopoderoso Secretario de Estado americano durante los mandatos de Richard Nixon y Gerald Ford, estaba de gira por Asia y lo orquestó desde allí. No quería que la zona cayera bajo influencia comunista y no se detuvo ante ninguna consideración moral. El teletipo decía que *Laissa andará perfectamente dentro de dos meses. Él la ayudará en todo*. En su terminología —explicó— Laissa era la forma secreta de nombrar a la Marcha Verde, y *él* eran los propios servicios americanos.

—¿En serio?

—Sí. Incluso se dice que los detalles de la Marcha los diseñaron agentes de inteligencia norteamericanos desde un gabinete de estudios estratégicos situado en Londres y financiado por Kuwait.

—¿Tan lejos llegaron?

—Eso parece. Mientras la ONU y los diplomáticos españoles andaban entretenidos de aquí para allá, organizando un proceso de descolonización asumible para las partes, meses antes los estadounidenses y los marroquíes tenían todo pactado: nos engañaron.

—Vaya, lo desconocía.

—Con la desclasificación de papeles en los Estados Unidos la implicación de la CIA no es un secreto, parte del tablero de la Guerra Fría entre Oriente y Occidente. Kissinger era un personaje controvertido, se dice que estuvo implicado en muchos golpes de Estado en Latinoamérica en esa década. El resto del dossier… ya veremos. Contiene información de acuerdos secretos y testimonios que deben ser analizados. Mi hermano se obstinó con su contenido, lo comentaba a todo el mundo de forma imprudente, hasta que un día apareció su cadáver —su rostro se contrajo en una mueca de dolor—. Me dijeron que se había estrellado con su moto y que había fallecido en el acto. Pero yo sé que no es cierto. Siempre conducía de manera prudente, me burlaba de él por eso, y su desvencijado cacharro era incapaz de ir lo suficientemente rápido como para matarse en un accidente. Alguien tuvo que organizarlo. Por eso te he buscado: tú no podrías entrar en Argelia sin ser detectado por los agentes de la DSS y he venido yo a Marrakech; con tantos turistas aquí es fácil pasar desapercibido. La siguiente puedo ser yo. Y, si Ahmed estaba en lo

cierto, es una documentación demasiado valiosa para que caiga en malas manos. Creí que eras el indicado para custodiarla.

Mario la contempló con ansiedad: «¿americanos?, ¿documentación confidencial?» Quería ayudar a Luzmila, para eso había viajado. Después del comportamiento de su familia con ella se merecía eso y más; pero, a cada nuevo paso, parecían surgir interrogantes que complicaban la situación.

—Está bien —contestó después de sopesarlo—. Los llevaré a España y entregaré a alguien de confianza: no te prometo nada, pero sí que se estudiarán a fondo. Se analizará su contenido y si son reales.

Luzmila respiró aliviada:

—No sabes cuánto te lo agradezco —inquieta, echó una mirada a su alrededor. Desde el conato de pelea de Mario con Abdul no había conseguido relajarse—. Ahora es urgente irnos: yo saldré primero, luego tú. No es prudente volver a vernos en persona, al menos durante un tiempo. Cuando surjan novedades, contactaremos. Yo no puedo viajar a Europa sin visado, aunque tú sí puedes regresar. Habitualmente vivo en Argelia, a caballo entre Tinduf y Orán, pero tenemos simpatizantes de nuestra causa en Marrakech y suelo venir a la *Kasbah* para verlos. Son buena gente. Por eso te dije de vernos aquí: era menos peligroso. En la siguiente ocasión, si lo deseas, te conduciré a los campos de refugiados y entenderás a nuestro pueblo.

Mario no sabía qué tipo de relaciones podía mantener Luzmila con los simpatizantes marroquíes de su causa, pero no le pareció el momento de indagar. Se despidió de ella y, pese a las costumbres musulmanas, le dio un abrazo. Luzmila le correspondió: se trataba del primer gesto espontaneo de cariño de su hermanastro y no iba a desaprovecharlo. Era un buen comienzo. En las mesas contiguas los miraron con desaprobación, mas no le importó. Mario no quería adelantarle nada, si bien según narraba los tristes detalles de su biografía su cerebro había trazado un plan. Su historia merecía ser escuchada. No podía deshacer los errores de su padre, menos la incalificable y continuada conducta de su madre; pero, aunque fuera tarde, sí podía reunir a la familia que quedaba viva. Ni su madre ni su hermana le convencerían de lo contrario.

Luzmila se ajustó el *caftán* con el cinturón, se embozó su *hiyab* y salió del local. El español esperó en la mesa. Habían acordado que aguardara un par de minutos y se alejara en dirección contraria, con la cartera de documentos. Sin embargo, todo se torció. Según salía del local, el chirrido de unas ruedas lo alarmaron. Su instinto le alertó de que algo ocurría y vio un coche amarillo entrando a toda velocidad por el callejón, hasta frenar en la mismísima puerta del salón. Dos de los hombres que permanecían en la puerta acudieron raudos y forcejearon con Luzmila. Trataban de introducirla dentro mientras ella

se defendía con bravura, dando patadas y puñetazos al aire. Entonces, uno de ellos, que durante la lucha había mostrado el rostro unos segundos, harto de la resistencia, le propinó un aparatoso puñetazo en la nariz. Comenzó a sangrar y aquello fue suficiente para dejarla conmocionada y empujarla a la parte trasera del vehículo sin que nadie tuviera tiempo de reaccionar.

Mario se precipitó hacia el callejón. Quizá todavía pudiera detenerlos. Sin embargo, no tuvo ocasión: nada más poner un pie afuera del local un golpe a la altura de la nuca lo noqueó.

Se desmayó, no sin antes ver cómo el coche escapaba derrapando por el pasadizo.

***

Pasados un par de minutos, el impacto de un cubo de agua helada le sacudió el rostro. Sobre él se arremolinaban cinco marroquíes que, en su afán por ayudar, chillaban y hacían aspavientos. Apenas le dejaban respirar. Los apartó con el brazo y se incorporó trastabillante.

Todavía mareado, apoyó sus manos en la pared y miró en torno suyo. Ni rastro del coche. Luzmila y por supuesto la cartera habían desaparecido, y de su sien brotaba un reguero de sangre que descendía por la camisa hasta llegar a las perneras del pantalón. No estaba seguro de la gravedad del golpe, pero era aparatoso. Mientras, los marroquíes seguían vociferando. A través de los gestos parecían querer indicarle algo. No tenía tiempo, pronto llegaría la policía y si no quería verse obligado a dar embarazosas explicaciones debía abandonar el lugar.

Dentro, Abdul —el amigo de Luzmila— hablaba sofocado con el dueño de la tetería. También él parecía haber recibido un impacto.

Con un papel en la mano, se dirigió a él:

—Escuche, comandante —le espetó—. Ha de marcharse de la ciudad. ¡Ahora mismo! Nos tenían vigilados y la situación no puede ser más peligrosa, acaba de comprobarlo.

—¿Qué ha pasado? —respondió atolondrado.

—Después de forcejear con Luzmila hasta introducirla en el coche amarillo, otro de los hombres que esperaban en la puerta le ha golpeado en el cráneo —señaló una barra de metal tirada en el suelo—. La llevaba entre los pliegues de su chilaba, suerte ha tenido de salvar la vida. He corrido en su ayuda, pero otra persona en el callejón me ha golpeado a mí también. Como usted, he caído al suelo apenas con tiempo para verlos huir. ¡Malditos sean!: lo tenían todo calculado. Me temo que he fracasado en mi objetivo de protegerlos. Por fortuna, el dueño de este local es simpatizante de nuestra causa y ha anotado la matrícula. Tómela —le alargó un trozo de papel—. Quizá la policía de su país pueda rastrearla; nosotros lo intentaremos también. Salga

de Marrakech en el primer vuelo y hasta estar seguro en Madrid no hable con nadie de esto. ¡Con nadie! Si lo hace, estropeará más las cosas. Si encontramos a Luzmila… —se corrigió—: *cuando* encontremos a Luzmila, ella se pondrá en contacto.

—Gracias, Abdul. Haré lo que dices.

—¿Vive en la ciudad algún conocido que pueda recoger sus pertenencias? Es probable que los que se la han llevado a ella le estén esperando en el hotel. No se acerque: olvídese de su equipaje y vaya directo al aeropuerto de Menara. Hágame caso. Me gustaría ayudarle de otra forma, pero nosotros tampoco somos bien recibidos en este lugar. Solo podemos darle esto —dijo tendiéndole unas ropas que uno de los camareros sacaba del local—: póngaselas y límpiese un poco. Pasará más desapercibido.

Mario se colocó la chilaba. Disimulaba su aspecto occidental. A continuación enrolló la tela del turbante de su cabeza para comprimir la herida. El golpe le dolía, aunque no tenía tiempo de lamentarse. Palpó debajo de las ropas y descubrió con alivio que no había perdido su móvil: sin el número de sus contactos habría estado perdido.

Se despidió del saharaui con un sincero apretón de manos. Al hacerlo no pudo evitar pensar si él sería el padre del hijo que esperaba Luzmila, o simplemente se trataba de un amigo de la infancia. Quizá las dos cosas.

Todavía aturdido, regresó sobre sus pasos, tomó la Rue des Potiers y franqueó una gran puerta blanca que señalaba el comienzo del *suq* [36] Semmarin, llena de vendedores de tejidos. Era consciente de que podían atacarle de nuevo y, una vez en la maraña de tiendas, se ocultó entre los turistas. Con los amplios ropajes efectivamente pasaba inadvertido, aunque cada pocos pasos se giraba para cerciorarse de que no lo siguieran. Su corazón corría desbocado. Sin detenerse, escribió un rápido mensaje a Virginia:

> Han secuestrado a Luzmila. Te paso la marca, la matrícula del coche y la descripción de los hombres. Averigua lo que puedas y llámame tan pronto averigües algo. Es urgente: su vida peligra.

Continuó caminando. Una vez se aseguró de que el mensaje había salido, y a bastantes calles ya de distancia, llamó al número privado de Miguel Ángel Santamaría: rezó para que estuviera localizable y no en uno de esos fines de semana en que desaparecía para todo el mundo.

Afortunadamente, no era el caso:

—¿Mario?, ¿qué ocurre? ¿Dónde estás?

—Miguel Ángel, escucha —su voz sonaba fatigada y nerviosa. Hizo un rápido resumen—: estoy en Marrakech, al lado del alminar de la Kutubia, a cien metros de la Plaza Jamaâ. Me han golpeado, me han robado unos documentos y han raptado a mi hermanastra.

La respuesta del agregado sonó alarmada:

—¿Tu hermanastra? ¿*Marrakech*? ¿De qué documentos hablas?

—Te lo contaré en cuanto nos veamos. ¿Puedes enviar a alguien para que me ayude?

Su amigo saltó como un resorte:

—Joder, Mario. ¡Te dije que te estuvieras quietecito, te lo dije! Que lo más probable es que todo fuera una broma y que no te movieras de Madrid. Ya veo que no me has hecho ni puñetero caso y que te has metido solo en la boca del lobo.

—¿Una broma? ¡Esto no ha sido una broma! Además, no es momento de recriminaciones, te acabo de explicar que…

—¡Está bien, está bien! —cortó—. Mándame tu posición con el móvil y no te muevas de la explanada de la torre Kutubia. Lo antes posible irá un coche camuflado de la delegación con dos hombres de mi entera confianza. Deja de jugar a los héroes y haz lo que te indiquen. Ellos te protegerán. Y no hables con nadie esta vez. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, sí… gracias. Así lo haré. Y diles que se den prisa, por favor. Estoy perdiendo sangre.

---

31 Riad: residencia árabe tradicional que acoge huéspedes. Suele presentar un patio interior con fuentes y plantas.

32 Hiyab: velo que cubre la cabeza y el pecho que las mujeres musulmanas están obligadas a usar en presencia de varones adultos que no sean de su familia.

33 Caftán: prenda tradicional de algodón o seda abotonada por delante, con mangas y que llega hasta los tobillos. Se distingue de la chilaba en que esta incorpora capucha.

34 Aunque Luzmila lo denomina «exilio», *Nakba* significa «catástrofe». Cada catorce de noviembre (fecha del Acuerdo Tripartito entre España, Marruecos y Mauritania) el pueblo saharaui recuerda la ocupación de sus territorios.

35 Cada uno de los cuatro campamentos de refugiados de Tinduf es una *wilaya.* Están organizados en núcleos menores de población llamados *dairas*.

36 En las ciudades árabes, un *suq* es un mercado al aire libre.

SEXTA PARTE

Ciudad de El Aaiún
Capital del Sáhara Español
Año 1975

XI. Cuando ruge la Marabunta

Ciudad de El Aaiún (Sáhara Occidental)
Noviembre de 1975.

Los años transcurrieron en El Aaiún para Carlos y Zayna. El torrente de pasión de los primeros meses dio paso a un amor más confiado, más maduro; aquel reservado para los amantes que se abandonan el uno en el otro, de forma plena, ilimitada, sabedores de que únicamente juntos conciben el río de la vida.

—¿Me amas? —preguntó ella después una de las noches de pasión en que, agotada, descansaba su rostro en su pecho.

Los labios de él, trémulos, musitaron lo que ella imploraba oír: «*Nibuin igbala*», dijo en su lengua, «Te amo, te deseo...». A los pocos segundos, las palabras, necesitadas del refrendo de los actos, volvían a no ser suficientes y sus bocas recorrieron insaciables cada centímetro de sus cuerpos.

Zayna, acurrucada al lado, pasó sus brazos torneados alrededor de su cuello. Con sus párpados entrecerrándose después de la intensa sesión de placer, le besó suavemente hasta que su respiración se ralentizó. Finalmente, cayó dormida. Carlos la escudriñó unos minutos, observando su magnífica desnudez. Había luchado con uñas y dientes por estar a su lado, había cruzado medio Teneré por rescatarla del *frig* y desde entonces, fuera de sus viajes oficiales para rematar el censo, jamás se habían separado.

Lo tenía todo para ser feliz. Ambos lo tenían. Sin embargo, una sombra incómoda oprimía ocasionalmente su pecho, como en esa ocasión. Del mismo modo que si un velo invisible se levantara entre ellos y su alma presintiera que un acontecimiento inesperado amenazaba su dicha.

Alejó de su mente esos funestos pensamientos y, con una mueca de sosiego, también él cayó rendido por el sopor.

Luzmila, su primogénita, había nacido cinco años atrás. Vivaracha, realizaba sus correrías infantiles por las calles de El Aaiún. A su lado, otros tunantes tan alegres y despreocupados como ella le servían de compañeros de pillerías. Extremadamente guapa, sus ojos azules —acristalados como el cielo del desierto que la había visto nacer—, llamaban la atención de los que la rodeaban. «¡Mira, mira: es la mestiza Erguibat, la hija del cristiano y la saharaui!», decían al verla pasear de la mano de su madre. Esta sabía que no todos los comentarios acerca de su origen eran agradables, si bien trataba de ignorar los mensajes racistas y quedarse con las muestras de cariño.

Cuando se mudaron desde Villa Cisneros, se instalaron en el barrio de Souk Ejaj. Podían haber vivido en la residencia de oficiales, pero así Zayna se sentía cerca de los suyos y a Carlos no le resultaba incómodo. La barriada se conocía como «el mercado de cristal», debido a que las tiendas disponían de vitrinas en sus escaparates, una novedad en aquellas tierras. Como ocurría en otros, como el de Colominas, el enclave estaba conformado por pequeñas casas, algunas, como la suya, hasta con patio trasero. Disponían de agua corriente, todo un lujo, pero no era potable y el agua para consumo la facilitaba un comerciante que la vendía por garrafas de veinticinco litros. A peseta el litro, Madani Uld Said, un avispado aguador de la tribu Arosien, la transportaba desde el pozo de Farachi en aljibes cisterna para distribuirla casa por casa.

Sus dos mejores amigas se llamaban Rosita y Mari Carmen Luzón. Eran hijas de Valeria Luzón —una canaria que regentaba la pensión Los Ángeles, al otro lado de la calle— y la pequeña Luzmila pasaba las horas saltando a la comba, cantando canciones infantiles o con cualquier otro juego en el patio de casa. Además de con sus dos amigas, era feliz jugando con el resto de niños: musulmanes o cristianos, entre ellos no existían diferencias.

Al año siguiente empezaría a asistir al Grupo Escolar y Luzmila sugirió que, además de a las clases en el colegio español, asistiera a la escuela coránica. En realidad, no se trataba de una escuela en su sentido moderno, sino de una jaima en la que un *alfaquí*[37] enseñaba el Corán a niños árabes.

El padre Rafael Álvarez, párroco de una de las cuatro iglesias de la Prefectura Apostólica en El Aaiún, torció el gesto cuando Carlos le consultó su problema:

—No puedo estar de acuerdo, capitán —contestó el clérigo—. Respeto el diálogo entre religiones, aquí no puede ser de otro modo, pero mi obligación es predicar nuestra fe. Usted es católico; no debe dejar la educación de su hija exclusivamente en manos de la madre. Debe tomar una decisión. Y hacerlo pronto.

El capitán entendía lo anómalo de la situación, si bien Zayna no quería renunciar a sus dogmas y logró convencerlo. A cambio, acordaron que recibiría catequesis a manos del oblato. A pesar de su origen dispar en aquellos años habían sabido conllevar las diferencias culturales, aunque, desde que nació, la educación de Luzmila les generaba roces. Al no estar formalmente casados no podían bautizarla y Carlos sabía que los comentarios negativos corrían como la pólvora entre la comunidad española. Algo parecido pasaba entre los adultos musulmanes.

Por lo demás, Zayna veía corretear a su hija, y aunque sobrellevaba los problemas y era feliz junto a su pareja, un trasfondo de amargura

la asaltaba en ocasiones: echaba de menos a su familia, a los miembros de su *cabila* e incluso al cadí. Desde que escapó del campamento y fue al encuentro del español no había vuelto a ver a sus padres, únicamente mantenía contactos esporádicos con su hermanastro Ahmed. Este, después de licenciarse en la ATN, había probado suerte trabajando en la empresa de fosfatos de Bucraa. No había encajado, y al cabo de cinco meses fue despedido por actitud subversiva: se erigió portavoz de los nativos y le descubrieron repartiendo octavillas en la fábrica contra la ocupación española. Lo echaron sin contemplaciones. Ahora vivía en campamentos itinerantes cerca de la frontera con Argelia. Desde allí cruzaba a uno y otro lado, y cada vez que iba a visitarla se aseguraba de que el español no estuviera presente. Vehemente, al principio no cejaba en que regresara a la cabila. No obstante, desde el nacimiento de la Luzmila pareció resignarse y su insistencia había disminuido.

Sus llegadas y salidas nunca eran anunciadas, se producían por sorpresa, entre los muros de la casa y a resguardo de miradas curiosas. Solía venir acompañado de un par de hombres, que permanecían vigilando el exterior. Actuaba igual que un fugitivo y parecía esconder secretos; y aunque Zayna preguntaba, él nunca daba detalles acerca de dónde vivía ni a qué se dedicaba. El fuego de sus ojos desaconsejaba insistir en ello. En la colonia circulaban panfletos en español y árabe, y su hermanastra sospechaba —acertadamente— que Ahmed era pieza clave de su difusión. Unos contenían referencias religiosas o llamadas a la unidad contra España o Marruecos, pero otros iban más lejos y citaban el nombre de saharauis al servicio de Tropas Nómadas o trabajadores de empresas que *colaboraban* con los invasores. A ella, ese ensañamiento no le gustaba. Su carácter se había agriado y el que antaño fuera un solícito y entregado *mocademin* ahora destilaba un odio irracional hacia lo extranjero. Consecuencia de aquello, jamás quería ver al que antes fuera su jefe y amigo, y su rostro se crispaba en una mueca de resentimiento cada vez que Zayna lo sugería. A ella nada le habría hecho más feliz, aunque presentía que si se encontraban de nuevo, sucedería algo irreparable.

—Por favor, Ahmed —suplicaba—: Haz un esfuerzo. Antes lo erais todo el uno por el otro. ¿Recuerdas lo que decías cuando tú, Mahdi u otro de los nativos os afanabais para dormir a su lado mientras nomadeabais para protegerle mejor del peligro? Tú mismo me lo contabas. ¿Qué ha cambiado?, ¿por qué no podéis entenderos?

Él la miraba de forma hostil, efectuaba una mueca airada para que callara y hablaba de otra cosa.

Dejando eso, ¿qué decir? No se arrepentía de su decisión, si bien las cosas resultaban más difíciles de lo que su inocencia le dictó en un principio. Había sentido desconcierto cuando, aprovechando una

salida de su padre, huyó del campamento y llegó a Villa Cisneros para luego no encontrar a Carlos, era cierto, pero después el amor empañó todo con su mágico manto y compensó cualquier sacrificio. Su vida, a medio camino entre las costumbres saharauis y las europeas, era diferente a la de su infancia en el *frig*, para qué negarlo, mas trataba de sobrellevarlo con naturalidad. La escapada junto a su primo Jalil, que la ayudó a llegar hasta la ciudad; la decepción al saber que había sido destinado al norte; las semanas de zozobra en el campamento de los Ulad Delim, a las afueras de Villa Cisneros; y, después, el reencuentro definitivo y las noches de pasión en que reconocían sus cuerpos vírgenes por vez primera. Todo fue un regalo insospechado de Allah, *El que todo lo observa*, que en su magnificencia quiso juntarla con aquel *nassarini,* como le llamaba Ahmed.

A los pocos meses de convivir, la sangre se le retiró. Su contorno empezó a abultarse y comprendió que llevaba en su seno el fruto del andaluz. Fue entonces cuando pensaron que en la capital no los escrutarían con ojos acusadores a cada paso y decidieron trasladarse desde Villa Cisneros a El Aaiún. El gobierno ofrecía facilidades para que los nómadas saharauis se sedentarizaran, facilitando parcelas donde construir casas, y convenció a sus dos primas mayores —Lamya y Nahid— para que se instalaran con sus maridos en la ciudad. Aquel contacto palió la ausencia de sus padres.

Cuando se reencontraron después de largo tiempo, tras abalanzarse sobre sus brazos, su prima Lamya se mofó de ella:

—¡Estás flaca como un palo de *talha*! —dijo dichosa por el reencuentro—. ¿Acaso os falta el dinero?

En África, y el Sáhara no era una excepción, un peso elevado era símbolo de fertilidad y prosperidad, por lo que con esa frase le dirigía una cariñosa burla, como si de veras pasara estrecheces. No era así. Ambas sabían que en los pueblos apartados aún se cebaba a las jovencitas de su edad con grasienta leche de camella para resultar más atractivas a los ojos del varón y aumentar la dote, aunque la verdad resultaba más sencilla: a Zayna le gustaba vestir al estilo occidental y después de su embarazo quería recuperar la talla, como hacían las europeas. De algún modo, sin renunciar a sus raíces, buscaba aparentar ser una española; como esas que contemplaba en el casino y los bailes de oficiales a los que, para escándalo de algunos, quisieron asistir.

Precisamente, al poco de nacer Zayna, Carlos anunció que irían a la fiesta organizada para celebrar el cumpleaños del Gobernador General. Acababa de terminar la celebración más importante del calendario islámico, el *Aid El Quebir* —la Pascua musulmana—, y para tener contentos a los *chiuj* y a los nobles saharauis el gobierno invitó a ochenta de ellos a peregrinar a los lugares sagrados de La Meca. Fue

algo muy celebrado. Zayna quiso cumplir con la obligación de todo creyente de comprar y matar un cordero para recordar el sacrificio de Abraham, y aquello dio lugar a un nuevo desencuentro.

Ese sábado por la tarde, acudieron al casino de la Avenida del Ejército, la arteria principal de la ciudad. Su entrada estaba restringida a jefes y oficiales de los tres ejércitos, así como a funcionarios civiles con nivel equiparable al de oficial, y era la primera vez que iban.

Luzmila estaba radiante. Se había comprado un traje de vistosos colores y su tez irradiaba alegría y dulzura. También Carlos, aunque nervioso por presentarla en sociedad, se sentía ufano. Sin embargo, tan pronto como subieron al primer piso a disfrutar del conjunto musical que amenizaba el ambiente, percibieron miradas de rechazo. No lo esperaban y sus ilusiones se vinieron abajo.

Por si fuera poco, el teniente Salzillo, su viejo enemigo de la base de la ATN, en Villa Cisneros, estaba de permiso y había acudido al cumpleaños del general De Santiago. Al verlos, no dudó en acercarse. Lo acompañaban otros dos oficiales. Parecían borrachos:

—¡Felicidades, capitán! —dijo a gritos. Apestaba a alcohol—. Me enteré de su traslado y de que ha tenido una *niña musulmana*. Joder, ¡se dice que ni la ha bautizado! —Hizo una pausa, esperando su reacción. Envalentonado por la falta de respuesta, aumentó la bravata —: Al menos, esperemos que la hija herede el cuerpo de la madre: eso le garantizará el sustento —y dirigió una mueca obscena a Zayna acompañada de las risas burlonas de los otros.

Carlos crispó el rostro. Al fondo, la música seguía sonando. Apretó los puños ante tamaña provocación y lo miró con cara de pocos amigos.

A su alrededor, varias personas seguían la discusión sin decidirse a tomar parte:

—Váyase, Salzillo —a duras penas, trató de controlarse—. Los tres han tomado champagne de más y no quiero problemas. Déjennos disfrutar de la fiesta. No se lo volveré a decir.

Pero el teniente, que le guardaba evidente rencor, tenía ganas de pelea:

—¿Dejarle? ¿Por qué? ¿Es que no le importa lo que pensemos sus compañeros? ¿O se siente tan atraído por los árabes que prefiere su compañía a la nuestra? ¡En ese caso quizá sea usted y su *acompañante* quienes deban marcharse!

Antes de que Carlos pudiera contestar y la cosa pasara a mayores, el teniente coronel Antonio Campos, de la base de Villa Cisneros, que también estaba en el baile, se dio cuenta de lo que sucedía y se acercó para mediar en la trifulca:

—¡Salzillo!, el capitán De Las Heras tiene razón. Ha bebido de más.

Deje de importunarle. ¿Esa es la educación de un oficial español? Retráctense ante la señora y márchense de aquí.

Farfullando unas palabras de disculpa que sonaron a falsas, el teniente de Nómadas se alejó acompañado de los otros. Antes, dirigió a Carlos una mirada retadora. Y aunque la noche transcurrió sin nuevos contratiempos sirvió para amargarles la celebración y hacer comprender a Carlos que los prejuicios seguían presentes. Por primera vez cavilaba que quizá tuviera que elegir entre su familia y su carrera, y que si en el propio Aaiún las cosas se veían de ese modo en la península sería peor.

Zayna apenas volvió a hablar en toda la noche y en cuanto vieron oportunidad se ausentaron sin despedirse. En el camino de vuelta ambos no podían ocultar la decepción y Zayna derramó lágrimas por primera vez en mucho tiempo.

Nunca más acudieron a una celebración del casino.

Dejar su vida trashumante, y sufrir episodios como aquel, supuso que a Zayna le costara adaptarse. Sin embargo, se jugaba mucho y no iba a permitir que su relación fracasase por las actitudes de unos pocos. Era inteligente, decidida y estaba dispuesta a luchar y vencer las dificultades. Redobló sus esfuerzos para integrarse: se entretenía aprendiendo recetas europeas, intercambiaba con sus primas noticias de su familia y su rudimentario castellano mejoró escuchando Radio Sáhara. Algunas estrofas seguía sin entenderlas, pero le fascinaban la música y las melodías que descubría. Por supuesto, seguía sintiéndose musulmana, en eso no hubo discusión, y se cuidaba de no cocinar ningún alimento con cerdo ni probar el vino o comida que no fuera *halal* [38]. Ayudaba a sus primas a traducir frases y cuando llegaron les enseñó las costumbres de la ciudad, desconocidas hasta hacía poco también para ella. Había aprendido palabras nuevas, que no existían en su lengua por el mero hecho de que no tenían utilidad allí de donde venía: vocablos como cepillo, enchufe o cuchara que pronunciaba con un sonido acústico hassanizado, omitiendo o aspirando algunas vocales que hacía que sonaran distinto. A los dos meses del incidente en el casino, empezó a asistir a unas clases de primeros auxilios que se organizaron en el hospital de El Aaiún: le gustaba el contacto con los más desfavorecidos y acariciaba la idea de estudiar enfermería.

Aparte de la compañía de la radio, el cine se convirtió en una forma de escape. Disfrutaba salir de la mano con Carlos, con su elegante uniforme de paseo, y pasar las tardes del domingo viendo una, dos o tres sesiones seguidas del cine Las Dunas. Luzmila solía quedarse al cuidado de Valeria, correteando arriba y abajo por la pensión de la canaria haciendo las delicias de los clientes. Al igual que el cine Lumen —este en Villa Cisneros—, el concurrido teatro llevaba en

marcha desde finales de los cincuenta y las películas despertaban una emoción desatada. En su caso, soñaba con ser como una de sus bellas protagonistas, a modo de la icónica Audrey Hepburn en *Historia de una monja* —una de sus películas favoritas—, en la que la actriz belga se convertía en sanitaria para ayudar a los demás. Desde 1972, a los dos años instalarse, se prohibió salir del cinema antes de que finalizaran las proyecciones para evitar los atentados con bomba, pero, a pesar de jugarse la vida, no renunciaban a la cita frente a la pantalla. En el caso de las mujeres, las familias musulmanas lo censuraban por pecaminoso y de manera cada vez más frecuente percibía miradas incómodas; ya no eran solo los fanáticos, los prejuicios se extendían entre toda la población. Antes habían tenido que abandonar Villa Cisneros por un motivo similar: ¿deberían abandonar ahora El Aaiún? Y, si así fuera, ¿adónde irían…?

Zayna sufría, especialmente cuando los comentarios se referían al aspecto mulato de su hija. Carlos no lo exteriorizaba, si bien los menosprecios calaban igualmente en él: poco a poco, y de manera injusta —como si tuviera culpa alguna— empezó a mostrarse menos comunicativo con ella.

***

Después de un año prestando servicios administrativos en la Plana Mayor de la Agrupación en El Aaiún, el español obtuvo una vacante en el Gobierno General. Cuando el coronel Llorente —alentado por sus padres, que desde que se enteraron apenas se comunicaban con él— supo que había vuelto a emparejarse con Zayna, se enfadó considerablemente. Era un buen hombre, aunque tampoco él escapaba a los convencionalismos y convivir en el Sáhara sin estar casados era algo francamente irregular. Sin embargo, la situación política no permitía lujos, dejó de lado su trasnochada moralidad y pasado un tiempo lo incorporó a su equipo de confianza. Su pensamiento pragmático le impulsó a ello: contar con un oficial que no solo conocía la forma de pensar de los saharauis, sino que estaba emparejado con uno, era extremadamente útil en esos momentos. No obstante, cauto por naturaleza, encomendó a un persona de confianza del SIBE [39] que vigilara sus movimientos.

Como parte de sus nuevas funciones, a Carlos se le encargó una tarea que le encajaba como anillo al dedo: actualizar el censo de la población y las tribus de la provincia. Los anteriores recuentos se habían centrado en los sectores sedentarizados, que en esos años de buenos pastos y lluvias habían sido minoritarios, y por tanto eran incompletos.

El jienense puso manos a la obra. Recuperó para el recuento a los nómadas a través de un método que ideó con la ayuda de Zayna:

seleccionó a estudiantes saharauis de bachillerato como agentes censales. Aconsejado por su mujer, elaboró un formulario en el que se tenía en cuenta las cabilas y el resto de estructuras tradicionales que ella bien conocía. Así, para que, por ejemplo, el encuestado no obviara el número de esclavos domésticos, frecuentes en las poblaciones del Sahel, creó un epígrafe al que llamó «hijos adoptivos» o «parientes pobres». A través de ese ingenioso método tenían menos reparos en reconocer que estaban a su servicio.

La fase práctica del recuento se hizo utilizando vehículos todo terreno y un helicóptero, al que le encargó realizar un estudio previo del terreno y localizar las jaimas de los nómadas. Una vez hecho, su trabajo consistía en visitar los *frigs* y certificar la identidad de los beneficiarios a los que se expedía el documento de identidad. Era idéntico al que se utilizaba en el resto de España desde 1944, con la única peculiaridad de una franja roja y caracteres arábigos. Era una labor ímproba por el carácter itinerante de la población, que consumía mucho tiempo, pero necesaria de cara a la independencia futura del territorio. Con esfuerzo y paciencia llegaron a inscribir a treinta y dos mil nómadas.

Todo había cambiado desde que llegara en 1965 en aquel desvencijado Junker, y en sus viajes no dejaba de cavilar al respecto. En escasos años la situación había dado un vuelco tremendo y observaba con preocupación que la juventud saharaui, más politizada con el paso del tiempo, escuchaba cada vez menos a los *chiuj* y a los notables: querían romper con el pasado.

La aspiración a la independencia ganaba terreno cada día, en particular en El Aaiún, Villa Cisneros y Smara, y hasta las mujeres veían en el nacionalismo una vía para mejorar su situación.

Tras la desaparición de Bassiri, los ánimos se tranquilizaron un breve periodo. Pero fue un espejismo, y las ansias de emancipación se reavivaron con fuerza. En mayo de 1973 se formó un grupo que se denominó Frente Popular por la Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro —más conocido por Frente Polisario o, sencillamente, «Polisario»— y a los pocos días de su constitución, bajo el lema «¡Con el fusil conquistaremos la libertad!», una partida guerrillera dirigida por su primer secretario general, Brahim Ghali, atacó el puesto de policía de Janguet Quesat, a cinco kilómetros de la frontera con Marruecos.

A partir de ese momento, muchos de sus conocidos saharauis desertaron de la ATN y se unieron al Polisario, dando comienzo a una guerra de guerrillas. A diferencia del MVLS de Bassiri, sus reivindicaciones no eran ya pacíficas y a lo largo de los dos años siguientes los muertos en atentado ascendieron a una decena. La situación era grave. Las relaciones en la provincia africana se tornaron

virulentas y explotó definitivamente en mayo de 1975, cuando soldados nativos se rebelaron en el interior del territorio; aprovechando la sorpresa y el desequilibrio de fuerzas —ocho peninsulares frente a veintiséis nativos por unidad—, tomaron prisioneros a sus compañeros españoles de las patrullas Pedro y Domingo, en los alrededores de Amgala. Murió un soldado, Ángel del Moral, y quince españoles fueron secuestrados, aunque puestos en libertad en septiembre en la Embajada de España en Argel. Todos relataron malos tratos físicos y psicológicos, entre ellos el terror de enfrentarse con los ojos vendados a simulaciones de fusilamiento y tener que esconderse en pozos excavados en el desierto para evitar ser localizados por la aviación.

Aquello supuso un antes y un después: ¡eran sus mismos compañeros, instruidos en su misma disciplina! ¿Cómo podían? Se trataba de soldados con los que compartían a diario el pan, el té y las peripecias del desierto y que habían jurado obedecer y respetar a sus jefes. Eso hizo que la desconfianza hacia los nativos que servían en las unidades del ejército y la Policía Territorial se extendiera y el Gobernador General, Fernando de Santiago, reaccionó con contundencia: todos los sospechosos fueron desarmados y licenciados. Como cabía esperar, la mayoría se integró en el Frente Polisario, convirtiéndose en un enemigo aún más peligroso. Poco a poco la escalada de violencia aumentó y, además de las bombas, en octubre un comando saharaui de siete hombres saboteó las instalaciones de la fábrica de fosfatos de Fos Bucraa. Las pérdidas fueron millonarias y la fábrica, que llevaba trabajo y riqueza a toda la provincia, quedó inutilizada.

Para Carlos, enamorado del desierto y de las costumbres bereberes, fue un completo desengaño descubrir que había nativos que atentaban contra ellos. Más con la presencia de Zayna a su lado. Ahora trabajaba en el Gobierno General y podía comprender el deseo de independencia, pero nunca el acoso y los asesinatos. En su familia se daba el caso de Ahmed, que visitaba a su mujer en secreto. Le hubiera gustado retomar el contacto y disfrutar de su compañía cuando visitaba de forma clandestina a la niña, si bien sus posiciones enfrentadas convertían esa posibilidad en una quimera.

A veces, tampoco compartía la falta de neutralidad de su mujer ante los atentados y una noche sus vecinos se sorprendieron al escuchar voces provenientes de la casa:

—¿Cómo puedes defenderlos? ¡Son asesinos!

—No los defiendo —se justificó Zayna—. Solo he dicho que todos tenemos derecho a ocupar la tierra de nuestros antepasados. Nada más. La juventud se ha cansado de promesas: el Teneré estaba aquí antes de vuestra llegada y permanecerá en el mismo lugar tras vuestra marcha. Él está por encima de nosotros, de todos nosotros.

Carlos la miró sin saber contestar. ¿Si su propia pareja pensaba así, como no harían el resto? Comenzaba a gestarse una tragedia, no solo en el Sáhara, también en su reducida familia, y sufría por anticipado.

El régimen alauita no permaneció de brazos cruzados. Al contrario, el rey Hassan II había sobrevivido milagrosamente a dos violentos intentos de golpe de Estado, uno de ellos cuando seis cazas de su ejército quisieron derribar en pleno vuelo el Boeing 727 en el que viajaba, y vio en el Sáhara una oportunidad para reagrupar a su pueblo en torno a él y reforzarse en el trono. Con un Almirante Carrero Blanco —principal valedor de no renunciar al Sáhara— asesinado salvajemente en un atentado, y un Francisco Franco cada vez más enfermo, aprovechó la debilidad de los españoles y elevó el tono de sus pretensiones ante la ONU.

En mayo de 1974, con el beneplácito de Francia y Estados Unidos, Hassan había dado un paso definitivo posicionando a sus mejores tropas en Tarfaya, en la frontera del Sáhara. Para ello destinó a los soldados y el equipamiento que acababan de combatir a los israelíes en el Sinaí y los Altos del Golán [40]. Se trataba de unidades experimentadas, con material moderno, que hicieron escalar la tensión. Y no solo eso. Los marroquíes fueron más osados e invitaron a los saharauis de las distintas tribus a alistarse en las Fuerzas Armadas del Reino de Marruecos, las FAR. Para ello lanzaron una campaña publicitaria en la que se les prometió una recompensa en metálico y un ascenso automático sobre el grado que tuvieran en el ejército español. De esa forma, premiando a los desertores, desmoralizaban al resto de nativos que todavía servían en la ATN o la Policía Territorial. La estrategia cosechó sus frutos y el movimiento en la frontera se acompañó de compras de material bélico a Estados Unidos, Francia e Italia: Marruecos se preparaba para la batalla. Su estrategia era clara y al agresivo despliegue se le sumó una campaña diplomática ante numerosos países, reclamando como suyo el territorio sahariano.

La suerte estaba echada. España, en medio de una endiablada partida de ajedrez que no podía ganar, se veía forzada a combatir contra el Polisario y, al tiempo, contra la decidida y más mortífera ofensiva marroquí. Y todo en medio de una crisis política y social por saber qué sucedería tras la muerte de Franco.

La tensión era máxima y la guerra semejaba inminente.

¿Qué pasaría?

***

El 16 de octubre de 1975 el Tribunal de Justicia de La Haya estableció por unanimidad que, en el momento de su colonización, el territorio del Sáhara Occidental no era *terra nullius* [41]. Eso daba la razón a España y a la propia ONU, negándose lazos de soberanía o

cosoberanía entre dicho territorio y el reino de Marruecos; se explicaba que había tribus que rendían pleitesía al sultán, sí, pero solo por motivos religiosos. Lo determinante era que no quedaba probado que el reino alauí hubiera actuado nunca bajo la forma de Estado, y menos que hubiera ejercido derechos jurídicos.

Por unas horas, en el Gobierno General de El Aaiún respiraron aliviados: el propio pueblo saharaui podría decidir su futuro.

Sin embargo, el respiro duró poco. Esa misma tarde el gobierno alauí volvió a cambiar el paso al Estado español. Con el objetivo de adelantarse a los acontecimientos, Hassan se dirigió de urgencia a su nación para realizar su personal interpretación de la sentencia: de ahí la rapidez. En un discurso televisado afirmó vehemente que el Tribunal les había concedido la razón. Y no solo eso, sino que él mismo encabezaría una marcha para ocupar el territorio que la Corte Internacional reconocía como suyo.

El monarca no dejó dudas acerca de sus intenciones: «La manifestación se dirigirá de norte a sur. Mañana quedarán abiertas las oficinas de inscripción para participar, en la que yo soy el primer voluntario. Si nos encontramos en nuestro camino otras fuerzas que no sean españolas —afirmó— recurriremos a la autodefensa, pero si nos encontramos con españoles, ¡les saludaremos y les dejaremos disparar sobre nosotros si así lo desean!».

En el Palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, al lado de la Plaza Mayor de Madrid, no daban crédito, especialmente al conocer que Arabia Saudí, Jordania, Qatar, Omán, Emiratos Árabes, Sudán y Líbano participarían también. Las carreras se sucedían por los pasillos de mármol mientras se devoraba el comunicado oficial alauí, que obviaba párrafos enteros de la sentencia de La Haya. En él se explicaba que la comitiva la formarían todos los civiles que quisieran acudir y que las FAR la acompañaría para protegerla de *actos hostiles*. En atención al color que en el mundo musulmán simboliza la paz y la buena voluntad, se llamaría «Marcha Verde».

Los diplomáticos, aunque tarde, comprendieron que semejante campaña no se había improvisado. Con la ayuda de otros países, el ardid llevaba semanas planificándose: habían sido engañados.

Como prometió su rey, durante doce días —hasta el tres de noviembre de 1975— miles de participantes fueron trasladados desde diversos rincones del reino. Nadie sabía en qué podía desencadenar aquello y las conversaciones entre Madrid y Rabat se multiplicaron con vistas a evitar que se fuera de las manos. Pero ni los contactos políticos ni los llamamientos de las Naciones Unidas a la moderación consiguieron modificar la postura del monarca marroquí de lanzar a sus súbditos contra España.

La tensión era muy elevada y el dos de noviembre, a bordo de un Mystere escoltado por dos cazas, el príncipe Juan Carlos visitó inesperadamente El Aaiún. Su objetivo era indudable: contrarrestar el fuerte malestar en el ejército. Aterrizó con traje militar y, por vez primera, en calidad de Jefe del Estado en funciones. Acompañado por el Ministro del Ejército, teniente general Francisco Coloma, y el jefe del Alto Estado Mayor, teniente general Fernández Vallespín, durante parte de la mañana recorrió el Estado Mayor del Sector, el acuartelamiento del Tercer Tercio y participó en el acto de honor a los muertos de la Legión.

A eso de la una, se reunió con doscientos oficiales y suboficiales del ejército en el casino militar, el mismo en el que Carlos quiso introducir a Zayna en sociedad sin conseguirlo. El lugar estaba atestado. Incluso se veían numerosos notables de la Yemáa, que fueron a agasajarle. Algunos iban acompañados de sus esclavos, lo que provocó tensión entre la comitiva llegada de Madrid que, al parecer, ignoraba que la esclavitud seguía permitida en esas tierras.

El príncipe se dirigió a los expectantes oficiales. Había hecho el viaje para confraternizar y no pensaba decepcionarles: «¡Os garantizo que España mantendrá sus compromisos como potencia descolonizadora! ¡Que haremos cuanto sea necesario para que conservéis intacto vuestro prestigio y honor! He venido a saludaros, a pasar unas horas con vosotros. Estad seguros de que protegeremos los derechos de la población civil saharaui: ¡nuestra misión en el mundo y nuestra Historia nos lo exigen!»

Al acabar, muchos se arremolinaron en torno suyo para estrecharle la mano, pero no pocos rostros reflejaron escepticismo ante la referencia a los derechos del pueblo saharaui. Sabían que, tres días antes —el treinta de octubre —, unidades marroquíes habían cruzado la frontera y llegado hasta Farsía, Hausa y Echedería, dentro de territorio español, sin toparse con resistencia. Solo patrullas del Frente Polisario intentaron detenerlos, mientras que los destacamentos españoles recibieron instrucciones de retirarse y mirar a otro lado: los hechos desmontaban las buenas palabras que emanaban de boca de don Juan Carlos. Allí dentro, en el casino, todos conocían los sucesos; agradecían y valoraban la visita, desde luego, pero no dejaban de pensar a qué jugaba España.

Por la tarde, tras una reunión reservada en exclusiva con los altos mandos, en la que intercambió unos últimos mensajes, el futuro rey regresó a Madrid. Al ascender las escalerillas del Mystere sonrió satisfecho: su misión estaba cumplida.

Dos días después se decretó el toque de queda. Nadie podía entrar ni salir sin permiso y la ciudad se convirtió en lo más parecido a un campo de prisioneros. Se prohibió la venta de gasolina y se procedió a

la licencia y recogida de armas, tanto de los nativos de Tropas Nómadas como de la Policía Territorial. El perímetro se rodeó por alambradas —en particular en los barrios musulmanes de Hatarralambra, La Paz y Colominas, donde podían presentarse problemas— y patrullas fuertemente armadas custodiaban las esquinas con los cargadores listos. En los cruces, se instalaron nidos pesados de ametralladoras y columnas de blindados patrullaban la ciudad, dañando el asfalto con sus orugas metálicas. Nada quedó a la improvisación.

Los saharauis eran interrogados, cacheados cada pocos pasos sin motivo aparente. En medio de la tensión del momento, la propia Zayna fue detenida por no portar su documentación cuando iba al mercado, acompañada de Luzmila y una de sus primas.

Carlos tuvo que pasar el oprobio de ir a la comandancia para identificarlas en persona:

—¿Su esposa, mi capitán? No entiendo.

—¿El qué no entiendes, que sea la esposa de un oficial o que sea saharaui? —Estaba cansando de la belicosidad de las últimas semanas, avergonzado de cómo se trataba a la población indefensa y no se veía con paciencia de dar explicaciones a semejante *gorrión*. Su voz sonaba iracunda—: ¿Tan raro te parece?

El recluta, llegado escasos meses antes a la ciudad, dirigió una mirada medrosa al sargento de guardia, esperando instrucciones. Este miró alternativamente a las mujeres y después a él con un rictus desaprobación:

—Disculpe nuestro error, mi capitán. Entienda que cumplimos órdenes.

Su respuesta no sonó convincente. Tras eso, hizo un gesto ausente para que las dejaran marchar.

Carlos salió de la mano con Zayna y su hija, sin molestarse en despedirse.

Casos como aquel resultaban constantes y cualquier grupo de tres o más personas se disolvía sin contemplaciones. Los nervios estaban a flor de piel e incluso la bulliciosa actividad nocturna del cabaret El Oasis, símbolo de las noches del Sáhara y lugar de encuentro de legionarios, traficantes, periodistas y todo tipo de buscavidas, se apagó para siempre. Para muchos, fue la demostración de que todo se desmoronaba. Mientras, en Madrid, la obsesión de Arias Navarro —presidente del gobierno tras la interinidad de Torcuato Fernández-Miranda— era deshacerse de aquel trozo perdido de tierra sin que se produjeran bajas, a la vez que en el Palacio del Pardo se sucedían las visitas para recibir la crónica diaria acerca de la tromboflebitis de Franco.

El miércoles cinco la tensión alcanzó su cénit. Por la tarde Hassan II,

en su calidad de *Emir Almuninin*, Comendador de los Creyentes [42], anunció desde Agadir en un nuevo discurso radiotelevisado que, al día siguiente, los civiles —la «Cosecha de un año», así los llamó— proseguirían su avance: «¡Querido pueblo! —comenzó—: Dios dijo en su Libro que cuando ataquéis tengáis confianza en Él. Siempre hemos decidido juntos y sabéis que llevamos a cabo esta marcha apoyados por nuestros derechos. Mañana cruzarás la frontera, pisarás una tierra que es tuya, besarás un suelo que es parte integral de tu querido país y tocarás sus arenas. Desgraciadamente, yo no podré acompañaros, la obligación del jefe es permanecer en el puesto de mando. Habéis de saber que esta etapa no es como las anteriores, requiere de más orden y disciplina. Debéis ser obedientes y respetar las instrucciones de quienes os gobiernan. Si os encontráis a un español, militar o civil, abrazadlo, besadlo, compartid con él vuestra comida y hacedle entrar en tu jaima».

El rey prosiguió:

«¡No quiero hacer la guerra a España! Si hubiera querido, tenemos el ejército para ello. Por eso, si encuentras a tus hermanos españoles, abrázales. Y si abren sobre ti fuego, anímate con tu Fe y tu fuerza, y continúa tu marcha. Ahora bien, si te disparan otros agresores, has de saber, pueblo querido, que tu ejército valiente está dispuesto a protegerte y a defenderte».

Con aquellas calculadas palabras dejaba traslucir ante el mundo que su idea no era entrar en combate sino —arteramente— poner *la otra mejilla* ante provocaciones. Solo si el atacante era Argelia respondería. El monarca alauita aludía así a los choques que desde hacía días se estaban produciendo en el ángulo nororiental de la frontera del Sahara, donde confluían Marruecos, Argelia y Mauritania. En uno de esos choques —en realidad, una batalla en toda regla— habían perecido sesenta soldados marroquíes, otros tantos heridos y más de cien caído prisioneros.

A pesar del anuncio del inmediato arranque, el discurso se interpretó como de cierta moderación. Hassan no había dicho cuánto tiempo se tardaría en llegar a la frontera, si bien se calculaba que serían cuatro o cinco días. Ante tamaño desafío, no solo militar, sino institucional y diplomático, las fuerzas españolas optaron por la prudencia y se replegaron unos kilómetros de sus puestos, parapetándose detrás de las minas colocadas por el Regimiento de Ingenieros a lo largo de las semanas anteriores. Si la multitud avanzaba los artefactos estallarían a su paso y los muertos se contarían por miles.

Cada minuto era decisivo, las unidades de comunicaciones trabajaban sin tregua y helicópteros armados procedentes de la Base Santiago reconocían continuamente los puntos más calientes. La vigilancia aérea era peligrosa, pues los marroquíes habían hecho ya

uso de misiles de fabricación rusa para evitar incursiones en su territorio. En el edificio del Gobierno General del Sáhara, en la Plaza de España de El Aaiún, los telefaxes se sucedían frenéticos y en Nueva York se convocó de manera urgente al Consejo de Seguridad, que después de largos debates hizo un llamamiento unánime al rey de Marruecos para que pusiera fin a la marcha.

Todo fue inútil.

A media mañana De las Heras entró a toda velocidad en el despacho del coronel jefe Llorente; su trabajo de elaboración del censo se había interrumpido, estaban en alerta máxima y fuera de día o de noche había recibido instrucciones para comunicar cualquier novedad de importancia.

El corazón iba a salírsele por la boca:

—Mi coronel, ¡ha arrancado!, ¡la Marcha ha arrancado! —prorrumpió excitado—. ¡Se han puesto en movimiento y avanzan hacia aquí!

—Tranquilícese, capitán. Cuéntemelo todo.

El andaluz respiró y se dispuso a relatar las informaciones que llegaban desde los puestos avanzados:

—Nuestros espías en Tarfaya comunican desde hace días la llegada de autobuses y camiones desde todos los puntos de Marruecos. ¡Ocho mil vehículos, con treinta personas cada uno! —recordó—. Transportan a parados, funcionarios y voluntarios procedentes de las grandes ciudades para unirse al tumulto. Los llevan a Marrakech, desde allí a Agadir y luego a Tarfaya. Es difícil de calcular, porque se desparraman a lo largo de una gran extensión, pero se calcula que son trescientos mil. Posiblemente más.

—¿Tantos? —el rostro del avezado militar no escondió la preocupación que sentía—: Se convertirán en una masa imposible de contener.

—Desde luego. —Carlos sentía idéntica inquietud. Pese a las bravatas televisadas de Hassan nunca había imaginado que la situación fuera a descontrolarse de aquella manera—. Algo así de complejo y arriesgado ha debido ser meditado. Además de los civiles que se encaminan hacia aquí, a la multitud se le ha unido veinte mil soldados de la Gendarmería marroquí que se sitúan en la retaguardia. La gente canta consignas contra nosotros y rezan a gritos: se creen una especie de peregrinos santos. Se teme que tengan intención de cortar la alambrada que marca la frontera y adentrarse en nuestros límites fronterizos a través de la zona más desguarnecida, cerca del puesto de Tah.

—¡Están locos! —el coronel no salía de su asombro ante semejante temeridad. Por mucho que estuviera anunciado, y a pesar del ultimátum del día anterior, su cerebro no admitía semejante dislate—.

Si prosiguen van a entrar en la zona que los zapadores han infestado de minas. Algunos de los campos son simulados, pero la mayoría están activos.

—Imposible que no lo sepan —replicó—. El área se anuncia con cartelones escritos en español y árabe que avisan del peligro. Conocen lo que les puede ocurrir, aunque no parecen dispuestos a detenerse. Cree que… ¿cree que podría repetirse una matanza como la de Annual? ¿O la de Ifni?

—¿Annual? No diga tonterías, De las Heras. Eso ocurrió hace mucho, no tiene nada que ver con esto. Aquello fue una rebelión abierta con los rifeños en la lucha por el protectorado. Y lo de Ifni también queda lejos, Marruecos se acababa de independizar. No creo que tengan intención de enfrentarse de manera directa con nosotros como entonces. Son demasiado inteligentes para eso.

—Sí, es posible —la imaginación de Carlos estaba desbocada y barruntaba situaciones absurdas—. En todo caso, nuestra situación es delicada. El frente que avanza es muy ancho: entre seiscientos y mil metros, por dos de profundidad.

Tratando de aclarar la magnitud del desafío que tenían enfrente, el coronel se interesó por los detalles logísticos:

—¿Se ha informado de la visión de blindados?

El capitán esperaba la pregunta:

—De algunos, sobre todo vehículos ligeros. Nuestras tropas afirman haber visto columnas de soldados con auto ametralladoras diseminadas entre el gentío, parecen listas para apoyarlos, aunque no se dispone de imágenes de precisión.

Llorente se mantuvo abstraído. Sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa, cavilando algún tipo de solución.

Levantó la mirada:

—Escuche, capitán. El general Gómez de Salazar ha dado la orden de poner en marcha la Operación Marabunta [43]para defender nuestras posiciones. Ya sabe lo que significa: las tropas deben replegarse para evitar enfrentamientos armados, sobre todo con civiles. Sería una carnicería. Únicamente hemos dejado dos grupos de caballería legionaria y a miembros de la Policía Territorial para que efectúen misiones de reconocimiento. De momento, los Grupos Nómadas nos mantendremos en la retaguardia. Desde el punto de vista militar no es preocupante: si la multitud que me ha descrito insiste en atravesar los campos de minas, algo improbable, a los soldados que viajan con ellos les resultará difícil atacar la ciudad.

El coronel meditó acerca de sus palabras, aprovechando para encender un cigarrillo con que calmar su ansiedad. Sin permitir que Carlos le interrumpiera, repasó en voz alta los preparativos:

—Disponemos de cuatro líneas de defensa perfectamente

pertrechadas antes de que puedan soñar con invadir El Aaiún. Las agrupaciones tácticas Lince y Gacela están desplegadas, cada una con una bandera de la Legión: eso sería suficiente para frenar los ataques iniciales. Aunque si la situación se prolonga podemos sufrir problemas de abastecimiento, lo cierto es que mantenemos un batallón de carros de combate M-48 y AMX-30 listos para contratacar y adentrarnos en su territorio. Y si por algún milagro todo eso no resulta suficiente y los atacantes rompen nuestras líneas hay dos batallones de paracaidistas en pre alerta, listos para volar aquí en cuestión de horas: uno desde la península y el otro desde la base aérea de Gando, en Gran Canaria.

El coronel se levantó para señalar un mapa a gran escala en la pared. En él se apreciaba toda la región de Saguía el Hamra y sus aguas limítrofes.

Apuntó sobre él con el dedo:

—Con la Legión pertrechada y nuestros buques protegiendo el litoral, tenemos asegurada la conexión con Canarias. Eso es vital: podemos resistir durante meses si fuera necesario. Usted hablaba antes de Annual: en aquella ocasión las tropas del general Silvestre perdieron la conexión con las líneas de aprovisionamiento y quedaron aisladas. Sin agua, sin alimento, sin munición, el desastre fue inevitable —miró a su subordinado con rabia en el semblante. Aunque lejano, el recuerdo de los doce mil soldados acuchillados en los desfiladeros camino de Alhucemas, a manos de los cabileños de Abd el-Krim, permanecía en el recuerdo—. Hemos aprendido mucho desde entonces —sentenció—. Algo así no volverá a pasar, me refiero al corte de nuestras líneas. Asimismo, nuestra aviación sobrevuela la zona lista para intervenir. Han llegado fragatas y transportes de ataque procedentes de Cádiz, unas catorce, con fuerzas de infantería a Las Palmas. Estoy convencido que no serán necesarias, sin embargo la prudencia no está de más. Marruecos habrá tomado nota. El Regimiento de Infantería 56 y el Regimiento Canarias 50 también se han reforzado. Sinceramente —concluyó—, yo diría que nuestra posición es inexpugnable.

Carlos conocía parte de aquella información, si bien no estaba en el día a día del avance de tropas y al escuchar la prolija exposición de los movimientos de la infantería, de la armada y de la aviación, quedó abrumado por la minuciosidad con el que el Estado Mayor del Sector lo había previsto todo. El conjunto de efectivos desplegados y las líneas de suministro que garantizaban las posiciones eran impresionantes.

No tenía dudas: si en el peor de los escenarios se producía un conflicto abierto los veinte mil soldados españoles desplegados doblegarían a los soldados de las Fuerzas Armadas Reales marroquíes. Incluso podrían llegar a Rabat si se lo proponían, algo improbable, pero que debían tener estudiado. En definitiva: eran superiores en

número, estaban bien pertrechados y su moral era alta. Carlos no entendía entonces el porqué de semejante provocación.

Algo fallaba en el engranaje, un detalle que ni el coronel ni ninguno de los mandos de África estaban valorando adecuadamente:

—Entonces —dijo compartiendo sus temores—, si es imposible avanzar hasta aquí, si conocen que no tienen ninguna posibilidad... ¿qué pretenden con su órdago?

Llorente dio una última calada a su cigarro. Lo apagó concentrado y contestó meditabundo. Aquella —el fin último de la Marcha— era la pregunta clave:

—En mi opinión está claro: presionar a la opinión pública internacional. Hoy en día las rotativas son parte de las divisiones de los ejércitos. Ese Hassan no cuenta con apoyos internos, pero es un zorro y su estratagema de mostrar esto como una causa justa, donde los débiles luchan con los poderosos, le está resultando efectiva. Por si fuera poco, al tener a la prensa entretenida en este sector no están atentos a los movimientos de efectivos en otros lugares: por ahí se cuelan sus tropas. A la gente le da un motivo en el que creer: afirma que si España no firma una declaración de armisticio hará avanzar a su pueblo, pasando por encima de las alambradas y de los campos de minas, aunque se produzcan bajas. ¿Lo puede creer? —Carlos lo miró con expresión confundida; pese a sus diez años de experiencia en el Sáhara nunca hubiera imaginado que, al final, fueran los marroquíes quienes se quedaran con el territorio—. Supongo que no le preocupa si a cambio consigue su objetivo. Si mueren civiles, su amado *príncipe de los creyentes* hará intervenir a las FAR y aparecerá como víctima delante del mundo. Lo tiene todo pensado.

—¡Pero son ellos los que han entrado en nuestro territorio! —exclamó Carlos, que no estaba acostumbrado a los juegos de la alta política—: Nosotros protegemos nuestra posición. Incluso hemos replegado las tropas hacia el interior para evitar el choque: me lo acaba de explicar.

—Así es, tiene razón. Aunque no parece importarles.

—¡Pero supondría una declaración de guerra!

Su jefe lo miró ceñudo:

—Eso me temo, pero no se alarme. No permitiremos que ocurra.

El coronel Llorente reflexionó unos instantes. Mientras lo hacía su auxiliar, un brigada de artillería, entró con un telefax en la mano. Lo leyó con gesto de preocupación y, sin pronunciar palabra, se lo tendió: las noticias de las patrullas aéreas que sobrevolaban la zona confirmaban que los accesos cercanos a la frontera estaban colapsados y que la gente seguía llegando por miles.

Llorente tuvo una idea. Hizo un ademán al auxiliar para que se retirara y observó de reojo a Carlos, que seguía de pie, con la atención

puesta en el mapa. Las noticias fluían a través de los departamentos de información y las compañías de escucha, sí, aunque tal vez el capitán pudiera aportar su experiencia sobre el terreno de cara a mejorar la situación. «Sí, sí, no puede hacernos mal y quizá sirva de ayuda». Exhaló satisfecho dándole vueltas: cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. Era peligroso, pero conociendo su arrojo esperaba que no opusiera resistencia. «Además —pensó con un punto de maledicencia—, será una forma de redimirse por el asunto de la saharaui».

Sin más dilación, explicó su plan:

—Escúcheme, De las Heras: ¡quiero que vaya allí! —su tono destilaba confianza pero a la vez autoridad—. Que sea mis ojos, mis oídos. Vuele a Tarfaya y comuníqueme personalmente lo que sucede, sin ocultarme ni dulcificarme nada. Vista de civil y mézclese entre ellos. Nuestros servicios de inteligencia le proporcionarán una tapadera. Usted habla hassanía perfectamente y eso es una ventaja. Sé que es comprometido, pero si alguien puede lograrlo es usted. ¿Puedo confiar que lo hará?

Carlos se mantuvo impertérrito mientras trataba de hilvanar sus pensamientos lo más rápido posible. No esperaba una proposición semejante, que más se asemejaba a una misión suicida que cualquiera de las que hubiera desempeñado antes.

—¿Tarfaya? —repitió, buscando ganar tiempo—. Sí… claro. Puedo intentarlo, si bien no creo que consiga información relevante. No soy experto en la zona, es un hervidero y los ánimos están francamente excitados. Además…

—Además, ¿qué? —el meharista parecía recelar demasiado.

—Pues que, si me identifican…, bueno, no hace falta mencionar lo que ocurrirá.

Llorente lo estrechó entre sus brazos.

Sus reservas eran lógicas y quiso tranquilizarlo:

—Lo sé, *hijo*. Le envío a una misión arriesgada, pero es imprescindible conocer con inmediatez qué pasos dan esas gentes. Si los que les instigan se vuelven definitivamente locos y hacen avanzar a los civiles en dirección a las minas, y estas estallan, habrá cientos de muertos y heridos, y los soldados que los acompañan reaccionarán con las armas. En realidad, creo que es lo que pretenden sus generales. Y si eso ocurre, entraremos en guerra: usted mismo acaba de decirlo. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo, mi coronel —contestó Carlos, más decidido tras esa explicación. La proposición lo había cogido por sorpresa, si bien al escuchar a su superior sintió que era una oportunidad de hacer algo por la región que amaba. Cambió su tibieza por un tono más decidido —: Puede confiar en mí. Tan solo le pido libertad para escoger a un

par de personas de mi agrado para que me acompañen. Seremos una unidad reducida, apenas tres o cuatro hombres; y, si nos ocurre algo a uno, los demás podrán escapar con la información. De ese modo nuestro esfuerzo no será en vano.

—Por supuesto, capitán —respondió Llorente—. Me parece excelente. ¿En quienes está pensando? ¿Me lo puede decir?

—Si me lo permite, prefiero no hacerlo —su cabeza aún barajaba los nombres de los más idóneos—. Lo que sí le aseguro es que serán hombres de absoluta confianza, pasarán desapercibidos entre la marabunta. Quédese tranquilo.

—De acuerdo, muchacho. Confío en usted. Y recuerde: tenga cuidado.

—Así lo haré, mi coronel.

Mientras se alejaba y se encaminaba a buscar a sus compañeros en aquella aventura, Carlos se notó más inseguro que lo que acababa de aparentar delante de su superior. Infiltrarse entre la multitud a las puertas de Tarfaya y sondear su estado de ánimo era una labor más propia de los Servicios de Información del SIBE que de los cuerpos de infantería, si bien después de diez años en el territorio era capaz de camuflarse mejor entre los árabes que ningún espía recién venido de Canarias, Madrid o Sevilla. Conocía lo que pensaban y cómo podían reaccionar. Sí…, quizá no fuera mala idea. Incluso se sintió orgulloso. Hasta ese momento siempre parecían ir por detrás de los movimientos marroquíes: era la hora de anticiparse y devolverles la jugada.

A las pocas horas, el plan estaba en marcha. Las dos personas elegidas no solo tenían máxima experiencia, sino que al ser distintos entre sí se complementaban a las mil maravillas: una era *Toro*, que sabría actuar de manera enérgica si la cosa se tornaba violenta, y la otra Mahdi, su compañero meharista, que continuaba sirviendo en la base de Villa Cisneros. Desaparecido Ahmed, él era el nativo de más alto rango. A diferencia de otros, nunca había levantado sospechas acerca de su fidelidad y, al ser árabe, completaría la misión si por cualquier circunstancia ellos debían retirarse. Dio órdenes para que un helicóptero lo recogiera y en pocas horas estuvo volando hacia allí.

El plan era arriesgado, mil cosas podían salir mal, mas factible si controlaban los nervios. Fingirían ser corresponsales extranjeros y se mezclarían con el gentío. Con suerte, y la excusa de los reportajes, incluso filmarían imágenes de lo que sucedía.

Se dirigió a su casa para asearse, se cambió de ropa y se despidió de Zayna: la cosa no había mejorado entre ellos. Había pensado explicarle dónde iba —hubiera sido lo lógico—, pero mudó de opinión y, de manera parca, le dijo que pasaría la noche en el cuartel. Sin más. La misión era de alto secreto y no quería que se le escapara ninguna palabra delante de sus vecinos musulmanes. Menos aún, que alertara a

su hermanastro Ahmed.

Con una pátina de tristeza ella lo oyó murmurar aquella excusa infantil para ausentarse y, mientras lo hacía, no pudo evitar que un suspiro de melancolía escapara de sus labios.

Al cerrar la puerta, y despedirse con un beso fugaz, él mismo se sorprendió ante sus propias cautelas: ¿acaso no confiaba en su mujer que tenía que ocultarle una acción de la que podía no regresar?

Se habían convertido en extraños.

***

Un helicóptero procedente de la base aérea Santiago —sede de la unidad aerotransportada UHEL-II— los trasladó de madrugada a las inmediaciones de Tarfaya. El ruido de las hélices restalló en sus oídos: «Eco tango tres cero siete, en el aire a las seis cero cinco», se escuchó desde la torre de control autorizando el despegue. Mahdi y *Toro* habían llegado horas antes; el primero, trasladado con la máxima prioridad procedente de Villa Cisneros, y el segundo desde el cuartel Don Juan de Austria, sede de la tercera bandera de la Legión, a las afueras de la ciudad. Después de saludarse con euforia, Carlos explicó el objetivo de la misión. Tal y como esperaba, ninguno puso inconveniente; todo lo contrario, ansiaban colaborar en un cometido tan significado.

A bordo del H-19, los tres compañeros y los cuatro soldados de refuerzo que los acompañaban guardaron un tenso silencio mientras el aparato tomaba altura y viraba en dirección norte para seguir el plan de vuelo. Se habían desprendido de cualquier distintivo, chapa o atuendo militar y vestían de civiles. Al aterrizar, a pie de pista, esperaba un oficial del SIBE acompañado de un periodista malagueño, un tal Castejón, de aspecto desgarbado y barba de varios días. Se trataba de uno de esos corresponsales de guerra, bregado en conflictos de medio mundo, que con una Olivetti y dos cámaras de fotos por única compañía arriesgaban el pescuezo con tal de enviar sus crónicas: Vietnam, Camboya, Eritrea, Honduras, Nigeria, Israel… y tantos otros. Gente que se jugaba la vida a cambio de ver su nombre —en el mejor de los casos— en el pie de página de una gacetilla. Habían olido a noticia en el Sáhara y se desparramaban como un ejército de hormigas furiosas a uno y otro lado del paralelo veintisiete.

Castejón estaba al corriente de la operación. A cambio de alguna exclusiva de procedencia dudosa, había accedido a proporcionarles útiles de grabación, cámaras y credenciales que les sirvieran de tapadera. Durante veinte minutos les explicó el funcionamiento de los equipos; era importante que los usaran sin levantar sospechas y lo hizo de manera paciente. Su objetivo consistiría en recoger testimonios, pulsar los ánimos de los manifestantes y, especialmente,

grabar a los efectivos y blindados de las FAR ocultos entre el gentío. Desde el aire los vehículos, disimulados debajo de lonas, pasaban desapercibidos y las cámaras colocadas en las cabinas de los aviones no lograban filmarlos con nitidez. Esa era la parte más delicada: si los detenían y descubrían que no eran periodistas a buen seguro los acusarían de espionaje y acabarían en el centro de detención de Moulay Cherif, en Casablanca, o en alguno de los penales secretos de Agdz, Msyed o Kalaat Mgouna. Estos últimos ni siquiera actuaban bajo el paraguas legal de la administración marroquí y los pocos desgraciados que habían salido de allí contaban historias terribles.

El agente del SIBE, un experimentado ceutí de nombre Rafael Quesada, buen conocedor de la realidad árabe y bregado en aquellas latitudes, siguió las explicaciones de Castejón con cara de escepticismo. Llevaba semanas trabajando a destajo para obtener datos del despliegue militar marroquí y descifrando mensajes por radio; jugándose su pellejo y el de sus hombres. Y ahora, en el último minuto, nadie se tomaba la molestia de consultarle antes de poner en marcha aquel disparatado plan, pergeñado en un despacho del Gobierno General. No se sentía cómodo y pensaba que aquellos tres aficionados ponían en riesgo a sus propios agentes infiltrados.

—Limitaos a hacer vuestro trabajo —advirtió seco—. Comportaos como si realmente fuerais periodistas y grabad las escenas sin levantar sospechas. No caigáis en provocaciones. Tengo a gente camuflada en la zona, pero si os identifican y os cogen entre esa marabunta no moveré un dedo por vosotros. Sería un suicidio. Pase lo que pase, estaréis solos ahí dentro: ¿lo habéis entendido?

Carazo lo miró con cara de pocos amigos. No estaba acostumbrado a que nadie le tratara de forma altanera, menos un desconocido, y Carlos tuvo que hacer un gesto para que no interviniera.

—Gracias, Quesada —contestó—, no se preocupe. Seremos discretos.

Una vez aclarado, y sin mayor dilación, una furgoneta —también sin distintivos— trasladó a los improvisados plumillas desde el aeródromo hasta las afueras de Tarfaya, donde comenzaban a situarse las jaimas y tiendas de gran tamaño alineadas para la enorme masa. Desde ese punto estarían a su suerte.

Los tres militares se miraron para infundirse ánimos, cada uno rezando a su propio dios para ponerse en sus manos.

***

Viva metáfora de la agitación política que se respiraba, un fuerte viento los recibió. El corazón se agitó en sus pechos ante la visión que se desplegaba enfrente suya: al modo de una mancha de aceite, un mar de lonas se extendía por la arena y miles de personas se apretujaban unos contra otros hasta donde alcanzaba la vista. La

superficie ocupada era inabarcable y, según se adentraban en el desierto, comprobaron que la información acerca de su número no solo era veraz, sino que la patulea de personas —en su mayor parte hombres, aunque también mujeres— se desperdigaba a lo largo de kilómetros.

Carlos hizo una señal a Mahdi, a quien habían asignado la misión de portar la cámara. Este comenzó a filmar disimuladamente los depósitos de agua; los toneles de carburante dispuestos en ordenadas hileras; las toneladas de víveres y suministros listos para ser repartidos; las decenas de ambulancias con médicos y personal sanitario preparado para entrar en acción; así como un conjunto de blindados con ametralladoras asomando de sus torretas para proteger el convoy. Estaban cubiertos con mallas de camuflaje color arena para no ser vistos desde el aire, pero consiguió realizar unas tomas. El esfuerzo logístico era colosal y todo había sido dispuesto milimétricamente, cual si de un gigantesco decorado de cine se tratara: Hassan quería hacer una exhibición de fuerza y determinación de que avanzaría pasara lo que pasara y, por lo que presenciaban, lo había conseguido.

Una vez grabados los suministros y los vehículos militares avanzaron hacia la cabecera, donde se concentraba la masa. Allí, la estampa era más sobrecogedora: en medio del siroco, cientos de miles de individuos de todo tipo y condición, de entre dieciocho y cincuenta años, portaban banderas rojas con la estrella verde de cinco puntas de Marruecos, que su gobierno había repartido. Los gritos, los cánticos y las arengas eran constantes y ponían los pelos de punta. El color rojo del fondo simbolizaba a los descendientes de Mahoma y las cinco puntas la vida, la salud y el conocimiento; caminaban contra las rachas de viento y enfervorecidos levantaban sobre sus hombros ejemplares del Corán, igual que si de una marcha religiosa se tratara y ellos devotos peregrinos que invocaran a Alá. Otros enarbolaban retratos del propio Hassan II o banderolas que flameaban mostrando la insignia americana, a la par que prorrumpían en cánticos contra la usurpación española y se escuchaban vibrantes marchas militares a través de altavoces colocados en camiones.

Absorto en su tarea, Mahdi siguió grabando. De las Heras y Carazo se miraron con creciente ansiedad: una cosa era leer en un despacho los prolijos informes de la inteligencia militar y ver las imágenes captadas por los T-6, y otra diferente estar allí, con el viento ululando a su alrededor y miles de voces gritando exaltadas: ¿Quién había organizado aquello?, ¿en cuánto tiempo?, ¿quién sufragaba el extraordinario y costoso despliegue…?

Un sinfín de preguntas bullían en sus cabezas al tiempo que se disimulaban entre el sudoroso y enfervorecido gentío.

Continuaron avanzando. Querían verlo todo, grabarlo todo. Como si fuera un festejo, presenciaron cómo la turba de desheredados estallaba en gritos y exclamaciones de júbilo cada vez que un helicóptero o un avión de hélice, amigo o enemigo, sobrevolaba sus cabezas, fotografiándolos. Sin ser conscientes del peligro que entrañaba su acción, parecían asistir a una fiesta. En los laterales, protegidos por un nutrido cinturón de soldados, distinguieron a altos funcionarios y periodistas. Los primeros eran los más cautos; encaramados en furgonetas seguían las vicisitudes con suma atención y se desplazaban para lanzar encendidas arengas a la grey en distintos puntos del recorrido. A continuación, volvían al refugio de los soldados: nada escapaba a su control.

Asombrado, Mahdi siguió filmando las imágenes de interés, mientras que su jefe y *Toro* preguntaba al azar entre la marea de personas, más por meterse en sus personajes que por resultarles de verdadero interés lo que tuvieran que decir aquellas pobres gentes. Cerca, otros corresponsales —en este caso, reales— trataban de conseguir las imágenes más impactantes. Entre ellos, distinguieron a Castejón que los seguía a distancia por si se producía algún contratiempo.

Supusieron que algunos de los hombres de Quesada también estarían repartidos aquí y allá.

—¡Hassan! ¡Hassan! —gritaban enfervorecidos tan pronto les colocaba Mahdi la cámara delante, estallando en desmesuradas loas y vítores a su astuto y audaz monarca: en poco tiempo, el taimado hijo de Mohamed V había pasado de sobrevivir a dos golpes de Estado a transformarse en líder indiscutible de su pueblo.

Con el paso de los minutos, Toro se relajó, aunque Carlos no bajó la guardia. Notaba la tensión reflejada en el rostro de su compañero y le preocupaba que estallara ante las provocaciones. Carazo se había recortado la barba para la ocasión y la camisa impedía contemplar los tatuajes que recorrían sus brazos; aun así, su aspecto seguía siendo feroz y atendía a los marroquíes con animadversión mal disimulada. En medio de aquel ambiente tan radicalizado, sus expresiones y forma de observarles podían derivar en un choque y, si eso sucedía, llevarían las de perder. El legionario ocultaba un arma debajo de la túnica —una pistola Star nueve largo— junto con una pequeña radio de campaña con la que podían comunicarse con el agente del SIBE que esperaba en Tarfaya. Caso de descubrirse, aquello los delataría y la situación se volvería más delicada. Carlos le insistió en que no fuera armado, que de nada serviría si la cosa se ponía fea, pero Carazo, con su terquedad habitual, no atendió la orden.

Afortunadamente, y al margen de la tormenta de arena, la mañana transcurrió sin incidentes.

A eso de las dos, precisamente cuando empezaban a sentirse

confiados, ocurrió algo inesperado que a punto estuvo de acabar en tragedia: dos jóvenes de poco más de veinte años pasaron a su lado y, de un manotazo, arrojaron el trípode con la cámara de Mahdi al suelo, riéndose. Orgullosos de su hazaña, se encararon con ellos por su condición de occidentales, gritando que se marcharan y tratando de arrebatar a *Toro* el micrófono que sujetaba. Animados por su ejemplo, un grupo de entre veinte y treinta hombres se arremolinó en torno suyo y comenzó a insultarles: «¡*Ibn al Kalb!, ¡Allah Yakhthek!, ¡Ya Khara!*», decían: «¡infieles, ladrones, perros apestosos!» y otras frases difíciles de traducir. La situación se agravó cuando a Mahdi, a quien vituperaban especialmente por su aspecto magrebí, le tiraron al suelo, escupieron y propinaron un puntapié en el estómago. Por suerte, Quesada les había aleccionado bien y dentro del lógico nerviosismo reaccionaron con calma. Eso los salvó: incluso Toro pareció ser un apocado reportero de guerra que únicamente buscaba hacer su trabajo. Se olvidó de la pistola que escondía y ayudó a Mahdi a levantarse. Inmune a las provocaciones, el Ulad Denim se incorporó, recogió la cámara de video —una Arri IIIC de 35mm— y siguió rodando las imágenes del gentío que los rodeaba, como si el encontronazo supusiera una noticia de alcance que fuera a abrir la portada de los telediarios.

Alertados, en unos minutos acudió un grupo de gendarmes. Aquello podía ser contraproducente para la idea de pacifismo que supuestamente inspiraba la marcha y los policías disgregaron sin contemplaciones a la multitud:

—*¡Alkharij!, ¡Alkharij!* —«¡fuera!, ¡fuera!», gritaron.

Repartiendo correazos con la hebilla de sus cinturones a diestro y siniestro deshicieron en instantes el tumulto, no sin antes indicar a los tres falsos reporteros que se alejaran de allí si no querían meterse en verdaderos problemas.

***

A la caída de la sol, derrengados por el esfuerzo y la tensión, Carlos llevó a un punto apartado a sus dos compañeros. Debían celebrarlo: lo habían conseguido, habían sido capaces de mezclarse entre la muchedumbre y grabar imágenes y testimonios que, bien manejados, resultarían de gran utilidad en el Alto Mando. Además, no habían caído en provocaciones: los propios servicios de inteligencia del SIBE no lo hubieran hecho mejor. Quesada —el agente ceutí— podía respirar tranquilo.

Durante la tarde soldados de las FAR les pidieron sus identificaciones en dos ocasiones, mirando de manera desconfiada a Mahdi por el color de su piel; Carlos cambió de táctica, no quería que se repitiera un incidente como el de la mañana, y explicó que además de

camarógrafo era su intérprete de árabe y que lo necesitaba. Tras revisar sus papeles con suspicacia salieron airosos, aunque en cualquier momento podían correr nuevos peligros. Su misión estaba cumplida y no debían arriesgarse a ser descubiertos.

Carlos hizo un análisis frío de la situación:

—Escuchadme, la noche puede hacerse larga y hemos visto y oído lo suficiente. Regresemos ahora que estamos a tiempo.

El sargento se removió disconforme. Era un hombre de acción, y deseaba contemplar el histórico acontecimiento hasta el final. Además, después de tanto tiempo entre ellos, se sentía cercano a los postulados saharauis y deseaba ser testigo de lo que ocurriera.

Miró a un lado y otro para asegurarse que nadie escuchaba y se sinceró:

—¿Ahora? ¡No! Hemos hecho lo más difícil, deberíamos continuar, por lo menos hasta mañana.

Carlos lo miró recriminatorio por cuestionar las órdenes.

Consciente de lo inadecuado, el legionario trató de explicarse:

—Por favor, mi capitán. Me refiero a que deberíamos permanecer hasta ver si realmente atraviesan los campos de minas o se detienen antes. Apuesto un brazo por lo segundo. Podemos buscar una jaima apartada para dormir y continuar mañana. Esto no puede prolongarse.

Pero él negó con la cabeza:

—No será necesario —le corrigió —. Nuestra labor no consiste en permanecer hasta el final. ¿Qué esperas que pase? El coronel Llorente me ha encomendado que palpara los sentimientos de la multitud y eso hemos hecho; en medio de semejante gentío pronto harán su aparición las riñas, no quiero correr riesgos. Prefiero no jugármela pasando aquí la noche. Seríamos vulnerables, y si descubren a un legionario de la XIII Bandera de la Legión y a un oficial y un suboficial de la ATN, la cosa se pondrá fea.

—¡Mírelos —insistió el *legía*—: están decididos! Harán lo que les manden, aunque sea inmolarse dirigiéndose contra las minas. Yo creo que no tienen valor para tanto pero… ¿y si me equivoco? En ese caso, seríamos de utilidad aquí, sobre el terreno, transmitiendo novedades.

Carlos escuchó impaciente. Él mismo se hacía esa pregunta. A pesar de ello había tomado una decisión y no iba a modificarla por mucho que el otro insistiera:

—Si eso ocurre, y la cosa se pone mal, los corresponsales extranjeros, que así constaríamos, seríamos los primeros en pagar las consecuencias; podrían retenernos y nuestra tapadera se convertiría en nuestro mayor peligro —zanjó—. No hacemos nada aquí: esperemos al rezo de la tarde y larguémonos.

Mahdi convino a esas palabras con un gesto de asentimiento. Eran soldados, y al tiempo personas que se jugaban la vida en medio de un

enjambre enemigo: las respectivas graduaciones no eran lo único a considerar.

El viento seguía azotando sus caras y debía elevar la voz para hacerse oír. Y aunque no le gustaba hablar en exceso, cuando daba su opinión lo hacía contundente:

—Tenemos horas de material grabado, hemos estado dos veces a punto de que nos descubran y por la mañana casi me linchan: no tentemos más a la suerte.

Toro accedió, resignado:

—Está bien, yo ya he expresado mi opinión —dijo dirigiéndose a Carlos y mirando con suspicacia al Ulad Delim—: usted da las órdenes.

Minutos después, los tres recogían sus equipos e iniciaban el regreso hacia el punto acordado. Allí los esperaba el mismo camión que por la mañana. Camuflado, aguardaba entre los cientos de transportes que se amontonaban a izquierda y derecha.

Sin embargo, lo que no sospechaban era que a menos de cincuenta metros una cara conocida se acababa de percatar de su presencia y observaba desde un montículo:

Era Ahmed, ¡Ahmed Messaud! La distancia y la muchedumbre no le permitían asegurarlo, pero juraría haber visto al capitán De las Heras. ¿De verdad se trataba de su antiguo superior en Villa Cisneros? ¿Qué hacía en Tarfaya, en medio de aquella turba? No vestía de militar, sino de civil, pero sus rasgos eran idénticos. Incluso el reportero con cámara al hombro parecía el mismísimo Mahdi: aquel Ulad Delim cobarde —¡a quien Allah, *El Poderoso*, arrojara a las fauces del infierno!— que no le quiso acompañar cuando abandonó la ATN, prefiriendo continuar siendo un perro fiel al servicio de los invasores. Al tercero, un hombretón de aspecto recio, cuello ancho y barba recortada no lo conocía, aunque semejaba europeo: ¿era posible que fueran ellos?

Ahmed, al igual que otros miembros del Polisario, estaba infiltrado entre la grey. Necesitaba conocer de primera mano qué pasaba, y desde hacía dos días y dos noches asistía boquiabierto al espectáculo. Se había convertido en un fanático, es cierto, mas conservaba su instinto y su aguda inteligencia, y después de enfrentarse esos tres últimos años a los españoles era consciente de que se habían equivocado por completo de enemigo; los argelinos los apoyaban, si bien Marruecos demostraba ser un adversario más duro de roer que lo que nunca hubieran imaginado.

Habían estado cerca, muy cerca de conseguir la independencia, pero por no medir sus fuerzas estaban a un paso de perder todo por lo que se habían sacrificado.

Mientras luchaba por avanzar entre el gentío para observar mejor,

notó que sus puños se tensaban y que la adrenalina por la cercanía del meharista circulaba rauda por su cuerpo. Trató de calmarse. So pena de ser descubierto él también, no podía alertar de su presencia ni dirigirse violentamente a unos supuestos corresponsales. No obstante, eso no impedía que la sangre golpeara rítmicamente sus sienes: ver, o creer ver, a la persona que había deshonrado a su hermana hizo que el rescoldo de la herida se avivara.

Para su frustración, pasados unos minutos, las tres figuras desaparecieron de su vista sin que por mucho que escudriñara entre la multitud las distinguiera de nuevo. Desde donde estaba se lamentó de su mala suerte, se reunió con sus compañeros del Polisario, que lo miraron intrigados, y escupió con desprecio al suelo.

A través de grandes altavoces, el muecín llamó entonces a los fieles para el *salat* del atardecer. Miles de hombres reaccionaron al unísono: desplegaron sus alfombras de oración sobre la arena y se postraron ante Alá, *El Todopoderoso,* en dirección a la Meca. La oración era deleite y placer para los creyentes, la forma de obtener Su purificación, y fervorosos elevaron sus invocaciones al cielo para que se cumplieran los deseos de su rey.

Ahmed los imitó y, mientras se arrodillaba, susurró para sí una maldición en *tamazight.*

Según el almuecín desgranaba las suras, ideó un plan para acabar con aquella rivalidad: los españoles se irían pronto, lo sabía bien, mas disponía de tiempo para solventar aquella rencilla que duraba demasiado. La venganza era cuestión de determinación, de esperar el momento propicio, y él atesoraba la paciencia necesaria para saber cuándo asestar el golpe certero.

Su honor, el honor de su familia y el honor de su tribu no continuarían más tiempo mancillados.

---

37 Alfaquí: Sabio o doctor de la ley musulmán.

38 Sacrificado según las leyes islámicas.

39 El Servicio de Información Bis del Ejército (SIBE) era el órgano encargado de las tareas de información. Se mantuvo activo hasta ser transformado bajo el nombre de CESID y luego CNI. En el caso del Sáhara, su labor principal consistió en insertarse en el Polisario y hacer contrapropaganda.

40 Guerra árabe-israelí de Yom Kipur, octubre de 1973.

41 Expresión latina que equivale a «territorio sin dueño». En derecho internacional se utilizó para reclamar tierras que podían ser ocupadas legalmente por no pertenecer a nadie.

42 Título islámico tradicionalmente asociado al de Califa.

43 Operación puesta en marcha por el ejército español cuando Hassan II anunció la Marcha Verde. Su objetivo era impedir la ocupación de El Aaiún. Contemplaba el despliegue de veinte mil soldados, en posiciones defensivas que cerraban las principales direcciones de acceso.

XII. Nada guardaré de ti

Ciudad de El Aaiún (capital del Sáhara Español)
Diciembre de 1975

Después de despedirse de Rafael Quesada —más relajado desde que los viera regresar y le informaran de que todo había salido bien—, el helicóptero los llevó de regreso a la Base Santiago.

Aterrizaron minutos después de las doce de la noche. Con toda la provincia en alerta, la instalación permanecía con las luces apagadas y las baterías antiaéreas prestas a disparar contra cualquier aparato no identificado que se acercara. En caso de invasión, los aeródromos constituirían el primer objetivo y se hallaban preparados: las entradas al hangar, los edificios de la tropa y el cuerpo de guardia se veían protegidos por sacos terreros y planchas de hierro; los bidones de queroseno para las aeronaves —claves para asegurar una resistencia prolongada—, se hallaban cubiertos por fosos de tierra a su alrededor y numerosos vigías custodiaban el perímetro fusil en mano.

Toda la base presentaba el aspecto de una zona de guerra.

A la mañana siguiente, tras dormir unas horas en una maltrecha litera que pusieron a su disposición y despedir a sus dos compañeros, Carlos se dirigió en jeep al Gobierno General.

El tiempo apremiaba y debía informar al coronel.

Al llegar, el auxiliar le indicó que estaba reunido con el general Salazar, con el jefe de la zona aérea y con otros responsables del Estado Mayor del Sector.

—Lo siento, mi capitán, debe aguardar a que finalicen. Tengo órdenes de que nadie moleste.

Ante lo extraordinario de la situación, Carlos insistió. No estaba dispuesto a esperar:

—Avíselo, Martín. Yo asumo las consecuencias. ¡Aprisa!

El brigada lo miró, dubitativo. Nunca lo había visto actuar de forma tan imperativa, por lo que pensó que sería mejor no discutir y avisar al coronel: él decidiría.

Tal y como había imaginado, después de consultarlo con su jefe de cuerpo, este quiso que se incorporara al comité del Mando Unificado. Debía aprovechar la presencia de Salazar y aportar su testimonio en persona.

Llamó a la puerta y entró con cautela.

Dentro de la sala las caras reflejaban la tensión del momento:

—Mi general —Llorente se dirigió al máximo responsable militar y civil de la provincia—: el capitán De las Heras acaba de regresar de

Tarfaya. Poniendo en peligro su vida se ha infiltrado entre el gentío para conocer de primera mano el estado de ánimo de la Marabunta. Él nos informará sobre el número y movimiento de tropas.

Carlos ojeó a un lado y otro. Turbado entre tanto mando, se dispuso a narrar su aventura.

Para su extrañeza, cuando se disponía a comenzar, el Gobernador hizo un gesto de autoridad con la mano indicando que guardara silencio:

—No hará falta, coronel. Capitán de las Heras —dijo mirándole—: le agradezco su esfuerzo y el de sus hombres, si bien tengo novedades que no conocen y que hacen que sus noticias estén desfasadas. Ya que ha hecho tan buen servicio, quédese si lo desea. —Hizo una pausa cargada de dramatismo y se dirigió al resto—: Desde Madrid me informan que la multitud se retira a partir de mañana.

Llorente soltó una exclamación:

—¡¿Cómo?!

—Lo que ha oído —respondió el general.

Carlos —que de todos los presentes era el que ostentaba menor graduación—, no pudo evitar preguntar. Aquello le costó una expresión de reproche:

—¿Cómo es posible? —soltó confuso—. Ayer parecían terriblemente excitados, dispuestos a cualquier cosa, incluso a avanzar e inmolarse contra las minas si se lo pedían sus líderes. No se los veía dispuestos a detenerse, menos aún a retirarse. ¿Y ahora lo hacen? ¿Sin más…?

El gobernador paseó la mirada entre su plana mayor, estudiándolos; delante de él se encontraban los máximos responsables de la Legión, del Ejército del Aire, del cuerpo de infantería e incluso dos representantes de Presidencia del Gobierno llegados desde Madrid para servir de enlace. En total, veinte personas que lo contemplaban desconcertados, esperando una explicación.

No era sencillo lo que tenía que trasladarles, habría protestas y cuanto antes lo oyeran de sus propios labios mejor para todos:

—No es fácil de asumir, pero nuestro gobierno ha accedido a traspasar la administración del Sáhara a Marruecos y Mauritania. Se firmará en los próximos días —un murmullo de estupefacción y asombro recorrió la sala. ¡Así que se trataba de eso: en El Pardo se habían plegado a las pretensiones de los alauitas sin dignarse a comunicárselo antes y sin atender al criterio del Tribunal de La Haya! —. Es lo que querían —continuó Salazar impertérrito—. A cambio prometen que la Marcha se retirará de inmediato. Posiblemente, algunos estén cruzando el paralelo en estos instantes. He recibido instrucciones directas para activar la Operación Golondrina [44]y evacuar el territorio: nuestras tropas abandonarán las bases antes de febrero. Nos guste o no, somos militares y obedeceremos. ¿Lo han

entendido? Nos vamos.

Todos asintieron. La noticia suponía un indudable jarro de agua fría. Después de tantos meses de afirmar lo contrario, se achantaban y cedían al chantaje. Sus rostros reflejaron apesadumbrados el peso de tamaña novedad. Saldrían del Sáhara sin disparar un tiro y con su orgullo teóricamente íntegro; sí, ¿pero a qué precio?

El general volvió a dirigirse a ellos. Se consideraba una persona cercana, amigo de sus amigos, pero desde que llegó a El Aaiún en junio, seis meses antes, había adelgazado ostensiblemente y las arrugas surcaban su rostro.

Antes campechano, se diría que hubiera envejecido diez años:

—Y por si fuera poco… ¡miren lo que han dejado esta mañana en la puerta de mi residencia! —les mostró un paquete abierto encima de su mesa. En su interior se veían cuatro plumas de ave de considerable tamaño.

Llorente y Carlos, los más veteranos en África de entre los presentes, se miraron recelosos. Las cuatro plumas suponían la peor acusación que se podía hacer a un militar: ¡la de cobardía! Aquel anónimo, recibido en su residencia oficial, a escasa distancia del mismísimo edificio del Gobierno General, suponía que alguien muy cercano le manifestaba sin ambages su desprecio.

—¿Se dan cuenta de lo injusto que resulta? ¡Cómo pueden acusarme! ¡A mí! —Su rostro estaba enrojecido por la frustración que le invadía. Sabía que era probable que alguno de los allí formados se relacionara con el insultante mensaje, incluso que lo hubieran orquestado entre varios. Se sentía iracundo porque sus colaboradores más cercanos cuestionaran de tan vil manera su integridad.

Llorente, erigiéndose en portavoz, se dirigió a Salazar. No era fácil soportar que te llamaran cobarde a la cara, veía cómo los ánimos empezaban a caldearse y quiso restar gravedad a la desafortunada bravata:

—Mi general, no lo tome como algo personal. Se lo ruego. Quien lo haya hecho —arrojó una mirada ácida en torno suyo, como si así pudiera detectar a los culpables— no se refiere a usted.

Sin ser consciente de dónde se metía, improvisó una justificación:

—Ha de entender que muchos suboficiales, e incluso algunos oficiales, se sienten confundidos. A veces no saben quién es el enemigo y eso los hace sentirse nerviosos.

El toledano, aunque menos ofuscado, lo contempló suspicaz. El resto escuchaba sin atreverse a respirar:

—¿Confundidos?, ¿qué quiere decir? ¡Explíquese!

Llorente tomó aire. Las aletas de su nariz vibraban y sentía la garganta reseca: entre explicarse o callar optó por lo primero. Era ahora o nunca, la situación lo requería, si bien sus palabras iban a

bordear la fina línea entre la libre expresión de ideas y el desacato.

A su lado, el coronel Luis Rodriguez de Viguri —secretario general del Gobierno del Sáhara, compañero de promoción de Salazar y uno de los principales impulsores de una descolonización pacífica—, lo animó a través de una inclinación de cabeza a continuar.

—Quiero decir que en los últimos dos años hemos luchado contra el Polisario y no… bueno, no siempre ha ocurrido así.

—¡Por supuesto que no! ¿La situación se ha descontrolado de forma reciente! —explotó el general—. El primer atentado fue en 1973 y luego ha ido a más. Lo sabe mejor que yo. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Me refiero a que muchos de los que integran las filas rebeldes han servido antes bajo nuestras órdenes. El propio capitán De las Heras, aquí presente, tiene un caso cercano —le dedicó una mirada de soslayo—. Llevamos mucho aquí: conocemos a sus familias, poseen la nacionalidad española y en las ciudades sus hijos estudian en los mismos colegios que los nuestros. Debe de entender que estos tres últimos años nos ha costado luchar contra ellos; aun así hemos obedecido las órdenes y perseguido, detenido y abatido a los más violentos en defensa propia. Sin embargo, desde julio, cuando comprobamos el cambio en la situación, nuestros nuevos enemigos fueron los marroquíes, que sin llegar a declarar abiertamente la guerra se internaban en el territorio y atacaban a nuestras patrullas con bombas. Sus incursiones han sido constantes. Empezamos a enfrentarnos a ellos y, ante el enemigo común, los saharauis regresaron a nuestro bando. Ahora, con el Acuerdo de paz entre España, Marruecos y Mauritania que nos anuncia se nos exige que volvamos a la situación anterior: que abandonemos el territorio y que entreguemos a los marroquíes las ciudades con sus infraestructuras y habitantes incluidos. No se lo tome a mal, pero… ¿en serio los vamos a abandonar? ¿Permitiremos que las FAR entren y ocupen sin resistencia unas tierras en las que llevamos noventa años?

El resto permaneció callado y, en medio del nutrido grupo, el silencio adquirió una cualidad amenazadora. Parecidas palabras anidaban en el pensamiento de todos y comprendían su alcance. Llorente lo había expresado con corrección y respeto, midiendo las palabras, y a la vez sin artificios. Su mensaje estaba claro: una cosa era la flexibilidad y las maniobras políticas, que no eran de su competencia, y otra la dignidad nacional, el honor, el respeto a la palabra dada… Palabras sagradas para cualquier militar desde que realiza su juramento de bandera.

Y en eso, todos estaban hermanados.

El general Gómez de Salazar captó que la agitación subía de grados entre sus primeros espadas. Los asistentes se removían inquietos mientras apagaban un cigarrillo tras otro, taconeaban nerviosos o se vigilaban furtivamente. Y, a pesar de ser hombres de probada lealtad,

por su cabeza pasó la posibilidad de que se produjera un motín.

Sin saber ni siquiera por qué, miró de refilón a los dos soldados armados que custodiaban la puerta. Fusil en mano, sus caras no reflejaban emoción, si bien se preguntó si en caso de enfrentamiento tomarían partido. Descartó ese pensamiento: ¿un motín…? ¿En el Gobierno General del Sáhara? ¡No, aquello no era creíble!, pero…

Razonó que sus subordinados estaban acostumbrados a respetar las jerarquías pasara lo que pasara, de eso no había duda. Empero, la situación era estresante, anómala, y la mayoría se debatía entre la indignación y la obediencia. De algún modo, necesitaban desahogarse.

Él mismo se sentía así:

—Comparto su inquietud, Llorente —debía responderle y lo hizo serio—. Sin embargo, somos soldados. Debemos acatar las órdenes sin cuestionarlas. El gobierno de nuestra nación se enfrenta a un problema que ha de resolver. La disciplina nos afecta a todos, yo el primero; y aunque en ocasiones mi gorra militar me pide pasar a la acción, mi gorra política me dicta ser prudente y no dejarme llevar.

El coronel negó con la cabeza. A su lado, Carlos contenía la respiración. Había ido para relatar lo que había visto el día anterior y, sin saber cómo, se encontraba en medio de un cruce de reproches entre miembros del Alto Mando. No sabía cómo reaccionar. Su rostro estaba demudado ante lo que presenciaba, si bien compartía ciento por ciento las palabras de su superior:

—¿De verdad los saharauis son *un problema*? No estoy de acuerdo, mi general.

El máximo responsable civil y militar de la zona lo escrutó circunspecto. Instintivamente, casi sin pensarlo, volvió a depositar la vista en los soldados de la puerta:

—Eso he dicho. Interprételo como quiera.

Llorente estaba lanzado.

Su conciencia le instaba a finalizar el discurso:

—Quizá tenga razón. Quizá nuestros políticos piensen que hemos de librarnos de los problemas, pero yo creo que hay que afrontarlos, no escapar de ellos.

—¿Sí…? ¿Y qué haría usted?

—Existen salidas dignas: por ejemplo, congelar la situación. Para Hassan la presencia de tanta gente en la frontera supone un desgaste. Si no se dejase entrar a las FAR la situación se enquistaría, se podría pedir a la ONU que ejerciera la administración y, más adelante, se plantearía celebrar el referéndum de autodeterminación que piden. Para eso hemos trabajado y elaborado un censo. Era cuestión de tiempo: Marruecos hubiera tenido que negociar. Ahora ya no es posible.

Salazar le escuchó con creciente fastidio. El de infantería le estaba

soltando una perorata delante del resto de mandos y se sentía harto de tanta moralina. Necesitaba acabar con aquella confrontación y buscó una forma de desviar la atención.

Depositó su mirada en el paquete que tenía delante:

—Está bien, ya lo he escuchado. Volviendo a lo que me afecta, olvidaré el asunto de estas ridículas plumas. Todos conocen la realidad de los acontecimientos: nada ni nadie podrá llamar jamás cobarde ni a nosotros ni a ninguno de nuestros hombres. Comenzando por mí, y continuando por cada uno de los presentes en esta sala. Nuestro honor y orgullo están intactos. ¿O no es así?

—Desde luego, mi general. No dude de ello —aceptó Llorente. Varias caras a su alrededor le apuntaban ceñudas para que terminara de una vez. Rodriguez de Viguri, que antes lo había animado, también le indicó que lo dejara.

Pensaba que el honor era algo subjetivo, y podría ocurrir que un estamento lo mantuviera, sí, pero a costa de mancillar el de todo un país. No obstante, no era momento de semejantes cavilaciones: bastante lejos había ido. Guardó silencio.

—¡Pues recuérdenlo! —concluyó el gobernador dando por finalizado el debate—. ¿Están conmigo?

Después de ojearse entre ellos, las dudas se disiparon y un coro de voces —tibias unas, enfervorecidas otras— respondió al unísono para tranquilidad tanto de Salazar como de los observadores del gobierno, que habían asistido a la inesperada escena con el corazón encogido.

—Por supuesto, excelencia. No lo dude —respondieron.

—Está bien —ahora sí, finalizó—. Olvidémonos del asunto y que no salga de esta habitación. No contribuiría a nada. Centrémonos en lo urgente: las autoridades marroquíes llegarán a El Aaiún el veintitrés de noviembre. Un mes después, el veinte de diciembre, abandonará la ciudad la última compañía de la Legión y, para fin de año, deberán hacerlo los Nómadas. Los vapores Conde de Venadito y Plus Ultra están a nuestra disposición, las tropas desembarcarán en Las Palmas de Gran Canaria y desde ahí se distribuirán a la Península. Preparen la partida.

—¡A sus órdenes! —exclamaron como uno solo—. Así se hará.

Mientras los miembros del Estado Mayor del Sáhara abandonaban apesadumbrados el despacho del gobernador, cada uno cavilando acerca de lo acontecido, Llorente bajó la escalinata con Carlos. Lo agarró del brazo y le dirigió a una esquina del patio donde nadie pudiera escucharlos.

Hacía tiempo que tenía una conversación pendiente con él y, a la vista del cambio de planes, y que ese día parecía lanzado a decir todo lo que pensaba, no podía aguardar:

—¿Qué va a hacer ahora, capitán? —le soltó.

Carlos no entendió la pregunta y se zafó como pudo:

—El general Salazar nos acaba de ordenar que el personal de la ATN abandone la ciudad antes del treinta y uno de diciembre. Comunicaré la fecha a las tres Planas Mayores de Smara, Aurgub y aquí, en El Aaiún, así como a las diferentes bases avanzadas. Daré instrucciones para preparar la logística. ¿Se refiere a eso?

Llorente lo examinó. Lo que necesitaba transmitirle era doloroso, si bien había prometido a su padre tratarlo igual que a su propio hijo. Y justo eso era lo que iba a hacer:

—No, muchacho. No me refiero a eso —dijo bajando el volumen y adoptando un tono íntimo—: Se trata de algo más... personal.

—Me está preocupando. Por favor, explíquese —un sentimiento de zozobra e impaciencia se abría paso en su pensamiento.

—¿De verdad me va a obligar a decirlo? Me refiero a la saharaui con la que convive desde hace cinco años, ¿a qué si no? No han llegado a casarse a pesar de tener una hija. Aquí es muy irregular. Y, si no estoy equivocado, está embarazada de nuevo.

Carlos retrasó dos pasos. De pronto, la cercanía del que hasta entonces había sido su benefactor se le antojaba insoportable; necesitaba espacio para calibrar el alcance de la frase:

—Por supuesto. Todo el mundo en El Aaiún lo conoce. No nos ocultamos, nunca lo hemos hecho. Al contrario.

—¿Y bien? —insistió Llorente sin ceder un ápice ante el tono amargo y dolorido de las Heras.

—Por favor, mi coronel, no le entiendo.

—¡No se haga el inocente, capitán, sí que me entiende! Esto se termina, nos acaban de mandar empaquetar las cosas y regresar a nuestras guarniciones en Canarias o la península. Usted mismo ha escuchado las razones, ha estado ahí dentro; todo va a cambiar para nosotros, incluyéndole a usted, por mucho que desee evitarlo y ame esta tierra más que ninguno. Debe ser realista y mirar al futuro, pensar en su carrera, en lo mejor para ella.

Carlos seguía noqueado:

—¿Mi carrera…?

—¡Sí!, ¡su carrera en España! ¡Por Dios bendito! Ha cumplido treinta años y le queda mucho camino por delante. Su trabajo en África ha sido encomiable, todos lo reconocemos. Tanto antes, en Nómadas, cuando patrullaba por el desierto, como ahora en el Gobierno General; lo que ha hecho con el censo no se le había ocurrido a nadie antes. Incluso a la península han llegado historias de su valor. Y, para rematar, se ha hecho pasar por corresponsal de guerra y se ha infiltrado con éxito en medio de la Marcha Verde. Pocos pueden presumir de haber acumulado tanta experiencia en tan poco tiempo: ¡ahora debe recoger los frutos y buscar un destino a su altura! Está a

poco tiempo de alcanzar el grado de comandante, y después… quien sabe. Con su edad no sería difícil que llegue a general. ¿Lo entiende? Para eso, debe realizar sacrificios.

—*Sacrificios*… —Carlos silabeó mecánicamente. Tenía el estómago agarrotado, sentía presión en el tórax y un sudor frío recorría su espalda—. Empiezo a entender: se refiere a mi mujer, a mi hija… ¿Es eso?

—¡Por supuesto!, ¿a qué si no? Muchos hemos visto con malos ojos su relación, ya lo conoce, pero quitando aquella escapada de diez días a Villa Cisneros que le costó un tiempo de castigo en Cabrerizas, no nos hemos entrometido. Al menos, no oficialmente. No son muchos, pero el suyo no ha sido el único caso de relaciones entre españoles e indígenas. Aunque debe comprender que en estos momentos la situación es diferente: usted es oficial, trabaja en el Estado Mayor del Sector y el hermano de esa mujer, ese Ahmed Messaud, es uno de los jefes de la guerrilla polisaria —Carlos arqueó las cejas y lo observó circunspecto, sin saber si interrumpirle—. ¿O creía que no lo sabía? —la voz del coronel se endureció—: Incluso tengo cumplida información de que visita su casa ocasionalmente; cuando usted no está. Dado el caso, alguien podría acusar a su mujer de espionaje. No lo descarte. Aquí le apreciamos, le valoramos, pero nadie lo verá igual cuando regrese a la península.

Ahora sí, se sintió tremendamente disgustado. Lo sospechaba y, ahora, acababa de recibir confirmación: Ahmed visitaba a Zayna cuando él se ausentaba. Trató de no mostrar reacción alguna, pero se sintió traicionado por la falta de confianza de su pareja: ella no se lo había contado.

Ajeno a su incomodidad, Llorente continuó:

—No se preocupe. Sabemos que su mujer no colabora con el Polisario, el SIBE ya se ha encargado de verificar eso, pero deben ser más prudentes. Sea como sea, si se decide a seguir adelante, yo no lo impediré; pero, si me permite el consejo, además de por las consecuencias que pueda tener en su carrera, en España no serán felices. La sociedad no está aún preparada. Los marroquíes estarán aquí en cuestión de días, hablaremos con ellos y las pondrán bajo su protección. Ambas estarán custodiadas y a salvo, cosa que no podemos asegurar a los demás —Llorente se dio cuenta que la duda anidaba en Carlos e insistió—: Es decisión suya. No le presionaré más, aunque sí le pido una cosa: hable con su familia, desahóguese. De vez en cuando charlo con su padre y sé que han roto el contacto. Eso me apena. Con nuestra marcha se acaba un estilo de vida y debemos adaptarnos —remató su discurso—: Además, si de verdad sigue enamorado, cuando la situación se estabilice podrá regresar y llevarlas con usted. Pero no ahora, no en este momento.

Carlos lo contempló abatido. Sospechaba que era la voz de su padre quien hablaba por boca del coronel, si bien la arenga acababa de sembrar un interrogante en su interior.

—Entiendo, mi coronel. Lo haré: lo discutiré con mis padres y tomaré una decisión. Sólo puedo prometerle eso.

***

Mientras los preparativos para la retirada de los diferentes cuerpos se ponían en marcha, Carlos luchó durante días contra su conciencia. Aquella ignominiosa palabra había anidado en su mente como la larva putrefacta de un insecto y martilleaba su cerebro sin que pudiera evitarlo: «Sacrificios, sacrificios…».

Al desconsuelo que sentía por abandonar la tierra en la que había pasado diez maravillosos años se sumaba la decisión de dejar atrás a Zayna. En los últimos meses la educación de su hija, los conflictos políticos, los atentados, las manifestaciones diarias de El Aaiún y ahora el conocimiento de las visitas furtivas de su hermanastro habían socavado su relación, era cierto, aunque hacía falta más que la petición de su superior para traicionar a la mujer de su vida. A su mente acudieron las palabras del teniente Salzillo en la fiesta del casino, preguntándole si prefería la compañía de los árabes a la suya, y cómo los demás habían observado sin pestañear. También las miradas de disimulado rechazo que debía soportar cuando paseaba con Zayna.

El coronel, sus padres, sus compañeros… el universo parecía alinearse contra ellos.

El germen de la duda se había instalado en su cabeza y esa misma tarde telefoneó a su casa, en Sevilla.

Hacía tres años que no hablaba con ellos y la conversación no resultó afable. Inflexible, su madre le comunicó que no aceptarían a Zayna en su familia y que debía decidir:

—Pero mamá, ¿qué dices? —exclamó apesadumbrado. Se sentía un miserable por valorar seriamente esa posibilidad —. ¡Es mi mujer! ¿Cómo pretendes que la abandone?

Al otro lado de la línea, el tono de doña Rosa se escuchaba rotundo. De origen castellano, al modo de los hidalgos solariegos se preocupaba más por conservar la apariencia de las cosas que por la realidad de estas. Con una posición económica poco boyante veía en la carrera militar de su hijo la solución a sus problemas. Su marido había gozado de buen nombre y fama entre los estamentos militares tras la guerra, pero incapacitado para el servicio desde hacía años su pensión no daba para lujos y su apellido constituía su único patrimonio.

Y, para mantenerlo, no debía presentar máculas.

De esa forma, en lugar de ablandarse ante el regreso de su hijo, su

posición se volvió más intransigente. Pareciera disfrutar del placer de la venganza, haciéndole pagar por el error de haberse enamorado de quien no debía:

—Lo sé —su tono era inflexible—. De todas formas, te recuerdo que no es tu esposa. No estáis casados.

Carlos no podía creer lo que escuchaba:

—¡¿Que no estamos…?! ¿Tú también con eso? ¡Sabes de sobra por qué no nos hemos casado! Zayna es musulmana y yo cristiano, y ninguno hemos querido renunciar a nuestra fe. ¿Acaso eso es malo? Somos padres de una hija y estar o no bendecidos es lo de menos. Incluso el padre Rafael Álvarez, de la Prefectura, lo ha acabado entendiendo.

—No conozco a ese páter, pero ni tu padre ni yo lo vemos de ese modo. Ni casi nadie por aquí. Cuando regreses a Jaén y te olvides de esas… *costumbres africanas*, descubrirás que has vivido un sueño indecente del que debes despertar.

—¿Zayna y mi hija de cinco años son un sueño para vosotros? ¿Un sueño *indecente*? —Su voz temblaba de ira—. Mamá: ¡es tu nieta! Y en todo este tiempo ni siquiera has preguntado por ella. ¿Cómo puedes actuar así?

—Escúchame, hijo. No te alteres y mantente sereno. Con tu regreso se te abre una brillante carrera por delante; tu padre ha hablado con el general Merry Gordon, a quien acaban de nombrar capitán general de la II Región Militar. Es una excelente persona. Ya había llegado a sus oídos tu historia con esa saharaui y la labor subversiva a la que se dedica su hermano, pero debe un favor a tu padre y está dispuesto a que sirvas con él en Sevilla. Aun así, necesita confiar en tu lealtad y no quiere que cargues con ninguna mochila que luego se convierta en un problema para él. Eres joven, con talento y si somos discretos no tardarás en conocer a una española de buena familia. Yo me encargaré. ¿Realmente vas a renunciar a ello?

Carlos no podía creer lo que oía. Su corazón se estremecía ante los prejuicios, el desprecio y la humillación que suponían esas palabras. Más proviniendo de su misma madre. Sin embargo, algo lo atenazaba e impedía colgar el teléfono.

Siguió aguantando el innoble sermón:

—Dios mío, mamá. Está embarazada de nuevo. ¿Acaso no os importa?

—¡No te preocupes por tu mu…! —Doña Rosa se interrumpió, como si la palabra a punto de salir de su boca constituyera un grave sacrilegio. Rectificó—: por *esa mujer*. Estará bien. Cuidaremos de ella, te lo aseguro. Le mandaremos dinero y pronto se amancebará con alguien de su ralea. Son promiscuos, Carlos, los musulmanes pueden divorciarse si quieren y en vuestro caso ni siquiera será necesario: no

hay papeles por en medio. Has de entrar en razón. Tu padre ha hablado con el coronel Llorente; te conoce, te aprecia igual que a un hijo y piensa lo mismo que nosotros. Cree que no has de sacrificar el futuro por un irreflexivo acto de juventud. Nos ha explicado que la vida en África es difícil, que sufrís penalidades que nosotros no entendemos y que la soledad es difícil de sobrellevar. Yo no comparto sus justificaciones, la debilidad de la carne solo es una excusa para los voluptuosos, pero así sois los hombres: os cubrís, tapáis vuestras vergüenzas y bajas pasiones entre vosotros. Sea como sea, tu capricho juvenil se ha alargado demasiado. Compórtate como un hombre y rompe esos lazos indecorosos. Son indignos de un De las Heras, y más aún de un Fortún. ¿O no te importa lo que digan de nosotros?

Con aquella frase, su madre se arrancaba la careta. ¿Velaba por el prestigio de su hijo o lo hacía por esa reputación que tanto la obsesionaba?

Ante la falta de respuesta calló, a la espera de que el pensamiento calara en su cerebro.

Envalentonada, buscó una frase que zanjara la conversación:

—Todos te apoyaremos si lo haces. Pero si vuelves acompañado de ella —advirtió—, no te queremos: busca un destino alejado de Andalucía y no regreses a casa. Habrás muerto para nosotros y para nuestros conocidos. Tú eliges.

A Carlos le invadió la perplejidad.

Estaba atónito, ultrajado ante tamaño chantaje:

—Dios mío, mamá ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Y papá, qué piensa él? —dijo en un último esfuerzo.

—Piensa igual, hijo —inamovible, su tono seguía igual de agrio que al principio—. No lo dudes más. Te queremos, deseamos que vuelvas, pero que lo hagas solo. Te lo he expresado con absoluta claridad: ahora, actúa en consecuencia.

Carlos apenas podía tragar por la sequedad que experimentaba. Su cabeza estaba embotada por la arenga de su madre y, en su espíritu, algo se había roto para siempre. Aquella palabra maldita retumbaba en su cerebro: «*Sacrificios, sacrificios*…». No lograba apartarla. Se sentía sucio, abyecto por haber atendido aquellas mendacidades hasta el final. Su valentía, ¡su honor!, sus altos ideales, su arrojo a lo largo de aquellos años no bastaban para escupir a la cara del ser que le había insuflado la vida el desprecio que suponían sus palabras racistas.

Por fin, abatido, avergonzado, accedió:

—Está bien. Déjame pensarlo. Os llamaré.

Doña Rosa, al otro lado, respiró complacida.

Sabía que había ganado la batalla.

***

Después de reflexionar durante la mañana en el cuartel, Carlos regresó a su casa a eso de las ocho. El cielo había abierto de par en par sus ventanales y una lluvia torrencial anegaba la ciudad. El agua se deslizaba en grandes cantidades por calles y aceras, haciéndolas intransitables, y las casas de adobe, más endebles que el resto, parecían a punto de diluirse cual azucarillos, como augurio de lo que ocurriría una vez se produjera la retirada de los españoles. La lluvia hacía que el plomizo cielo gris no se distinguiera y una luz suave, lechosa, de tintes anaranjados, lo envolvía todo.

Carlos entró. Zayna terminaba de embalar la última de las maletas. El piso se veía recogido y aunque fruto de la tensión de esos días la muchacha ofrecía un semblante contraído, al verle se le iluminó su redonda cara aceituna. Su piel seguía siendo tan suave como la primera vez que la había acariciado, si bien una incipiente arruga se adivinaba en la comisura del párpado.

Luzmila jugaba distraída en la habitación contigua. Al oír sus pasos se levantó, con trotecillo inestable corrió alborozada a abrazarlo:

—¡Pa-pá…! —dijo con lengua de trapo.

Para decepción de la niña, Carlos no la cogió en brazos y apenas rozó con su mano su pelo encrespado.

Al acercarse a abrazarlo, también Zayna percibió que algo ocurría:

—¿Qué ocurre, *habibi* [45]*? El barco parte en dos días y lo tengo todo embalado. ¿Has hablado con tus padres? ¿Se lo has explicado?

La mirada huidiza y taciturna de su marido la alertaron de lo peor. El vello de su nuca se erizó y una vaga sensación de orfandad se apoderó de cada poro de su piel.

Su cuerpo anticipaba el peligro.

—Eh… sí. He hablado con ellos —esquivo, no se atrevía a mirarla.

—¿Entonces?, ¿qué han dicho? ¿No se alegran de que vuelvas? —De pronto, su intuición femenina le hizo sospechar lo que sucedía— ¿O acaso es por nosotras? ¡Contesta! —Aterrada, su corazón comenzaba a latir más deprisa—. ¿Somos nosotras?, ¿es eso?

Durante unos segundos eternos, Carlos luchó desesperado contra sus impulsos.

Aún la amaba, y de la decisión que tomara en ese instante variaría el rumbo de su vida.

Finalmente, la cabeza ganó la partida:

—Escucha, Zayna. Mis padres creen que es mejor que yo regrese primero y, cuando todo se tranquilice, y me haya instalado, lo hagáis vosotras —mintió—. No será definitivo.

—¿Instalado? ¿Qué significa?

—Me refiero a cuando los asuntos estén en orden. El gobierno

español y el marroquí lo tienen todo pensado, no van a abandonar a nadie y solo necesitan tiempo para organizarse. —Las falsedades se atropellaban una tras otra en su boca—: Serán unos meses, un año como mucho.

—¡Un año! —exclamó Zayna— ¿Y Luzmila?, ¿y mi embarazo? No puedo esperar tanto. ¿Quién cuidará de nosotras? ¿Dónde viviremos?

—No te preocupes. El coronel Llorente me ha asegurado que solicitará una protección especial para vosotras. Además, te encuentras entre tu gente, tus primas Lamya y Nahid residen aquí y te cuidarán. Y tu hermanastro Ahmed sabrá protegeros.

Zayna no daba crédito a sus palabras:

—¿*Mi gente*…? ¿Qué quieres decir con eso? Nunca te he oído utilizar esa expresión. ¡No puedo creerlo!: siempre has dicho que todos somos iguales, que ninguna diferencia existe entre nosotros.

Carlos se sentía acorralado. Con cada frase que brotaba de sus labios se sentía más ruin y miserable. Incapaz de reaccionar, sus actos le arrastraban hacia un infierno cuya agonía ni siquiera barruntaba. Una voz que se mofaba de su impotencia, de sus ideales perdidos, que le cargaba con los grilletes de una tribulación que siempre le acompañaría.

Como una bilis espesa y negruzca, la ponzoña se extendía por sus entrañas y subía en forma de palabras hasta asomar por la garganta:

—¡No quiere decir nada! ¿O crees que para mí es fácil? Soy un soldado, debo acatar las órdenes. Ya te lo he explicado: las tropas están embarcando. Aunque no queramos, debemos entregar la ciudad a la Gendarmería marroquí y los próximos meses no serán fáciles. Buscaré el mejor destino posible en Andalucía, Madrid o Valencia y regresaré a por vosotras; lo entiendas o no, es lo mejor.

Zayna lo examinó con una mueca de perplejidad.

Ya no lo conocía. Su inocencia y su confianza se habían roto y de su boca no salió ni un lamento. No lo merecía. A ella tampoco le gustaba la idea de abandonar su tierra y emigrar a España, pero ni por un momento hubiera esperado que su *habibi* se comportara de semejante forma. Fue consciente de que el mundo se derrumbaba a su alrededor y de que todo lo que la parecía firme y seguro hasta ese momento, ya no lo era.

En su dormitorio, contiguo al suyo, su hija Luzmila escuchaba sin que lo sospecharan. Y aún sin entender bien lo que sucedía, arrancó a llorar en silencio.

Esa noche hicieron el amor. Zayna se dejó hacer y la pasión de sus cuerpos acalló los reproches que su boca no se atrevía a proferir. Un escalofrío la recorrió, como si supiera que aquella sería la última vez que nadie surcara su intimidad y quisiera retener el olor y el sabor de cada centímetro de piel de su amado.

En la penumbra de la habitación, Carlos la abrazó con fuerza. Sus piernas se enroscaban como serpientes alrededor de las suyas y la poseyó con especial intensidad. Su silueta recordaba a una diosa de ébano.

Se arrepentía de la dureza con que la había comunicado su decisión y ver su cuerpo firme y terso, rendido a su lado, le hizo dudar.

Buscó justificarse:

—No estés triste —murmuró en su oído—. Pronto estaremos juntos de nuevo.

Zayna se giró hacia él y le miró con una mezcla de bondad y sabiduría ancestral.

Sus ojos se veían cargados de cordura:

—Calla, no sigas. No es necesario.

Absurdo, Carlos insistió. Deseaba limpiar su conciencia:

—¡Es cierto! Confía… confía en mí —un sollozo ahogado le impidió continuar. Le acababa de prometer que en pocos meses estarían juntos de nuevo, si bien aquel juramento, en medio de lo que iba a convertirse en un cruento conflicto entre saharauis y marroquíes, era un castillo en el aire, una muestra de suprema cobardía. Y ambos lo sabían.

Zayna, generosa, rozó sus labios con los suyos, impidiéndole continuar. No quería que se humillara, ni que la humillara a ella usando estériles argumentos:

—Shhh…—susurró acariciándole los cabellos— Shhh...

No lo merecían. Su maravillosa historia de amor a lo largo de esos años, sus renuncias, sus sacrificios…, no merecían ese final. Ocurriera lo que ocurriera no estaba dispuesta a arruinar los imborrables recuerdos. Ansiaba creer en sus palabras. Lo deseaba como ninguna otra cosa en el mundo; nada la haría más feliz. Sin embargo, se sentía traicionada. En el fondo de su conciencia sabía que se despedía de su amante, de su amigo, del padre dulce y amoroso, de la persona que le había enseñado a pensar de una forma que jamás hubiera creído posible. Ya no era ninguna jovencita asustadiza, todo lo contrario. Junto a él había madurado, mejorado y crecido. Y, lo más importante: la había hecho madre. Ahora desconocía qué rumbo tomaría su vida y su corazón se encogió al pensar en las dificultades que se presentaban por delante.

***

Tras unas horas de sueño, Carlos se levantó con las primeras luces del alba. El cielo continuaba con el tinte anaranjado y plomizo de la tarde anterior, si bien la lluvia había cesado. Debía presentarse a primera hora en el Gobierno General y organizar las patrullas. Habían aumentado los incidentes y el coronel le había pedido que ese día

coordinara las unidades diseminadas por los cruces más neurálgicos; no quería que nadie con el gatillo fácil causase enfrentamientos.

Se levantó sin hacer ruido. Recogió su ropa que descansaba en la silla y salió, intentando no molestarla. Cuando se hubo vestido, la contempló pensativo desde la puerta, con la mano apoyada en el marco. Parecía dormida. Dudó si despertarla, aunque finalmente optó por no hacerlo. ¿Para qué? La noche anterior ya se habían dicho todo. En todo caso, el barco no partiría hasta el día siguiente y esa noche podrían despedirse por última vez. A pesar de sentirse un miserable, buscó acallar sus remordimientos recordando que el coronel Llorente había prometido reunirse con la Gendarmería marroquí —que ahora ocupaba el antiguo cuartel Don Juan de Austria— para asegurarse que Zayna y Luzmila quedaran custodiadas. Además de por el rango, y la camaradería que eso generaba, una considerable cantidad de dinero cambiaría de manos para engrasar el acuerdo.

Desde la cama, Zayna fingió dormir. Llevaba despierta largo rato, pero tampoco a ella le apetecía hablar y apretó los párpados rezando por que no se acercara y la descubriera. Todo había sido dicho y, a diferencia de antaño, en que lo acompañaba melosa con besos y abrazos hasta llegar al dintel de la puerta, no se sintió con fuerzas para despedirlo.

Sería la última vez que se vieran.

***

Cuando las cosas cambian, lo hacen con rapidez, y a lo largo de su postrer guardia, y mientras el capitán De las Heras se debatía en un mar de remordimientos, las horas se sucedieron frenéticas.

Durante la mañana se desplazó como enlace entre un puesto y otro. Su tarea era coordinar puntos clave, recopilar información sensible y transmitir instrucciones. Su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas, pero los sucesos apenas le daban tiempo de pensar. La situación era dramática: los vehículos de los saharauis, abarrotados, abandonaban de forma precipitada la ciudad y las familias que no disponían de medio de transporte —la mayoría— salían en oleadas en dirección al desierto, cargando a cuestas sus pertenencias en fardos atados a las espaldas. Abatidos, desesperanzados, asustados de verse sin nada, dejaban atrás la vida que pensaban que ya siempre gozarían.

Poco a poco, El Aaiún, la capital del Sáhara Español, quedaba sin vida.

Por la tarde, tras un breve descanso en el cuartel, se dirigió a su puesto de guardia: a esa hora tenía encomendada específicamente la misión de custodiar el perímetro que conducía a la pista de Smara, uno de los más conflictivos. Se trataba de una zona vigilada por centinelas con orden de disparar, donde nadie debía salir ni entrar sin

un salvoconducto firmado. Hacia allí se encaminó. Supuso que se había recibido información acerca de que la guerrilla atacaría aquel punto —«Quesada, o alguno de sus agentes», dedujo— y Llorente quería uno de sus hombres de confianza en el lugar. Recordó al agente del SIBE con el que coincidiera en Tarfaya; pese a su frialdad, le había parecido un excelente profesional. Siempre, más en esos momentos, las precisas informaciones que se recibían del servicio de contraespionaje resultaban fundamentales.

Cerca de las ocho, cuando las sombras comenzaban a descender, se les acercó un destartalado coche. No parecía sospechoso, si bien tenían órdenes de registrar todos los vehículos y Carlos se acercó a la ventanilla para comprobar el interior. Era una comprobación rutinaria, mas, por si acaso, un cabo lo acompañaba con el dedo en el gatillo del fusil, presto a disparar al menor contratiempo.

Al asomar la cabeza para identificar a los ocupantes su asombro fue mayúsculo: en el asiento trasero, vestido con chilaba, se sentaba el legionario Carazo. Además del conductor, lo acompañaban dos españoles a los que recordaba de su misma Bandera. Vestían de similar guisa y atisbaban expectantes su reacción.

Por un momento, pensó que su cabeza le jugaba una mala pasada.

Quedó desconcertado:

—¿Qué significa esto, Carazo? ¿Dónde vais? —dijo asombrado ante las vestimentas—. ¿No sabéis que el toque de queda sigue vigente?

Desde que habían regresado de Tarfaya, seis semanas atrás, no lo veía. El helicóptero de regreso los dejó en la Base Santiago y él, Mahdi y Toro se despidieron con un fuerte abrazo. Se sentían orgullosos de haber recopilado tanta información y, a pesar de que al día siguiente las miles de personas abandonaron progresivamente la zona minada y su tarea se reveló innecesaria, recibieron gran número de felicitaciones. Después, cada uno regresó a sus respectivas unidades y con los preparativos de la Operación Golondrina en marcha, no volvieron a coincidir. Hasta ese momento.

—Es sencillo, mi capitán —respondió *Toro* tranquilo—: me marcho de El Aaiún. He presentado mi renuncia al Tercio y no me ata obediencia ni disciplina a nadie. No regresaré a España.

—¿Qué? ¿Estás loco? —respondió atónito—. ¿Por qué?

—Lo que ha oído. Llevo viviendo con los saharauis veinticinco años, quince más que usted, no lo olvide; combatiendo, sufriendo y patrullando junto a ellos. Y llegados a este momento no pienso abandonarlos sin hacer nada. Cuanto más dura es la vida, mejor forja el carácter de los hombres, ellos son el ejemplo. No es una frase hecha, es la verdad: usted me lo enseñó. Es mi turno de demostrarlo.

Carlos seguía sin entender. La vena de su cuello palpitaba por la tirantez del encuentro:

—¿De qué diablos hablas? Me estás preocupando.

—Es sencillo. Tengo cincuenta años, la mayor parte de mi vida ha transcurrido y sé que cuando nos larguemos sucederán muchas cosas. El otro día lo observé en Tarfaya con mis propios ojos: aquello me hizo reflexionar, y desde entonces le doy vueltas. Mi conciencia me impide abandonar a esta gente a su suerte. Sabe igual que yo lo que sucede según dejamos las posiciones.

—Sí, he escuchado algunos sucesos que...

El legionario lo interrumpió. No esperaba encontrarse con nadie en su escapada furtiva, menos con el meharista, del que no había querido despedirse para que no le hiciera mudar de opinión. Ahora, el encuentro le generaba incomodidad pero a la vez oportunidad de explicarse.

Descendió del vehículo y se encaró con él:

—¿*Sucesos*…? ¡Son más que eso! En Daora nuestras tropas han destrozado el acuartelamiento, quemado los muebles de la dependencia antes que traspasárselos de forma voluntaria a la Gendarmería: tan solo han quedado en pie las paredes. Entre el humo, han arriado nuestra bandera. ¡Hasta el mástil han quemado para que los marroquíes no izaran la suya! Únicamente así han dado salida a su frustración —indignado, continuó—: en Villa Cisneros también ha habido enfrentamientos. No me mire así: trabaja en el Gobierno General, estoy seguro de que dispone de más información de la que afirma conocer. Oficiales españoles, ¡compañeros nuestros!, han entrado en el casino y lanzado gritos a favor de la independencia del Sáhara a la cara de los soldados marroquíes que lo acababan de ocupar. Ambos bandos han sacado sus armas reglamentarias y cerca han estado de pasar a mayores. Y en El Aaiún, un suboficial de mi Tercio, el Alejandro Farnesio, ha sido detenido con explosivos. Se trataba de un amigo mío, alguien a quien aprecio, en quien confío: ¡y quería hacer volar el cuartel general de las FAR! Otros del Regimiento de Ingenieros han pretendido explosionar el Parador de turismo con botellas de butano; casi lo consiguen. ¿No son suficientes ejemplos para conocer el sentimiento de la tropa ?

—Sí, pero no lo han logrado. Ninguno de ellos: nadie dijo que la partida sería fácil —el capitán trataba inútilmente de justificar aquellas situaciones. El frustrado intento de hacer estallar el Parador el día treinta de noviembre, con oficiales marroquíes dentro, había sido sonado. Mucho. Afortunadamente —tal vez porque demasiada gente estaba en el complot o tal vez por avisar a los españoles que todavía se alojaban para que no salieran heridos—, fue desarticulado en los últimos instantes.

Carazo negó vigorosamente:

—¡No, no! Es peor que eso. Mucho peor. ¿Acaso no lo ve? La

situación está descontrolada. Llegan millares de personas de Fez, de Casablanca, de Rabat… Después de la Marcha Verde no abandonaron la frontera a sabiendas de lo que ocurriría. Nos hemos dejado engañar. Ante la dejadez de sus autoridades ocupan casas por la fuerza, desvalijan las tiendas y realizan desmanes. No podemos permanecer impasibles, y unos cuantos hemos decidido hacer lo que esté en nuestras manos para evitarlo. Si vivimos para contarlo, cuando las aguas vuelvan a su cauce regresaremos a España. O buscaremos refugio aquí, ya veremos. Hasta entonces haremos lo que nuestra conciencia nos dicte, sin comprometer al ejército con nuestras acciones.

Carlos sabía que todo era cierto, que las cientos de historias de atropellos que se extendían como regueros de pólvora habían provocado deserciones. Los soldados de reemplazo y parte de los suboficiales lo único que deseaban era salir de allí, pero para los veteranos la situación era diferente y los nervios no eran fáciles de controlar. Era mucho lo que dejaban atrás: camaradas enterrados, amigos, novias; gente a la que apreciaban, en definitiva.

La sorpresa de encontrarse de frente con conocidos suyos que desertaban le descolocó y puso frente a un espejo. Aún con la brisa del atardecer empapándole el rostro, sintió que le faltaba el aire. «¡*Toro*!, precisamente *Toro*…», aún no podía creerlo.

No obstante, a pesar de la íntima simpatía que le despertaba su gesta, si algo sabía es que era un oficial y no podía permitirles cruzar el control.

Su tono se hizo grave:

—Es posible que tengas razón. Ninguno esperábamos este final y la situación nos supera. No lo niego. Sin embargo, mis órdenes son claras: no portáis salvoconducto y no podéis pasar.

Toro aparcó su anterior flema y estalló iracundo ante su incomprensión:

—¿Qué? ¡No me toques los cojones, capitán! —gritó tuteándole. Ante su envite, retrocedió unos pasos—. Conoces a estas gentes igual o mejor que yo. ¡Estás casado con una de ellos, maldita sea! ¡Tienes una hija medio árabe! ¡Y otro u otra en camino! ¿Es que te has olvidado de lo que hemos vivido a su lado?, ¿de lo que nos han enseñado…? ¿Acaso vas a traicionarles ahora?

—No, por supuesto que no. Los sigo admirando.

—¡Pues déjate de órdenes absurdas y permítenos pasar! O, ¡mejor aún! —dijo de pronto, como si se le acabara de ocurrir una idea que lo salvaría todo—: ¡Súbete al coche! ¡Únete a nosotros! Un ejemplo como el tuyo será tremendamente valioso. Es lo que siempre has deseado. La gente te respeta y muchos seguirían tus pasos.

—¿Qué? —contestó estupefacto—. ¿Te has vuelto loco?, ¿unirme a

vosotros?, ¿qué pretendes?

Toro mantuvo una mirada pétrea y desafiante. Más allá de su aparente seguridad, Carlos percibió un ligerísimo temblor en su mano izquierda. Al fin y al cabo, el paso que estaban dando ponía en peligro sus vidas. Adivinando que lo había notado, ocultó la mano detrás de su espalda; no le gustaba mostrar señales de flaqueza.

Observando sus ojos de férrea determinación, el capitán entendió que no lo convencería por mucho que insistiese. Y él, por su lado, tampoco iba a abandonarlo todo llevado por un arrebato.

—Ayudar, capitán, ¡solo ayudar! —replicó *Toro*—. Dejarnos llevar por nuestros sentimientos, eso hacemos. ¿Tan mal te parece?

—Claro que no, me conoces de sobra. En estos momentos, mi vida se está viniendo abajo, y ya no sé lo que está bien ni lo que está mal. Pero eso no significa que pueda abandonarlo todo e ir con vosotros. Es… es tarde para mí.

Toro quedó decepcionado:

—Está bien, haz lo que quieras. Será tu conciencia la que te juzgue, pero nosotros continuamos. Vamos armados y si no nos dejáis pasar, tendréis que detenernos por la fuerza.

—Por favor… no me obligues.

—¡No! Y si de verdad estás dispuesto ¡hazlo tú mismo! Dispárame un tiro: ese será el único modo de pararme. ¡Adelante! ¡Hazlo! —y se giró, ofreciendo su espalda en una invitación a que le disparara.

Carlos contempló el teatral visaje sin saber reaccionar. Su arrojo le hizo entender que iba definitivamente en serio.

No le hizo falta más para comprender que no iba a ordenar disparar a nadie a sangre fría; menos, a ninguno de esos valientes.

—¿Estáis seguros del paso? —preguntó dirigiéndose a los otros tres. Quería asegurarse de que no actuaban coaccionados—. ¿Todos?

Uno de ellos, el más joven, de alrededor de veinticinco años, contestó por los demás:

—Lo estamos.

Los otros dos asintieron sin vacilar, refrendando las palabras de su compañero.

Carazo sonrió, orgulloso de su reacción. Se adelantó de nuevo:

—Ya te lo he dicho. Nunca en nuestras vidas hemos estado más convencidos. Esto es más grande que tú, que yo, que nosotros, y deseamos formar parte —relajó el tono—: Si no quieres acompañarnos lo entiendo, déjanos pasar y olvídate de que nos has visto.

—No. Así no podéis iros. ¡Esperad aquí! —exclamó Carlos.

Para extrañeza de todos, el capitán se dio la vuelta y llevado por un impulso se dirigió a grandes zancadas hasta el furgón, aparcado al lado del control. Apartó la lona trasera, saltó dentro y, veloz, comenzó a apilar latas de gasolina, agua, mantas para el frío de la noche y latas

de provisiones. No eran demasiadas, aunque sí suficientes para algunos días de viaje.

El sargento, el cabo y los soldados del retén observaron dubitativos:

—¿Qué miráis, pasmarotes? —les increpó—. Vamos, ¡ayudadme!

Comprendiendo sus intenciones, los cuatro militares depositaron sus armas en el suelo. Tampoco ellos estaban dispuestos a enfrentarse con sus compañeros e, imitando a su oficial, fueron tendiendo a los legionarios las vituallas.

Ante el gesto, un sentimiento de camaradería recorrió a ambos grupos. Nómadas y legías por fin hermanados.

—Por si os sirve —dijo Carlos afectado—: Es todo lo que tenemos. Lleváoslo.

A su lado, *Toro* y los demás introdujeron los suministros hasta llenar el maletero. Rebosaba. Al acabar, dio a su compañero y amigo un sentido abrazo. El resto del grupo los imitó y se despidieron efusivamente. Se deseaban lo mejor y una emoción muy especial recorrió a todos y cada uno de ellos. Se diría que fueran marineros que partieran a surcar los mares, a descubrir tierras ignotas y que, a la vista de los peligros que presentían, se saludaran por última vez.

—Gracias, capitán —*Toro* se introdujo en la parte trasera del coche. Con el maletero y los asientos hasta los topes su corpachón apenas cabía en el habitáculo—. ¡Por todo! Cuando vuelvas a España, no te olvides de contar al que te escuche que no fuimos traidores. Todo lo contrario: que aunque no volvamos a llevar el uniforme seguimos siendo soldados, con la diferencia de que ahora luchamos al lado de los que lo necesitan. Y suerte para ti, presiento que la necesitarás. Incluso más que yo. ¿Volveremos a vernos?

Carlos se sentía embargado por la emoción:

—No lo sé, lo que sí sé que este enorme arenal al final te ha enganchado a ti.

El recién licenciado sargento lo miró de forma interrogativa. El tiempo apremiaba, su contacto esperaba en la carretera que conducía a Smara y debían apresurarse:

—¿Qué…?

—¿No lo recuerdas? Eso me dijiste cuando llegué al Sáhara, después de nuestra travesía por el desierto de tres semanas. Fue la última noche, antes de entrar en Villa Cisneros, mientras contemplábamos las estrellas: que no entendías cómo podía enamorarme este arenal.

Desde la trasera *Toro* sonrió nostálgico:

—¡Ahh…! Es verdad, ahora me acuerdo. Me parecías un iluso romántico en aquel tiempo.

—Lo sigo siendo.

—Quizá, la diferencia es que al final el desierto ha marcado su impronta en mí. Y estoy dispuesto a jugarme la vida por él, por sus

gentes. A cambio, a ti te ha enseñado su dureza y sus contradicciones. De algún modo, ambos hemos cambiado.

—Sí, es cierto...

El recuerdo del comportamiento vil y miserable con Zayna empañó de pronto los pensamientos de Carlos y las lágrimas estuvieron a punto de rodar por su rostro. A la vista del ejemplo de Carazo realmente se sentía tentado de cambiar de opinión y apretujarse en el coche. Con ellos, en busca de los que siempre había sentido como verdaderos hermanos. Tragó saliva: ¿y si estaba a tiempo de cambiar su destino, recoger a su mujer y a su hija, escapar al desierto y seguir los impulsos de su corazón?

La tentación era grande…

—¡Espera, *Toro*!

El otro se detuvo:

—¿Qué?

Las palabras estuvieron a punto de brotar salvadoras de sus labios pero, finalmente, derrotado, sin ser capaz de reunir el coraje, se limitó a exhalar un suspiró de resignación:

—No, nada… que tengáis cuidado.

—Lo haremos, no te preocupes.

No era prudente alargar la despedida, y aunque seguía sintiéndose tentado de acompañarlos, se limitó a realizar un gesto con la mano para que levantaran la barrera y los dejaran pasar. Los soldados obedecieron y el destartalado Citroën, que lucía la matrícula SH del Sáhara, se alejó lento, mayestático, con las luces apagadas para evitar nuevos encontronazos.

«Adiós, *Toro* —caviló meditabundo—. Haz lo que desearía hacer yo de atesorar una pequeña parte de tu valor. Te echaré de menos».

Carlos y el resto de soldados del retén se miraron apesadumbrados por la partida de sus camaradas. De algún modo, no solo a él, a todos les hubiera gustado imitarlos. No eran los primeros que desertaban para unirse a los saharauis. Se decía que había pasado lo mismo en Villa Cisneros, en Güera, en Echedería… hasta en el propio El Aaiún. Era difícil discernir si se trataba de rumores o de filtraciones interesadas; en todo caso se sintió triste de que el legionario, un referente para él desde el día que llegó a África, combatiente de los sucesos de Sidi Ifni de 1958, se hubiera visto forzado a tomar esa drástica decisión.

***

Por fin, con la llegada de la noche, el movimiento de coches y de personas disminuyó. Hacía frío y el silencio reinaba en los barrios. El cielo estaba iluminado por los destellos de las estrellas y la luna llena contribuía a señalar con su claridad el paso de los contados

transeúntes que se aventuraban a asomarse tras el toque de queda.

Eran cerca de las dos de la madrugada y, a diferencia de antaño, en que las conversaciones fluían en las guardias con naturalidad, el sargento, el cabo y los soldados de la patrulla se sentían tan taciturnos como él. Todavía con el recuerdo de Toro y los otros valientes en la mente, cada uno se hallaba ensimismado con sus pensamientos acerca de cómo cambiarían sus vidas cuando regresaran a la península. En su caso, su turno había terminado hacía horas, pero prefería seguir alerta en su puesto; necesitaba apurar el cáliz hasta el final.

Por hacer algo, Carlos encendió un cigarrillo de liar. Entregó otro al sargento a su lado. El reglamento impedía fumar de servicio, pero aquel era un día demasiado extraordinario para prestar atención a minucias. De repente, a una indicación del suboficial, miró en dirección a una de las esquinas, a treinta metros del control. Una figura doblaba una de las últimas casas y se acercaba a paso lento. Parecía una visión fantasmagórica: vestía un *derrah* blanco, un *alzam* al estilo del desierto que le ocultaba el rostro y una camisola larga y estrecha de mangas.

La figura se aproximó con parsimonia. No dejaba de mirar al capitán fijamente, como si le conociera y esperara algo de él. «¡Dios mío! ¿De qué se trata ahora?», pensó Carlos mientras se llevaba la mano a la cartuchera.

El hombre llegó a su altura, y según se desenrollaba el embozo, lo reconoció: se trataba de Ahmed.

Después de los sobresaltos de los últimos días, su corazón dio un vuelco. No lo había vuelto a ver desde su marcha al Batallón de Cabrerizas, seis años atrás.

Zayna nada le había contado de sus visitas cuando él no estaba, ya se sabía, y tuvo que ser Mahdi quien le relató su historia: después de licenciarse en las Tropas Nómadas, y trabajar un tiempo en la fábrica de fosfatos, ahora formaba parte de los grupos que acampaban cerca de la frontera argelina. No solo repartía octavillas del Polisario —como inocentemente pensaba Zayna— sino que participaba en los ataques a patrullas españolas de manera activa. Incluso el coronel Llorente, a través del SIBE, conocía sus andanzas, como le había hecho saber el día de su charla.

De las últimas acciones del Erguibat contra la Policía Territorial, las más violentas, se había enterado por casualidad.

Estaba más demacrado que lo que recordaba y su rostro se había afilado considerablemente. Su mirada también era más dura y desafiante.

La visita, a aquellas horas de la madrugada, con la ciudad en alerta y en plena evacuación, no presagiaba nada bueno.

Una oscura y fría cólera se dibujaba en su faz:

—Hola, *sidi*. Nos volvemos a encontrar —dijo con profundo desdén.

La cara de estupor de Carlos puso de manifiesto la sorpresa que le producía su presencia. Ignoraba que Ahmed lo había identificado en Tarfaya cuando se hicieron pasar por reporteros y que, por poco, no los entregó a la Gendarmería. No había sido por piedad, ni por recuerdo de su pasado en la Agrupación, sino para no dar explicaciones de qué hacía él en medio de la Marabunta.

Retrasados unos metros surgieron otros dos hombres. También iban embozados y presentaban similar aspecto amenazador: se trataba de los mismos que solían acompañarlo en sus visitas furtivas a El Aaiún. Sus nombres eran Sahid y Murat.

Aquello se tornaba peligroso.

Aunque ya había señalado su presencia, Carlos hizo una indicación al sargento y a los soldados tras él para que permanecieran atentos. Al observar su señal, sin necesidad de que nadie se lo indicara, uno se desplazó unos metros en diagonal en busca de mejor posición. Con un tirón seco llevó hacia atrás la recámara de su fusil, listo para el disparo.

El cerrojazo resonó en toda la calle.

—Hola, Ahmed. Me alegro de verte —contestó Carlos con frialdad.

—¿Te alegras? —por si había alguna duda, el tono y el destello de odio en las pupilas del otro le aclararon que el encuentro no era casual. El Erguibat, sin dejar de hablar, siempre calculador, observó de reojo al soldado que lo apuntaba: calibraba mentalmente la distancia de tiro.

No era sitio ni lugar para conversar, pero en recuerdo de los viejos tiempos el capitán trató de mostrarse afable con su antiguo camarada. Por desgracia, suponía el porqué de aquella visita e improvisó una explicación para retrasar el enfrentamiento que sabía estaba a punto de producirse.

Respiró hondo y lo miró de frente, cortés aunque dominante:

—Sí, me alegro. A pesar de que no lo creas. Estos años me hubiera gustado charlar contigo, nada me hubiera hecho más feliz, pero desapareciste sin dejar rastro y Zayna me dijo que no querías tener contacto conmigo. Ni siquiera sabía que la visitabas.

—¿Y por qué iba a querer verte? ¿Acaso me tomas por débil?

Se miraron con dureza. Hubieran tenido tanto de lo que hablar delante de un buen té; compartir reflexiones sobre los acontecimientos que sucedían, recordar los buenos ratos nomadeando a lomo de los camellos… Un proverbio saharaui decía que «Al que no es capaz de ver el cielo con sus propios ojos, no habrá quien se lo enseñe. Y al que no oye sino con los oídos, Dios se los quitará»; pues bien, ninguno de ellos era ya capaz de ver con sus ojos ni oír con sus corazones. La oportunidad había pasado, era tarde. Ambos eran soldados, cada uno

a su modo, y pese a que habían combatido, luchado y sufrido juntos ahora militaban en bandos enfrentados.

No podía engañarse:

—¿A qué has venido? —dijo Carlos al fin—. ¿Qué haces aquí, como un ladrón, saliendo de entre las sombras?

El polisario lo miró con arrogancia:

—Pensaba que lo habrías adivinado —dijo masticando las palabras—. He venido a decirte a la cara que, al final, yo tenía razón.

—¿Razón? ¿En qué? —Estaba desconcertado.

—¿De veras hace falta que lo explique? —su tono era de indignación contenida, como si aquella fuera una pregunta demasiado estúpida para merecer respuesta—. No formas parte de nuestra tribu. Ni nunca lo serás. Al igual que tampoco eres musulmán. ¡Se lo dije a mi hermana, mi padre también lo hizo, pero tú la obligaste a renunciar a su familia como una ramera! Y ahora, cuando ha perdido la honra, quieres abandonarla como el vil cobarde que descubrí que eras —su voz transpiraba un despecho hondo, visceral, una rabia que subía por sus entrañas —. Me ha llamado sollozando y me ha contado que te vas, que te marchas a España.

—¿Qué…? Es cierto, lo reconozco, pero mi idea es volver en cuanto pueda.

—¡Silencio! ¡No me insultes con tus mentiras! El Corán dice que nos cuidemos de hacer llorar a una mujer, pues Allah cuenta la última gota de lágrimas. Y ni por un momento dudes de que a ti te castigará por tu hipocresía: ¡yo seré su mano!

»*Sidi*, no te conozco —continuó, llamándole por su viejo apodo—: A Zayna tal vez puedas engañarla; por algún motivo que no comprendo te quiere igual que el primer día. Está ciega, todavía cree tus palabras, pero conmigo no lo conseguirás. Yo sí puedo leer en lo profundo de tu corazón. Si te vas, sabes que nunca regresarás a por ellas. Y yo también lo sé. ¿Qué te ha ocurrido para comportarte igual que un cobarde? Loco e impulsivo siempre lo fuiste, pero nunca egoísta. Hasta ahora…

La tensión resultaba insoportable:

—¡No sabes lo que dices! —Carlos reaccionó crispado ante la catarata de reproches. ¿De verdad Zayna había llamado a su hermanastro para contar que se marchaba…? No podía creerlo. Aunque, bien pensado, no podía extrañarle: él mismo se sentía así. Los grilletes de su ignominia tiraban de él, arrastrándole al abismo. Su cerrazón le impedía discernir lo correcto de lo incorrecto, presentando a Ahmed como su enemigo.

No había temblado muchas veces, ni siquiera cuando el simún a punto estuvo de acabar con su vida; mas temblaba ahora de ira.

Se defendió como pudo:

—¿Y te parece justo salir de tu cubil para acusarme? ¿Quién piensas que eres? Los servicios de espionaje me han informado que estuviste implicado en el secuestro de los soldados de las patrullas Pedro y Domingo, el mayo pasado. ¿Creías que no lo sabía? Saben que convivo con tu hermana, me vigilan y me interrogaron para comprobar mi reacción. El Sáhara es un nido de espías: marroquíes, argelinos, franceses, americanos… No falta ninguno y creyeron que yo podía ser uno de tantos. ¿Es cierto lo que me dijeron? ¡Responde! ¿Que fuiste uno de los torturadores?

La cara de Ahmed acusó la pregunta. No sospechaba que los españoles conocieran su implicación en la acción y ahora comprobaba no solo que lo sabían, sino que su antiguo jefe en Nómadas también era conocedor.

De acusador pasaba a acusado:

—¿Y qué si lo fui? —contestó arrogante.

—¿Cómo y qué? —Carlos no podía creer su cinismo—. Matasteis a un oficial y torturasteis a cuatro. Al resto los sometisteis a vejaciones hasta soltarlos pasados los meses. ¿Y tú, precisamente tú, vienes a echarme en cara mi relación?

Ahmed lo miró impasible, sin defenderse.

—¡Eres tú el que ha cambiado! —continuó Carlos exaltado—. Te aceptamos entre los nuestros, te pagamos generosamente. Yo mismo te traté como al hermano que nunca tuve. Y después ¿qué ocurrió? ¿Qué me enamoré de tu hermana y ella se enamoró de mí? ¿De verdad eso era tan terrible como para prohibírselo y vetarla en la *cabila*? ¿Por eso me odias? ¡Responde!

Ahmed explotó:

—¡Basta de cháchara, *nassarini*! ¿Crees que he venido para departir?, ¿para intercambiar opiniones y charlar como camaradas? Me insultas con tus falsedades: primero arrancaste a mi hermana de nuestra tribu con tus ensoñaciones y bonitas palabras, y ahora pretendes dejarla abandonada. Está enamorada de ti y se ha creído tus patrañas acerca de que volverás. ¡Pero yo no! ¿De verdad piensas que no somos lo bastante hombres en el Sáhara para impedir que nuestro honor se mancille? Aquí y ahora debe terminar. Esto no es algo entre nuestros países: esto es entre tú y yo.

Harto de lo que para él era una estéril discusión, Ahmed acompañó esas últimas y desafiantes palabras introduciendo sus manos por debajo del *derrah*. Era tiempo de pasar a la acción.

Carlos, atento, entendió lo que pretendía:

—Ahmed, ¡no! —gritó —. ¡No lo hagas! ¡Detente!

En la semioscuridad, con la luz de la anaranjada farola que iluminaba la esquina, no tuvo dudas de que debajo de la túnica le apuntaba con su pistola. Entonces, y a una señal invisible, en una

maniobra preparada de antemano, los dos árabes que asistían impacientes al diálogo se acercaron a gran velocidad. Escondían también sus brazos: iban armados y sus intenciones eran igualmente evidentes.

Carlos, sabiendo que su vida corría peligro, alertó al soldado detrás suya. A la vez, desabrochó su cartuchera para defenderse:

—Cuidado, ¡va a disparar! —ágil, se apartó a un lado para no verse rodeado.

La situación era límite, y el soldado que antes se había situado en una posición diagonal a la suya reaccionó mecánicamente. Con la oscuridad, él no distinguía el arma debajo de la *derrah* de Ahmed, mas estaba seguro de que el árabe pretendía acabar con su capitán para luego tirotearlos a ellos. Tenía diecinueve años. Era la primera vez que utilizaba un Cetme que no fuera en la instrucción y sus manos resbalaban sobre el guardamanos de madera. Gotas de sudor perlaban su frente.

Sin embargo, pese a su nerviosismo, a esa distancia era imposible fallar.

Casi a ciegas, apuntó hacia el bulto que formaba el cuerpo del saharaui. Sujetando firmemente el fusil contra su hombro, disparó. La bala del calibre 308 Winchester resonó con estruendo en toda la calle y atravesó limpiamente el pecho de Ahmed.

Carlos se abalanzó, tratando de detener el impacto del cuerpo al desplomarse contra el suelo: «¡No, no!», aulló sin conseguirlo. Se arrojó encima y trató de taponar con sus manos el agujero, a la altura del esternón, por el que se le escapaba el aliento. El árabe lo miró anonadado, con la boca entreabierta y esa expresión infantil de pasmo, miedo y asombro que acaece cuando la vida se apaga sin esperarlo.

El sargento, el cabo y el segundo soldado apuntaron sus *chopos* hacia los otros dos árabes. Estos, al ver caer a su jefe, levantaron los brazos en señal de rendición.

Carlos, con la guerrera empapada de la sangre del *mocademin*, se desesperaba a gritos:

—¡Ahmed! ¡No, no! Por Dios, Federico, Miguel Ángel…, ¡llamad por radio a los sanitarios! ¡Que venga una ambulancia! ¡Corred!

Pero era inútil. Un viscoso charco de sangre se extendía irrefrenable por debajo del cuerpo del Erguibat.

Apenas emitió unas últimas palabras:

—Cuida… cuida de Zayna —le dijo con un hilillo de voz—. Cuida de mi hermana.

Luego, ladeó la cabeza y expiró.

Tendido en el suelo, Carlos lo abrazó con fuerza, zarandeándolo arriba y abajo, sintiendo la pérdida del que fue su mejor y más

querido amigo en el Sáhara.

La escena contrastaba con las palabras de animadversión que acababan de dedicarse hacía minutos y los miembros de la patrulla, así como los dos polisarios, observaban perplejos, sin entender del todo lo que acababa de suceder.

—¡No! Por favor, ¡no! —sollozaba.

Y es que, en realidad, lo era: era su amigo. O lo fue. Y solo el odio ciego y la más estúpida de las incomprensiones los había alejado. Y ahora ni siquiera sabía si sería capaz de respetar el deseo de su compañero que, en su aliento final, le acababa de suplicar que cuidara de Zayna.

En un último gesto de cariño hacia él, cerró sus ojos y murmuró una letanía.

***

Con el peso del mundo sobre sus espaldas, rumiando su resentimiento y cavilando qué hacer, Carlos no descansó en toda la noche. Una ambulancia retiró el cuerpo sin vida de Ahmed y una patrulla de la Policía Territorial se llevó esposados a sus dos secuaces. Preguntó al sargento que se los llevaba. Lo conocía de tiempo atrás y sabía que era buen tipo:

—¿Qué haréis con ellos? —dijo.

El sargento lo observó con expresión resignada:

—Nada. Nuestra unidad se retira la semana que viene. Los interrogaremos, los tendremos presos un par de días y probablemente los soltemos. Si no lo hacemos así, y los entregamos a los marroquíes, lo más posible es que los fusilen sin pensárselo. ¿Le parece bien?

Carlos respondió consternado. No estaba dispuesto a que su conducta aparejara más muertes:

—Sí, sí… Me parece bien.

Las horas siguientes transcurrieron en eterna agonía. Dudaba si volver al cuartel con sus compañeros o regresar con Zayna y Luzmila. Tras veinticuatro horas sin dormir, le costaba pensar con claridad; por fin, en su cerebro se abrió paso la cordura y supo exactamente qué hacer: regresaría a su casa y recogería a su mujer y su hija. No podía devolver la vida a Ahmed, pero su sacrificio serviría para algo. Actuaría como el hombre recto y cabal que siempre había sido y llevaría a las dos mujeres a España. Eso haría. No le importaban las consecuencias sobre su carrera, menos los reproches de su madre: una vez se enfrentó a su familia y sus mandos por Zayna, ahora lo haría por las dos y por el hijo que aguardaba en su vientre.

Se había comportado como un cobarde, un egoísta; Ahmed, con su muerte, le había ayudado a verlo claro.

No era tarde y estaba a tiempo de enmendar el error.

Reconfortado por esos pensamientos, y dichoso de corregir su decisión, recorrió las calles polvorientas en dirección a Souk Ejaj. El barco desatracaba a las dos y disponía de horas suficientes: pediría perdón a Zayna, abrazaría a Luzmila y subirían a bordo del transporte que los trasladara a Canarias. Allí esperaría hasta recibir destino.

Aún conmocionado por no haber sabido evitarlo, decidió que no le contaría el desgraciado fallecimiento de su hermano. Lo haría con calma, más adelante, en España, pero de momento los tres abandonarían juntos el Sáhara, tal y como planeó desde el principio.

Cuando entró por la puerta de su hogar, gritó sus nombres alborozado:

—¡Zayna! ¡Luzmila! ¿Dónde estáis?

Para su desconcierto, el más absoluto de los silencios lo recibió.

No lo esperaba:

—¿Zayna…? —tartamudeó nervioso.

El saloncillo estaba perfectamente recogido y no se veía rastro de ellas.

Temiendo lo peor recorrió una tras otra las habitaciones y el patio trasero, chillando a pleno pulmón sus nombres. Comprobó espantado que sus ropas, las fotos, los juguetes de su hija, el resto de sus pertenencias, las cartas y los documentos que guardaba celosamente… todo había desaparecido.

No había duda: se habían marchado.

Azotado por el dolor, sin ser consciente de sus actos, salió a la calle. Enajenado, comenzó a patear con furia las puertas de sus vecinos, buscando quien ofreciera explicación: «¿Dónde están?, ¿dónde están?», gritaba al aire. Inconsolable, recorrió las aceras arriba y abajo, aullando, soltando maldiciones en español y árabe, increpando a todos, suplicando ayuda...

Mas nadie contestó a sus lamentos. Sus vecinos españoles se habían marchado y los visillos de las casas ocupadas por saharauis se cerraron negándole auxilio. Nadie abrió su puerta. Solo dos hombres, sentados en cuclillas en la acera opuesta, observaron sus movimientos sin inmutarse. Charlaban matando el tiempo, testigos impertérritos de aquel día histórico en que el pasado de un siglo se cerraba. Uno de ellos sostenía un receptor pegado a su oreja: al este la lucha continuaba y Radio Sáhara anunciaba que guerrilleros acababan de atacar con fuego de mortero Bucraa. Una patrulla del Grupo Nómada I aún protegía las instalaciones y habían causado varios heridos entre el destacamento.

Carlos conocía a los dos hombres de vista. Trabajaban en el depósito de agua municipal y pertenecían a los Beni Hassan, aquellos beduinos, originarios del Yemen, que llegaran al norte de África a consecuencia de la diáspora procedente de Egipto.

Ante su imperdonable pasividad, se acercó a grandes pasos. Al llegar a su altura les vociferó, los increpó, incluso zarandeó a uno de ellos agarrándolo de la túnica para que le contara lo que supiera de Zayna:

—¡*Saeadni biwasitat Allah ¡Saeadni*! —chilló en su idioma—. ¡Ayudadme, ayudadme por Alá! Vosotros la conocéis, ¡decidme dónde han ido! ¡Sé que lo sabéis!

Los dos Beni Hassan no reaccionaron. Sus ojos, de cejas anchas y espesas, y mirada profunda, le devolvieron un despreciativo silencio. No se dignaron a despegar los labios. Su mutismo fue el mayor de los oprobios e hizo que sus desgarrados plañidos se diluyeran sin respuesta en el aire.

—¡Malditos! ¡Malditos seáis!

De nada sirvió. Su comportamiento era lógico: se sentían traicionados por los españoles, especialmente por aquellos en los que más habían confiado, como en él. En el momento de la verdad, con los marroquíes ocupando media ciudad, los abandonaban, huían, y —aunque las habían visto— no estaban dispuestos a ayudar al militar ni a decirle a dónde se dirigían la mujer Erguibat y su hija de cinco años.

Abatido, entró por última vez en la que había sido su casa. Hipando desolado, apretó las mandíbulas hasta casi romperlas. Comprendió que Zayna se había marchado por su culpa, y que ni siquiera le quedaban amigos entre los árabes que le informaran acerca de su paradero: su fracaso era absoluto. No sabía dónde iban, ni con quién, pero rezó porque fuera a un lugar seguro. En un fútil consuelo se agarró a la idea de que más adelante, cuando desembarcara en España, podría localizarlas, aunque en el fondo sabía que eran vanas esperanzas: que no lo haría.

Su cobarde indecisión había precipitado su huida y Zayna reaccionó despechada, buscando proteger su vida y la de su pequeña. No confiaba en sus promesas de protección y había buscado refugio entre su gente, como él mismo dijo de forma ingrata. Posiblemente, habría huido de la ciudad con sus primas Lamya y Nahid y sus familias. Nada podía reprocharle: si alguien era responsable de aquello, era él por su infame comportamiento.

Apesadumbrado, enfiló el camino al puerto. Salvo algún saharaui igual de silente que los dos Beni Hassan, con similares ojos acusadores, las calles aparecían vacías, fantasmales, como un decorado de cine que no sirviera para su cometido y luciera apagado y yermo.

Continuó su camino. Atrás quedó el antes bullicioso zoco. Las recientes lluvias empezaban a borrar de las paredes las inscripciones de *Fuera Marruecos* y *Viva el Polisario* que en las últimas semanas cubrían los muros, y las banderas saharauis eran jirones descoloridos colgados de cables eléctricos. Los españoles habían dejado

abandonadas sus barriadas, por miedo a las represalias, y las puertas de las casas se veían abiertas de par en par, sin nada de valor, listas para que desconocidos las ocuparan. Todo era desolación. Los bancos, las tiendas y los siempre concurridos bares permanecían cerrados, con las luces apagadas, sin clientes en su interior; los economatos, vacíos, con las lunas rotas por los saqueos; las aceras, con papeles mojados y trozos de muebles acumulándose en los laterales; y, en los edificios públicos, los funcionarios más rezagados terminaban de quemar documentación confidencial en los patios y empaquetar y arriar las banderas españolas que habían ondeado en esas yermas tierras noventa años. Desconocedoras de su inminente destino, algunas flameaban como restos de un naufragio.

Un perro hambriento, de mirada lastimera —probablemente, abandonado en la huida por sus dueños—, se le acercó, olisqueándole con expresión de súplica.

Resistiéndose a acariciar su pelaje, pasó de largo.

Destrozado, con espasmos de vómito ante la desesperación que sentía, llegó al muelle de embarque. La gente, con los ojos tras gafas oscuras para disimular las lágrimas, subía a bordo del Plus Ultra, el barco que los iba a trasladar a Las Palmas. Muchos habían esperado a la última salida, bien porque no tenían a dónde ir o bien porque hasta ese último instante no habían creído que de verdad tuvieran que abandonar el Sáhara a la fuerza. En Guinea no fue así. Ni en otros lugares. ¿Por qué allí debían dejarlo todo en contra de su voluntad? ¡Que se fueran los militares si querían!, pero su vida, sus negocios, continuaban en el mismo sitio, no ponían moverlos.

No fue posible: el Gobierno español fue inflexible y no permitió a ningún civil permanecer en sus casas. A cambio de una ridícula compensación económica la Policía Territorial fue registrándolas una por una, obligando a recoger y marcharse a los más recalcitrantes, comprobando que no regresaran.

Nadie quería permanecer en la cubierta del barco y según cruzaban la pasarela de acceso se refugiaban en los camarotes o las bodegas, con el corazón partido. No querían ver alejarse a aquella tierra cruel que había formado parte inseparable de sus vidas. Cada uno a su modo, se preparaban para la difícil etapa de añoranza que se abría como un sima delante de ellos.

Mientras, en el pantalán, la actividad proseguía según terminaban de izarse a las bodegas del mercante los coches, los enseres y los equipajes que se arremolinaban por todos lados. Lo que no cupiera quedaría en tierra, a la espera del siguiente embarque, si es que lo había. Las últimas jornadas se habían dedicado a regalar o malvender por pocos dírhams a los saharauis que no habían abandonado El Aaiún las posesiones que no podían transportarse: ropa, libros, muebles,

estanterías, sillas, electrodomésticos... Era irónico: ellos, que como buenos tuaregs antes se vanagloriaban de no necesitar nunca nada, ni siquiera alimentos —porque en su desprecio a las posesiones materiales les bastaba su leche de camella y la lluvia que manaba del cielo—, ahora acopiaban cuando de valor encontraban.

Todo se desvanecía sin que ninguno supiera cómo ni por qué había pasado. Incluso los muertos fueron desenterrados e introducidos en ataúdes para trasladarlos a cementerios canarios o de la península.

Carlos sabía que para ellos, para los saharianos —Zayna y Luzmila incluidas—, se abría una inquietante etapa en la que su determinación como pueblo se pondría a prueba.

¿Serían capaces de sobrevivir sin ayuda?

El tiempo lo diría.

En cubierta, impartió parcamente las instrucciones a soldados de su compañía. En pocos días, la Agrupación de Tropas Nómadas, la última unidad indígena de los ejércitos europeos, sería disuelta sin que ninguna enseña recogiera sus tradiciones. Después de charlar sin ganas con varios de los suboficiales y, tras asegurarse de que todo estaba en orden, bajó al comedor reservado a la oficialidad.

Era el día treinta y uno de diciembre de 1975. Faltaban escasas horas para las campanadas de fin de año y descubrió que no era el único en sentirse deprimido, que muchos de sus compañeros enterraban en alcohol la congoja que experimentaban. El silencio era rancio, espeso, acompañado de vez en cuando por alguna expresión malsonante: «¡Hijos de puta! Eso es lo que son: unos hijos de puta». Se referían a los gerifaltes políticos de uno y otro lado, claro, que no habían encontrado salida digna para aquellos desheredados. Pese a todo, la mayoría ni siquiera se molestaba en contestar ni reprender a los más belicosos, tal era el desánimo.

No se veían camareros. Las botellas medio vacías y los vasos se desperdigaban tirados entre la barra y los estantes, para que cada uno se sirviera lo que le apeteciera. De vez en cuando, alguno se levantaba vacilante. Mudo, como un autómata, rellenaba hasta el borde la copa y regresaba a continuación a su sitio. El suelo estaba empapado por un par de botellas rotas y los cristales se esparcían por doquier, pero a nadie parecía importarle. Él extrañamente bebía —entre los árabes estaba prohibido y desde que llegó imitaba sus costumbres—, si bien decidió que aquel era un buen momento para cambiar de hábitos.

Al fin y al cabo, todo iba a ser distinto a partir de entonces.

Agarró como compañera a una botella de whisky y con paso inestable por los vaivenes del barco, que acababa de desatracar, se sentó en una esquina. Colocó la cabeza entre las rodillas y mientras se servía el primero de los muchos vasos que le seguirían lloró compulsivamente, sin que las miradas compasivas de sus compañeros

más cercanos le sirvieran de consuelo. Alguien que le conocía le pasó un brazo por el hombro, mas él efectuó un gesto brusco para zafarse: no quería la compasión de nadie.

No sabía si volvería a pisar aquellas tierras. Tampoco qué le depararía el futuro. Mas era consciente de que abandonaba todo lo que amaba y por lo que tanto había luchado.

Una nueva vida comenzaba para él.

Y, resultara como resultara, sería peor que la que dejaba atrás.

---

44 Operación para la evacuación de los alrededor de veinticinco mil militares y civiles que vivían en el Sáhara Occidental.

45 En árabe, masculino que significa «querido» o «amado».

XIII. La huida

Camino a los campamentos de Tinduf (Argelia)
Diciembre 1975 a abril de 1976

Zayna, abrumada de tristeza, esperó a que Carlos abandonara la casa para dejar de fingir que dormía. Pasados unos minutos, se incorporó; la cabeza le daba vueltas y la presión oprimía su pecho.

Necesitaba ser fuerte: había tomado una decisión y debía reunir análogo coraje al de cuando escapó de su cabila en Auserd, cinco años atrás. Al rememorarlo, una sonrisa reconfortó vagamente su ánimo: si con todos en su contra esa vez lo logró, en esta ocasión no tenía que ser diferente.

A la espera del barco que los transportara a Las Palmas, los días anteriores había preparado cuidadosamente los equipajes de los tres. Ese sería el comienzo de una nueva vida en España: ¡España!, ¡Andalucía!, ¡Jaén…! ¡Tanto tiempo oyendo hablar de esas tierras hermosas y por fin iba a pisar su suelo, conocer sus gentes, compartir sus costumbres, vivir entre ellos! ¿Cómo serían…? ¿Se adaptaría? ¿Sería buen hogar para Luzmila y su hijo que venía de camino?

Ahora, con los sueños rotos, tratando de domeñar su aflicción, desembaló las maletas preparadas con infinito esmero, extendió sus pertenencias en la cama y seleccionó lo más básico; el trayecto sería duro y únicamente podía llevar lo imprescindible. El resto, quedaría atrás, que Carlos dispusiera de ello como le apeteciera.

Su bebé se agitó en la tripa y un súbito pinchazo recorrió su columna. Apoyó la mano en la pared y cerró los ojos, rezando para que pasara la contracción. La tensión podía adelantar el parto, eso pondría en peligro al feto e impediría el viaje. Inspiró y expiró varias veces y trató de dejar la mente en blanco, tal y como la habían enseñado.

Aquello dio resultado y, al cabo de unos minutos, su cuerpo recuperó la normalidad.

Luego levantó a su adorada Luzmila. Adormilada, la niña no entendió qué pasaba, si bien se dejó hacer, acunada por un cántico Erguibat de su madre. La canción hablaba de las blancas flores y los tréboles violeta que brotaban en mayo de entre las rocas del *reg* y de cómo, en las noches de luna llena, al son del ritmo del *tabal*, las muchachas enamoraban a los pastores moviendo sus caderas. La niña nunca había oído aquella melodía, y a pesar del aire lánguido con que su madre la expresaba se le antojó hermosa.

Mientras escuchaba, terminó de vestirse sola. Con la Operación

Golondrina en marcha los colegios habían sido clausurados y desde hacía algunas semanas sus compañeros habían iniciado el regreso a Canarias o la península. Suponía que ellos harían lo mismo y en su mente infantil, imaginaba el viaje como una gran aventura. Incluso Valeria Luzón, su vecina canaria, había clausurado la siempre concurrida pensión Los Ángeles de enfrente de su casa y, junto a sus hijas Rosita y Mari Carmen, sus inseparables amigas, habían abandonado la ciudad camino de Tenerife. La despedida había sido extraña, agridulce, cargada de una emoción contenida. Finalmente, sin saber qué decirse, las respectivas madres optaron por actuar como si aquello no tuviera importancia y fueran a reunirse al día siguiente.

Lo que no entendía era dónde estaba su padre. El día anterior le había notado diferente, y aunque sabía que no estaba bien, escuchó a través de la puerta y los oyó discutir acerca del viaje a España. No era extraordinario que hablaran de aquello, todo el mundo que conocía lo hacía continuamente, si bien él murmuraba cosas que se le antojaron raras: que regresaría cuando se hubiese instalado y que ellas estarían mejor en el Sáhara, con *su gente*. ¿Por qué papá decía eso…? ¿A qué se refería? Hablaba con un acento frío y distante que nunca le había oído: no parecía él. Mamá debió pensar algo parecido porque se enfadó; entonces levantaron la voz y ella lloró terriblemente abatida en su habitación porque la escena la asustó.

No quería que ahora su madre se sintiera compungida. Empero, en ese momento de máxima angustia no pudo evitar hacer la pregunta que martilleaba su cerebro:

—¿Y papá…? ¿Es que él no viene?

Zayna, a punto de quebrarse, no contestó. No podía. Perpleja, Luzmila contempló que se mordía el labio inferior con fuerza y apartaba con disimulo una lágrima de su mejilla. No insistió; cogió su muñeca favorita y la peinó para distraerse.

Antes de salir, Zayna echó un último vistazo. No quería que la nostalgia alterara su decisión, si bien, llevada por un impulso repentino, abrió el arcón con las cosas personales de Carlos. Disimulada debajo de unas ropas, había una caja gruesa de color marrón. Las últimas semanas le había visto numerosas veces leer y releer el contenido de una carpeta que guardaba en su interior, con copia de documentos que traía del Gobierno General y en los que hacía anotaciones. Nunca le había preguntado, pero debía ser importante.

En un acto de desquite la introdujo entre los ropajes. Si no era por amor —pensó con lucidez— quizá aquello le hiciera regresar a buscarlo. Decidió que, al margen de eso, y de una vieja fotografía montado a camello en Auserd, donde se le veía joven y sonriente, nada guardaría de él.

Apesadumbrada, haciendo un esfuerzo para no derrumbarse delante de su hija, cerró de un golpe seco la puerta del que había sido su feliz hogar durante los últimos cinco años, apretó los dientes para disimular la turbación y enfiló calle abajo de la mano de su pequeña Luzmila.

Casi todas las viviendas estaban abandonadas y solo dos hombres de la tribu Beni Hassan fumaban sentados en la acera.

La miraron con expresión cariacontecida:

—*Ma-hbas, Erguibat, et oaais. As-Salaam-Alaikum* —dijo uno—: Adiós, mujer Erguibat, ten cuidado. Que la Paz del Profeta vaya contigo.

Luzmila los miró con ojos tristes y, como antes a Luzmila, tampoco esta vez contestó. Tenía miedo de que, si lo hacía, notaran su tribulación.

Arrastrando sus bultos tras de sí, madre e hija recorrieron la distancia que separaba su vivienda del barrio de Colominas, donde vivían Lamya y Nahid con sus familias.

Nada más abrir, Lamya miró con desconcierto a su prima. Rápidamente entendió que algo terrible ocurría:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué traes ese equipaje? ¿A dónde vas?

El dulce rostro de Zayna estaba empapado de lágrimas:

—¡Carlos se va! ¡Se marcha!—siseó en *hassanía,* no quería que Luzmila apercibiera su desespero—. Dice que volverá a por nosotras cuando todo pase; que me quede en El Aaiún, que estaré más segura.

—¿En El Aaiún?

—Sí, eso ha dicho. Que no me mueva, que los gendarmes marroquíes cuidarán de nosotras. ¡Oh, Lamya, ayúdame! No sé qué hacer y tengo miedo.

Lamya la abrazó con fuerza, sin pedir más explicaciones. No era necesario. Una vez dentro, vertió con cuidado un vaso de té recién sacado de las brasas y lo puso entre sus temblorosas manos. Aquello la reconfortaría. Habían estado a punto de marcharse hacía días, pero Jamil —su marido—, insistió en retrasar la marcha. El Polisario había pedido a los saharauis que no abandonaran las ciudades para organizar la resistencia desde el interior, aunque ante los rumores de desmanes y arrestos en localidades como Echedería y Hausa, la población no hizo caso y los que no lo habían hecho antes huían ahora en desbandada. Con los soldados marroquíes ocupando media ciudad, y los tanques por las calles, Jamil sabía que, por mucho que les gustara permanecer allí, nada bueno aguardaba. La *Nakba*, la catástrofe que tanto temían, se esparcía como una plaga por todas las ciudades del Sáhara. Zayna era de su misma opinión y tenía decidido acompañarlos. Por eso había ido a Colominas: no podía sentarse y esperar. Nadie vendría a rescatarles: el éxodo hacia lo desconocido, por incierto que fuera, era su única salida.

Apenas quedaban vecinos y se juntaron con un grupo de rezagados. En total, unos treinta. Jamil montó al volante de su vieja furgoneta y su otra prima, Nahid, y su marido Mohamed, junto con sus tres hijos, se introdujeron en la parte trasera. Además de ellos otras dos atestadas camionetas formaban la comitiva; después de cargar los bultos comprobaron que apenas podían moverse y dos familias se resignaron a escapar a pie con lo puesto. Malika, una de las vecinas amigas de Nahdi, cuyo marido acababa de morir en la refriega por el control de la cinta de Fos Bucraa, les suplicó que la llevaran. Estaba sola, desamparada, y no se veía con fuerzas para viajar sola; sabía que no lo conseguiría. Pero en el transporte no cabía ya ni un alfiler y, a su pesar, Jamil fue rotundo en la negativa.

Nahdi miró con infinita tristeza al niño atado con telas a la espalda de Malika, la abrazó y la deseó la mejor de las suertes.

Para su desgracia, soldados de la FAR custodiaban esa parte de la ciudad. Así, cuando se hallaban a punto de tomar el sendero hacia Tifariti, y pensaban que saldrían sin contratiempos, les dieron el alto. A gritos, fusil en mano, los hicieron bajar y ponerse en fila. Jamil portaba un cuchillo, mas sabía que si se enfrentaba a la patrulla llevaba las de perder, por lo que agachó la cabeza y obedeció.

Cuando llegó su turno, Zayna, sumisa, enseñó al militar su documento nacional de identidad, color rojo, que la reconocía como española: hasta ese momento era documentación más que suficiente para moverse por donde quisiera.

El alauí, un cabo de cuarenta años que desde hacía un año formaba parte de las guerrillas de desestabilización marroquíes, y cuya compañía había sido capturada —y posteriormente liberada— en la zona de Mahbes, la miró con sorna:

—Eso no vale ya de nada—dijo despreciativo. Y escupió al suelo.

No contento, el soldado se aproximó hasta hacerla sentir su aliento sobre la cara y la cacheó arriba y abajo con ambas manos, repasando sus muslos, sus pechos y todas sus extremidades de manera provocadora.

Quitando a Carlos, nunca nadie había tocado su cuerpo así.

Su cuñado Jamil, a pocos pasos, crispado, apenas podía contenerse. Estaba a punto de intervenir y Lamya le hizo un gesto de súplica para que se estuviera quieto.

Al ver la mansa reacción del grupo, el soldado se envalentonó más. Sin dejar de mirar de reojo a Jamil, retiró el *alzam* que cubría el rostro de Zayna y con la lengua recorrió voluptuosamente su cuello. Su piel era suave y se excitó.

El resto de saharauis, hombres y mujeres, lo miraron con odio creciente, murmurando de forma airada; de algún lado se escuchó un: «¡Cerdo! ¡No la toques!». No deseaban meterse en problemas, mas no

iban a consentir una violación. Si debían perder sus vidas defendiendo a uno de los suyos, estaban dispuestos.

Viendo que aquello estaba a punto de derivar en un enfrentamiento, el oficial al mando de la unidad, enojado, zanjó el asunto:

—¿Qué haces, estúpido? —dijo dirigiéndose al cabo—. ¡Los españoles aún están en la ciudad! Ya disfrutarás *de eso* más adelante. ¡Déjala en paz!

Desilusionado, el cabo miró a su superior. Obedeció y no la importunó más. A cambio, la arrebató el documento de las manos y con risa malévola lo rajó en varios trozos, tirándolos al suelo a continuación:

—Ya te he dicho que ese papelucho no sirve de nada —susurró a su oído—. ¿O es que acaso has olvidado hablar árabe? Ahora eres marroquí, no una infiel española: ¡vete acostumbrándote! Y ahora iros, antes que mi superior cambie de opinión y termine lo que he dejado a medias.

Apesadumbrados, humillados, con ganas de escapar cuanto antes, el grupo subió a los vehículos y enfiló la polvorienta ruta que llevaba a Tifariti.

Quedaba un largo camino por delante.

***

Durante todo el día avanzaron a trompicones. La carretera estaba atestada de gente que escapaba y tenían que detenerse cada pocos kilómetros. Los hombres se habían pasado a la resistencia y en su mayoría se veía a ancianos, mujeres y niños. Su número dificultaba el tránsito y recordaban a una procesión; una «turba de desheredados», como los llamó el sargento Carazo.

A un lado y otro caminaban a pie o en burro, y unos pocos, los afortunados, en camello o en furgones desvencijados cargados hasta los topes, como sus tres camionetas. Por el peso se balanceaban a un lado y otro, a punto de volcar en cualquier momento. Al verlos, los que iban a pie golpeaban los coches y se ponían delante suplicando —como hizo Malika— que los subieran. Desde su ventanilla, Zayna presenció horrorizada como un muchacho de unos quince años era arrollado por un camión al que quería detener, pasándole por encima sin contemplaciones.

Mirase donde mirase, el espectáculo era desolador.

Esa noche y las siguientes descansaron al borde de la carretera. No podían arriesgarse a que nadie les robara el camión ni los equipajes y hacían turnos de vigilancia. Contaban con agua y provisiones para una semana y Jamil y Mohamed racionaron las vituallas para que duraran más tiempo: pan duro, queso, dátiles y un trozo de carne seca de cabra una vez al día. Algo más para los niños y también para Zayna, al estar

embarazada.

Desconocían cuánto podía durar el trayecto y era necesario ser previsores.

Al atardecer del cuarto día, la camioneta de Jamil no aguantó las extremas temperaturas. La pesada carga, como si de un animal herido se tratara, se detuvo dando un bufido, con un humo negro y espeso saliendo del capó. Durante horas trataron de arreglar el motor, pero no disponían de herramientas adecuadas y no lo consiguieron. Los otros dos furgones, con sus vecinos de Colominas, cargaron algunas de las cosas de valor y, las que no cabían, ni podían llevar a cuestas, las abandonaron al borde del sendero. No podían hacer otra cosa.

Entre abrazos y deseos de suerte, se despidieron y continuaron la marcha sin saber si volverían a verse. Zayna, sus dos primas, sus maridos Jamil y Mohamed y los siete niños, entre los que se incluía Luzmila, se unieron a la masa de fugitivos que huía a pie: comenzaba una nueva etapa del camino.

A principios de la tercera semana, cuando apenas les quedaban fuerzas y no creían ya conseguirlo, alcanzaron exhaustos uno de los cuatro campamentos que el Polisario acababa de montar en las proximidades de Tifariti. Se situaba a pocos kilómetros de una fortificación militar abandonada y en los alrededores había dos pozos de agua potable. Sus pies estaban en sangre viva y se sentían sucios y polvorientos, pues en todo el trayecto no habían podido asearse.

El camino había sido penoso, necesitaban descansar, pero el asentamiento estaba lejos de ser lo que soñaban: un par de miles de personas se hacinaban bajo destartaladas lonas en el cauce seco de un río. Muchos dormían al raso y la comida que ofrecían las organizaciones humanitarias —arroz y leche en polvo— era escasa, el agua insuficiente para las necesidades del ganado: gran parte fue sacrificado en los siguientes días.

Nada más llegar, Zayna y sus primas improvisaron una precaria jaima para protegerse del sol, cubriendo unos palos con su propia *melhfa*. Más adelante tratarían de construir algo mejor, y aunque fatigados se alegraron de que los niños del grupo, siempre vitales, encontraran otros de su edad con los que jugar: pronto estuvieron recorriendo el campamento.

Pero ni siquiera de eso pudieron disfrutar. No habían pasado ni cinco horas de relativa calma cuando escucharon los primeros disparos, acompañados del estrépito de morteros y cañonazos de artillería: un grupo del Polisario se enfrentaba a las FAR en las cercanías del fortín militar. Incluso allí se escuchaba el estruendo. Luzmila, muerta de miedo, regresó de donde correteaba y se aferró a la túnica de su madre. Poco a poco comprendía que su plácida vida anterior estaba desaparecida para siempre, que solo la incertidumbre y el miedo los

acompañarían de ahí en adelante.

A lo largo de esas tres semanas solo en una ocasión le había preguntado de nuevo, y de forma tímida, acerca de la ausencia de su padre.

Zayna no quiso mentirle:

—Papá se ha ido con los soldados de su regimiento —lo dijo de la forma más serena que pudo—. Dice que volverá cuando todo se arregle y que nos llevará con él —Al oírlo, Luzmila la miró con ojos expectantes—: Es lo que ha dicho, y debemos creerle. Aunque eso supone que, de momento, estaremos solas y que necesitamos ser fuertes, muy fuertes, si queremos sobrevivir. ¿Lo entiendes?

Luzmila por supuesto que no lo entendía. A su edad no podía hacerlo, pero apretó los labios, miró con determinación a su madre y efectuó un ostentoso gesto afirmativo con la cabeza, moviéndola arriba y abajo con decisión. Por nada del mundo quería decepcionarla y por su mente pasó un pensamiento que últimamente la rondaba: cuando fuera mayor… ¡quería ser tan valiente como su madre!

Ese anochecer, al poco de cesar los cañonazos del combate, mientras charlaban alrededor de la hogueras, un hombre de la tribu Erguibat se acercó a donde estaban. A la espalda, llevaba colgado un fusil. Había llegado ese día al campamento y en breves horas se reincorporaba a las unidades que combatían a los marroquíes en las inmediaciones.

Su nombre era Sahid y se trataba de uno de los dos miembros del Polisario que acompañaban a Ahmed Messaud cuando lo abatieron en El Aaiún, al ir al encuentro de Carlos. Conocía de vista a Zayna de una ocasión en que había acompañado a su jefe a visitarla, en Souk Ejaj. Después de la aciaga muerte de Ahmed, la Policía Territorial lo había apresado junto a su compañero. Para su sorpresa, tras dos días en el calabozo, en vez de entregarlos a los marroquíes, como creían que harían, los soltaron sin explicaciones.

Se sentía en la obligación moral de comunicarle la mala noticia y desde la mañana llevaba buscándola:

—Eres Zayna Messaud, de la cabila de Auserd, ¿verdad?

Zayna le miró sorprendida. Desde que salieran de El Aaiún ya nadie había vuelto a llamarla por el apellido De las Heras, sino por el árabe: Messaud. Tampoco a su hija. Era como si aquel periodo de cinco años junto a Carlos se hubiera desvanecido por completo en el aire.

—Sí, soy yo.

—Me alegra encontrarte. Llevo tiempo buscándote.

Intrigada, la saharaui aguzó la vista:

—¿A mí? No te reconozco. ¿Quién eres?

—Nos vimos fugazmente en una ocasión, en El Aaiún, quizá no lo recuerdes. Yo acompañaba a tu hermano.

—¿A Ahmed? —su corazón dio un vuelco—. ¿Es que lo has visto?, no

he tenido noticias suyas desde antes de partir, ¿sabes si está aquí?

—Me temo que no. Ha muerto.

—¡¿Muerto?!

—Sí. Le disparó un soldado español en un control, la última noche, a quemarropa, en la salida hacia Smara. Yo me hallaba con él y lo vi con mis propios ojos. Lo lamento.

Sahid era sincero en su pésame, si bien se cuidó de decir que, en realidad, eran ellos tres los que habían ido con nocturnidad al encuentro de la patrulla.

Ante la inesperada noticia, Zayna escondió su rostro entre las manos para ocultar las lágrimas. Lamya y Nahid, que se hallaban cerca, se acercaron para consolarla. La relación con su hermanastro no había sido buena, se había comportado más como un padre estricto que como un hermano mayor y debido a sus peligrosas andanzas sabía que antes o después recibiría una noticia similar. Ahora llegaba el momento. Pese a ello un velo de amargura se abatió sin quererlo: ¿qué más podía sucederla? ¿Por qué Allah se ensañaba con ella?

Sahid, sentado junto al fuego, trató de animarla relatando anécdotas acerca de Ahmed que ella agradeció. Pasado un rato, y ante las preguntas de las otras dos mujeres, las informó de los movimientos recientes de tropas:

—La Güera cayó el martes, tras diez días de asedio. Y ayer Villa Cisneros. La han cambiado de nombre: ahora se llama Dajla. Conseguimos defenderla frente a los mauritanos durante dos semanas, aunque no pudimos resistir a las baterías marroquíes: Hassan ordenó tomarla a sangre y fuego. Casi todas las ciudades grandes del norte están ya controladas por sus tropas y, en el sur, la situación no es mejor.

Durante una hora siguieron charlando mientras compartían un té. Al cabo, Zayna le agradeció el esfuerzo de haberla buscado entre tanta gente y se despidieron deseándose lo mejor.

A lo largo de los días siguientes, mientras recuperaban fuerzas, las noticias de los enfrentamientos continuaron llegando. La mayor parte de las veces confusas, contradictorias, desmintiendo lo que el día anterior se daba por seguro. Los hombres iban y venían, y Jamil y Mohamed estuvieron un par de días en el campamento hasta ver a sus familias instaladas. Después, también ellos se unieron a los comandos.

Cuando regresaron de permiso, cuatro semanas más tarde, relataron escenas terribles: dormían en medio del desierto buscando unidades a las que asaltar, moviéndose a gran velocidad por las dunas, apareciendo en puntos diferentes por sorpresa, a kilómetros de distancia unos de otros para aparentar ser más numerosos. Se enterraban en la arena —con un tubo de caña entre los labios para respirar— y al acercarse las patrullas mauritanas o alauitas saltaban

con sus cuchillos y gumías sobre ellas. No hacían prisioneros: nadie tenía clemencia ni la esperaba del contrario. En un enfrentamiento convencional llevaban las de perder y practicar la guerra de guerrillas como *modus operandi* era su forma de obtener ventaja. Y funcionaba: los marroquíes no habían anticipado una resistencia semejante y se sentían desconcertados ante sus emboscadas. Les habían mentido diciéndoles que los saharauis los recibirían como libertadores, como hermanos de fe, que no habría lucha, y ahora se daban cuenta de la falsedad: los muertos se contaban por miles. Eso hizo redoblar los ataques a los civiles que huían: si no era por propia voluntad, esperaban que el miedo los hiciera abandonar aquella resistencia numantina y retornar a los lugares de origen.

El comando de Jamil y Mohamed, dirigido por un suboficial que había servido durante años en la 1ª Mia motorizada de Edchera, en el Grupo Nómada III, multiplicó sus incursiones. Obligaban a los camellos a beber hasta saciarse y les cortaban después la lengua para que no comieran y retuvieran el agua más tiempo en el vientre. Jamil les contó que al cabo del décimo día incluso tuvieron que matar a dos de ellos para sorber el agua acumulada en sus estómagos.

Su esposa Lamya, horrorizada, le rogó que no diera más detalles.

Por si aquello fuera poco, en el campamento se desató una oleada de sarampión. Únicamente había instaladas dos tiendas de la Media Luna Roja, y Zayna rezaba a Alá porque aquella enfermedad infecciosa no los atacara a ellos.

En una de las tiendas, una enfermera vasca, de nombre Aránzazu —originaria de Ea, un adorable pueblecito pesquero de la costa de Vizcaya, a treinta kilómetros de Bilbao— se esforzaba por atender al gentío, pero apenas disponía de medicinas y cada día moría algún niño en el dispensario. Eran enterrados entre las rocas tras una breve oración. A veces ni eso. Arantxa permanecía en el Sáhara desde hacía quince años, había sido enfermera en el hospital de El Aaiún y, al igual que el legionario Carrazo, o los misioneros oblatos de la Prefectura Apostólica, se sentía tan integrada que decidió no abandonarlos. No se consideraba una heroína, y en medio de los cruentos ataques, sin medios ni material para atender a aquella marea yacente, deseaba haberse marchado.

Cuatro días después, las altas temperaturas ofrecieron una tregua: la brisa refrescó el ambiente y una sensación de relativa quietud y sosiego se extendió por el campamento. Duró poco: tan solo un espejismo pasajero de paz ante lo que estaba a punto de suceder.

Luzmila jugaba con una pelota de trapo con Mustafá y con Badid, dos de sus primos segundos, hijos de Lamya y Jamil.

Badid, de ocho años, fue el primero en escuchar los agudos sonidos:

—¡Mirad!, ¿qué es aquello? —dijo a los otros mientras señalaba unas

manchas borrosas en el cielo.

Luzmila miró en dirección a donde su primo mayor indicaba. A lo lejos se veían dos puntos azules, acercándose. Zumbaban como si fueran mosquitos, aunque más intensos y continuos.

—¡Son aviones! —exclamó de forma inocente y jovial.

Alertados por las voces, varias mujeres y un grupo de ancianos otearon en esa dirección. Ellos sí comprendieron lo que se avecinaba y gritos desesperados de pánico sacudieron las jaimas.

—¡Corred, corred! —dijeron—. ¡Nos atacan!

Efectivamente, dos aparatos Mirage de fabricación francesa, con el distintivo de la estrella de cinco puntas de la aviación marroquí, sobrevolaron el campamento a baja altura. Daba la impresión de que se limitaban a observar y que proseguirían su camino, si bien nada más atravesar el campamento cambiaron de opinión, viraron ciento ochenta grados y se dirigieron hacia ellos.

Sus intenciones eran evidentes.

Luzmila, como en una pesadilla, escuchó las ráfagas de ametralladora y vio levantarse una polvareda de arena según las balas se aproximaban. Cada vez se acercaban más y se tiró al suelo, cubriendo ilusamente su cabecita con las manos para evitar que la dieran. Pasaron unos segundos que se hicieron horas. Cuando los disparos cesaron, abrió los ojos, se levantó para buscar refugio y se tropezó con el cuerpo de su primo Badid, el mismo que hasta hacía minutos jugaba a su lado, en el suelo, en medio de un charco de sangre. Dos disparos le habían impactado por la espalda y yacía inmóvil, boca abajo.

Mustafá, su hermano, le miraba unos metros alejado sin saber reaccionar.

Un grito de pánico subió por la garganta de Luzmila:

—¡Badid!

Zayna y su prima Lamya, que presenciaban el final de la escena desde la jaima, se aproximaron jadeando. Su madre cogió sin pensarlo el cuerpo de su hijo ensangrentado. Zayna, por su parte, agarró a Luzmila y a Mustafá, y todos se dirigieron corriendo en dirección a las rocas: los aviones realizaban una nueva pasada y ametrallaban de nuevo. El pánico era indescriptible y la gente corría alocada. No podían hacer nada para defenderse y buscaron refugiarse en un montículo rocoso, a doscientos metros del campamento. La vegetación, aun siendo rala y escasa, dificultaba la puntería y se dirigieron hacía allí para dispersarse y escapar de lo que parecía una muerte segura.

Nada más alcanzar el promontorio, agotados, una contracción en el vientre dejó a Zayna sin habla.

Gimió:

—¡Arghhh…!

Estaba de siete meses y aunque día a día notaba su tripa más abultada, aún le faltaban seis semanas para salir de cuentas. ¿Entonces…?

Mientras tanto, los aviones rugían y rugían sobre sus cabezas. Algunos hombres desperdigados trataban de defenderse y disparaban inútilmente sus mosquetones en dirección al cielo.

Una nueva contracción, acompañada de un chasquido como del restallar de un látigo, la hizo aullar de dolor. Miró hacia abajo y vio sus piernas y pies empapados de un líquido transparente, amarillento, con restos de coágulos de sangre: había roto aguas. Por su parte, su prima Lamya, la madre de Badid, estaba sentada en la tierra unos metros a la derecha. Mecía a su hijo muerto, absorta al caos que se vivía a su alrededor y a los espasmos de Zayna. Muda, silente. Su pequeño no respiraba y pese a ello, como si no fuera consciente, lo arrullaba con ternura adelante y atrás, como si fuera un bebé al que velara en su sueño: estaba en estado de shock.

Pasados unos instantes, Nahid llegó acompañada de otras dos mujeres. Rápidamente comprendió la verdadera situación: nada podía hacerse por el pequeño Badid más allá de consolar a la madre, pero la tensión del momento y la carrera para ponerse a salvo habían provocado que se adelantara el parto de su prima. Estaba a punto de dar a luz allí, entre los disparos y las rocas, como si fuera un animal: debía ayudarla.

Zayna aullaba:

—¡Ahhhh…!

De algún sitio, Nahid consiguió un trozo de madera de *talha* e introdujo sin contemplaciones el palo en su boca:

—¡Muérdelo! —dijo sujetándola por las muñecas—. El niño se ha adelantado y quiere salir. Debes empujar lo más fuerte que puedas.

A unos metros, como en una película de terror, Luzmila miraba hipnóticamente a su tía Lamya, con el cadáver de su primo Badid en brazos y, alternativamente, a su madre tirada en el suelo. Tampoco ella sabía qué hacer. Aterrada, quedó paralizada cuando su madre empezó a gemir con más fuerza; la veía desgañitarse, retorcerse, sudar, proferir gritos desgarradores, con la espalda arqueada y el abdomen, la cadera y los muslos contraídos por la tensión.

Quedó convencida de que también ella iba a morir, de que todos iban a morir:

—Aprieta, ¡aprieta más, por Allah! —chilló una de las mujeres.

Exhausta por el esfuerzo, Zayna estaba a punto de perder el conocimiento.

Nahid, que daba las instrucciones, se dirigió a Luzmila:

—Corre al dispensario y di a esa enfermera española, *Aransasú*, que venga. Ella sabrá qué hacer. Si está ocupada y no puede que te

entregue gasas, vendas, desinfectante…; todo lo que pueda juntar. ¡Vamos! ¡No te quedes parada como una estúpida!

Luzmila echó a correr. Hubiera preferido quedarse allí, con su madre y su tía, aunque a la vista de la determinación de Nahid no se atrevió a desobedecer. Recorrió los doscientos metros que les separaban del campamento tratando de no mirar los cuerpos caídos que debía sortear y entró en la tienda, blanca y azul, que hacía labores de hospital de campaña. La vasca conocía a Zayna porque desde que llegó se ofreció a ayudar para lo que fuera necesario. Había estado colaborando en varias ocasiones y a Luzmila, inquieta, le gustaba trastear cerca.

Se dirigió a ella:

—¿Qué ocurre, Luzmila? —Pese a su experiencia, se la apreciaba alterada. Era la primera vez que sufría un ametrallamiento de la aviación y la propia tienda de la Media Luna había sufrido las consecuencias: la lona presentaba agujeros de la metralla, algunos medicamente estaban caídos por el suelo y cerca habían estado de alcanzarla a ella. Se había protegido debajo de un carrito de metal y aquello la había salvado.

—Mi… ¡mi madre! —explicó la niña—. ¡Parece que se vaya a romper en pedazos! Mi tía Nahid dice que está dando a luz y que te avise.

—¿Qué? —exclamó—. ¡Imposible! Están trayendo a los heridos y somos tres sanitarios en total para atenderlos. No puedo moverme, deberán apañarse sin mí —rebuscó en un botiquín—: Toma esparadrapo, toallas y estas tijeras para el cordón y llévaselas a tu tía. Que sean valientes: no será la primera ni la última vez que una mujer dé a luz sin ayuda de comadrona. Iré tan pronto como pueda.

Luzmila voló llevando entre sus brazos lo que la valerosa española le había entregado. Cuando llegó al montículo, se detuvo en seco de la impresión; en medio de aquella refriega salvaje, tirada sobre una túnica, en la arena, la cabeza de su hermano asomaba de entre el vientre ensangrentado de su madre.

Un lloro agudo y potente la sacudió del marasmo en el que se sumía: Ahmed —así habían decidido llamarlo, en recuerdo de su tío recién fallecido— despertaba a la vida.

Los aviones finalizaron por fin su castigo y, poco a poco, el campamento recuperó el pulso. En las siguientes horas, las dos tiendas de la Media Luna Roja se llenaron de cuerpos desmembrados y la bilbaína, junto con los otros dos sanitarios —un médico francés de origen argelino y una enfermera saharaui—, se multiplicaron arriba y abajo socorriendo a los más malheridos.

Esa noche no hubo conversaciones ni cánticos alrededor de las hogueras.

***

A los pocos días, temiendo nuevos ataques, Jamil habló con su mujer, Lamya:

—Debemos continuar el camino hacia Argelia o regresar a El Aaiún. De seguir aquí no sobreviviremos. En Amgala y Um Dreiga los marroquíes también han atacado los campamentos. Están furiosos porque el Polisario resiste y es su forma de doblegarnos. He oído que allí ha sido todavía peor: arrojan un líquido negro que se adhiere a los cuerpos y los carboniza, quedan arrasados igual que estatuas de piedra. Otras veces sueltan un polvo blanco que provoca la asfixia —su marido la miró con infinito cariño—: Han asesinado a Badid, y nunca le olvidaremos, pero tenemos otros dos hijos; debemos pensar en ellos y salir de aquí. Zayna, su bebé y la pequeña Luzmila vendrán con nosotros.

Su mujer asintió. Desde que habían ametrallado a su pequeño mientras jugaba, cuatro días atrás, apenas comía y su boca no había vuelto a emitir sonido alguno. Tampoco en esa ocasión. Zayna, que estaba con ellos, la arropó entre sus brazos. Para compensar tanta mala noticia, al menos ella parecía recuperarse del parto, e incluso empezaba a producir leche con que saciar el hambre voraz del pequeño Ahmed.

Muchos eran de la opinión de Jamil y eso hizo que un convoy, acompañado por la Cruz Roja Argelina, se organizara en el lapso de una semana. Ya antes existían refugiados saharauis cerca de la frontera, aunque tras la evacuación del ejército español el número se multiplicó y los argelinos decidieron cerrar la frontera ante el aluvión de exiliados que pugnaba por entrar. Ahora, el gobierno del presidente Boumédiène acababa de autorizar de nuevo el paso, no sabían si de forma temporal: debían aprovechar el momento.

El viaje sería largo y Jamil miró con preocupación a su mujer, calibrando si después de la tragedia vivida lo resistiría. No estaba convencido, mas no tenía otras opciones. Él acompañaría al convoy para protegerlos, y su cuñado Mohamed permanecería luchando con la guerrilla, junto con Sahid y los demás. No conocían al sargento Carazo, pero habían oído que legionarios españoles se habían unido a ellos. Aparte de asesorar en temas de logística, luchaban a su lado codo con codo, como uno más, desempeñando una valiente labor. Y no salía gratis: dos de ellos habían muerto en enfrentamientos y otro más había perdido la pierna en una explosión.

El convoy arrancó finalmente; hacia escasas semanas habían recorrido el camino desde El Aaiún hasta Tifariti y ninguno era ajeno a las dificultades que aguardaban. Ahora eran aún más considerables: estaban más débiles que a la llegada, Zayna estaba recién parida y

apenas contaban con transportes. Los seis niños —a Badid lo enterraron cerca del promontorio donde había perdido la vida, en una fosa de poco más de un metro señalada con unas piedras— tuvieron que conformarse con turnarse montados en un mulo que compartían, aunque la mayor parte del camino lo hacían a pie. Era inútil quejarse y ningún lamento salía de sus bocas. Cuando no podía más, Zayna, junto al bebé, descansaba en una parihuela que improvisaron. Como en su caso, las familias transportaban a los numerosos heridos de los ataques en colchones, encima de tablones a la que colocaban ruedas. A veces paraban, agotados, incapaces de seguir, vagando durante días entre las dunas. Ausentes, sin esperanza. Continuamente se sobresaltaban porque aparecieran patrullas de la FAR, o los *picudos* de nuevo, y el sol inclemente azotaba sus cabezas, pasando abruptamente de cincuenta grados de día a entre cero y cinco grados de noche.

Eran de ascendencia nómada, y estaban acostumbrados a los rigores del Teneré, pero la exigencia era inhumana y raro era el día que no se descubrían cadáveres abandonados en las cunetas.

Por fin, un mes después de salir de Tifariti, cuatro desde que partieran el treinta de diciembre de El Aaiún, la caravana cruzó la frontera de Argelia por el suroeste y alcanzó los campamentos de refugiados de Tinduf.

Allí vivirían a partir de entonces; en total, habían recorrido seiscientos kilómetros por senderos de arena.

***

Luzmila apretó la mano a su madre. En su espalda porteaba a Ahmed, sujeto entre trapos para que no cayera. Una de sus minúsculas manitas asomaba entre los ropajes y a la niña la confortaba rozarla de vez en cuando. Había nacido prematuro y a sus seis semanas de vida estaba raquítico y desnutrido, aunque milagrosamente sano.

Habían llegado a su destino y la niña miró con ojos suplicantes: necesitaba un poco de ánimo.

—Mamá, ¿de verdad hemos llegado? —murmuró como si no se atreviese a formular la pregunta—. ¿No tendremos… que andar más?

Zayna la miró con ternura. Desconocía si realmente ese era su destino final o si, por el contrario, en poco tiempo se verían obligados a abandonarlo de nuevo, si bien debía insuflarle fuerzas. Si querían sobrevivir a las penalidades, ella y su hermano Ahmed debían descubrir el valor en su interior: su madre no estaría siempre para cuidarlos.

En realidad, Luzmila sabía la respuesta y solo anhelaba confirmación: los adultos les habían explicado a lo largo del camino, como si fuera un mantra, que se desplazaban al sitio donde vivirían a partir de entonces. No sabían cuánto estarían allí, ni si regresarían a sus

antiguos hogares, pero sí sabían una cosa: que debían alegrarse y dar las gracias a Allah, *El Clemente,* por estar vivos y a salvo.

Y lo más importante en ese momento: que no seguirían deambulando entre los *regs.*

Sin embargo, como ya antes ocurriera al llegar a Tifariti, la decepción fue palmaria en los ojos azules de la niña al contemplar lo que tenían enfrente: hasta donde abarcaba el horizonte solo se contemplaban jaimas azotadas por el viento y casas de adobe desperdigadas en medio de un pedregal. Era un paisaje árido, duro, lunar, cubierto en su mayor parte por grava y rocas planas, y donde habitualmente se alcanzaban temperaturas de cincuenta y cinco grados. Por supuesto, no había árboles ni otra vegetación que pudiera sobrevivir y solo se veían puñados de cabras y famélicos perros que parecían vagar a voluntad. Era la *hamada*: el infierno a donde los árabes mandaban a sus enemigos cuando les deseaban lo peor.

En ese momento no se apreciaba ninguna organización en las tiendas si bien, más adelante, según creció, la zona se dividió en cinco campamentos a los que se les puso el nombre de las ciudades del Sahara Occidental que habían dejado atrás: Bojador, Dajla, El Aaiún, Auserd y Smara. Pero, cuando ellos llegaron, no dejaba de ser un conjunto caótico de tiendas espaciadas de forma inconexa. Su cerebro no concebía haber hecho un viaje tan largo, calcinante y agotador para acabar en semejante paraje.

El abatimiento también pesó como una losa en el ánimo de Zayna. Como al resto, le resultaba imposible creer que aquel inhóspito y tórrido lugar fuera su anhelado refugio.

Frunció los labios y apretó las mandíbulas, rebuscando las fuerzas que necesitaba; hacía un esfuerzo ímprobo para no hundirse y mostrarse decidida: se sentía en la necesidad de dar ejemplo. Le gustaba el trato con la gente, ayudar a los demás, y a lo largo del camino sus palabras habían servido para reconfortar a muchas de las mujeres, por lo que ahora, de forma innata, atisbaban su reacción: conocían su historia de coraje, de superación y día a día se convertía en inspiración a seguir. Nunca se escribirían historias acerca de ella, nadie pronunciaría su nombre más allá de las *wilayas,* ninguna oda recordaría sus sacrificios…, pero sería el germen que impregnaría la resistencia de un pueblo.

Ante la indecisión, nadie se movía. Nadie se decidía a avanzar. Como si dar un paso fuera a hacerlos caer por algún tipo de fantástico tobogán. A su lado, Lamya, igual de agotada y decepcionada, con sus dos hijos supervivientes de la mano, la escrutó expectante. También Nahid, con los suyos, y algunas otras. Tal que si de su decisión dependiera el futuro de todos.

Zayna miró al frente y entornó los párpados. Parecía que se elevaba,

que desde las alturas contemplaba un paisaje vedado para el resto: una visión, un sueño…, la promesa de un futuro mejor.

Respiró profundo y, por fin, como a una señal convenida, un amago de sonrisa se dibujó en sus labios. No mucho, mas lo suficiente para demostrar que, con esperanza, un nuevo renacer siempre es posible.

Acarició con cariño el pelo de Luzmila y dio un paso en dirección a la hamada:

—Vamos, hija —se limitó a decir.

No fueron necesarias más palabras, ni largos discursos.

La pequeña, sin soltarse, sabiendo que aquel gesto era crucial, la estudió admirativa. Volvió a reafirmarse en el mismo pensamiento que desde hace semanas la acompañaba:

Cuando fuera mayor… ¡quería ser tan valiente como su madre!

Ambas habían asimilado que el hogar es donde se encuentran las personas que te quieren; y que, en su caso, aunque no conocieran su incierto futuro, ellas dos y el pequeño Ahmed seguían juntos. Con eso bastaba.

Animadas, con renacido y sincero optimismo, madre e hija enfilaron los últimos metros del viaje.

Una a una, empezando por Lamya, continuando por Nahid y siguiendo por todas y cada una de las demás, las imitaron; tomaron a sus hijos de las manos y fueron tras ellas en silencio, cual si de una procesión se tratara. En sus rostros se adivinaba un anhelo de esperanza y una arrancó una canción.

Habían llegado a su nuevo hogar.

Habían llegado a Tinduf.

SÉPTIMA PARTE

Rabat
Marruecos
Año 2018

XIV. Un rescate inesperado

Rabat (Marruecos)
Sábado, 6 de octubre de 2018.

El coche de la delegación española, con Mario en su interior, oculto tras unos cristales tintados, tomó la circunvalación de salida de Marrakech y se dirigió a gran velocidad en dirección a la moderna autopista que conducía hacia Casablanca y Rabat. Una vez en la A-3, el conductor aceleró hasta alcanzar ciento ochenta kilómetros por hora. Mientras, el copiloto, con su arma preceptiva asomando por la sobaquera, activaba un inhibidor de frecuencias Jammer de última generación que imposibilitaba a la policía de tráfico rastrear la señal. Rabat se hallaba a trescientos veinte kilómetros —tres horas y media de viaje—, pero a esa velocidad no tardarían ni dos.

Aunque en teoría no se hallaban en la ciudad, los dos agentes, que se presentaron lacónicamente bajo los nombres —posiblemente, falsos— de Omar y Santiago, habían tardado hora escasa en recogerle en la explanada de la Kutubia. Musculosos, pelo cortado a cepillo, silenciosos, tenían aspecto de tipos duros. Recordaban a esos espías de las películas que no saben disimular su oficio por mucho que se lo propongan. No podían haber llegado tan rápido conduciendo desde Rabat, algo no cuadraba, pero, aturdido por el golpe, no prestó atención a ese hecho.

Una vez entraron por la amplia Avenida de Mohamed VI, el Audi enfiló la Rue Ain Khalouiya. Cien metros más adelante, giró a la izquierda. El sólido edificio rectangular de color blanco que albergaba la embajada había sido remozado en 2012 y se situaba en la parte residencial, al sureste de Rabat; sus once mil metros de superficie se dividían entre zonas públicas, para el acceso de los que necesitaran tramitar documentos y visados, y privadas, para disfrute de autoridades, personal diplomático e invitados distinguidos. Un lienzo blanco y ligero, para protegerlo del sol, colgaba de la fachada principal y una doble fila de palmeras flanqueaba el perímetro. La bandera española, de considerables dimensiones, colgaba encima de la entrada principal que, a esa hora, se encontraba cerrada.

Según bajaron por un rampa que daba paso a los niveles inferiores, el GPS instalado en los bajos del coche activó un receptor. La puerta del garaje bunkerizado se abrió automáticamente enfrente suya. A continuación, se cerró a su paso: dos toneladas de chapa reforzada de acero que hacían imposible accesos no deseados a la delegación. O, peor aún, ataques terroristas. Desde la cadena de atentados yihadistas

de Casablanca, en 2003, con cuarenta y un muertos, y de manera más reciente con la bomba en la cafetería-restaurante Argana, en el centro de Marrakech, las medidas de seguridad se habían intensificado; equipos especializados del Cuerpo Nacional de Policía —los Close Protección Team— vigilaban día y noche el recinto.

Omar, que había actuado de copiloto durante el trayecto, lo ayudó a bajar.

Miguel Ángel esperaba junto a la puerta del parking:

—¡Dios mío, Mario! ¡Estás cubierto de sangre! —exclamó nada más verlo descender.

Mario esbozó una sonrisa forzada. No era consciente de haber perdido el conocimiento durante el trayecto y, sin embargo, sus ropas, así como el asiento de cuero negro del vehículo, estaban manchados de sangre.

Un médico de la embajada atendió de urgencia la herida en el dispensario de la planta baja. El sanitario miró preocupado al Agregado Militar, que observaba la cura sin perder detalle:

—No me gusta. El corte es profundo —indicó el doctor con rostro serio—. Afortunadamente, la tela enrollada alrededor ha taponado la hemorragia. Le he dado seis puntos. Cicatrizarán, aunque me preocupan las lesiones internas. Hasta que no le realice unas placas y una revisión completa no estaré tranquilo. Por supuesto, descanso absoluto durante unos días.

—Gracias, doctor. Así se hará. Me encargaré personalmente.

Mientras subían por el ascensor hacia la zona privada, Miguel Ángel se dirigió a su compañero de Academia. Los tales Omar y Santiago permanecían a su lado, sin separarse. Por su aspecto, Mario había llegado a la conclusión de que, si no policías, al menos pertenecían a los servicios de seguridad de la embajada. Iban armados y parecían eficaces. Sin embargo, le llamó la atención el modo autoritario y la displicencia con que su amigo, siempre amable con todos, los trataba, como si estuvieran a su exclusivo servicio.

Se dirigió a él:

—Menuda has montado. He tenido que actuar con increíble cautela para que *estos dos* —los miró de reojo— te extrajeran de Marrakech sin provocar un incidente diplomático. Menos mal que somos discretos, ¿verdad? —imperturbables, ninguno contestó. Al parecer estaban acostumbrados a obedecer sin abrir nunca la boca—. ¿Tú te encuentras bien?

—Sí, estoy mejor. Un día de descanso y estaré como nuevo. No te preocupes por mí, bastante has hecho ya.

—Bueno, bueno, ya veremos... El doctor no es tan optimista como tú. Has recibido un buen golpe y no debes hacer esfuerzos. Ahora, escucha: te instalaré en una de las habitaciones de invitados del

segundo piso. Es confortable, no tendrás que preocuparte por nada. Si te apetece, puedes pasear por los jardines y usar la piscina. Te gustarán. Si alguien te pregunta contesta que eres invitado mío, sin entrar en más explicaciones. Yo he de finalizar unas gestiones, comeremos juntos y me contarás en detalle qué clase de lío te traes entre manos.

Mario lo miró agradecido. La hospitalidad de su amigo iba más allá de lo esperable.

—Gracias, Miguel Ángel. Si no fuera por ti, no sé cómo habría salido de esa ratonera de ciudad. He sido demasiado confiado. ¿Crees que localizareis a Luzmila?

—No te preocupes ahora por eso. Ya he transmitido a nuestro personal el número de matrícula y la descripción de vuestros agresores. Es imprecisa, veremos qué pueden hacer. Mi gente es muy profesional y en un par de horas quizá sepamos algo.

Mario asintió con la cabeza:

—Virginia me ha enviado un mensaje diciéndome algo parecido. Que la matrícula posiblemente arroje luz, si bien será difícil rastrear a quienes nos atacaron.

El rostro del agregado mudó completamente al escuchar ese nombre:

—¿Virginia Redondo?

—Sí, claro. ¿Quién va a ser? Antes de que tus hombres me recogieran le envié la misma información que a ti. Me ha escrito diciéndome que la van a cotejar en sus bases de datos, que está segura de que hallaran una pista. Cuanta más gente experimentada buscando, mejor, ¿no te parece?

—Eso depende —respondió Santamaría con gesto torvo. La omnímoda sensación de control que desprendía de todo lo que hacía pareció tambalearse, como si de improviso le hubiera fallado una pieza de dominó. La inflexión de su voz se hizo grave—: No tenías que haber metido al CIRC en esto. ¿Por qué lo has hecho? —parecía molesto—. No es asunto de su jurisdicción, si se van de la lengua nos meterán en problemas. A todos. Incluso a tu famosa hermanastra.

—¿Por qué te enfadas? No lo comprendo.

—No me enfado. Solo te estoy diciendo que has sido un imprudente.

—¡Pero…!

Ante la expresión anonadada de Mario, Miguel Ángel intentó recular y recuperar el dominio de la situación:

—¡Está bien, está bien! Quizá haya exagerado. Y solo por curiosidad… —su tono se trufó de misterio— Aparte de la matrícula y la descripción de los individuos que os agredieron, ¿te ha pedido copia de algún documento?

Mario vaciló ante la pregunta. Acababan de entrar en la habitación marcando un código en el moderno display de la puerta y se

encontraban solos. Su cambio de actitud lo pilló por sorpresa, si bien nada tenía de lo que desconfiar: cuando le había llamado desde Marrakech se había volcado en ayudarle y al llegar lo tenía todo dispuesto; sabía que su puesto era importante, pero no calculaba que lo suficiente para movilizar semejante dispositivo en tan escaso plazo. ¿Cómo quejarse?

Sin embargo, aquella historia de los papeles le agitaba de forma extraña.

No acababa de comprender:

—¿Los documentos? ¿Te refieres a los que me han robado? No me los ha pedido con esa claridad, pero sí de forma similar: antes de que me los arrebataran me insistió en que le enviara cualquier cosa que descubriera, por nimia que fuera.

El rostro del teniente coronel volvió a ensombrecerse. Pese a que trataba de contenerse, parecía a punto de sufrir un acceso de furia. Las venas de su cuello palpitaban arriba y abajo.

Nunca lo había visto así.

—¿Y lo hiciste? —le increpó—. ¿Le has mandado algo? ¡Di! ¿Has llegado a escanear o fotografiar alguna de las hojas y enviársela?

Mario se sentía cada vez más extrañado:

—¡No! Claro que no. ¿Qué te ocurre? Pensaba mandárselo en cuanto pudiera, desde luego, ¿por qué no iba a hacerlo?, pero no tuve oportunidad. Los llevaba sujetos y, al desplomarme por el golpe, debieron cogerlos del suelo. Ni siquiera los ojeé.

Al oírlo, Miguel Ángel se relajó un ápice:

—¿Ves? ¡A eso me refería! —puso las manos sobre sus hombros y le habló mirándole a los ojos, al modo de un maestro que se dirigiera a un alumno al que le costara entender. En cuestión de segundos había pasado de un amago de cólera a una actitud indulgente—: Verás, Mario... No estoy seguro de cómo explicarte esto, sé que tienes reciente vuestra relación, que fue ella quien no quiso dar el paso definitivo y que regresaste a España tratando de olvidarla. Y que sigues enganchado a ella, a su recuerdo.

—¿Cómo que sigo enganchado a su recuerdo? ¿A qué viene eso? —Carlos estaba perplejo. Cuanto más hablaba el otro, menos entendía—. No comprendo dónde quieres ir a parar.

El militar le miró condescendiente. Había recuperado el control y volvía a ser la persona confiada y segura de sí de siempre:

—Lo que quiero decir es que… ¿estás seguro de confiar en ella? Sabes que Virginia es inteligente y ambiciosa. Demasiado. Siempre lo ha sido, incluso desde los tiempos de la Academia de San Javier. No descarto que se le haya pasado por la cabeza utilizar un asunto tan jugoso para fortalecer su red de contactos.

—¿Qué?, ¿has perdido el juicio?

—En absoluto. No me mires así: se están produciendo movimientos en el norte de África que tú desconoces. El poseedor de la información más valiosa inclinará la balanza a su favor —su tono era persuasivo y desplegaba sus encantos para convencerle.

Mario se sentía confuso por el giro de la conversación. Al no saber qué contestar, trató de desviar su atención reconociéndose la herida delante del espejo con una mueca de dolor.

Miguel Ángel no cayó en la trampa y prosiguió su soflama:

—Hablamos de poder, Mario. ¡De influencia económica! El gasoducto del Magreb suministra a España el cincuenta y uno por ciento del gas que consume, y de sus mil cuatrocientos kilómetros una tercera parte atraviesan territorio marroquí. Y otros tantos por Argelia. ¿Entiendes su importancia? Cualquier agravamiento de las hostilidades en el norte del continente afectará a miles de empresas, no solo en España, sino en Europa: millones de euros en juego, miles de puestos de trabajo. Cada vez que Marruecos está a disgusto con España corta el suministro, y cuando Argelia se incomoda con nosotros, actúa igual. Toda nuestra política energética depende de ellos. La adhesión de Crimea a Rusia en marzo de 2014 y su enfrentamiento con Ucrania, y con la propia Unión Europea, tampoco ayuda. En semejante avispero, cualquier nuevo dato sobre la Marcha Verde, aún antiguo, será la excusa para reabrir el conflicto entre Marruecos, apoyado por Estados Unidos, y Argelia, apoyado por Rusia y China. Las consecuencias son imprevisibles. ¿Lo comprendes ahora? Cualquier información que el enemigo posea, resultará vital.

Mario lo miró asombrado. ¿A qué venía ese discurso sobre el gasoducto, Rusia y los Estados Unidos? ¿De qué enemigo hablaba? El Nolotil que le había inyectado el médico de la embajada comenzaba a hacerle efecto, aunque todavía le costaba concentrarse. Más para seguir aquellos enrevesados razonamientos.

Lo único que había entendido de aquel mitin es que Miguel Ángel sospechaba de la mujer con la que había compartido su vida los últimos tres años. Y no le agradaba:

—¿Cómo puedes hablar así de Virginia? —contestó incómodo—. No entiendo ni una palabra sobre alta política y asuntos de energía, si bien no creo que mi relación personal tenga nada que ver. Nunca me metí en su trabajo, ya me interrogaron sobre ello en el EMA —dijo refiriéndose a su conversación con el capitán Esteban Torres— y, que yo recuerde, nunca me preguntó acerca del mío. ¿Por qué ahora va a ser diferente?

Miguel Ángel insistió. Parecía hablar de una materia no solo que manejara con detalle, sino que le obsesionara profundamente:

—¿Por qué no? ¡Abre tu mente! A pesar de que sea algo de cuatro décadas atrás, de la época de la transición, ese tipo de pruebas pueden

comprometer a personas vivas muy poderosas. No solo en Marruecos, también en nuestro país. Si se descubre que hubo un complot entre las autoridades franquistas, el entonces príncipe de España, la CIA y Marruecos para traicionar a los saharauis, Argelia lo utilizará en contra nuestra. Eso no podemos consentirlo. Siempre se ha sospechado algo, pero nadie ha sido capaz de aportar documentos justificativos de si, por ejemplo, hubo intercambio de dinero u otros favores.

—¿Qué otros favores?

—Por ejemplo, que los americanos exigieran entregar el territorio a cambio de asegurar al príncipe en el trono tras la muerte de Franco. ¿Te sorprende? Si ese Ahmed que me has contado, el hermano de Luzmila, estaba en lo cierto, en las manos adecuadas los papeles pueden adquirir gran valor. Por eso no debes confiar en nadie. No estoy acusando a Virginia, no me malinterpretes, solo te pido que seas prudente y consciente del alcance de esto.

Observó sin pestañear:

—Ya…

—En fin, piénsalo. ¡Ya está bien de cháchara por el momento! Ahora descansa y reponte. Vendré a la hora de la comida.

Según Miguel Ángel salió de la habitación Mario se tumbó en la mullida cama —tamaño *king size*—. Las embajadas contaban con alojamientos de lujo para recibir a personalidades de paso por la región, y la de Rabat no era excepción.

Durante largo rato meditó acerca de todo. Miguel Ángel contaba con más experiencia que él en asuntos de seguridad, si bien, aun no siendo experto, él también seguía los acontecimientos de la zona. Sabía que las rivalidades por la superautopista del gas —como denominaba la prensa al gasoducto del Magreb— tenía en vilo a la diplomacia española desde su mismísima construcción, en 1996, y cualquier traspiés afectaba a la economía nacional. Enagás lo había diseñado para bombear nueve mil metros cúbicos de gas natural a España y, a través de la frontera, al resto de Europa. Aunque las ingenierías del país lo resolvieron con su habitual brillantez, el reto tecnológico de atravesar el Estrecho de Gibraltar resultó mayúsculo: no solo por la profundidad media de cuatrocientos metros bajo el mar, sino por las corrientes marinas de entrada al Mediterráneo.

Se rumoreaba que hacía escasos meses una explosión en el yacimiento de Hassi R'Mel —en el lado argelino—, había hecho desplomarse el precio de los futuros del gas. Por unas horas el pánico se desató en los mercados y alguien que hubiera comprado CFDs [46] en la bolsa de Londres en días previos se habría hecho muy, muy rico. El suministro se reanudó a los quince días, pero Europa tomaba consciencia de su vulnerabilidad.

Sopesando la importancia de algo así, y los últimos acontecimientos,

la preocupación de Miguel Ángel por el control del gasoducto cobraba sentido. Pero lo otro… lo relativo a favores durante la transición entre Casas Reales, eso… eso era diferente. En su opinión, su amigo se comportaba como un conspiranoico: cada vez lo encontraba más cambiado, el tiempo en Rabat parecía ejercer una extraña influencia en él.

Fuera como fuera, no era sensato descartar ninguna sospecha. ¿Y si tuviera razón sobre Virginia, ella estuviera implicada y se había dejado llevar por sus sentimientos colaborando con sus intereses sin pretenderlo?

La cabeza le iba a estallar…

***

Agotado, se quedó dormido. Despertó una hora después. En ese lapso soñó que perseguía a Luzmila por el desierto. Ella iba montada a la grupa de un camello blanco, acompañada por dos de sus captores, y él gritaba, desesperado, luchando por rescatarla. Era un combate desigual: no se encontraba a lomos de ningún animal, sino que corría descalzo, y cuando iba a alcanzarla, y justo la rozaba con la punta de los dedos, sus pies comenzaban a hundirse y hundirse, bajo la arena de las dunas convertidas en mortíferas arenas movedizas. Entonces, los tres se perdían en el horizonte sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. El sol le cegaba y la presión de la arena succionándolo hacia abajo le hacía imposible respirar.

Se levantó confundido, agitado, y al principio no reconoció la elegante suite.

Vencido el sopor, se duchó para terminar de limpiarse la sangre reseca de la herida. Mientras se secaba y cambiaba de ropa por una de su talla que alguien había depositado en el armario, se fijó en el móvil. No lo había comprobado desde que envió el mensaje a Virginia en Marrakech, y se alarmó al comprobar ocho llamadas perdidas de su hermana María José.

Después de la desagradable conversación con ella y su madre en el cortijo de Santa Hermosa, y la despedida a la carrera, no le apetecía dar explicaciones, pero podía ser importante y decidió marcar el número.

Sin dar tiempo a escuchar ni siquiera dos pitidos, la voz fuerte y clara de su hermana resonó rotunda al otro lado:

—Mario, ¿dónde te has metido? —exclamó. Estaba bastante alterada—. ¡Llevo horas llamándote!

Improvisó una excusa:

—Problemas con la batería. Disculpa.

—¿Sí…? —Su tono era suspicaz. Era evidente que no lo creía—. Bueno, es igual, tengo malas noticias. Escúchame con atención: mamá

ha sufrido un derrame cerebral y los médicos del Clínico de Jaén dicen que es severo. Candela me llamó esta mañana, a eso de las siete. Ya sabes que duermen en el mismo cuarto. Dice que escuchó unos sonidos raros y que cuando miró vio que la costaba moverse, que balbuceaba sin sentido y que uno de los lados de su cara presentaba una expresión rígida y torcida. Enseguida llamaron a una ambulancia y en el hospital la ingresaron en la UCI. Yo llevo aquí desde las doce: tú ven en cuanto puedas. Su diagnóstico es grave, podría no pasar de hoy. Estoy muy preocupada.

Mario quedó noqueado ante la noticia. Su madre tenía ochenta años y la paraplejia la tenía postrada en la silla de ruedas desde hacía seis, pero no estaba preparado para una noticia así. ¿Un derrame? ¿Cómo era posible? Quitando su somnolencia, hacía tres días razonaba perfectamente, y por la tarde despachó los asuntos de la finca. Incluso discutieron acerca de sus recuerdos del Sáhara.

Una súbita culpabilidad le invadió: ¿acaso la conversación pudo afectarla? Era posible, debido a la paraplejia sufría de presión arterial elevada y aquello podía haber causado el derrame. Candela se lo contó. Le habían recetado pentoxifilina para mejorar el flujo sanguíneo y desde entonces estaba más vigilada, no solo por la guineana, que no se separaba de su lado, sino por un médico amigo de la familia que le practicaba un chequeo semanal. Desgraciadamente, no había sido suficiente.

Por unos instantes se olvidó de Luzmila, de Marruecos, del Sáhara, de su brecha en la cabeza y se vio asaltado por el sufrimiento con el que transcurrieron las semanas previas al fallecimiento de su padre. En su caso, la muerte se aproximó agazapada, rondando en silencio, igual que un animal salvaje que cerca a su presa y se abalanza sobre ella en un último y mortal soplo. En esa época su madre acababa de perder la movilidad de la cadera y estaba arrinconada en la silla de ruedas, por lo que no podía atenderlo; y pese a estar destinado en Bélgica él insistió a María José en acompañarlo en el hospital. No podía hacer menos. Y cumplió: pidió un permiso en el SHAPE y durante cuarenta días y cuarenta noches no se movió de la cabecera de su cama. La morfina le dormía la mayor parte del día para paliar los dolores del cáncer; pero, aunque no podía hablar, los ratos en que se hallaba consciente miraba con enorme gratitud. O, al menos, eso imaginaba él…

El recuerdo de aquellos momentos vitales le estremeció.

Y ahora se reiniciaba similar pesadilla. Solo que esta vez no estaría a su lado:

—Escucha, María José. Iré tan pronto pueda, si bien no será en unos días. Estoy fuera del país y no tengo medio de regresar.

Su hermana no le creyó:

—¿Fuera de España? ¿Y por qué no me has dicho nada? ¿Dónde estás?

—No preguntes. No puedo darte detalles. Iré lo antes posible y te explicaré todo; confía en mí.

—¿Cómo que confíe en ti? —exclamó colérica—. ¿Después de la discusión del último día, en que te marchaste de esa manera, te llamo para decirte que mamá se está muriendo y me contestas que no puedes venir sin darme una explicación razonable? ¿Acaso bromeas?

—Sabes que no es eso.

—¿De veras? No sé qué asunto más importante que este puedes traerte entre manos. Espero que sea tan trascendente como para comportarte así. —Hizo una larga pausa—. Dime una cosa: ¿actuarías igual si fuera papá?

Mario encajó con angustia el golpe de su hermana. Primero hacía referencia a la acalorada conversación donde su madre le había confesado la existencia de sus dos hermanastros —insinuando que podía guardar relación— y después sacaba a relucir el asunto de los favoritismos. En el fondo, era la historia de celos de siempre: él estaba más identificado con su padre y María José con su madre. Pese a sus discusiones, ambas tenían el mismo carácter dominante y con una mirada se entendían. Ellos, por el contrario, poseían un carácter más tranquilo y cuando la tormenta estallaba trataban de no interferir. Además, él había dejado su casa con dieciocho años para ingresar en la Academia General del Aire, y María José, fuera del periodo de su matrimonio, no se separó de su lado.

A pesar de sentirse dolido por tan injusta acusación, trató de no reabrir el sempiterno debate:

—Por favor, María José, no saques eso —insistió firme—. Te aseguro que iré en cuanto pueda.

—Eres un egoísta —respondió. Su voz reflejaba indignación—. ¡Un egoísta hijo de puta! —y colgó.

Mario se quedó en silencio contemplando el teléfono. No creía las insidias que su hermana le acababa de dirigir. Por muchas diferencias que pudiera haber tenido con su madre a lo largo de su vida, y por muchos comportamientos indignos, era su madre y la quería. Aunque no lo mereciera. ¿Acaso podía dudarse? Sin embargo su presencia no ayudaría a los médicos y estando tan cerca de conocer el secreto de su familia, y con Luzmila desaparecida, no podía renunciar a su búsqueda. No ahora, no en ese momento: se lo debía a su hermanastra, se lo debía a Zayna, se lo debía a su padre y, sobre todo, se lo debía a sí mismo.

La elección no era fácil y un sentimiento de congoja lo invadió.

Llamó a Virginia. Necesitaba agilizar sus pesquisas ¡y lo necesitaba ya! Había muerto una persona, Luzmila había sido secuestrada delante

de sus narices y su madre agonizaba en la cama de un hospital sin que él estuviera a su lado. La situación era desesperada y no podía malgastar ni un segundo:

—¿Virginia?

—Hola, Mario.

—Estoy en Rabat, con Miguel Ángel. Ha mandado un coche y me ha sacado de Marrakech —quiso tranquilizarla—. Ahora me hallo a salvo en la Embajada de España, parece un fortín. ¿Has averiguado algo? La situación se complica cada vez más. —Por el momento, prefería no dar noticias acerca de su madre. Ella la conocía desde hacía años, podía desconcentrarla y lo prioritario era localizar a Luzmila.

Al otro lado, el parloteo angustiado de su ex hizo pensar a Virginia que no le contaba toda la verdad, si bien lo achacó a la tensión:

—¿Dices que estás… con Miguel Ángel? —su tono era abiertamente suspicaz.

Mario reaccionó ante el inquisitivo tonillo. Las palabras de su amigo acerca de las consecuencias políticas y económicas que podía desencadenar aquello, y que debía de ser precavido, le habían hecho recapacitar; pero, en la situación actual, después de la llamada de su hermana, no disponía de tiempo ni ganas de entretenerse con tontas historias de espías.

—¡Con Miguel Ángel, sí! ¿Qué diablos os pasa a los dos? ¡No me ayudáis con vuestras rencillas de adolescentes!

Virginia hizo un gesto de extrañeza. No sabía que el agregado de la embajada había insinuado que ella pudiera estar detrás del complot, y en consecuencia no sabía a qué aludía.

En todo caso, a la vista de su ansiedad, optó por explicarse mejor:

—Escucha, Mario: ándate con cuidado. Creo haber descubierto un dato clave en este embrollo, aunque me faltan pruebas. Necesito más tiempo, al menos hasta el lunes. He de efectuar comprobaciones y mi contacto necesita verificar unos detalles sobre un par de sociedades fantasma.

Lejos de tranquilizarlo, las explicaciones de Virginia le generaron mayor preocupación:

—¿Tu contacto?, ¿de qué contacto hablas?

—Es alguien de confianza, no temas. Se llama Gordon Slahde. Trabaja como *freelance* en Bélgica para varias agencias de inteligencia. Cuenta con contactos en el norte de África y entre los dos estamos tirando del hilo que me proporcionaste.

—Ya…

—Gordon ha averiguado que la matrícula del vehículo en el que raptaron a Luzmila pertenece a una empresa de alquiler, y que cometieron el error de no pagar en metálico. Nos hemos introducido en sus ordenadores, localizado la transacción y rastreado el número de

tarjeta a través de la pasarela de pago: está expedida a nombre de una empresa radicada en Casablanca. A partir de ahí, hemos accedido al registro mercantil y verificado que su objeto social es la importación y la exportación de textiles.

—¿Y qué? —Mario no entendía nada.

—Hasta ahí nada extraño, de acuerdo. Podía ser una pista falsa, pero hemos seguido indagando y lo destacable es que el administrador de esa supuesta empresa de ropa de Casablanca es un tal Ramí Huseini. ¿Te suena ese nombre?

—No, ¿debería?

—En realidad, no. Era por si acaso. Al no constar en nuestros ficheros del CIRC, pensé que en su país de origen debían tener información más detallada y me he «colado» en la base de datos de la Dirección General de Estudios y Documentación, la DGED. Como sabes, bajo ese nombre la DGED es una tapadera de los servicios secretos marroquíes. Cuenta con cuatro mil agentes repartidos entre África, Asia y Europa. La dirige Mohamed-Yassin Mansouri, un civil amigo del propio rey Mohamed VI que está modernizándolo todo. Pero nosotros vamos por delante y gracias a nuestro *amigo Yassin* he conseguido la ficha policial de Ramí y su foto. —Lo dijo orgullosa, como si se tratara de una travesura informática en lugar de una gravísima intromisión en los registros de un país extranjero que podía acabar con sus huesos en la cárcel—. Te la enviaré. Tengo el pálpito de que puede tratarse de uno de vuestros agresores de Marrakech. Según su expediente, hasta los treinta años se labró buena reputación en los bajos fondos: extorsión, robos y una acusación de fraude informático que misteriosamente se desestimó en el último minuto. A partir de esa fecha, silencio absoluto. Nada. Igual que si se le hubiera tragado la tierra.

Mario empezó a atar cabos:

—¿Y qué hace semejante sujeto en el papel de administrador de una sociedad dedicada a la importación y exportación de ropa? Algo no cuadra.

Virginia le escuchó complacida:

—Eso pensé yo. Sin explicar de dónde había sacado su ficha, solicité a la Europol, la Agencia Europea de Seguridad, que cruzase sus datos fiscales, por si tuviera conexiones en países afuera de Marruecos. Su trabajo consiste en ocuparse de delitos con enfoque internacional, por lo que lo saben todo acerca del blanqueo de capitales. Y… ¿sabes qué?

A esas alturas, Mario esperaba cualquier cosa:

—¿Qué?

—Pues que ¡bingo! Me pasaron un informe de lo más completo: resulta que, además de Casablanca, Ramí es administrador de dos docenas de sociedades en Jersey, Maldivas y Gibraltar. Unas son empresas instrumentales, sin actividad, posiblemente usadas de

señuelo, pero otras presentan numerosos movimientos y propiedades. Una de ellas opera en la City y es precisamente la más interesante: se dedica a comprar y vender futuros en la bolsa de Londres y, según Europol, en los últimos tres meses le ha ido francamente bien. Yo diría que *extraordinariamente bien*. Ha ganado mucho, muchísimo dinero invirtiendo... y estoy segura de que no ha sido de manera limpia. Nadie gana tanto en tan poco tiempo. Mis colegas de la Europol creen que tenemos algo muy gordo entre manos, querían saber más pero de momento les he dado largas.

—Sabía que eras buena, pero me quedaba corto: ¡eres un verdadero genio! —exclamó—. DGED, Europol… ¡no puedo creer que hayáis descubierto tanto en tan poco tiempo!

—Pues créetelo —respondió exultante. No recordaba haber estado tan excitada desde que había pirateado la web del gobierno ruso buscando pruebas sobre un fraude de tráfico de armas—. Yo no soy manca, y Gordon Slahde tampoco. En nuestra opinión, nuestro sospechoso no es un honrado empresario, eso es evidente. Ni un ex delincuente cuarentón metido a importador que monta empresas solo para defraudar al fisco: es un testaferro.

—¿Un testaferro?

—Si. Las propiedades que figuran en el balance de esas sociedades no parecen suyas, no da el perfil, sino que deben de pertenecer a alguien que le ha puesto ahí para no incriminarse. Aparece dinero, fondos de capital-riesgo, inversiones en bolsa a través de bitcoins y varias casas de lujo en Santi Petri. Incluso un velero. Hoy en día resulta más fácil que nunca crear esas sociedades. Buscando en Internet accedes a páginas de *bancos offshore* [47]*que, por mil euros, te abren cuentas corrientes en paraísos fiscales a lo largo y ancho del mundo sin moverte de casa.

—Y si esas propiedades no son suyas… ¿a quién encubre Ramí?

La voz de Virginia adoptó de pronto un estilo precavido. Entraban en terreno resbaladizo:

—Bueno, tengo una corazonada, pero necesito verificar unos datos antes de contártelo; la web donde se aloja la información que preciso está encriptada. De momento se resiste. No tardaremos, aunque necesito tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tengo.

—¡Dos días!, tres como mucho. Estamos cerca, lo presiento, pero si levantamos nuestras cartas ahora y detienen a Ramí, el verdadero culpable escapará y todo habrá sido en vano. Hemos de atarlo bien antes de dar el siguiente paso y alertar a las autoridades: hasta entonces, no hables de esto con nadie.

Mario se limitó a musitar un «está bien, haz lo que puedas» y colgó con expresión cariacontecida. Su ex había hecho honor a su

reputación de experta analista e investigadora, era imposible haber hecho más en menos tiempo, aunque no por ello se sentía menos preocupado: el tiempo era crucial y tres días podían ser demasiados. No sabía en qué situación podría encontrarse Luzmila y, a pesar de que prefería no pensar en ello, no era descartable que estuviera muerta. Los secuestradores debían de ser los mismos que habían asesinado a Ahmed tiempo atrás y eso le hacía no albergar esperanzas. Decididamente, había sido un imprudente yendo solo a su encuentro con ella; de no haber sido tan confiado, estaría ahora a salvo.

***

El resto del día se dedicó a disfrutar de las confortables instalaciones de la embajada, navegar por las redes y buscar información sobre sociedades offshore y paraísos fiscales. Miguel Ángel le había prohibido salir del complejo y necesitaba distraerse. Cada pocos minutos ojeaba su móvil: Virginia había dicho que mandaría un mensaje con la foto de Ramí Huseini para que lo identificara, seguía sin hacerlo y la impaciencia le consumía.

Pasadas las siete, una persona del servicio le indicó protocolariamente que el teniente coronel Santamaría le invitaba a cenar en el comedor de gala: unos empresarios españoles estaban cerrando un negocio en la ciudad y necesitaban que la embajada solventara trabas burocráticas. Mario dudó si acudir al ágape, mas no quería desairar a su amigo, que recordando que sus pertenencias habían quedado en el riad incluso se tomó la molestia de enviarle ropa apropiada: un traje de corte exquisito, camisa blanca, corbata de seda con dibujos geométricos en tonos azules y zapatos de ante a juego con el traje. Lo admiró todo; asombrado por su eficacia —y por el presupuesto que parecía manejar— consideró que sería muy descortés rechazar la invitación. Por otro lado, sería una oportunidad para distraerse de la tensión que le consumía y conocer la *cuisine marocaine* de la delegación. Viendo el resto del entorno, estuvo seguro de que sería deliciosa.

Durante la cena, a la que acudieron el jefe de la oficina económica y comercial, el encargado de la oficina técnica, el cónsul en Nador y dos funcionarios más, Mario observó con admiración a Miguel Ángel desplegar sus encantos. Vestía un elegante frac y semejaba un diplomático de carrera más que un mando militar; se le notaba acostumbrado a ese tipo de reuniones de negocios que no eran sino excusa para engrasar relaciones. Era jovial, ocurrente y sabía encandilar al auditorio. Contaba chistes y alternaba vivencias suyas, convenientemente magnificadas, con datos acerca de la escena política internacional, especialmente en el norte de África. Los directivos de la empresa gasística escucharon alborozados sus anécdotas picantes, y a

la comida siguió una larga sobremesa, acompañada de los inevitables licores.

Pasada la medianoche, notó la característica vibración de un mensaje en el móvil. Lo sacó con disimulo de su bolsillo y comprobó que lo enviaba Virginia. «¿Es que esta mujer no descansa?», pensó mientras sorbía una copa de *Puerto de Indias* que le acababan de poner en la mano y que había aceptado casi por obligación. Entretenido con la velada, había olvidado por unos minutos el asunto de la ficha de Ramí y el mensaje le devolvió a la realidad.

Intranquilo, descargó el archivo. Con disimulo, apartándose hacia un lateral del salón, comprobó la persona de la fotografía. Presentaba aspecto amenazador: mirada hosca, cejas anchas y pobladas, labios fruncidos y una cicatriz de cuatro centímetros surcando su mejilla derecha. Con la respiración contenida comprobó que guardaba extraordinario parecido con el árabe que golpeó a Luzmila en el callejón y la introdujo en el coche. En la tetería de la *Kasbah* se embozaba en un turbante, aunque la complexión de los hombros coincidía, al igual que el tono de piel y la mirada feroz. Por si no fuera suficiente, recordaba que, mientras forcejeaba con la saharaui, descubrió su rostro, que corrió a cubrir de nuevo, mas lo justo para identificar la marca en el lateral de la cara.

Estaba seguro: se trataba de la misma persona.

El corazón le dio un vuelco y trató de llamar la atención de Miguel Ángel. El embajador, don Luis de Berrio y Zaldivar, acababa de entrar para saludar a los empresarios y él permanecía atento a su lado. Ambos hombres apenas se saludaron, como si una incómoda sensación de frialdad se levantara entre ellos. Aquello llamó la atención de Mario, que hubiera imaginado una relación de máxima cordialidad entre los dos.

Pasados unos minutos, y aprovechando un momento en el que Miguel Ángel se disculpó para dirigirse al cuarto de baño, salió tras él. El olor a alcohol que desprendía no hacía aconsejable tratar ningún tema con él a esas horas, sin embargo, el asunto era demasiado importante para aplazarlo:

—Miguel Ángel, escucha —dijo entrando tras él—: Virginia ha localizado a la persona que secuestró a Luzmila. Me ha mandado sus datos y una fotografía. ¡Te dije que lo haría!: mírala.

Su amigo echó un vistazo a la imagen de la pantalla, sin prestar aparente interés. Pasados unos segundos, le devolvió el teléfono. No hizo comentario ni gesto de reconocer al secuestrador y su cara se mostró hierática, como la de una esfinge.

—¿No dices nada? —Estaba extrañado. Eran cerca de la una de la madrugada, sabía que no era momento ni lugar, pero no entendía su reacción de indiferencia absoluta.

Mientras terminaba de secar sus manos, Miguel Ángel se giró hacia él. Su rostro expresaba disgusto y el efecto del alcohol parecía haber desaparecido:

—Te dije que no hablaras *con ella* —lo silabeó con desprecio—: que no era seguro. Veo que no has escuchado.

Mario atendió contrariado: ¡así que era eso! Otra vez aquellos celos de colegiales por ver quien adquiría más protagonismo. Lo vital era distribuir la foto entre las autoridades marroquíes con rapidez para localizar a Ramí; la vida de Luzmila estaba en juego. ¿Qué más daba lo otro? Tiempo habría para aclarar el motivo de aquella disputa.

—¿Pero… eso que importa? Lo importante es que hemos identificado al secuestrador —replicó.

Pero el agregado, con un ademán imperativo de la mano, lo interrumpió cortante:

—Mañana, Mario, mañana... Hoy no son horas. Mañana aclararemos todo. Aunque lo intentemos, no resolveríamos nada esta noche. Vete a la cama y descansa. Yo me despediré de los demás en tu nombre.

Quiso protestar. No se había despedido del embajador ni del resto de invitados, pero Miguel Ángel fue categórico y no dio opción. Él le había invitado a la cena y ahora parecía haberse cansado de su compañía.

Salieron juntos y, a una indicación suya Omar, que había permanecido sentado en una silla del fondo del salón durante toda la velada, se levantó y lo acompañó a su habitación del segundo piso. Miró al agente con cara de pocos amigos —más parecía que lo llevara escoltado que otra cosa—, pero no protestó.

Intranquilo por lo que pudiera estar sucediendo se sumergió en un constante duermevela. No acababa de comprender el comportamiento de Miguel Ángel, si bien lo atribuía —o, más bien, trataba de hacerlo— al efecto de la bebida. También su relación con Luis de Berrio, el embajador español, parecía singular, extrañamente distante: en sus conversaciones jamás le había contado que tuviera ningún problema con él ni con ningún otro trabajador de la delegación. Fuera como fuera, y con la cabeza más fría, reconocía que no hubiera sido práctico llamar a la policía marroquí a la una de la madrugada y verse obligado a relatar la historia desde el principio. Estando implicado un alto cargo del ejército aquello levantaría polvareda, era necesario diseñar una explicación plausible para explicar el enredo. La reacción de la policía marroquí dependería de la credibilidad que les prestaran y con ello las posibilidades de encontrar a Luzmila.

Durante toda la mañana no tuvo noticias y, pasado el mediodía, su nerviosismo iba en aumento. Estaba seguro de que ocurría algo raro y comenzó a aventurar disparatadas teorías: ¿dónde estaba su viejo camarada?, ¿por qué nadie le daba ninguna explicación?

Por fin, a eso de las cuatro, tras numerosas e infructuosas llamadas a su móvil, sonaron dos golpes secos en la puerta: era Miguel Ángel. Venía acompañado, unos pasos atrás, de Omar y Santiago.

Sin llegar a ser de alegría, su cara mostraba una notoria satisfacción:

—La hemos encontrado —dijo por todo saludo.

—¡¿Qué?! —respondió él de inmediato.

—A Luzmila, hemos encontrado a Luzmila. ¿Es que no te alegras?

Mario no lo podía creer. Las suspicacias tanto de la noche anterior como de esa misma mañana se desvanecieron por ensalmo, y se reprochó haber pensado que su amigo no daba suficiente importancia al asunto del secuestro.

—Claro que me alegro. ¿Dónde… dónde está? —preguntó emocionado.

—En una nave de un polígono industrial, a las afueras de Marrakech, cerca de donde se la llevaron. Mis hombres han indagado a través de nuestros confidentes habituales y la han localizado; el lugar se usa de almacén de ropa, se alquiló hace tres días y su ubicación levantó las sospechas. ¿No te dije que eran buenos? —lo dijo irónico, con suficiencia, reprochándole la falta de confianza que había manifestado desde su llegada—. Tenemos gente de incógnito desplazada a la zona: nadie puede entrar ni salir. Hemos de apresurarnos, nos esperan.

Mario, una vez aclarado, se sentía eufórico: ¡viajarían a Marrakech para rescatar a Luzmila!

De pronto recordó la fotografía de la noche anterior y la reacción de Miguel Ángel al observarla:

—¿Y Ramí Huseini…? ¿Cómo encaja él en todo esto?, ¿también lo habéis localizado?

—No, a él no —respondió el agregado. Pareció apresurado y ligeramente molesto, como si aguardara la pregunta y tuviera una contestación preparada—. Suponemos que fue él quien la secuestró, y la policía marroquí aún lo busca. No te preocupes, aparecerá. Lo importante en este momento es que tu hermanastra está sana y salva.

Mario, en un arrebato de entusiasmo, abrazó a su compañero.

No cabía en sí de gozo:

—Eres fabuloso, Miguel Ángel. ¡Fa-bu-lo-so! —dijo mientras le estrechaba.

El militar se zafó del abrazo. Tanta cordialidad delante de sus subordinados parecía incomodarlo:

—Está bien, ya habrá tiempo de celebraciones, no perdamos tiempo. Esta vez os acompañaré yo en persona. No quiero más problemas.

Dicho y hecho, en pocos minutos un todoterreno negro metalizado dispuesto en el garaje los condujo a Marrakech. Los silenciosos guardaespaldas, que no dejaban de atisbar en todas direcciones, como si esperaran algún contratiempo, se sentaron en la parte delantera y

ellos dos detrás. Eran las cuatro y Rabat aparecía tranquila a esas horas, con la brisa del Atlántico soplando entre las murallas.

Siguiendo la línea de la costa en dirección a Casablanca, dejaron atrás la metrópolis. El sol golpeaba los farallones, mientras que playas de fina arena se sucedían a su derecha, con el vaivén de las olas y el rumor del agua batiéndose contra las rocas. Tardaron más que a la ida y cada breve intervalo su amigo recibía mensajes en su móvil que leía con atención, se suponía que confirmando que todo marchaba según lo previsto. No se atrevió a preguntar. A su lado, él disfrutaba confiado del paisaje y de la sensación de gozo por estar tan cerca de reencontrarse con su hermanastra.

¡Todavía no podía creer que estuviera con vida y a salvo!

***

Al entrar en el polígono industrial de la Ciudad Roja, situado al noreste, en el camino de Casablanca, el potente Toyota Land Cruiser aminoró la velocidad. Después de tres horas de viaje se sentía entumecido y miró expectante a su alrededor. Se trataba de uno de esos lugares en las afueras de las grandes urbes donde se desperdigaban los almacenes y las naves de todo tipo: venta de material electrónico, bazares de ropa al por mayor, talleres mecánicos y un sinfín más. Un escondite perfecto. Al ser domingo, las calles estaban desiertas y dieron vueltas hasta dar con un callejón en el extremo más alejado del complejo: allí era.

El corazón de Mario latía acelerado ante la emoción del encuentro.

Atardecía. La luz empezaba a ocultarse y en el exterior, por única compañía, había aparcado un utilitario rojo, marca Dacia. Al pasar a su lado se fijó que, a pesar de lo nuevo del chasis, la matrícula no parecía la original. Si uno se fijaba, se inclinaba ligeramente a la derecha, como si no encajara del todo: no descartó que fuera doblada y perteneciera a la gendarmería marroquí u otro cuerpo. Sin darle mayor importancia, echó un vistazo a su interior sin ver nada sospechoso.

Aparte del Dacia, hubiera esperado encontrar otros vehículos y policía custodiando el entorno —Miguel Ángel había asegurado que había agentes desplazados—, pero supuso que estarían ocultos. ¿Qué otra cosa pensar si no? No tenía de qué desconfiar y, dejando atrás el vehículo, se dirigieron hacia la puerta de acero contrachapado de la nave.

Como en una procesión, Santiago, que de los dos guardaespaldas era el más alto y corpulento, encabezaba la comitiva. Miguel Ángel iba detrás, él a continuación y Omar cerraba el paso.

Miguel Ángel golpeó con los nudillos con una señal convenida: cuatro golpes, pausa y cuatro golpes de nuevo. Pasados unos

segundos, alguien debió reconocerlo a través de una cámara de seguridad situada encima de sus cabezas y la cerradura se abrió con un chirrido metálico. Rebasaron un escalón, que separaba la superficie del exterior de la del interior de la nave, y entró a continuación de su amigo. Tan pronto lo hizo, Omar cerró la puerta a sus espaldas. Mario miró al frente y atisbó expectante. Sin embargo, y para su desilusión, quitando grupos de cajas desperdigadas, el almacén estaba vacío y por mucho que trató de adaptar la vista a la semioscuridad no descubrió ni rastro de Luzmila.

De pronto, se escucharon pisadas: un hombre bajaba del piso superior por una escalera de metal y avanzaba hacia ellos. Vestía con una chilaba marrón abotonada y andaba con paso seguro, dando caladas a un cigarrillo que sujetaba en la mano izquierda. Extrañado por el entorno, Mario ojeó a Miguel Ángel para comprobar su reacción. Seguía tranquilo, confiado, por lo que supuso que el misterioso hombre árabe sería conocido para él. ¿Quizá alguno de los agentes marroquíes que habían descubierto a Luzmila? Era posible, pero… si así era ¿dónde estaba? ¿Tal vez protegida en el piso de arriba?

El reflejo de los postreros rayos del sol de la tarde incidía a través de los cristales rectangulares de la parte superior de la nave, y el contraluz le daba en los ojos dificultándole la visión. Eso hizo que no reconociera el rostro del marroquí hasta situarse casi a su altura. Al hacerlo, su anterior expresión de emoción por el rescate se transformó en una de perplejidad y, acto seguido, en una de estupefacción: ¡era Ramí! La cicatriz de su mejilla lo hacía inconfundible: era el magrebí que había secuestrado a Luzmila y cuya fotografía Virginia Redondo había enviado la noche anterior.

¿Qué hacía allí?

Incapaz de comprender, dirigió una mirada a su alrededor. Miguel Ángel y los otros observaban con sorna, sin moverse, aguardando su reacción.

De su boca salió una frase de alarma:

—¡Miguel Ángel, es él! —gritó fuera de sí—. ¡Es el árabe que secuestró a Luzmila! ¡Detenedle!

Su amigo lo escrutó impasible:

—Lo sé.

—¿Sí…? —tartamudeó—. ¡Pues haz algo! —Su voz era reflejo del pánico que lo embargaba. Instintivamente retrocedió unos pasos, hasta tropezar con el esbirro que permanecía a sus espaldas y que le cerraba el paso, como si se tratara un muro infranqueable. ¿Qué ocurría?—¡He dicho que hagáis al…! —sus palabras se entrecortaron definitivamente cuando el corpulento guardaespaldas lo sujetó, lo hizo girar sobre su vertical y con un movimiento bien calculado le

inmovilizó el brazo por detrás de la espalda. Luego pasó el otro antebrazo por su cuello, aferrándolo fuertemente.

Imposible soltarse.

Casi no podía respirar. Su cerebro había comprendido ya lo que pasaba, aunque todavía se negaba a creerlo:

—Ya es suficiente, Mario —dijo Miguel Ángel muy serio—. Deja de hacerte el tonto y no te resistas. Estamos solos, nadie puede oírte. Ramí está aquí porque yo ordené que viniera: trabaja para mí. Al igual que ellos dos.

—¿Por qué? —balbuceó con esfuerzo. El brazo retorcido y la sensación de asfixia en la garganta le impedían pensar con claridad.

—Te lo dije... —el tono del agregado pasó a una tristeza impostada, como si lamentara la situación en que se encontraban pero no tuviera más remedio que actuar de ese modo—. Cuando me llamaste desde Madrid, te advertí que te fueras con tu novieta americana y no prestaras atención a esa condenada saharaui. Te lo repetí varias veces. ¿O no lo recuerdas? Que no hicieras caso de su mensaje… ¿A quién le podía importar un asunto de hace cuarenta años? Pero no… Tú siempre te has creído más inteligente que yo y no seguiste mi consejo. Por si fuera poco, viniste a Marruecos para conocerla sin molestarte en comunicármelo antes. ¡A mi país, Mario, a mi país!

—¿Tu país?

—¡Sí! ¡Es mío! ¡Me pertenece! Eres un estúpido, me lo has demostrado con creces. Siempre has sido un idealista, un quijote igual que tu padre, aunque en esta ocasión has llegado demasiado lejos y te has metido donde no te llamaban. Y te aseguro que lo siento. Encima has metido en el juego a Redondo; otra fisgona con aires de superioridad metida a hacker. Lo que nos faltaba. ¿Creíais que ibais a venir y reabrir viejas heridas sin que nadie reaccionara? ¿Sin que nadie se opusiera? Lo siento, amigo, no lo puedo permitir. Esto es más grande que tú y que yo, y ningún papelajo robado hace años cuestionará lo que se hizo. Y, lo más importante, nada pondrá en peligro lo que he construido con tanta paciencia a lo largo del tiempo.

—¿Lo que se hizo? —dijo Mario. El gorila detrás de él había aflojado la presión para que contestara a su jefe y, pese a que estaba a su merced, no estaba dispuesto a amedrentarse.

—¡Sí! ¡Lo que se hizo! ¡Lo que hicimos! Todos los que participamos. Y ningunos listillos como vosotros van a cuestionar las cosas ahora, ni menos soltar patochadas acerca de unos y otros para cebar a la prensa. Lo hecho, hecho está —dijo mirándole fieramente—. ¿Lo has entendido?

—Lo único que entiendo es que eres un cerdo. Y también un corrupto.

Miguel Ángel se mofó descaradamente de él:

—¡Ja, ja, ja! Sí, es posible. Y un corrupto muy rico. Ni te imaginas el dinero que he ganado estos años. Al menos, reconoce que no soy un necio salvapatrias como tú.

Mario no entró en su juego. Podía insultarle todo lo que quisiera, era lo de menos. Pasados unos minutos, pese al agarre, su cerebro funcionaba a toda velocidad, analizando las opciones que tenía de salir vivo de allí:

—¿Entonces… vosotros matasteis a Ahmed? Sí, no hace falta que me contestes. Ya he comprendido que sí. ¿Y Luzmila, dónde está?, ¿qué habéis hecho con ella? —su mente había encajado todas las piezas, incluso el registro de su despacho; ahora entendía que buscaban los famosos documentos y que pensaron que su hermanastra se los había enviado. Era lógico: ¿qué lugar más seguro para custodiarlos que en el Cuartel General del Aire, en pleno centro de Madrid? Su osadía no se detenía ante nada y debió ser alguno de los hombres de Miguel Ángel —igual de corruptos que él— el que usara su acreditación para introducirse en el EMA y saquear la oficina.

Por esa razón, la noche anterior, al enseñarle la foto de Ramí, Miguel Ángel comprendió que estaba muy cerca de la verdad, que su organización estaba en peligro y que debía actuar de forma *contundente*. Ese fue el motivo de su indiferencia tras la cena: bajo la excusa del alcohol no le contestó para no despertar sus suspicacias y, a lo largo de la mañana siguiente, pergeñó un plan para deshacerse de él.

¡Qué inocente había sido! Todo encajaba: Virginia acertó en sus sospechas desde el principio. Desgraciadamente, se daba cuenta demasiado tarde.

—Lo del Erguibat fue un accidente —continuó Miguel Ángel más tranquilo—. Te lo aseguro. Ramí solo quería robarle los condenados papeles, nada más. Ahí hubiera acabado todo. Ese beduino estaba levantando demasiado alboroto hablando por todos lados de ellos y debíamos solucionarlo. Entiéndelo. Sin embargo, no los guardaba en su miserable covacha. Cuando Ramí la registraba, entró y le descubrió. Pelearon y tuvo que defenderse usando su cuchillo. ¿Verdad, Ramí? ¿Verdad que fue en defensa propia?

—Por supuesto, señor. *En defensa propia*..., sí. Sucedió como ha descrito —su sonrisa sarcástica indicaba exactamente lo contrario.

Desde que se descubriera todo el árabe apenas había pronunciado palabra, lo que no suponía obstáculo para que siguiera la conversación con atención: ver enfrentarse a los dos españoles le provocaba una íntima satisfacción. Su aspecto y su mirada acerada infundían auténtico miedo, más aún en persona.

Miguel Ángel lo miró de soslayo, con un rictus de desagrado que no quiso disimular. Después de años juntos también a él le disgustaban su

presencia y sus métodos criminales. Era un perturbado. Sin embargo, uno muy provechoso. Al menos para sus intereses; desde que por casualidad le conociera en un fumadero clandestino de opio en Tetúan supo ver su potencial y, desde su llegada a África, le había resultado extremadamente útil para amedrentar a todo el que se pusiera por delante: alguien que sabía ser violento —muy violento— si la situación lo exigía. O incluso si no lo exigía… Hasta había logrado meter en cintura a Berrio a su llegada a Rabat dos años atrás. Quiso meter la nariz en su entramado empresarial y eso era algo que no podían consentir. Bajo amenazas le hizo entender que, a pesar de que él fuera el representante de España de cara a la galería, en realidad el único que hacía y deshacía allí era él. El embajador lo entendió, no quiso buscarse problemas, y mientras no afectara al día a día de la delegación decidió mirar para otro lado e ignorar sus actividades siempre que supiera ser discreto.

Miguel Ángel contempló al árabe con desdén. Cuando todo acabara se encargaría de él: llevaban juntos largo tiempo y, además de sus métodos, sabía demasiado acerca de sus *negocios*.

Mientras, continuó con sus justificaciones:

—Mario, fue pura casualidad. Te lo aseguro. Su muerte fue un lamentable accidente, nada más, yo no tenía la más remota idea de que fuera tu hermanastro. Puedes creerme. ¿Cómo hubiera podido saberlo? Reconozco que tuvimos que inventarnos la historia del accidente en moto, eso es cierto. La primera noticia de que estaba relacionado contigo fue cuando me llamaste desde Madrid. Al contarme la historia de la foto y de la dichosa pluma, y explicarme la existencia de una hermanastra saharaui que te quería contactar, até cabos y entendí que los archivos pertenecían a tu padre. Los debió recopilar cuidadosamente en su último periodo de servicio en el Gobierno General de El Aaiún por algún motivo; quizá para protegerse de futuras acusaciones o quizá porque no estaba de acuerdo por el modo en que se desarrollaba la retirada de nuestras tropas y quería reunir pruebas contra el gobierno. Vete a saber.

»Cuando lo descubrí me alarmé: al saber su procedencia comprendí que tenían muchas posibilidades de ser veraces y contener datos realmente comprometedores. Después, Ramí me lo confirmó. Había pinchado el teléfono de esa loca y se enteró que visitarías Marrakech para conocerla. Fuisteis muy confiados. Lo demás lo deduje: Zayna los debió llevar con ella al escapar a Argelia, en enero de 1976, y desde entonces permanecían en el olvido. Hasta que su hijo Ahmed empezó a proclamar a los cuatro vientos su existencia y juntarse con los grupos extremistas takfiri. No sabes cuánto lamento que te hayas visto implicado, pero tienes que comprenderlo: no podía permitir que salieran a la luz.

Mario no quiso rebatirle: ¿para qué? El desprecio y la decepción que sentía hacia su antiguo amigo eran indescriptibles.

—¿Y Luzmila, dónde está? ¿También ha sufrido *un accidente*?

Miguel Ángel esbozó entonces una amplia sonrisa de superioridad: había ganado la partida. La operación entera había estado a punto de truncarse con la entrada en escena de sus dos compañeros de promoción, pero él había sido más hábil y los había derrotado. Se sentía doblemente satisfecho.

Ahora faltaba rematar la jugada:

—No te apures —indicó—: está bien. Solo queríamos que dejara de calentarte la cabeza con sus historias y recuperar los papeles. Ramí te los quitó del suelo cuando cayeron tras el golpe. Omar y Santi le acompañaban disfrazados tras unos turbantes: por eso estaban en Marrakech, y por eso pudieron recogerte tan rápido de la Kutubia. Lo único que tuvieron que hacer fue cambiarse de ropas y de vehículo: debiste haberlo sospechado. Respecto a ella, no le haremos daño, te lo prometo, probablemente mueva mis hilos para que acabe en una cárcel marroquí. Es la única forma de asegurarme de que aprende la lección. Ya se me ocurrirá algo de qué acusarla. O, si lo prefieres, puedo hacer que la internen en alguna institución mental —dijo riéndose de su propia ocurrencia—, al fin y al cabo ya parece bastante *ida*. Eso estaría bien, ¿verdad Ramí?

—Sí, señor —respondió este—. Sería divertido.

—¡Y te aseguro que las de aquí no son como las de España! No se andan con tantos miramientos.

—¿Y yo? —zanjó Mario cansado de tanta bellaquería—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

Miguel Ángel lo miró distraído. Desveladas las cartas, parecía no dar importancia a lo que le sucediera:

—Bueno, ese es el otro problema. De momento, te retendremos escondido. Ramí se quedará a vigilarte y, en un par de días, decidiré qué hacer contigo. Si no, seguro que a mis contactos en la DGED se les ocurrirá una solución ingeniosa. —Una sonrisa cínica asomó a su rostro. Le guiñó un ojo—: Entiende que no puedo soltarte, acabarías con mi carrera. Y con el trabajo que me ha costado llenar mi hucha particular —agregó burlón, refiriéndose a las sociedades opacas que había descubierto Virginia— no lo puedo permitir. En fin, no es nada personal.

»Adiós, Mario. Me hubiera gustado que esto no finalizara así.

Sin mayores sentimentalismos, le quitaron el móvil y lo amarraron fuertemente a una silla en el piso superior del almacén. Después, sin mirar atrás, Miguel Ángel salió, acompañado a la zaga de los dos guardaespaldas y de Ramí. Transcurrido un tiempo, se escuchó el motor del todoterreno alejarse y los pasos del árabe que subían de

nuevo por la escalera metálica de caracol del fondo de la nave. Dando una chupada a otro de sus apestosos cigarrillos, se acercaba amenazador hacia él.

Con renovado pavor, Mario descubrió que en una de sus manos ceñía un puño de acero, de esos que usan los matones para dar palizas. Sonreía ampliamente, gozando del momento en el que por fin se hallaran solos:

—El jefe me ha advertido que no me propase contigo, que sois amigos —echó maliciosamente una densa bocanada de humo sobre su cara—. Qué irónico, ¿no? ¿Así os tratáis los amigos en España? Ya sabía yo que los occidentales no sois tan civilizados como nos hacéis creer —acompañó a su burla con un gesto de desprecio—. Y además eres medio hermano de los dos asquerosos saharauis, ¡eso sí que no lo esperaba! Menudo golpe de suerte. En ese caso, te gustará saber que tu hermanastro Ahmed suplicaba por su vida cuando lo degollé con mis propias manos. Me tomé mi tiempo, sin prisas... —Mario escuchaba con horror—. Y es que, si te soy sincero, no dije la verdad a Miguel Ángel. A él le encanta el dinero, lo habrás notado, si bien no le gusta mancharse los dedos y prefiere desconocer los detalles escabrosos. Él se lo pierde. Pero ¿sabes qué? —dijo con mirada extraviada—: que a mí me pasa al revés. A mí me gustan las mujeres y los lujos, no te lo niego, y para ello se necesitan dírhams, aunque con lo que más disfruto es con estas recompensas inesperadas que ofrece mi trabajo.

»¡Y ahora voy a disfrutar contigo!

Con una mueca de depravación, Ramí descubrió el antebrazo de Mario. Con gesto cruel, apagó su pitillo sobre él; el característico olor a piel quemada invadió automáticamente la estancia. No estaba dispuesto a rogarle, pero no lo esperaba y no pudo reprimir un grito. No contento con eso, el sicario balanceó su brazo hacia atrás, cogió impulso y le propinó un puñetazo en la cara. A consecuencia del metal colocado en los nudillos el impacto fue brutal y sintió que su mandíbula se quebraba. Oleadas de dolor recorrieron todos los puntos de su cuerpo.

Ajeno a sus lamentos y a la propia orden de su jefe de que no se ensañara con él, el árabe continuo su castigo. Al quinto o sexto golpe, debilitado por la herida en la cabeza del día anterior, perdió el conocimiento.

***

Aturdido, despertó de noche. Le dolía todo el cuerpo, en particular el rostro, que le ardía debido a la luxación del hueso, y la única claridad que iluminaba el reducido espacio era la que se filtraba por un ventanuco en la parte superior.

Poco a poco recordó lo sucedido: la llegada al almacén, la aparición

de Ramí, la implicación de Miguel Ángel en la trama y, por fin, la descomunal paliza. No sabía cuántas horas habían transcurrido. A consecuencia del último golpe se encontraba volcado lateralmente en el suelo sobre su hombro derecho, sin que el magrebí se hubiera dignado a levantarlo. Así seguía. Los puntos de sutura de la herida del cráneo se le habían abierto y se notaba débil y mareado.

Trató de concentrarse. Sus pies y manos estaban amarrados con bridas y sus brazos permanecían enrollados a la silla con una cuerda. Le costaba trabajo respirar y apenas podía moverse. Girando lo que pudo el cuello, hizo un repaso a la estancia. Calculó la altura del ventanuco e inmediatamente descartó llegar hasta él. Podría llegar a soltarse —caso de saber cómo—, pero estaba demasiado alto y tenía rejas.

Siguió recorriendo visualmente a su alrededor. Antes había visto cajas de cartón esparcidas en puntos de la nave y ahora comprobó que donde estaba había otras tantas apiladas. Quizá tuviera suerte. Dedujo que habían improvisado el alquiler del almacén con poco tiempo y no habían tenido tiempo de recoger la totalidad del material anterior. Aunque la luz era escasa, una de las cajas estaba abierta. Su ángulo de visión, volcado en el suelo, era deficiente, pero atisbó a ver lo que se ocultaba en el interior: camisetas. Aquello no ayudaba.

Decepcionado, siguió escudriñando cualquier cosa que resultara de utilidad. No era hombre habituado a la acción cuerpo a cuerpo, pero en la Academia Militar los adiestraron para situaciones con rehenes y sabía que lo crucial era mantener la cabeza fría, evaluar bien las posibilidades y no sentirse nunca derrotado: en cualquier momento regresaría Ramí o algún otro secuaz con instrucciones para deshacerse de él y debía encontrar una solución antes.

Siguió recorriendo las paredes con la mirada. Cuando empezaba a desesperarse, descubrió algo que quizá le sirviera: en uno de los tabiques asomaba una escuadra de metal. Estaba parcialmente tapada por las cajas y a simple vista pasaba desapercibida. En su momento debieron existir estanterías y se olvidaron de extraer una de las sujeciones que las anclaban a la pared. Se hallaba a cinco metros, una distancia colosal en aquella postura, pero se trataba de su única opción. Olvidándose de los espasmos de dolor que sacudían los huesos de su cara, empezó a impulsarse y avanzar por el suelo a base de minúsculos saltitos. Se encontraba volteado de costado y le costó recorrer ese trecho a base de arrastrarse.

Una vez al lado del saliente, apartó las cajas con ambas piernas y las elevó oblicuamente hasta lograr que la brida de los tobillos quedara a la altura del ángulo de metal. Apenas sobresalía dos o tres centímetros, y le llevó rato conseguir serrarla. Chorreaba de sudor por la dificultosa tarea, mas no pudo reprimir una expresión de júbilo al

ver sus piernas libres: todavía tenía el tronco y las manos atadas a la silla, si bien lo más arduo estaba hecho. Haciendo un ejercicio de contorsionismo, se giró de posición, se izó sobre sus rodillas y poniéndose de espaldas empezó a frotar esta vez las ataduras de las muñecas. Apenas veía y era difícil acertar el punto preciso, por lo que el oxidado metal desolló la zona contigua a los puños debido a la fricción. Los cortes del metal desgajaban su piel y hubo de parar cada cierto tiempo. Por fin, la ensangrentada brida se partió.

Desatadas las manos, no le costó ya deshacerse de las cuerdas que sujetaban su pecho a la silla: ¡estaba libre!

Se incorporó y recorrió la estancia. Afortunadamente, la puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Sus captores confiaban en que la presión de las ataduras hiciera imposible soltarlas y, después de la paliza, Ramí lo creía medio muerto: craso error.

Con sumo cuidado, descendió la escalera. No se veía ni rastro del árabe; a pesar de ello, se movió con extrema cautela entre las sombras, temiendo que apareciera y saltara sobre él. Tal vez había salido de la nave, no debía confiarse porque en cualquier momento podía regresar. Al llegar a la entrada comprobó que la cerradura estaba bloqueada. Sin embargo, viendo tan cerca la escapatoria no estaba dispuesto a echarse atrás y con una vara de metal consiguió hacer palanca: febril, apoyó el peso de su cuerpo sobre ella hasta que el cerrojo saltó despedido por los aires con un crujido.

Alarmado porque el ruido le delatara, se precipitó al exterior. Una ráfaga de brisa nocturna le recibió. Después del esfuerzo sudaba copiosamente y agradeció la bendición del frescor en su rostro. No se observaba ni rastro del sicario ni del utilitario rojo con matrícula falsa estacionado al entrar, que hacía tiempo que había deducido que era de Ramí.

Sin pensárselo, echó a correr. A su llegada había visto una gasolinera en la entrada del polígono, a unos dos kilómetros de donde se encontraba, y se dirigió en aquella dirección. Allí encontraría ayuda.

Giró la esquina y apenas hubo recorrido cien metros distinguió alborozado los faros de un automóvil en la lejanía. Hizo gestos con los brazos para llamar la atención del vehículo: «¡Aquí, aquí!», estalló. Se sentía eufórico de haber escapado y no pensó lo que hacía.

El coche continuó su camino y, al aproximarse, Mario cayó en la cuenta de su terrible error. Espantado, reconoció la figura del conductor: ¡era Ramí! Debía de haberse ausentado y regresaba en ese momento. Distinguió cómo el árabe se sorprendía también al reconocerlo y una expresión de odio se dibujó en su faz. El coche aceleró. Mario adivinó sus intenciones y, desesperado, se dio la vuelta y corrió en dirección contraria a la máxima velocidad que daban sus piernas. No podía pegarse al lateral y de seguir en línea recta pronto

lo alcanzaría, por lo que regresó sobre sus pasos y se dirigió al callejón del que acababa de escapar. Su idea era llegar al menos a la nave con la esperanza de esconderse en su interior; aunque no fuera armado, dentro dispondría de una oportunidad.

Giró y enfiló en dirección a la puerta, que se encontraba ya a escasos treinta metros. Por unos segundos, estuvo seguro de conseguirlo. Sin embargo, Ramí era buen conductor: derrapó al llegar a la esquina que acababa de doblar sin perder el control y, apenas cinco metros antes de que alcanzara la entrada, lo arrolló sin piedad. La velocidad no era alta, pero su cuerpo salió despedido por los aires ante la fuerza del impacto y rebotó contra el capó. A continuación, rodó como un fardo hasta el suelo. Notó el crujir de varias de sus costillas y quedó inmóvil y conmocionado. En un postrer esfuerzo trató de arrastrarse sobre sus antebrazos y buscar refugio en el almacén, mas era inútil: Ramí descendió del vehículo y se acercó a él pistola en mano. Su mirada feroz estaba inyectada con sangre, dejando a las claras su intención de no perdonarle la vida esta vez.

Todo estaba perdido.

De nada valdría suplicarle y cerró los ojos a la espera del certero disparo.

De improviso, se escucharon sirenas al fondo de la calle. Al principio ulularon lejanas, pero se acercaban por el polígono con rapidez. Ramí, cegado por la rabia, no fue consciente. Y justo cuando amartillaba el gatillo de su pistola y se disponía a disparar, el árabe palideció al contemplar cuatro coches de la policía marroquí que giraban la esquina del callejón y lo rodeaban.

Diez hombres salieron de los vehículos y lo apuntaron con sus recortadas.

Semiinconsciente en el suelo, Mario reconoció al capitán Esteban Torres, con chaleco antibalas y armado hasta los dientes, descendiendo de uno de ellos.

---

46 Los CFD son un producto financiero que permite invertir en acciones, divisas o materias primas. Se puede *apostar* a que los activos subyacentes subirán o bajarán y las ganancias (o pérdidas) pueden ser millonarias.

47 Los bancos *offshore* son entidades financieras que realizan actividades con ciudadanos distintos a sus nacionales. Suelen radicar en países pequeños por la falta de regulación.

XV. Dos mujeres frente a frente

Cortijo de Santa Hermosa, Jaén (España)
Sábado, 13 de Octubre de 2018
(seis días después del rescate en Marrakech)

Mario y Luzmila descendieron del coche y se acercaron a paso lento. Había transcurrido una semana desde el rescate en Marrakech. Detrás de ellos, Virginia, recién aterrizada de Bruselas, los acompañaba con aire solemne. Vestía un elegante traje de chaqueta color negro, muy apropiado para la ocasión.

Se trataba del camposanto familiar. A dos kilómetros de la casona principal, las lápidas de granito con inscripciones en bronce se distribuían a lo largo del recinto. El lugar se encontraba rodeado por un murete de metro y medio para protegerlo de animales y una verja de forja gris, labrada con una inscripción en latín, daba acceso a su interior. *Beati mortui, qui in domino moriuntur*, decía: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor». Flanqueado por ocho cipreses de magnífico porte, se situaba en una de las colinas más elevadas de Santa Hermosa y desde su cima se avistaba toda la dehesa. Se trataba, sin duda, del tipo de sitio que uno elegiría para descansar la eternidad.

La tormenta arreciaba. Una lluvia otoñal salpicaba los rostros y un océano de paraguas se arremolinaba alrededor del féretro. Mario reconoció a muchos de los que acompañaban a su madre en el último viaje: parientes; trabajadores del cortijo; clientes y proveedores de la hacienda; y jornaleros y otros conocidos que habían pasado por esos lares y mantenían relación. Hasta representantes políticos municipales, cuyos rostros recordaba del funeral de su padre cinco años atrás y que habían considerado oportuno acercarse a presentar sus respetos a la que fuera ama y señora de la mitad de la provincia.

En total, más de trescientas personas.

Según subían por la suave loma que separaba el camino del cementerio, divisó a Jaime, el fiel capataz. Con su traje y corbata de riguroso luto se encontraba al lado de su hermana María José, como si a través de su presencia buscara guardarla de cualquier peligro, real o imaginario. Más atrás, con gesto tímido, los escoltaban Javier y Marcos, sus dos hijos, quienes al igual que el padre vestían de negro impoluto.

La ceremonia había dado comienzo. Don Ángel, el sacerdote, oficiaba el responso para dar paso después a que los operarios —gente de confianza del pueblo llamada para la ocasión—, maniobraran las

cuerdas para descender el ataúd al interior de la fosa. El ruido de la tormenta amortiguaba los plañidos y apenas se escuchaban lloros, tan solo intermitentes expresiones de lamento por parte de Candela y un par de trabajadoras más del cortijo.

Jaime fue el primero en verlos acercarse. A Mario le había resultado imposible contactar con su hermana, por lo que desde Rabat avisó al capataz que iban de camino y que esperaban llegar a tiempo. Al verlo acompañado de la mujer saharaui, un destello de indefinida satisfacción se dibujó en sus labios. El señorito le había explicado que «la había encontrado». Eso había mencionado : «Jaime, ¡la he encontrado! Está sana y salva y la llevo conmigo a Santa Hermosa». Simplemente. Al verle apoyado en un muleta, sin separarse de ella, comprendió todo.

El resto de los asistentes dirigió sus miradas hacia ellos y, según avanzaron, se hizo un respetuoso pasillo a su alrededor. Las heridas y contusiones en el rostro de Mario, su ostensible cojera debido al atropello y su estado físico en general llamaban la atención y fueron inevitables los cuchicheos.

Ajeno a los comentarios, se acercó en silencio.

Al llegar a la altura de la fosa, miró con tristeza a su interior, lanzó un beso y arrojó un ramo de rosas blancas al fondo del féretro. Se apartó ligeramente y con un gesto animó a Luzmila para que lo imitara y diera un paso adelante. Apabullada por el gentío, la Erguibat avanzó hasta colocarse al pie de la tumba. Todos, María José incluida, la miraron con indisimulada atención: ¿quién era esa desconocida?

Luzmila miró el féretro y un sinfín de pensamientos entrecruzados la hicieron paralizarse; en los entierros islámicos las flores no eran acostumbradas, a cambio se arrojaban puñados de arena. En España sí era costumbre por lo que, recitando para sí la primera sura del Corán, lanzó una flores de acacia —*abser*, en lengua tamazight— en comunión con la tierra. El egoísmo y la incomprensión de doña Carmen habían marcado el devenir de su familia, especialmente el de su madre, que murió en el olvido; pero en ese momento, allí, de pie, delante de todos, descubrió que no guardaba rencor.

Los cuchicheos se intensificaron. Nadie la conocía, les chocaba aquel protagonismo y su indumentaria —un *caftán* de seda negra con un *hiyab* cubriendo cuello y cabello— no dejaba dudas acerca de su origen. Los presentes empezaron a preguntarse de quién se trataba, aunque pocos fueron suficientemente observadores para reparar en una esmeralda engastada por seis garras que portaba en el dedo anular. Zayna, su madre, la había lucido hasta su muerte: qué mejor momento para reivindicar su figura que a través de la joya que su padre le regalara cuando se prometieron en Auserd.

El padrenuestro y el rosario de difuntos que dirigió don Ángel

apagaron momentáneamente las preguntas, que quedaron aplazadas hasta después de la ceremonia.

Mario rezó con devoción por el alma de su madre. Desde que el capitán Torres apareciera milagrosamente en el polígono de Marrakech —cuando Ramí estaba a punto de dispararle—, parecía haber transcurrido un siglo. En realidad, habían sido seis días. Sus compañeros del Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas, el CIFAS, para el que efectivamente trabajaba —como sospechó desde un principio—, vigilaban a Santamaría desde hacía meses y cuando Virginia Redondo no localizó a Mario, le llamó para informarle que había hackeado la intranet de la Embajada en Rabat y accedido a los ficheros del personal: ¡ahí estaba el dato del puzle que faltaba! En ellos constaba, sin lugar a duda, que Ramí Huseini entró a trabajar en la delegación española justo al mes de ser nombrado Miguel Ángel y por recomendación directa suya. Con los antecedentes delictivos del árabe, la coincidencia no podía ser casual.

A partir de ese descubrimiento, las piezas encajaron una tras otra.

Miguel Ángel Santamaría era un agente doble desde hacía años. Se lucraba por igual tanto del gobierno marroquí como del francés, disimulando sus trapicheos y sus viajes bajo la excusa de conseguir información en la lucha contra la yihad. Además de engañar a los servicios de inteligencia de ambos países, no tenía escrúpulos en cobrar comisiones a los directivos de conocidas multinacionales gasísticas a cambio de proporcionar contactos en el norte de África. Su negocio había crecido y colocó a Ramí al frente de las sociedades con las que desviaba sus mordidas; el árabe accedió a actuar de testaferro y embolsarse así jugosos emolumentos. Sin embargo, el español fue más lejos: se había metido tanto en su papel que, pensando que con ello protegía a sus benefactores, al conocer la existencia de los documentos pensó que su obligación era que no salieran a la luz. En realidad, ni el gobierno francés ni especialmente el marroquí habían participado en nada, sino que todo había sido un exceso de celo por su parte y un intento de mantener su posición de privilegio.

De ese modo, cuando el capitán Torres recibió la llamada de Virginia —a la que él contactó previamente— las agencias de los tres gobiernos se pusieron en acción.

Esta vez no se trataba de un simple funcionario corrupto, estaba en juego la seguridad nacional y los intereses estratégicos del Magreb. El yacimiento de Hassi R'Mel había sido atacado en agosto, y a pesar de que en la prensa oficial se ocultó lo más posible, sospechaban que habían estado implicados en el sabotaje. Los equipos del CIFAS, en colaboración con los del CNI y de la propia Guardia Civil se movilizaron, se avisó de las sospechas a la embajada y a los servicios secretos alauitas, y en cuestión de horas un equipo mixto de

intervención especial aterrizó en el aeropuerto militar de Rabat-Salé a bordo de un Super Puma del Ejército del Aire: la coordinación entre agencias y el desarrollo de la operación fue impecable.

El embajador español, don Luis de Berrio y Zaldivar, preocupado porque en el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación pudieran relacionarle con aquello, colaboró diligente. Estaba deseando librarse del militar pero, intimidado por sus técnicas mafiosas y las amenazas de Ramí, junto con la falta de pruebas, no se había atrevido a denunciarlo. A punto estuvo de acabar con su carrera. Y así, cuando después de fingir un simulacro de incendio hombres armados entraron en el edificio de la delegación y esposaron a Miguel Ángel Santamaría y a sus dos secuaces, Omar y Santiago, delante de los demás funcionarios, el Agregado Militar, abrumado por la cantidad de cargos en su contra, no tardó en confesar no solo la participación de Ramí Huseini en el asesinato de Ahmed, sino el polígono donde se encontraba retenido Mario. Afortunadamente, lo rescataron a tiempo. Detuvieron a Ramí y horas después, el mismo equipo, con la colaboración de los servicios secretos marroquíes, rescató a Luzmila. Estaba exánime después de tres días de encierro sin luz ni comida, pero en condiciones físicas aceptables. La habían encerrado en un zulo al otro lado de Marrakech y cuando el sicario trató de atropellar a Mario venía de visitarla.

El atentado terrorista en el yacimiento de Hassi R'Mel, en pleno desierto de Argelia, había sido cosa suya: en una carrera suicida y disparatada por enriquecerse en el menor tiempo posible, y a través de un confidente del interior de Sonatrach, habían conseguido los planos de las instalaciones y preparado la incursión como si de una operación militar se tratara. En ese momento, nadie preveía un ataque a la planta gasística y las autoridades argelinas no estaban preparadas. Ramí, Omar y Santiago, estos dos con instrucción militar, junto con un antiguo piloto de la fuerza aérea argelina —una de las mejor entrenadas de la Unión Africana y de la Liga Árabe— se infiltraron en las inmediaciones del complejo y no tuvieron demasiadas dificultades en asesinar a un ingeniero y hacer explotar el tramo de tuberías que suministraba el gas hacia Argel.

Días antes, a través de una de las sociedades fantasmas domiciliada en Londres que administraba Ramí, Miguel Ángel había adquirido cinco millones de euros en CFDs. Ningún bróker descontaba que el precio del gas argelino pudiera bajar de manera tan súbita y, en cuestión de minutos, ante los rumores de una explosión en un emplazamiento tan sensible, el mercado bursátil se volvió loco: multiplicó lo invertido por treinta.

Lo había conseguido: era rico.

***

Mario entrecerró los ojos y aspiró los embriagadores aromas del campo, potenciados por las gotas de lluvia que empapaban la tierra. Todo había pasado. Era momento de pensar en el porvenir y buscar la reconciliación.

La gente comenzó a dispersarse en pequeños corros y él buscó con la vista a María José. Su última conversación había acabado a gritos y, tal y como su hermana anticipara cuando lo telefoneó, su madre no pasó de los siguientes días. Ellos tardaron en aclarar el espinoso asunto con la DGED, pero tan pronto la agencia de inteligencia marroquí autorizó sus visados convenció a Luzmila para que lo acompañara. Ahora que conocía su historia no estaba dispuesto a perderla de nuevo. Ella aceptó. Mario estaba convencido de que era lo que su padre hubiera deseado: reunir a sus familias de ambos lados del Estrecho.

Virginia, cuya colaboración como espía informática había sido fundamental, ardía en deseos de conocerla y voló desde Mons al Aeropuerto de Sevilla-San Pablo para esperarlos. Las dos mujeres congeniaron de inmediato y durante el trayecto hasta el cortijo de Santa Hermosa no pararon de hablar, intercambiándose anécdotas de sus diferentes vidas.

Temeroso de su reacción, se dirigió a su hermana:

—María José, esta es Luzmila. Creo que no hace falta que te la presente: es la hija de nuestro padre y de Zayna, su primera mujer.

María José taladró con la mirada a su hermano y escrutó desafiante a la saharaui. ¿Cómo tenía la poca vergüenza de presentarse en el funeral de su madre? Su hermano era un pusilánime, un débil, una marioneta fácil de manipular, como lo fue su padre. A la vista estaba que la marroquí —saharaui, árabe, *amazight* o lo que fuera— no había tenido escrúpulos en usarlo a su antojo. ¿Aquella historia del hermano asesinado…? ¡Bah! Quien sabía. Posiblemente hasta fuera un elaborado montaje y desde el principio su intención era reclamar la jugosa herencia de los Varcárcel: por eso aparecía ahora.

Fueran cuales fueran sus verdaderas intenciones, su madre ya no estaba: el destino de la familia recaía sobre sus hombros y era ella la responsable de tomar decisiones.

A su alrededor, los más íntimos aguardaban expectantes la reacción de las dos mujeres. No había más que observarlas para comprender que eran dos gigantas. Diferentes, sí, pero con la misma sangre poderosa corriendo por sus venas: fuertes, dominantes, aguerridas. Cada una a su modo. Una, descendiente de tuaregs, acostumbrada a sobrevivir desde pequeña en circunstancias que harían empalidecer a cualquier europeo, pensando que la persona que tenía enfrente había

sido cómplice de ocultar las llamadas de auxilio que, en forma de carta, su madre dirigía suplicante una y otra vez. La otra —la andaluza—, orgullosa, altiva, soberbia; con sangre almohade de generaciones recorriendo las suyas, creyendo que la alargada sombra de Zayna había sido responsable de la infelicidad de sus padres.

La tormenta las empapaba, si bien ellas no lo notaban. Durante eternos segundos mantuvieron fija la vista la una en la otra; pétreas, inmóviles, desafiándose a distancia antes de batirse en imaginario duelo. Semejaban dos venados, tan abundantes en esa tierra de jaras y encinas, que bastantean sus fuerzas al crepúsculo antes de embestir con sus cornamentas.

Alarmado por las miradas afiladas de ambas, Mario se dispuso a intervenir: «Quizá no ha sido buena idea», pensó mientras rozaba inquieto la Cruz de Agadiz que Luzmila le había regalado. Servía como brújula y como método para dispersar las malas energías; los bereberes las heredaban de padres a hijos al cumplir la pubertad.

Virginia, a su lado, adivinó sus intenciones y extendió un brazo al frente para impedírselo: «Déjalas —dijo con ademán—: esto deben aclararlo solas».

El silencio se hizo tan espeso que podía cortarse con un cuchillo y Jaime, al lado de su patrona, se alarmó. Había cumplido la promesa realizada a su amigo don Carlos de las Heras de cuidar a su mujer hasta el fin, y ya no tenía sentido permanecer en el cortijo. Tenía dispuesto el equipaje y hecho a la idea de buscar la tranquilidad de la vejez junto a sus hijos en el barrio de La Magdalena, en Jaén. Y ahora pasaba esto. La escena le alteraba y creyó que el señorito Mario había infravalorado las consecuencias del encuentro; tal era el grado de hostilidad con que se escrutaban que pareciera que en cualquier momento la española fuera a abalanzarse sobre la saharaui. O al revés, no se sabía.

Por más errores que esta hubiera cometido no iba a consentir una refriega en el funeral de doña Carmen y se dispuso a poner fin al dislate.

Sin embargo, no fue necesario. María José pareció reaccionar por si sola. La mirada suplicante de su hermano, del capataz, el recuerdo de su padre y de lo que este hubiera deseado caso de seguir vivo, incluso el rencor que había sojuzgado hasta el último segundo a su madre, todo contribuyó a conmoverla. El rictus de sus labios se relajó y sus brazos cayeron flácidos a los lados, vencidos.

Milagrosamente, cuando nadie lo anticipaba, encontró la fuerza necesaria para acabar con años de estéril rencor y dirigió a su némesis unas sorpresivas palabras:

—Bienvenida —susurró con voz queda.

La bereber atendió con sorpresa. No lo esperaba y como si ese tibio

gesto de aceptación respondiera a una señal convenida, ambas se acercaron. Sin prisa, midiéndose, como si en cualquier momento fueran a arrepentirse y convertirse en enemigas de nuevo. Luzmila extendió la mano y María José fue a estrecharla, si bien, en el último instante, cuando ya rozaba sus dedos, cambió de opinión y, aproximándose, la abrazó. De manera torpe y vacilante al principio, emocionada después.

Y es que, sin ser conscientes, ambas lo necesitaban. Anhelaban ese abrazo sentido, desesperado; un gesto nimio, apenas un mohín, mas imprescindible para doblegar años de incomprensión y recelos. Un abrazo con el que perdonarse; un abrazo a través del cual Luzmila honraba la memoria de su hermano Ahmed, el cual nunca pisaría aquel suelo fértil, y especialmente la memoria de su madre: Zayna, cuyos restos podían ya descansar en paz bajo el inmenso cielo azul del Sáhara.

Con aquel abrazo se cerraba un círculo de odio y rencor a lo largo de cuarenta años.

María José, conmovida, a la vista de todos, se despojó de su orgullo:

—¿Podrás perdonarnos? —preguntó.

La saharaui no supo qué responder. Las palabras estaban de más y se limitó a apretar con mayor fuerza a la que desde ese momento era, sino su hermana pequeña, al menos sí alguien a quien conocer. Con el tiempo, ya se vería. Desde niña había aprendido a odiar a aquella familia, a maldecirla, a culparla de sus privaciones, y ahora comprendía que también ella había actuado dominada por prejuicios. El hijo, o hija, que aguardaba en su vientre merecía una nueva vida de oportunidades.

Virginia, sonriente, interrogó con la mirada a Mario. Durante el entierro había sujetado su mano en varias ocasiones, acompañándolo en el dolor. Enternecida por la escena de reconciliación entre María José y Luzmila, un impulso la llevó a rozarla de nuevo. En su interior parecían reverdecer sentimientos que creía enterrados. ¿Existía acaso una oportunidad para el reencuentro? No lo sabía, aunque tampoco lo descartaba.

Sin embargo, quedaba algo por cerrar. Algo que no podía aguardar: y es que desde que se encontraron en el aeropuerto, Mario aferraba con fuerza los legajos de su padre.

Actuaba como si se los fueran a arrebatar y los asía entre sus manos dispuesto a luchar contra cualquiera que pretendiera robarlos de nuevo. El capitán Torres los había recuperado del zulo donde estaba prisionera Luzmila y, en prueba de confianza, se los devolvió sin cuestionar su contenido. Desde ese momento, no se separó de ellos.

Aquellos papeles habían generado muchísimo sufrimiento. Estaba seguro de que su padre los había recopilado por un buen motivo y

Mario, en una decisión que meditaba desde hacía días, se los entregó ceremoniosamente a Virginia.

Esta, conocedora de la trascendencia, le miró con atención:

—¿Estás seguro? —pronunció dubitativa.

—Lo estoy —respondió él—. Tú mejor que nadie sabrás qué hacer: si entregarlos a la prensa, y que se conozcan los motivos y los detalles de quién actuó mal y quién bien, o darlos a las autoridades españolas para que sean custodiados. Para mí son los recuerdos de mi padre, las vivencias de mi familia, que tanto dolor han causado. Yo no puedo ser objetivo: deberás ser tú quien decida.

Virginia se sintió abrumada:

—Así lo haré.

—Gracias. Sabía que podía confiar en ti.

—¿Los has… leído? —preguntó dubitativa.

—Por supuesto —contestó—. Lo he hecho.

—¿Y? —Apenas podía disimular su zozobra.

—Su contenido no sorprenderá a los que lo vivieron de cerca, pero indignará a los demás. Todavía hay que investigar, aclarar puntos, preguntar a supervivientes, aunque te aseguro que lo que contiene no es lo que nos contaron. La gente se sentirá traicionada. De todos modos, será algo que debas valorar tú.

—Entiendo. Así lo haré.

Mario la observó, afectuoso. La cortina de agua alrededor del paraguas dificultaba contemplar su semblante, si bien Virginia creyó distinguir media sonrisa. Una de esas sonrisas sabias, comprensivas, de quien ha recorrido la mitad de su existir y, a base de acumular experiencias, ha aprendido a no juzgar. Menos, transcurrido un tiempo, cuando la realidad queda empañada por la sombra de los recuerdos, distorsionada por prejuicios adquiridos con posterioridad a los hechos.

Entrecerró los párpados. Pensó en sus padres: los echaba de menos. A cada uno a su modo. Esperaba que allá arriba, en el cielo, su padre hubiera perdonado a su madre por una vida de ocultaciones y mentiras; que Zayna y su hijo Ahmed lo hubieran hecho con él por su infame y cobarde abandono; y que el capitán De las Heras y el *mocademin* Ahmed Messaud nomadearan eternamente entre las nubes, a lomos de sus camellos.

Y que los espíritus de los cinco, y de todos los valientes que murieron en esas tierras, convivieran en paz para siempre. Aunque sus cuerpos no pudieran ya hacerlo.

Y, ahora sí, Virginia supo que por fin sonreía.

Anexo

Dramatis personae

Personajes históricos citados en la novela

ALMIRANTE LUIS CARRERO BLANCO: en sus últimos años fue el principal valedor de no renunciar al Sáhara. Su asesinato por la banda terrorista ETA (Operación Ogro, 20 de diciembre de 1973) contribuyó a poner fin a las últimas resistencias del régimen para la entrega del territorio.

ÁNGEL DEL MORAL: soldado de reemplazo de la ATN. Murió tratando de repeler el ataque a la patrulla Domingo, el 11 de mayo de 1975, por nativos rebeldes de su propia unidad.

BRAHIM GHALI: primer Secretario General del Frente Polisario y Presidente de la República Árabe Saharaui Democrática desde 2016. Nació en Smara. Se unió a las Tropas Nómadas a finales de la década de 1960. Lideró el primer ataque del Polisario contra el puesto de policía de Janguet Quesat el 20 de mayo de 1973, invadiendo la posición y confiscando armas y equipos.

CARLOS ARIAS NAVARRO: último presidente del Gobierno bajo el régimen franquista tras la interinidad de Torcuato Fernández-Miranda y primero de la monarquía. Su gobierno aprobó el Acuerdo Tripartito por el que se cedía la administración del Sáhara a Marruecos y Mauritania el 14 de noviembre de 1975. La Ley 40/1975 de Descolonización (tan solo con 4 votos en contra y 4 abstenciones) entró en vigor el mismo día 20, horas antes de la muerte de Franco.

CORONEL LUIS RODRIGUEZ DE VIGURI: Secretario General del Gobierno del Sáhara y uno de los principales impulsores de una descolonización pacífica.

FRANCISCO FRANCO: cuando en enero de 1974 el Ministro de la Presidencia, Antonio Carro, le expuso las presiones de Naciones Unidas, Franco manifestó su negativa a cualquier solución que supusiese la salida de la administración española. Sus palabras fueron: «si hay que ir a la guerra, vamos». En coma desde el 3 de noviembre por una hemorragia gastrointestinal, probablemente no fue consciente ni del comienzo de la Operación Golondrina ni de los Acuerdos tripartitos firmados por Arias Navarro.

GENERAL FERNANDO DE SANTIAGO: Gobernador General del Sáhara desde marzo de 1971 hasta abril de 1974. Sucedió al general José María Pérez de Lema. Su labor más importante consistió en restaurar

la confianza de la población nativa tras el levantamiento de Zemla (17 de junio de 1970) y avanzar en la autonomía del Gobierno saharaui a través de la elaboración de un censo.

GENERAL PEDRO MERRY GORDON: Capitán General de la II Región Militar (Sevilla).

GENERAL MANUEL FERNÁNDEZ SILVESTRE: comandante en jefe del ejército español en Melilla durante la guerra del Rif. Se le señala como uno de los principales responsables del desastre de Annual.

GENERAL DE DIVISIÓN FEDERICO GÓMEZ DE SALAZAR Y NIETO: Gobernador General del Sáhara desde junio de 1974. Alcanzó gran notoriedad pública cuando Hassan II afrontó la Marcha Verde y ocupó el territorio en noviembre de 1975.

HASSAN II: rey de Marruecos desde 1961 hasta su muerte, en 1999. Segundo hijo de Mohamed V (sultán primero y después rey). Sobrevivió a dos violentos golpes de Estado en 1971, en su palacio de verano de Sjirat, y en 1972, cuando cazas F-5 de la fuerza aérea marroquí ametrallaron al Boeing en el que viajaba en pleno vuelo. La Marcha Verde contribuyó a asentarle en el trono.

HENRY KISSINGER: ejerció como secretario de Estado durante los mandatos de Richard Nixon y Gerald Ford. A pesar de ser una figura controvertida por la intervención de la CIA en varios golpes de Estado en Latinoamérica durante los 70, fue el artífice de la *política de distensión* con la Unión Soviética y China. Ganó el Premio Nobel de la Paz en 1973 gracias al alto al fuego en Vietnam.

HOUARI BOUMÉDIÈNE: militar y político. Presidente de Argelia entre 1965 y 1978.

JAIME DE PINIÉS: diplomático. Representante permanente de España en la ONU entre 1968 y 1975. Intentó desarrollar un proyecto de paz conocido como Plan Waldheim que no llegó a materializarse por la firma del Acuerdo de Madrid.

JOSÉ NAKENS: periodista republicano condenado por el encubrimiento de Mateo Morral. Sus artículos conmocionaron a la sociedad madrileña de finales del XIX a raíz de su ingreso en la Cárcel Modelo de Madrid.

MOHAMED VI: actual rey de Marruecos desde la muerte de su padre, Hassan II, en 1999.

MOHAMED-YASSIN MANSOURI: desde 2005, Director General de la Dirección de Estudios y Documentación (servicio secreto marroquí).

MOHAMED BRAHIM BASSIRI: estudiante de periodismo y líder del Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara. Fue el organizador de la primera manifestación contra la presencia española en junio de 1970. Encarcelado por las autoridades españolas, desapareció en extrañas circunstancias el 29 de julio de ese año, cuando era conducido a la frontera marroquí.

PRINCIPE D. JUAN CARLOS DE BORBÓN: fue nombrado jefe de Estado en funciones entre el 19 de julio y el 2 de septiembre de 1974, y, posteriormente, desde el 30 de octubre. El 2 de noviembre, vestido de militar, visitó a las tropas en El Aaiún. Bajo su mandato se firmó el Acuerdo Tripartito de Madrid, en el que España ponía *término a las responsabilidades y poderes que tiene sobre dicho territorio como potencia administradora* instituyéndose una administración temporal en la que participarían Marruecos y Mauritania, en colaboración con la Yemaá.

TENIENTE CORONEL RAFAEL DE VALDÉS: último Gobernador del Sáhara. Fue el encargado de arriar la bandera española y asistir al izado de la marroquí por el gobernador Bensuda en la azotea del Gobierno General de El Aaiún, el 28 de febrero de 1976.

TENIENTE GENERAL FRANCISCO COLOMA: Ministro del Ejército desde el 11 de junio de 1973 hasta el 11 de diciembre de 1975.

TENIENTE GENERAL FERNÁNDEZ VALLESPÍN: Jefe del Alto Estado Mayor desde 1974 hasta 1977.

TORCUATO FERNANDEZ MIRANDA: desempeñó de forma interina la presidencia del Gobierno en diciembre de 1973, tras el asesinato de Carrero Blanco hasta la asunción de Arias Navarro. Se le considera uno de los artífices de la transición española.

Personajes de ficción

Epoca actual

ABDUL: amigo y protector de Luzmila.

CAPITÁN ESTEBAN TORRES: responsable de seguridad del EMA y agente del CIFAS encubierto.

CARMEN VARCÁRCEL (Jaén, 1950-2018): mujer española de Carlos y madre de Mario. Contrajeron nupcias en 1978, al poco de que su futuro marido regresara del Sáhara. Suegra: Doña Rosa.

CANDELA: cuidadora guineana de Doña Carmen Varcárcel.

COMANDANTE ROMERO: compañero de despacho de Mario de las Heras en el EMA.

CORONEL DIEGO MÁRQUEZ: responsable logístico del Cuartel General del Ejército del Aire.

CORONEL LLORENTE: coronel jefe de la ATN en el Sáhara. Al mando de la Plana Mayor de El Aaiún. En 2018, muy anciano, vive en Sevilla.

GONZALO: ex marido de María José y amigo de la infancia de Mario de las Heras.

GORDON SLAHDE: *freelance* para agencias de inteligencia europeas.

JAIME: capataz de Santa Hermosa. Mujer: Pura. Hijos: Javier y Marcos.

JOSÉ ANTONIO VALCÁRCEL: padre de Doña Carmen Valcárcel. Empresario y latifundista. Propietario de minas de plomo y hierro entre Jaén y la costa de Almería.

LUIS y ANTONIO DAVID VARCÁRCEL SANEMETERIO: hermanos pródigos de Carmen Varcárcel. A la muerte del padre heredaron las minas de plomo y hierro de la familia.

LUIS DE BERRIO Y ZALDIVAR: embajador de España en Rabat.

LUZMILA DE LAS HERAS MESSAUD (El Aaiún, 1970): hija de Carlos de las Heras y Zayna Messaud. Hermanastra de Mario.

MARIA JOSÉ DE LAS HERAS VARCÁRCEL (Sevilla, 1981): hermana de Mario. Recién divorciada, lleva los negocios familiares.

MARIO DE LAS HERAS VARCÁRCEL (Sevilla, 1979): hijo de Carlos de las Heras Fortún y Doña Carmen Valcárcel. Comandante del ala de aviación. Actualmente presta servicios en Madrid, en el Estado Mayor del Aire.

MIGUEL ÁNGEL SANTAMARÍA: íntimo amigo de Mario y compañero

de la LIII Promoción de la Academia General del Aire de San Javier (Centro Universitario de Defensa), Murcia. Actualmente es el Agregado Militar en la Embajada de España en Rabat.

MOHAMED: taxista en Marrakech.

NATALIE HALKMAN: amiga americana de Mario. Trabaja en la División de Defensa de Boeing.

OMAR: escolta y secuaz de Miguel Ángel Santamaría.

RAMÍ HUSEINI: secuaz y testaferro de Miguel Ángel Santamaría.

ROBERTO CAÑIZARES: militar, dueño del piso de la Glorieta de Bilbao donde reside Mario.

SANTIAGO: escolta y secuaz de Miguel Ángel Santamaría.

SAMIR AIT: ingeniero químico. Asesinado en el yacimiento de Hassi R'Mel.

SEÑOR SANTOS: aparcero de Santa Hermosa.

VIRGINIA REDONDO: compañera de Mario de las Heras y Miguel Ángel Santamaría. LIII Promoción de la Academia General del Aire de San Javier (Centro Universitario de la Defensa). Además de piloto, es ingeniera de datos y reputada informática. Trabaja en el Centro Informático de Respuesta y Capacidad (CIRC) de Mons, Bélgica.

SÁHARA

AHMED DE LAS HERAS (1976, Campo de Tifariti - 2018): hijo de Carlos y Zayna. Asesinado.

AHMED MESSAUD: *mocademin* de la ATN. Hermanastro de Zayna. Tribu Erguibat. Mujer: Raissa.

AMINA: profesora de *guayetes* en Auserd.

AISHA: amiga bailarina de Zayna.

ARANZAZU (Arantxa): enfermera vasca, originaria de Ea (Bilbao).

BRIGADA BUEDO MAYOR: brigada del VI Batallón de Cabrerizas.

BRIGADA MARTÍN: auxiliar del coronel Llorente en el Gobierno General de El Aaiún.

CABALLERO LEGIONARIO SARGENTO CARAZO («TORO»): legionario de la XIII Bandera del Tercio Alejandro Farnesio. Participó en la guerra de Sidi-Ifni (1957-1958) defendiendo Ifni de los muyahidines durante cinco meses.

CAPITÁN PUEYO: instructor maño de la Academia de Infantería de Toledo.

CARLOS DE LAS HERAS FORTÚN (Sevilla, 1945-2013): estudió en la Academia de Zaragoza y, ya con rango de caballero alférez, ingresó en la Academia de Infantería de Toledo. Llegó al Sáhara en marzo de 1965 integrándose como teniente en la ATN con base en Villa Cisneros (nota: propiamente no existió base en Villa Cisneros, sino que las Tropas Nómadas, creadas en 1959-1960 se articularon a través de tres Planas Mayores con sede en: Smara (para la zona oriental), Aurgub (zona sur) y El Aaiún (zona centro). Sus bases eran: Edchera, Mahbes, El Farsia (1ª Plana); Bir Nzarán, Auserd, Tichla (2ª); y Daora y Hagunía (3ª).

CASTEJÓN: corresponsal de guerra malagueño.

CHEJ NADIM: jefe/cadí de la tribu Erguibat.

COMANDANTE MARGALLO: jefe del Batallón de Cabrerizas.

COMANDANTE FRANCISCO JAVIER DE LAS HERAS (Sevilla, 1906): padre de Carlos de las Heras. Fallecido. Participó en la batalla Brunete y quedó mutilado de un brazo. Casado en segundas nupcias con Doña Rosa Fortún.

CABO FEDERICO SANTIUSTE: soldado gaditano.

LAMYA: prima de Zayna. Marido: Jamil. Hijos: Mustafá, Badid y un tercero.

MADANI ULD SAID: aguador de la tribu Arosien.

MALIKA: vecina del barrio de Colominas y amiga de Nahdi.

MANUEL ARANDA y JOSÉ LUÍS SAN PEDRO: reclutas jerezanos.

MAHDI: *mocademin* de la ATN. Tribu Ulad Delim. Permanece en la ATN hasta su desintegración en diciembre de 1975.

NAHID: prima de Zayna. Marido: MOHAMED. Tres hijos.

PADRE RAFAEL ÁLVAREZ: encargado religioso de la Prefectura de El Aaiún.

PÁTER REGUERO: capellán castrense de la base de Villa Cisneros.

PROFESOR FUENTES: profesor de historia militar en la Academia de Infantería de Toledo.

JALIL: primo de Zayna. La ayuda a escapar de la cabila.

RAFAEL QUESADA: experimentado agente ceutí del SIBE.

ROSA FORTÚN (1920): madre de Carlos de las Heras.

SAHID y MURAT: compañeros del Frente Polisario de Ahmed Messaud.

TENIENTE CORONEL ANTONIO CAMPOS: jefe de la base logística de la ATN en Villa Cisneros.

TENIENTE SALZILLO: teniente de la ATN.

VALERIA LUZÓN: dueña canaria de la pensión Los Ángeles en El Aaiún. Hijas: Rosita y Mari Carmen Luzón.

ZAYNA MESSAUD (Auserd, 1951-2008): mujer saharaui de Carlos. Hermanastra de Ahmed Messaud. Tribu Erguibat. Hijos: Luzmila y Ahmed.

Nota del autor y agradecimientos

El 12 de enero de 1976 zarparon de Villa Cisneros los últimos buques con tropas españolas en el Sáhara. A continuación, lo hizo el mando militar: la Operación Golondrina se daba por terminada. El general de división Federico Gómez de Salazar felicitó a los soldados por la «misión cumplida, por aguantar los momentos de tensión y por ejecutar fielmente los Acuerdos de Madrid entre España, Marruecos y Mauritania del mes de noviembre».

Rafael de Valdés se hizo entonces cargo de la representación y, el 28 de febrero, salieron los últimos funcionarios de El Aaiún: se arrió la bandera de España y se izó la de Marruecos en la azotea del Gobierno General. El Ministerio de Asuntos Exteriores puso fin a los noventa y dos años de historia a través de un lacónico comunicado: *El Gobierno español ha puesto término definitivamente a la presencia de España en el Sahara Occidental*.

El día antes, en el oasis de Bir Lahlu, a escasos kilómetros de la frontera mauritana, el Frente Polisario declaraba el nacimiento de la República Árabe Saharaui Democrática y el inicio de una guerra con las FAR que se prolongaría quince años, hasta la firma del armisticio el 6 de septiembre de 1991.

Sáhara no es un libro de Historia. Ni pretende serlo. Aunque los personajes políticos y algunos de los militares relacionados con la Marcha Verde existieron realmente (entre ellos, el carismático Gómez de Salazar) y, desde luego, las heroicas unidades militares —especialmente la Agrupación de Tropas Nómadas, poco conocida, en la que se enroló Carlos como meharista y a la cual se rinde sentido homenaje—, todos los hechos y diálogos están novelados y son ficticios. No obstante, representan acontecimientos de nuestro pasado reciente desconocidos en parte por las actuales generaciones.

Como bibliografía consultada, y al margen de las hemerotecas de aquellos días (*ABC* y *La Vanguardia* tienen magníficos servicios digitalizados), citar los trabajos de José Manuel Meana, de la Universidad de La Laguna, por su tesis «Orígenes y desarrollo urbano de Aaiún» donde se describen la evolución de las ciudades del protectorado; José Luis Rodríguez Jiménez, de la Universidad Rey Juan Carlos, por su trabajo «La disolución de la agrupación de tropas nómadas»; o Nadia Kroudo, de la Universidad de Las Palmas, por su trabajo «La memoria de España en el Sáhara».

Tomás Bárbulo (periodista de *El País*, que vivió en Sidi Ifni hasta la entrega de la ciudad a Marruecos en 1969), en su libro *La historia prohibida del Sáhara Español* revela anécdotas de aquellos días. Entre

ellas, la cita de los *guayetes* del capítulo IV. Otro periodista, Daniel Arjona, recogió la anécdota (fidedigna) del sobre recibido por Gómez de Salazar en su residencia. Victoria Marco, cronista de ABC, y esposa del teniente coronel Valeriano González, presenció el hecho y lo desveló hace unos años. El libro *Agonía, traición y huida. El final del Sáhara español*, también de José Luis Rodríguez Jiménez, nos da una visión integral de esta historia, así como una documentadísima crónica del hundimiento del imperio africano español en medio del desinterés patrio.

He disfrutado enormemente leyendo los artículos del *joven* Reverte —en aquel momento, periodista del diario *Pueblo*—, que estuvo nueve intensos meses compartiendo *patrullas y sobresaltos con legionarios, paracaidistas, soldados de Nómadas o de la Policía Territorial*. Aunque nuestro prolífico cartagenero no ha desarrollado el tema en su obra, fue uno de los más activos reporteros: 46 crónicas, muchas de ellas publicadas en las primeras páginas de los rotativos. Su trabajo permite conocer la intrahistoria de esos días y las conversaciones entre el Polisario y el Gobierno General, algo inusual en los medios de entonces.

Como documentación oficial, he consultado *Los territorios españoles del Sáhara y sus grupos nómadas*, del Comandante de Infantería D. Manuel Mulero Clemente, donde se hace una descripción pormenorizada de la geografía física, humana y política del territorio y sus tribus; *La acción de España en el Sáhara*, del Instituto de Estudios Africanos; y *El conflicto del Sáhara Occidental*, del Teniente Coronel D. Ignacio Fuentes Cobo y de Fernando M. Mariño Menéndez, del Instituto Francisco de Vitoria, publicado por el Ministerio de Defensa en 2005. Citar, por supuesto, el papel de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara (MINURSO) establecida por Resolución del Consejo de Seguridad de 29 de abril de 1991 y vigente desde entonces. En su página web se pueden encontrar documentos, mapas y datos del máximo interés.

Para conocer el día a día de los militares destinados en los acuartelamientos, ha resultado útil y amena la revista *La Jabar del Nómada*, de la Hermandad de Veteranos, así como la web de la Asociación. La página de la Asociación Nacional Mili Sáhara recoge a su vez datos y testimonios directos de numerosos reclutas. Por último, el libro *Crónicas de Cabrerizas*, de Albert Marín Ausín, nos cuenta la historia y anécdotas del famoso batallón, especialmente desde su traslado a Cabeza de Playa.

Dentro de los agradecimientos personales, capítulo especial merece José María Carrasco Berajano, amigo desde hace incontables años e infatigable corrector desde que me asomé al mundo de la literatura. Sus doctos conocimientos de gramática e historia antigua y

contemporánea resultan siempre decisivos. Destacar también los comentarios del coronel D. José Barranco de Areba, que nació en El Aaiún y prestó servicios en Melilla, así como del comandante de Ingenieros D. Carlos Ortega, que también pasó su infancia en la capital del Sáhara. Ambos me han hecho valiosas apreciaciones sobre el escalafón en el ejército y los tipos de sanciones. Citar igualmente a Alfredo García García por su labor de revisión, a Miguel Ángel Martín, miembro del grupo literario Bojador y ganador de diferentes premios literarios por sus siempre acertadas críticas respecto a la construcción de los personajes, así como a toda la familia de Editorial Almuzara, en especial a Manuel Pimentel y Daniel Valdivieso.

Y, por supuesto, a mi mujer, familia y amigos, lectores de los primeros borradores, cuyos consejos y palabras de ánimo han contribuido a la edición de esta novela.

Madrid, agosto de 2023